LA PASIÓN DE LA FURIA

Shirlee Busbee



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PROLOGO

Primer amor, primer conflicto
Natchez, Territorio de Mississippi,
Primavera de 1789
Este capullo del amor, madurado
por el aliento del verano
Puede ser una flor maravillosa
Cuando el amor encontrarnos
William Shakespeare
Romeo y ¡ulieta

1

-¿Estaré tan hermosa como tú, tía Sofía, en el día de mi boda? -preguntó Sabrina con ansiedad, mientras clavaba con admiración sus grandes ojos dorados ambarinos en su tía.

Sabrina formuló la pregunta mientras se encontraba al Iado de un hermoso tocador de palo áloe, en la elegante alcoba de su tía. Esta, Sofía Aguilar, se hallaba sentada en un taburete tapizado de terciopelo, y en ese momento observaba con mirada crítica la imagen del espejo de marco dorado del tocador.

Pero ante la pregunta de Sabrina, Sofía, de aspecto absurdamente joven para una viuda de treinta años a punto de embarcarse en un segundo matrimonio, interrumpió sus movimientos nerviosos. Hizo caso omiso, por el momento, de la encantadora mantilla de color crema que cubría su reluciente cabello negro, y

dirigió a la joven una mirada de afecto. Con un brillo chispeante en los oscuros ojos españoles, exclamó, sonriente:

-iPor supuesto, paloma! -y agregó, bromeando:- ¿Acaso no eres mi sobrina?

La pequeña ahogó una risita. Pero enseguida su carita se puso seria, cuando interrogó:

-Quiero decir de veras.

Algo que se percibía en la voz de Sabrina hizo que Sofía girase para mirar a su sobrina. Y mientras Sabrina esperaba, ansiosa, la mirada de Sofía la recorrió, pensativa.

Era difícil decir, pensó Sofía lentamente, cómo sería alguien de siete años cuando hubiese crecido, pero por los delicados planos de las vivaces facciones de Sabrina sospechaba que con el tiempo su sobrina sería toda una belleza... aunque no al modo español habitual. Su cabello era de un color demasiado escandaloso, una gloriosa cabellera llameante, de un rojo dorado, que desafiaba todos los intentos de dominarla; aun ahora, después de haber sido cepillada y firmemente trenzada, diminutos rizos indóciles parecían brotar, desafiantes, y apiñarse en torno de la carita de Sabrina. Cejas y pestañas sorprendente mente oscuras intensificaban el impacto de los ojos de increíble color dorado ambarino, ojos que podían oscurecerse con una emoción profunda o arder en un dorado notablemente intenso cuando se enfurecía. Una nariz recta, apenas respingada en la punta, una boca todavía demasiado grande y una deliciosa barbilla decidida completaban las facciones de lo que -Sofía estaba segura- sería dentro de diez años un rostro en todo sentido fascinante. En cuanto al resto de Sabrina, su tía sonrió. Por el momento su sobrina se parecía, en cuerpo y temperamento, a una potranca de raza, de una semana... traviesa, vivaz, terca y dueña de un cuerpo flaco, de piernas largas, increíblemente esbeltas. Pero con el tiempo... --

Sofía dijo con suavidad, sonriendo con dulzura ante la cara ansiosa de Sabrina:

-iDe veras, pequeña! ¡En tu día de bodas serás una novia encantadora... una novia encantadora de verdad!

Exageradamente complacida -porque en general le importaba muy poco su aspecto- Sabrina echó los brazos, impetuosa, al cuello de su tía.

-iOh, tía Sofía, me siento tan feliz de que madre y padre me ~

permitieran venir con ellos, a Natchez, para tu boda! jEres la mejor tía que nadie podría desear! -Con los ojos de pronto desbordantes de risa, dijo con tono dulzón:- Y eres tan bella como yo, ¿sí?

Sofía rió, meneó la cabeza y respondió: ~

-iPaloma, eres incorregible! Y creo que es hora de que te cambies de ropa... lo piensas usar eso para mi boda?

Eso era un camisón de hilo blanco, de exquisito bordado, que llegaba hasta los delicados tobillos de Sabrina. Con una exclamación ahogada, entre risas y congoja, Sabrina desapareció del dormitorio de su tía como un pequeño remolino, encendida.

La siguió la mirada afectuosa de Sofía. Qué buena suerte, pensó, divertida, que en tanto ella en su propio primer matrimonio no había tenido hijos, Elena, su única hermana, le hubiera regalado una sobrina tan deliciosa. Y qué buena suerte, además, admitió Sofía sin

esfuerzo, que a pesar de la distancia que separaba a Natchez de Nacogdoches, donde Elena vivía con su única hija y

su esposo, pudiese ver los a todos con tanta frecuencia.

Alejandro del Torres, el esposo de Elena y padre de Sabrina, era un hombre adinerado, con diversos intereses comerciales, de uno a otro extremo del río Mississippi, y una vez cada dos años, por lo menos, viajaba a Nueva Orléans para inspeccionar sus negocios en expansión y hablar de los avances con su encargado local. Era natural que su familia lo acompañara, y más natural aun

que en algún momento de su estada en Nueva Orléans viajaran río arriba, a Natchez, para visitar a Sofía, la única parienta de Elena.

Elena del Torres era la mayor de las dos hermanas, y cuando Jaime Aguilar y Farías, el primer esposo de Sofía, murió en forma repentina tres años antes, de una de las fiebres tan frecuentes a lo largo del Mississippi, cayó sobre una aturdida y desconcertada Sofía y se la llevó, con grandes murmullos maternales y preocupación, a Nacogdoches, en la parte oriental de la Texas española.

Los meses pasados en el encantador Rancho del Torres fueron una temporada de curación para Sofía, y poco a poco se fue disipando la congoja de la muerte prematura de su esposo.

Sofía se sacudió... ¡ese no era el momento de recordar el pasado! Dentro de pocas horas se casaría con Hugh Dangermond, y no era ocasión para recordar cuán triste se había sentido ante el fallecimiento de su primer esposo. Ese día era el de un nuevo comienzo, y sería un día feliz.

Pero tenía sus dudas. Los siete años que ella y Jaime habían tenido juntos fueron tranquilos, años de alegría, ¡en tanto que el matrimonio de Hugh había sido cualquier cosa, menos pacífico!

Los ojos de Sofía chispearon, coléricos, por un momento. ¿Cómo podía Gillian, la esposa muerta de Hugh, haber sido tan deliberadamente escandalosa... tan escandalosa con sus amantes y sus gastos extravagantes, que todo Natchez murmurase al respecto? Más lamentable aun, pensó Sofía, había sido la total indiferencia de Gillian respecto de su hijo mayor, Brelt. Desde hacía mucho tiempo

era la comidilla de Natchez el hecho de que se veía a las claras que no quería saber nada de Brell, y que volcaba todo el amor del cual era capaz en el segundo hijo, Martin. Martin, quien tanto se parecía a ella, con sus ojos de color azul zafiro y su dorado cabello rizado, en tanto que Brelt era tan claramente un Dangermond...

Impaciente consigo misma por dejar que sus pensamientos se extraviaran, Sofía se levantó graciosamente del banquillo del tocador y se paseó por la bella habitación, tratando de obligarse a pensar en la dicha que ella y Hugh compartirían... y en el amor y el afecto que estaba más que dispuesta a dar a los dos hijos de él... si. se lo permitían.

Suponía que los hijos de Hugh eran el verdadero motivo de sus propias dudas. Hugh la amaba. Ella se sentía agradecida de que a pesar de su matrimonio desastroso y del escándalo en verdad mayúsculo que había provocado la escapada final de Gillian, no se hubiese convertido en un misógino, en tanto que Brett...

Sofía suspiró. Brett tenía diez años, siete años atrás, cuando su madre huyó con un predicador viajero, llevándose consigo a Martin, quien entonces tenía ocho años. El hecho de que Gillian hubiese elegido a un hombre para concederle su volátil afecto ya era asombroso en sí mismo, ¡pero un hombre de la Iglesia! ¡Nat-chez quedó pasmado! Pero apenas un año más tarde, cuando Hugh la encontró por fin en Nueva Orléans, ya había vivido abiertamente con un jugador muy conocido en la región de Natchez. Un jugador que había forzado a Hugh a un duelo, y un duelo que lo dejó casi muerto y convertido en un tullido para siempre.

Sofía tenía clara y dolorida conciencia de que Brett había sido quien más sufrió. Claramente rechazado por su madre, se aferró de modo patético a su padre, y la casi muerte de Hugh fue el último golpe torturante. En cierto sentido, pensó Sofía, desdichada, el duelo

también había mutilado a Brett... resultaba evidente que había decidido que no era posible confiar en las mujeres, que sólo mutilaban y traicionaban. Lo cual hará que las cosas me resulten muy difíciles, caviló Sofía, apenada, pensando en la forma altanera en que la trataba su futuro hijastro de diecisiete años.

Brett no confiaba en ella, eso ella lo sabía. Y no se trataba sólo de ella, sino de todas las mujeres, se recordó con un fruncimiento del entrecejo. De pronto se le iluminó el semblante. ¡Esdecir, de todas las mujeres menos de Sabrina! Era claro que Sabrina estaba con la idea de tener un primo segundo alto, hermoso, y había seguido con adoración a Brett de un lado a otro, durante las dos últimas semanas, desde que llegó de Nacogdoches.

El hecho de que Brett lo permitiese hablaba con elocuencia de la forma en que Sabrina podía seducir a cualquiera, pensó su tía con una sonrisa. Quizá la pequeña Sabrina sería quien le enseñara que en realidad las mujeres no eran criaturas tan terribles.

Como si sus pensamientos los hubieran convocado, miró por casualidad a través de las amplias ventanas que daban a una extensión de verdes prados y vio a Sabrina, ahora adecuadamente ataviada con un vestido de muselina de color junquillo, aliado de Brett. Los dos se encontraban debajo de uno de los majestuosos robles que moteaban el paisaje, y por la curva poco habitualmente suave de la boca de delicados trazos de Brett, resultaba evidente que Sabrina tejía en derredor de él su inocente magia.

Era un joven tan bello, pensó Sabrina con afecto, y su mirada recorrió por encima las facciones cinceladas que comenzaban a perder la perfecta belleza de la infancia. Su cabello era oscuro como el de Hugh, y como las de éste, sus cejas tenían una enérgica definición. Sus ojos de color verde oscuro, del color del jade,

eran profundos, y su expresión se veía oculta a menudo por la curva de las largas pestañas densas; pestañas, pensó Sofía con una sonrisa, que ella habría dado una fortuna por poseer. Brett era alto; con casi dieciocho años, estaba apenas cinco centímetros por debajo del metro ochenta. Aunque sus hombros y su pecho no combinaban todavía con su estatura, resultaba evidente que sería un hombre de contextura poderosa. ¡Si sólo abandonase esa barrera helada con la cual se rodeaba!, pensó Sofía con exasperación.

Mientras miraba a las dos figuras, a Brett que ahora sonreía abiertamente y retorcía con suavidad una de las pulcras trenzas de Sabrina, una tercera persona se unió a ellos, y la dulce boca de Sofía se torció con desagrado. Martin.

Había intentado, con decisión, apreciar a Martin, el joven de quince años, pero parecía imposible. Martin era caprichoso, egoísta y un provocador nato de problemas. Encontraba un enorme placer en recordar a Brett que la madre de ambos lo había amado a él lo bastante para lIevárselo consigo, iy sólo por eso

Sofía habría encontrado un gran placer en usar una fusta contra él! En especial cuando veía la forma en que el semblante de Brett se cerraba y la manera en que los ojos azules de Martin brillaban de malicia.

Para ser justa, y Sofía siempre trataba de serIo, suponía que a Martin le resultaba difícil adaptarse a vivir con su padre y su hermano, después de los años que había pasado con su madre. Y era verdad, se había dicho Sofía en repetidas ocasiones durante los últimos meses, que tal vez todavía sufría por la inesperada muerte de su madre, el año anterior, en un accidente de carruaje, en Nueva York, donde habitaban en ese entonces. El fallecimiento de GiIlian había impuesto el regreso de Martin a Natchez y a una familia a la cual no veía desde hacía seis años. "Tenía que resultarle difícil, ¿pero era necesario que encontrase tanto placer en mostrarse tan aborrecible? Era hosco e insolente, con Hugh, desobe-diente, al tiempo que cometía actos de malicia ruin contra Brett.

La visión de Elena en la puerta interrumpió los desagradables pensamientos de Sofía. Elena se parecía mucho a ella, era un poco más regordeta, por cierto, pero poseía 'los mismos grandes ojos oscuros y el cabello negro, y si bien ahora se veían una o dos hebras de plata en su oscuro cabello, a los cuarenta años poseía la vivacidad de una mujer de la mitad de su

edad. Ataviada con elegancia, con un vestido de seda verde pálido, con volantes que casi barrían el suelo, un cálido brillo en los rientes ojos oscuros, preguntó excitada:

-¿ Ya estás lista? Sé que hiciste salir a tu doncella hace siglos, y Sabrina ha estado aturdiéndome con sus afirmaciones de lo hermosa que estás, de manera que ya no pude contenerme; tuve que venir.

Sofía le dedicó una sonrisa afectuosa, y luego describió una graciosa pirueta; las faldas de su vestido de seda amarillo claro, casi de color crema, se esparcieron apenas en derredor de su cuerpo esbelto, de huesos delicados, y preguntó:

-¿Bien? ¿Qué te parece?

Elena ahogó una exclamación de placer.

-iOh, Sofía, cuán encantadora te ves! -y al ver la delicada mantilla de encaje que cubría la cabeza de su hermana, agregó, con calidez:- Y me siento tan feliz de que uses la mantilla que yo llevé en mi boda.

-iSi sólo pudiera asegurar que Hugh y yo seremos tan dichosos como tú y Alejandro! -dijo Sofía con malicia.

Elena le dirigió un guiño pícaro y murmuró:

-iLo asegurará, querida, lo asegurará! -Luego miró el reloj de bronce dorado de la mesa de tocador y agregó:- Ya es hora de que vayamos a la iglesia... ¿Estás excitada o nerviosa?

Sofía sonrió con tristeza.

-Tal vez un poco de cada cosa y... aún un tanto aprensiva.

-iOh, pero no debes sentirte así! -protestó Elena, alegre-.iTu Hugh es un hombre tan hermoso! Y Brett es todo lo que podría pedir una madrastra, tan cortés y de tan buenos modales...

-Advierto -dijo Sofía con sequedad- que no mencionaste a Martin.

Elena arrugó la bonita nariz.

-iBien, hay que aceptar lo agrio junto con lo dulce!

Sofía rió, y desde ese momento ya no quedó más tiempo para reflexiones de ninguna clase... en pocos minutos más deberían salir rumbo a la iglesia.

Era una hermosa boda, pensó Sabrina, arrobada, mientras, escondida entre sus padres, miraba cómo Sofía se casaba con Hugh Dangermond. Todo era emocionante: su padre se veía muy bien con su chaqueta de raso negro y su corbata blanca, mientras acompañaba a Sofía por la nave adornada de flores, con un haz de sol errante que convertía en una llamarada el cabello rojo de ella; el vestido nuevo de su madre era precioso, tan encantador como el vestido de boda de tía Sofía; y el altar cortaba el aliento, cargado de flores de primavera de vivos colores... narcisos, lilas y rosas.

El señor Dangermond también se veía muy bello, admitió Sabrina con generosidad, el bastón con empuñadura de plata con el cual siempre caminaba acentuaba su porte aristocrático, y su rostro oscuro, delgado, se llenó de una suave luz cálida cuando tía Sofía posó su mano en la de él y el sacerdote de negras vestiduras murmuró las palabras que los convertirían en marido y mujer. Por supuesto, el señor Dangermond no era tan bello como su hijo, el señor Brett, decidió ella. Nadie era tan hermoso como el señor Brett... ni siquiera su buen amigo Morgan Slade, aunque el señor Slade era también muy agradable.

Su mirada se deslizó, tímida, al otro lado de la nave, donde el señor Brett se hallaba sentado con el señor Martin. Parecía tan hermoso, pensó con un suspiro, con su chaqueta de color verde botella y sus pantalones de color ante... Pero después, al ver que sus facciones, por lo general tan afables y alegres cuando la miraba, se encontraban extrañamente rígidas mientras escuchaba la ceremonia que unía a su padre con tía Sofía, Sabrina frunció el ceño. ¿No se sentía feliz de que ahora la tía Sofía se convirtiese en su madre? La expresión de su semblante hizo que Sabrina se inquietase vagamente.

Con los enormes ojos desconcertados, con una expresión de preocupación en su carita, continuó mirando el rostro de Brett.

¿El señor Brett no quería a la tía Sofía?

Brett no quería a Sofía. No era que tuviese nada contra ella en persona -como mujer, habría sido el primero en admitir queparecía muy agradable- pero se trataba del hecho, muy sencillo,de que era una mujer. Una mujer había lastimado mucho a su padre en una ocasión, casi fue la causa de la muerte de él, y Brett habría preferido que los hombres Dangermond continuaran viviendo su vida sin los problemas y las dificultades que podía causar una mujer. No es que las mujeres no tuviesen su lugar ... él Y sualegre compañero, Morgan Slade, habían descubierto el incitante hecho unos meses antes, con una complaciente, amable ramera, en Natchez, "debajo de la colina".

A pesar de haber aprendido que las mujeres por lo menoseran capaces de ofrecer placeres físicos, Brett habría deseado impedir que su padre cometiese lo que tenía la certeza de que era una locura. No había nada de rencoroso en sus motivaciones; nacían del amor a su padre y de su deseo de ahorrar a Hugh el do-lor de otra traición. Pero también tenía una vaga conciencia de que Hugh, cosa extraña, quería ese matrimonio con Sofía Aguilar, y como no deseaba causar molestias a su padre, Brett mantenía la boca torvamente cerrada. Pero no estaba obligado a sentirse contento, se dijo, desdichado. Ni a que ella le gustara.

Aunque Brett no quería a Sofía, tampoco le desagradaba.

Sólo se negaba a permitir que se deslizara por debajo de su guardia, como lo había hecho con su padre, ya que había decididohacía mucho tiempo, cuando se sentaba, aterrado, alIado del lecho de su padre, contemplando la desesperada batalla de Hughpor vivir después del duelo precipitado por Gillian, que ninguna

mujer era digna de confianza. Con el tiempo, ese sentimiento habría podido atenuarse, pero existía un constante recordatorio... cada vez que veía a Hugh con su bastón de puño de plata y observaba los lentos pasos cuidadosos de su padre, lo recordaba. Esebastón se había convertido en un símbolo, en un constante, doloroso y amargo recordatorio de los problemas que podía crear una

mujer.

Por cierto que él nunca sería tan tonto como para casarse,ni permitiría nunca que una mujer significara tanto para él. Las mujeres estaban hechas para ser usadas, decidió cínicamente, I y las usaría! Pero luego, como para recordarle que sus acciones no siempre seguían los fríos dictados de su cerebro, su mirada se vol-vió irresistiblemente hacia el otro lado de la nave, para encontrar-se con la expresión inquieta de Sabrina.

De pronto su propia mirada cavilosa se disipó y el juvenil semblante duro se suavizó. Por supuesto, Sabrina no podía ser incluida entre las mujeres... era apenas una niña. Una pécora adorable, resolvió con afecto, y como deseaba borrar sus propios sentimientos desdichados y al mismo tiempo eliminar la expresión de preocupación de los ojos dorado-ambarinos, Brett sonrió y le diri-

gió un guiño audaz, a través de la nave.

En el acto, las penas de Sabrina huyeron, y le dedicó una sonrisa luminosa, contenta ahora de que Brett ya no pareciera desdichado. Jamás querría que el señor Brctt se sintiese infeliz, ni siquiera por un momento. . ~

Inmediatamente después de la ceremonia de la boda, todos se retiraron a la finca de los Dangermond, Riverview, así llamada por su vista del torrentoso, turbulento Mississippi que corría debajo del risco en el cual se hallaba enclavada. Era una hermosa casa construida sesenta años antes, en 1730, por un filibustero inglés

reformado.

En ese entonces, Riverview era muy poco más que una encantadora cabaña, la ciudad de Natchez apenas un apiñamiento de edificios de madera en medio del vasto erial inexplorado. El erial continuaba estando en gran parte inexplorado, pero al igual que Natchez, Riverview había crecido hasta que, en esa primavera de 1789, era una elegante casa imponente, que la muy nueva Sofía Dangermond llamaría ahora su hogar.

El saber que Elena y Alejandro se alojarían en Riverview para cuidar a Brett y Martin, mientras ella y Hugh hacían un breve viaje de bodas a Nueva Orléans, despejaba su espíritu

de toda preocupación. Con el rostro radiante, evidente el amor que compartía con Hugh, Sofía circulaba, dichosa, entre quienes habían concurrido a ofrecerles sus buenos deseos.

Se había organizado una fiesta para los numerosos invitados. Había ponches en recipientes de plata, vinos y limonada; pasteles hojaldrados rellenos de jamón, camarones y pollo formaban montículos en ornamentadas bandejas de plata; pero lo mejor de todo, para la manera de pensar de Sabrina, eran las tortas de crema y los pastelillos.

Sabrina era la única niña presente... y sólo se la incluía porque se alojaba en Riverview con sus padres. Como era hija única, estaba habituada a la compañía exclusiva de adultos y se sentía muy feliz de permanecer alIado de su madre, observando a las damas y caballeros con sus hermosas vestimentas. Pero Brett, impulsado por una emoción que no reconocía, se obligó a agasajarla. Su boca se curvaba en melancólica diversión ante sus propias acciones; tenía la manita de ella en la suya, y pasaba por alto virilmente la ceja enarcada de Morgan y la desagradable risita de Martin, cuando la escoltaba de un lado a otro y se ocupaba de que su plato estuviese cargado de los manjares que pudiesen tentar al estómago de una niña de siete años.

Por supuesto, Brett fue objeto de burlas implacables por su extraña conducta. Después que se fueron los invitados, Morgan y él se apropiaron de unas cuantas botellas de los mejores vinos de Hugh y se escurrieron a un lugar herboso del borde del risco. Tendidos cómodamente bajo un extenso roble, se acomodaron a disfrutar de sí mismos y del vino. Cosa que hicieron hasta que, unos minutos más tarde, Brett escuchó unos roces sospechosos en un arbusto cercano.

Resignado, gruñó:

-Tanto da que salgas, Martin. Sé que estás ahí. Brett hizo una mueca y Morgan levantó los ojos al cielo cuando Martin se dejó ver y empezó a amenazar.

-iLos vi sacar las botellas de la bodega! ¡Si papá no hubiera partido en su luna de miel, se lo habría dicho!

Cuando Brett se mantuvo inconmovible y sólo lo miró con

desprecio, Martin gimió:

-Pero no se lo diré, si me dan un poco. Tengo casi la edad de ustedes, de manera que no veo por qué no puedo hacer las cosas que hacen ustedes... o por qué nunca me dejan ir con ustedes, ¡aunque permiten que esa mocosa, Sabrina, los siga a todas partes!

Brett le clavó una mirada fría y dijo con tono helado:

-iNo roces con tu lengua a Sabrina! En cuanto a contarlo...papá me dio permiso para usar la bodega de los vinos como quisiera, cuando cumplí los dieciséis.

Como su extorsión había fracasado, Martin se enfurruñó y comenzó a alejarse, pero Brett, sintiéndose culpable porque en verdad no quería a su hermano, lo llamó:

-Quédate y únete a nosotros, si quieres. -Martin quería, y se dejó caer en la hierba, cerca de los otros dos.

Durante un rato reinó un silencio amistoso, hasta que Morgan dijo a Brett, con tono dulzón:

-Fuiste todo un galán, esta tarde, con tu nueva prima. –Sus ojos azules se abrieron mucho, y preguntó, inocente: -¿Intuyo algún romance? ¿La familia te ha prometido con la damita? Siete años parece un poco, este, apresurado, pero sospecho que sabes lo que quieres. iPero me pregunto: supongamos que crece y le aparecen pecas y no tiene pechos!

Brett le lanzó una mirada contundente.

-iUna frase tonta! iEs apenas una niña! -y un tanto a la defensiva, agregó:- Yo... sentí pena por ella.

Morgan lanzó un bufido y Brett se ruborizó. Pero como no quería soltar con tanta facilidad a su amigo, Morgan, con un sesgo burlón en la boca, se quejó, plañidero:

-iPero sientes pena por ella todo el tiempo! No recuerdo momento alguno de la última quincena que Sabrina haya estado lejos de tu lado. -Con chispas burlonas bailándole en los ojos,

Morgan musitó, con acento escandalizado:- Nunca me dijiste que habías cambiado de opinión acerca de las mujeres... Por Dios, ¿puede ser que pienses atraparla desde joven y adiestrarla para que sea la novia perfecta?

El rubor de Brett se acentuó, y pareció de pronto mucho más joven. Martin, quien había estado escuchando la conversación con avidez, sonrió con malicia ante la incomodidad de su hermano mayor. Resolvió contribuir a la incomodidad, y dijo con astucia:

-iOh, no, no se trata de eso, te lo aseguro! Sólo ocurre que le agrada tener a una pequeña esclava corriendo detrás de él. Para ella, nada de lo que haga estará mal, y para él es una situación novedosa hacer el papel de dios ante un público que lo adora.

-iEso no es verdad! -replicó Brett, acalorado, dispuesto a permitir que Morgan lo calcinara, pero incapaz de soportar las frases despectivas de Martin sobre Sabrina. Se sintió más incómodo y a la defensiva, y de pronto se dio cuenta de cuánto tiempo había pasado con la niña. Murmuró, entre dientes:- No es más que una niña. Yo sólo me mostré cortés... cualquiera habría hecho lo mismo.

Morgan sonrió.

-Por supuesto... si tú lo dices,..

Brett lanzó a su compañero una mirada de absoluto aborrecimiento y dijo, con salvajismo:

. -¿No tienes ninguna otra cosa de qué hablar? iMe pregunto si tú no estás alimentando una pasión por ella, dada la forma en que hablas!

Morgan rió, y el tema quedó a un lado. Terminaron el vino, y en cuanto escaparon de la compañía de Martin, Morgan y Brett se vieron atraídos en forma irresistible hacia la calle Silver. Eran jóvenes y tenían sangre caliente, y por cierto que no resultaba sorprendente que Brett se pasara el resto de la noche descubriendo

de nuevo el placer que una mujer podía proporcionar a un hombre.

Sofía y Hugh regresaron de su breve luna de miel en Nueva Orléans, un día antes de que Brett cumpliese los dieciocho años.

El hecho de que el matrimonio les sentaba bien resultaba evidente por la sonrisa tímida que se dibujaba en los labios de Sofía y por la calidez que saltaba a los ojos de Hugh cada vez que ella entraba en una habitación.

Después del intercambio de los saludos iniciales, Sofía percibió el distanciamiento existente entre Brett y Sabrina. A la mañana siguiente preguntó a Elena:

-¿Qué ha pasado entre tu hija y mi nuevo hijastro? ¿Ella le hizo algo que lo encolerizara?

Elena se encogió de hombros, impotente.

-No lo sé, pero me gustaría darle unas cuantas. No fue muy bonito de parte de él mostrarse tan amable con ella y después eludirla como si tuviese las viruelas. iLos hombres... ! ¡Nunca los entenderé!

El regalo de cumpleaños para Brett, de su padre, llegó esa tarde, y toda la familia se reunió en las caballerizas encaladas, para admirar lo. Era un magnífico padrillo de dos años, zaino dorado, un animal poderoso, vivaz, que Brett debía domar y adiestrar.

Sabrina miró al animal casi salvaje, que bufaba y hacía cabriolas en el prado, y durante unos minutos olvidó el abismo que se había abierto entre ella y Brett. El padrillo era un caballo de pura sangre, su sangre árabe resultaba evidente en la pequeña cabeza arrogante y en las patas largas, increíblemente delgadas, y Sabrina se sintió encantada.

Olvidado su antagonismo, observó, hechizada, cuando la luz del sol convirtió el pelo reluciente del padrillo en un rojo ígneo, cuando se encabritó, agitando los cascos. Era una visión maravillosa, y Sabrina suspiró:

-iOh, señor Brett! iEs tan bello!

Deslumbrado por el regalo, también Brett pudo dejar a un lado, por el momento, su sombría decisión. Le sonrió y murmuró, burlón:

-Guapo, Sabrina, guapo. Los machos de la especie no son bellos.

Sabrina le sonrió a su vez, y de pronto su ánimo se elevó hasta el cielo.

-Es más que guapo -replicó con firmeza, arrugando su naricita respingada-. ¡Es bello! Oh, mira cómo brilla el sol en su pelaje... parece una llama. ¡Una llama hermosa! -y agregó, con sinceridad:- Así deberías llamar lo, Llama, porque es en verdad un caballo de llamas.

-¿Qué nombre piensas ponerle? -preguntó Alejandro, el padre de Sabrina.

Al mirar al padrillo y ver el pelaje suave, encendido, y al oír las palabras de Sabrina que todavía le resoI)aban en los oídos,

Brett dijo lentamente:

-¿Por qué no Llama? Por cierto que le va bien y -lanzó a Sabrina una mirada burlona- como dice Sabrina, es una llama hermosa.

Con los ojos muy abiertos y con su propio cabello de color rojo dorado encendido como una llama bajo la luz del sol, ella preguntó: -me veras lo llamarás así? ¿Usarás el nombre que yo elegí?

Sin poder contenerse, Brett le pasó un dedo acariciador por la mejilla.

-Por supuesto. ¿Qué caballero podría desairar a una dama tan encantadoraz?

Hubo un murmullo de risas, y luego, siempre con su tendencia a aprovechar su buena suerte, Sabrina preguntó con ansiedad:

-y me dejarás montar lo, ¿sí?

-iNo! -exclamaron los adultos reunidos, y la respuesta de Brett fue tal vez la más feroz, porque le cruzó por la cabeza una imagen horrenda de lo que el indócil Llama podía hacer con el cuerpecito de Sabrina.

Sorprendida ante la respuesta colectiva, Sabrina pareció apabullada y Brett se sintió impulsado a explicar:

-No ha sido domado, Sabrina, es casi un caballo salvaje. Nadie lo ha montado nunca, y hasta los caballerizos dicen que es difícil manejarlo. Es demasiado poderoso y peligroso para que pienses en montarlo. Lo prohíbo.

Toda la caridad de Sabrina hacia él desapareció, y hubo un movimiento de amotinamiento en su barbilla cuando apartó la mirada.

-Podría hacerlo, sabes -murmuró con terquedad.

Al recordar de pronto que había querido mantenerla a distancia, Brett habló con frialdad deliberada.

-No, no puedes. Eres demasiado joven, apenas una niña.

Nada de lo que pudiera haber dicho la habría herido más

profundamente. Le lanzó una mirada de absoluto desagrado, sacudió su cabellera roja y se alejó, enfurecida. Ya le mostraría... ¿y tal vez él volvería a gustar de ella, entonces?

Su oportunidad llegó para Sabrina antes de lo que esperaba, en rigor a la mañana siguiente. Al despertar temprano, descubrió, para su sorpresa, que se había levantado antes que ninguno.

Después que la acostaron, la noche anterior, hubo varios brindis por la salud de Brett, y entre una cosa y la otra, todos se retiraron a hora muy avanzada. Por consiguiente, vestida y ansiosa, Sabrina se encontró con que era la única de la familia que estaba en pie.

Había algunos criados que iban de un lado a otro, pero se hallaban ocupados en sus tareas, y a nadie se le ocurrió pedirle que se quedara adentro.

Sabrina bajó a los saltos por la escalinata curva de la casa y miró con ansiedad en dirección a las caballerizas; el techo pardo de uno de los edificios apenas se divisaba por entre los árboles. La atraía en forma irresistible la tentación del padrillo de Brett, y muy pronto se vio apoyada contra la cerca del prado, mirando con franco placer mientras Llama trotaba, altanero, en dirección de ella.

Se inspeccionaron con cautela, el enorme padrillo no domado, de color rojo llama, y la chiquilla de cabello de color rojo llama. Ansiosa por entablar amistad, Sabrina arrancó de prisa algunos tréboles que crecían cerca de uno de los postes del prado y se los tendió al padrillo con afecto. Cuando Llama mordisqueó, condescendiente, la ofrenda, Sabrina pensó que el corazón le estallaría de la emoción. Estiró la mano con prudencia, para tocarle la suave nariz, y suspiró, transida, cuando él resopló con suavidad y no hizo movimiento alguno para apartarse de la caricia.

Como quería algo más digno de él que el trébol, ella se precipitó hacia los establos y encontró enseguida el recipiente de la avena y los granos que se ofrecían con regularidad a los pura sangre Dangermond. Dejó caer varios puñados en un cubo cercano y después los ofreció a su nuevo amigo.

Todavía no había pensado de verdad en montar al padrillo, pero a medida que pasaba el tiempo y él parecía aceptar su presencia, se volvió más osada y trepó a la baranda de la blanca cerca del prado. Llama pareció no inmutarse, y Sabrina se sintió encantada, y llegó inclusive a acariciarle con suavidad el lomo fuerte y recto, mientras él buscaba en el suelo los últimos granos de maíz que habían caído allí.

Era una tentación demasiado grande para resistirse a ella.

Llama se encontraba al Iado de la cerca, a una distancia del ancho de una mano, apenas, y Sabrina estaba sentada en la cerca, y antes de darse tiempo a pensar se inclinó y se deslizó sobre el lomo del padrillo.

A pesar de lo de la noche anterior, Brett no había despertado mucho después que Sabrina se escurriera fuera de la casa. Y al igual que ésta, se sintió atraído hacia los establos, pues quería asegurarse de que Llama no había sido sólo un sueño maravilloso.

Llegó a tiempo para ver a Sabrina montando al padrillo.

Llama se sobresaltó ante el peso desacostumbrado que tenía en el lomo, y arqueó el cuello, inquieto, a la vez que bufaba con energía y bailoteaba, nervioso. Como casi había nacido sobre el lomo de un caballo, Sabrina apretó por instinto las piernas contra los flancos del animal y se aferró con más fuerza de su crin.

Brett quedó paralizado. Consciente de lo que podía ocurrir si el padrillo se encabritaba, se obligó a caminar con lentitud hacia el prado; el corazón le palpitaba con grandes latidos dolorosos y su mirada estaba clavada en el diminuto cuerpecito de Sabrina.

Parecía tan pequeña, tan indefensa, tan incapaz de dominar al padrillo, que Brett sintió que un reguero de miedo le corría por la columna vertebral. Dios, rezó con fervor, Dios querido, no dejes que le suceda nada malo.

El padrillo se mostraba cada vez más agitado en relación con la criatura que tenía en el lomo; inquieto, daba coces en el suelo, sacudía la cabeza y hacía pasitos laterales, bailoteando. Sin advertir que Brett se acercaba con cautela, Sabrina estaba henchida de excitación y placer ante su hazaña, y deseaba apasionada-mente que el señor Brett la viese en ese momento.

Brett se movió con atormentadora lentitud y por último llegó a la cerca. Como no quería alarmar al caballo o a la niña, dijo, con mucha más serenidad de la que sentía:

-Buenos días, Sabrina. Veo que al fin y al cabo lograste montar a Llama.

Con el semblante henchido de alegría, Sabrina se volvió en su dirección y exclamó, gozosa:

-iOh, señor Brett! iEsperaba que pudieras verme! ¡Te dije que podría montarlo!

Pero en ese instante Llama, con un rclincho de furia, se encabritó de repente sobre las patas traseras. Desprevenida Sabrina casi perdió su asidero, pero se aferró con desesperación, de modo instintivo, al caballo.

Con el primer movimiento de Llama, Brett había saltado a la cerca, y en el acto se equilibró en la baranda de esta. El caballo y su jinete estaban a escasos centímetros de él, y cuando las patas de Llama chocaron contra el suelo y el padrillo dio un gran corcovo, el

musculoso brazo de Brett se lanzó a través del espacio que los separaba y arrancó a Sabrina, con rudeza, de encima del lomo

de Llama.

Respirando con esfuerzo, la frente salpicada de gotitas de transpiración, Sabrina le envolvió el pecho en un apretón mortal.

Brett se deslizó al suelo, satisfecho, al otro lado de la cerca. Llama, descargado de su molesto peso, sacudió la arrogante cabeza y con un silbido de furia huyó a la carrera, a toda velocidad.

Sabrina no se sentía en modo alguno complacida con su rescate. Giró para encarar a Brett y dijo, colérica:

-Habría podido quedarme... he montado en muchos, muchos caballos. ¡No soy una chiquilla!

Apenas había penetrado en el cerebro de él el alivio de verla segura, cuando sus palabras lo golpearon, y en el acto se sintió ciega, furiosamente colérico.

-iMaldita chiquilla del infierno! ¡Acabo de salvar tu conde nada vida! -y luego, cuando su ira se alimentaba de sí misma, con los ojos de color verde jade casi negros de furia, bramó:- iY te había prohibido que lo montaras! ¡Cómo te atreves a desobedecerme!

Con todo el dolor y la confusión de los últimos días acrecentados, mordientes, Sabrina lo miró con cólera, contrajo las facciones espantosamente y le sacó la lengua.

Fue la gota que desbordó el vaso. Enfurecido tanto porque ella podía despertar en él emociones que no entendía, como por las cosas que hacía, Brett la hizo girar sobre sus rodillas y le dio una tunda que nunca olvidaría. Jadeante el pecho, la boca apretada, momentos más tarde la puso de pie delante de él y le dijo con

sequedad:

-Que eso sea una lección para ti, mocosa... ¡no vuelvas a hacerme enojar nunca más!

Furiosa, Sabrina parpadeó para contener las lágrimas que amenazaban con caer. El labio inferior le tembló, lastimero; los ambarinos ojos dorados se convirtieron en oro incandescente, escupió:

-iTe odio, señor Brett! iTe odio! iNo quiero volver a verte nunca más!

-iBueno, eso me parece magnífico! -bramó él a su vez. Al verla alejarse con orgullosas zancadas, experimentó la necesidad de llamarla, el ansia de colmar la brecha abierta entre ellos, pero contuvo el deseo con energía. ¡Cuán tonto era! Estaba bien que hubiese descubierto la verdadera índole de ella, antes que fuese

demasiado tarde... ¡una Jezabel en embrión, que ya practicaba sus tretas en el varón desprevenido; terca, empecinada, imposible confiar en ella!

PRIMERA PARTE

Despertar agridulce

Nacogdoches, Texas española

Verano de 1799 .

Pues según lo que siempre he leído,
Lo que siempre escuché en relatos y
narraciones,
El camino del amor verdadero nunca fue fácil.
William Shakespeare
Sueño de una noche de verano

El1 de agosto de 1799, el día en que Sabrina del Torres cumplía los diecisiete años, amaneció luminoso y claro. Era uno de esos maravillosos días del verano que tanto amaba.

Despertó cuando el sol coronaba los altos pinos aromáticos que crecían cerca de la extensa y graciosa casa de adobe donde había vivido toda

su vida, se deslizó desnuda de su blando lecho de plumas y corrió, airosa, a las puertas que se abrían al fondo de la habitación. Las abrió de par en par, y salió al balconcito que daba a la parte trasera de la hacienda.

No tenía temor a ser observada: sus habitaciones se encontraban arriba, en el extremo de un ala larga que se había agregado a la casa principal, cuando su padre se casó, y le aseguraba su intimidad. Lo único que encontró su mirada fue el interminable bosque, lozano y verde.

Abrió los brazos, en entrega pagana, como una sacerdotisa del fuego, y enfrentó el sol, con el rostro y el esbelto cuerpo bañados en su luz dorada. El sol encendió el fuego del cabello rojo dorado que le caía hasta la cintura, doró las notables facciones vueltas con avidez hacia la caricia cálida y vagó como las manos de un amante por el alto cuerpo delgado. El sol pareció detenerse en los pechos plenos, de puntas de coral; en el vientre chato, casi cóncavo, en los ígneos rizos de la unión de sus muslos y en las largas piernas esbeltas, cuando, frente a él, estiró los brazos como para abrazar a un amante.

Fue a la baranda negra, de hierro, que rodeaba el balcón.

Apoyó los codos en la parte superior. Con la barbilla en las manos, contempló la extensión de bosque que se abría ante sus ojos, el aroma de la madreselva llegó hasta ella. A lo lejos podía distinguir el resplandor de la pequeña laguna en la cual nadaba a menudo, en días como ese.

Pero ese día no habría natación, pensó con una sonrisa. Ese día era el de su cumpleaños, y le esperaban otros placeres. Como hija única de su padre y heredera de una considerable fortuna, su cumpleaños era un acontecimiento importante en la vida de todos los relacionados con el Rancho del Torres. Y no sólo la vida de los vinculados de modo directo con la hacienda: familias con hijos casaderos, vecinos y amigos que la conocían desde el nacimiento, llegarían a la hacienda para participar en la alegre celebración del día en que cumplía los diecisiete años. Hacía semanas que se planeaba una fiesta, y desde hacía días, los cocineros, horneaban y ..preparaban comida. Se había abierto el gran salón para ventilarlo,fregarlo y lustrarlo hasta que todas las arañas, todas las baldosas

del suelo de mosaicos, todos los muebles, brillaran como un "doblón recién acuñado.

De pronto, cuando pensó en el gran salón, el semblante de Sabrina se nubló. Ese día sería la primera vez que se lo usaba desde el fallecimiento de su madre, casi diez años antes.- Una hoja de dolor recordado la taje6 como un cuchillo cuando pensó en la trágica muerte de su madre en Natchez, en el verano de 1789. Un final tan triste y melancolico de lo que había sido, en su mayor parte, un maravilloso viaje para ver como se casaba la tía Sofía con Hugh Dangermond.

Su suave boca se adelgazó cuando recordó, en forma inesperada y por primera vez en años, su dolorosa y desilusionada separación de Brett Dangermond. Qué animal había sido él. Aunque por lo general era una niña dulce, generosa, Sabrina nunca olvidaba un insulto o una injusticia. Había sufrido espantosamente con el inexplicable rechazo de él, pero no fue nada en comparación con el dolor y el padecimiento que experimentó cuando alviajar a casa, a Nacogdoches, Elena resultó muerta cuando su caballo se encabritó en un paseo matinal y ella fue golpeada en la cabeza por la rama de un roble enorme.

Todos habían quedado anonadados. Nadie quería creer que la querida y riente Elena estuviera muerta. Sofía pareció envejecer diez años, Alejandro era como un poseso y Sabrina dio laimpresión de ser un pequeño fantasma pálido, rechazó ciegamente los ofrecimientos de consuelo de Brett o de cualquiera,negándose a aceptar que su adorada madre no volviera a sonreírle nunca, a abrazarla nunca.

Enterraron a Elena en el terreno de los Dangermond en Natchez -resultó imposible pensar en llevar su cuerpo a Nacogdoches- y de alguna manera eso hirió más profundamente aun a Sabrina. Alejandro y Sabrina no se demoraron en Natchez después del funeral. Natchez

era ahora un lugar de recuerdos infelices para ambos, y en los años siguientes, si bien Alejandro visitaba de tanto en tanto a los Dangermond, Sabrina no volvió jamás. La tía Sofía le escribía con regularidad, y Sabrina contestaba con avidez, pero nada quería tener que ver con Natchez o con sus tristes recuerdos dolorosos.

Su padre y ella se apegaron mucho el uno al otro después del fallecimiento de Elena. Se sentían completos en su compañía recíproca, no necesitaban ni querían la intrusión de otra persona en el cálido círculo de amor que se habían creado. Elena nunca fue olvidada, y una persona ajena que los oyera conversar habría

creído que Elena había salido de viaje en la víspera, y que regresaría en cualquier momento. Su nombre surgía a menudo entre ellos, y Sabrina instaba a veces a su padre para que comprase un nuevo par de pantalones o un chaleco bordado, y decía con suavidad:

-A madre no le agradaría verte tan mal vestido, padre... iy menos cuando vas a visitar al comandante en el pueblo! y si la manera de Sabrina era un tanto tortuosa, Alejandro era igualmente culpable de usar a Elena para lograr que Sabrina hiciese su voluntad. Cuando todos los demás argumentos no habían logrado desviarla de un rumbo que él desaprobaba, componía sus bellas facciones en una máscara de dolor y murmuraba,inescrupuloso:

-No creo que a tu madre le gustase que hicieras eso, pequeña. -y Sabrina se acomodaba en el acto a los deseos de él.

A pesar de la muerte prematura de Elena, la infancia de Sabrina fue feliz. Pasaba mucho tiempo con su padre, cuando éste recorría la hacienda, para inspeccionar y dedicarse a las tareas de todos los días. Su vida era menos estrecha y limitada de lo que lo habría sido si su madre hubiera vivido, pero el régimen nada orto-doxo de su padre y la madurez que le impuso la trágica muerte de Elena no fueron perniciosos. Aunque era mimada y consentida, en algunos aspectos Alejandro la trataba como si fuese un hijo. y si bien no faltaban quienes, en especial la tía Francisca, la hermana mayor de Alejandro, consideraban escandaloso que Sabrina no supiera hacer una costura recta, que nunca hubiese sondeado los misterios de la cocilla u obedecido algunas de las multitudes de órdenes de Francisca para dirigir una casa correcta, casi todos veían a la hija de Alejandro como una criatura encantadora, briosa. Pero si se podía ver a Sabrina como carente de algunas de las exigencias imprescindibles para una damita de su posición, lo compensaba decididamente con las capacidades nada comunes y dudosas que había adquirido de su padre y de los vaqueros de la hacienda. Sabía cabalgar como un comanche, disparaba mejor que la mayoría de los hombres y podía exhibir, si quería, un vocabulario que habría hecho ruborizarse a un golfo borracho. Sabrina era única; además, cosa nada sorprendente, era el orgullo y la preferida de Rancho del Torres, y su índole cálida, desprendida, la hacía tanto más entrañable. Lo cual, por supuesto, explicaba por qué su cumpleaños era un acontecimiento tan especial en la zona de Nacogdoches.

Consciente de que muy pronto Bonita, su doncella, aparecería con su bandeja del desayuno, Sabrina abandonó sus inútiles cavilaciones y volvió a la habitación. Dedicó una última mirada prolongada al cielo luminoso y murmuró con voz suave:

-Dedícame un buen deseo, madre... hoy pensaré muchas veces en ti.

Volcó un poco de agua fría en una jofaina de porcelana, completó con rapidez sus abluciones matinales y luego tomó su cepillo de mango de plata y puso con presteza cierta semblanza de orden en sus rizos revueltos durante la noche. Fue hacia la cama, levantó el camisón blanco, de hilo, que le habían dejado la noche

anterior, y se lo puso con una mueca irónica. Demasiadas mañanas, la visión de su cuerpo desnudo había desencadenado un torrente de desagrado de Bonita... no era correcto, era pecaminoso dormir desnuda. El rostro regordete de Bonita se congelaba enlíneas decididas. Todas las noches, con movimientos rígidos, fu-

riosos, depositaba un camisón limpio, y en los últimos tiempos, todas las mañanas, Sabrina resignada, se lo ponía... resultaba más fácil que ofender a Bonita.

Acababa de acomodarse de nuevo en la cama, con varias almohadas de bordes de encajes detrás, cuando Bonita, con una sonrisa cálida en la cara morena, entró en la habitación

llevando una gran bandeja de plata con el desayuno habitual de Sabrina: chocolate caliente y una torta de pan dulce. Pero lo diferente de todos los días era el enorme ramo de rosas amarillas y la cajita cubierta con una tela que yacía en el centro.

Al ver las rosas, Sabrina lanzó una exclamación de placer, y la cara arrugada de Bonita se suavizó.

-Feliz cumpleaños, pequeña -dijo, y el afecto que sentía resultó evidente en el tono cantarino de su voz.

Bonita había sido la nodriza de Elena, y cuando su ama se casó con el garboso Alejandro del Torres, la acompañó desde Natchez y se estableció en la rusticidad de la Texas española para dedicarse a la casa repleta de bebés que tenía la certeza de que llegarían a su debido tiempo. Pero hubo un solo bebé, Sabrina, y por consiguiente Bonita dedicó a ésta todo su amor y no pocos regaños, como lo haría una gata con su preciosa gatita.

Cuando miró a Sabrina, quien aspiraba profundamente, complacida, la fragancia de las rosas, Bonita tuvo conciencia de un sentimiento de satisfacción agridulce. iCuán orgullosa se habría sentido doña Elena, ese día, de su hija! Luego, al ver, con suspicacia, la total carencia de arrugas del recatado camisón que cubría el

cuerpo de Sabrina, pensó en lo mucho que se habría escandalizado Elena porque su hija había adquirido costumbres tan disolutas.

Bonita era vieja y gorda, su cabello otrora negro exhibía cantidades de hilos grises, y toda forma que alguna vez hubiese poseído había desaparecido hacía tiempo. Su semblante resultaba alegre, sin embargo, y era dueña de una risita profunda, rica, que hacía que uno se sonriese sin quererlo. Gobernaba la casa de del Torre con mano de hierro; es decir, toda la casa, con la excepción de la señorita Sabrina y don Alejandro. Este sólo necesitaba pellizcarle la mejilla y dirigirle una sonrisa caprichosa, y en el acto ella se derretía. En cuanto a Sabrina, bien, por más que lo intentara, Bonita nunca podía resistirse al atractivo de esos ojos dorado - ambarinos. Se la había oído murmurar en más de una ocasión que

la señorita Sabrina habría podido seducir al demonio o matarlo con una sola mirada.

Cuando Sabrina abrió la caja cubierta con una tela, sus ojos increíbles se oscurecieron por efecto de una profunda emoción, y al mirar los aretes de oro bellamente cincelados que yacían en el raso blanco musitó, reverente:

-Oh, Bonita, eres demasiado buena conmigo... me consientes.

-Sí, es verdad -respondió Bonita con su risita plena, y agregó, estirando la mano para retorcerle un mechón del cabello rizado:- Pero hay días en que te lo mereces, y hoyes uno de ellos.

Olvidada del jarro de chocolate casi derramado y del vacilante jarrón de rosas, Sabrina se retorció en la cama y echó los brazos al cuello de Bonita:

-iOh, Bonita, te quiero tanto! Y siempre atesoraré estos encantadores aros. Me los pondré esta noche, para la fiesta.

El resto del día resultó ser tan grato como su comienzo. Hubo un constante desfile de gente que llegaba a hacerle conocer sus buenos deseos, y felicitaciones de todos aquellos con quienes se encontraba, y de su padre y los parientes y los criados de la hacienda hubo una variedad casi abrumadora de regalos, para ayudar a celebrar su cumpleaños: una peineta de oro, de las mujeres de la cocina; unas bellas bridas de cuero con adornos de plata, de los caballerizos; una hermosa mantilla de encaje blanco, de la tía Francisca y su familia; una estupenda silla de montar, con incrustaciones de plata, de los vaqueros repentinamente tímidos, y, de su padre, una curiosa combinación: una delicada hoja de espléndido

acero de Toledo y un collar de resplandecientes esmeraldas.

Esa noche, se vistió para la fiesta que se ofrecía en su honor,y logró usar tantos regalos como le era posible. Bonita había apilado en lo alto de la cabeza de Sabrina los rizos rojo-dorados, asegurándolos con la peineta de oro; de sus orejas pendía el regalo de Bonita, los aretes, y en torno del cuello llevaba las esmeraldas que le había dado su padre. Se puso un sencillo vestido de seda blan-

ca, con una profusión de encajes en torno del gran escote y de las amplias faldas flotantes. El regalo de la tía Francisca, la mantilla blanca, le cubría con elegancia los hombros y los brazos desnudos.

El efecto resultaba notable, el brillo del cabello de color llama, los tonos de color miel de su suave piel destacado por las esmeraldas, y la seda blanca del vestido, hicieron que más de un joven caballero soñase esa noche con una diosa del fuego... una diosa en cuyo

abrazo sería una dicha poder arder.

Ajena a los pensamientos que despertaba en los jóvenes varones y en no pocos de los más maduros, Sabrina experimentó el placer sencillo de una niña en relación con la velada. Participó en todos los bailes, su alegre risa y su sonrisa que paralizaba el corazón eran escuchadas y vistas continuamente, y mientras Alejandro la observaba con orgullo desde muy cerca, tuvo conciencia de una curiosa mezcla de placer y dolor. Si sólo Elena hubiese podido verla, pensó, si hubiese podido estar con nosotros...

-Forman una pareja encantadora, ¿verdad? -dijo de pronto, a su lado, Francisca de la Vega, con la vista clavada en Sabrina y en el joven con quien bailaba en ese momento.

Irónico, Alejandro respondió:

-Estoy de acuerdo. ¿Pero no te parece que hay un poco de prejuicio en el comentario? En fin de cuentas, Sabrina es mi hija y Carlos tu hijo.

Francisca esbozó una sonrisa satisfecha.

-Es verdad, pero aun así son una pareja hermosa... y sería una alianza maravillosa. El rancho de del Torres y el de la Vega, unidos en una sola propiedad, los convertirían en los terratenientes más grandes y ricos de este lado del río Sabine.

Alejandro guardó silencio. Aunque su hermana pudiese preferir que uno pensara que sus motivaciones eran totalmente altruistas, él sabía que las finanzas de los de la Vega no estaban florecientes. Luis de la Vega, su esposo, le había insinuado eso menos de un mes atrás, y apenas la semana pasada Carlos había declarado, riendo, que si bien poseían tierras y ganado en abundancia, era probable que tuviera que casarse con una heredera si quería ver alguna cantidad de oro en el futuro cercano. De tanto en tanto, todos los terratenientes padecían de una escasez de dinero contante, admitió Alejandro, sarcástico, para sus adentros, a él mismo le ocurría eso en forma periódica, y daba por sentado que esa era la situación del momento en la familia de su hermana...el próximo mes, el año próximo, las cosas se arreglarían y todo iría bien. Desechó con negligencia, por indigna, la idea de que existiera alguna necesidad desesperada de un matrimonio entre Sabrina y Carlos. Francisca siempre había deseado ese matrimonio, y supuso que en ese momento debía de parecerle más atrayente que de costumbre. ¿Pero y a Carlos? Pensativo, miró a su sobrino mientras el hermoso joven sonriente hacía girar a Sabrina con ligereza por el gran salón.

Alejandro no tenía reserva alguna en relación con Carlos de la Vega... por cierto que su linaje era impecable, ya los veintiséis años era lo bastante maduro y, cabía esperar, lo bastante prudente para dominar a Sabrina. Pero aun sabiendo que el plan ocupaba un lugar de importancia en el corazón de su hermana, en los dos últimos años Alejandro había resistido los intentos de ella de formalizar esa unión. Un matrimonio entre Sabrina y Carlos ofrecía muchas ventajas, era posible admitir lo, pero...

Nacido en una orgullosa familia española en la cual los matrimonios convenidos eran moneda corriente -aun cuando, como en el caso del padre de Alejandro, don Enrique, un hijo menor había preferido buscar su fortuna en el nuevo mundo- Alejandro se había resistido a ese destino. Como su padre lo había hecho antes que él, viajó a España a buscar una novia, pero a diferencia de su padre, Alejandro no encontró a una señorita de ojos oscuros que despertara algo más que un tibio interés en su corazón. Regresó a casa, a la hacienda de la familia, en México, soltero, para gran disgusto de don Enrique. Sólo unos cinco años más tarde, cuando se encontraba atareado, arrancando el actual Rancho del Torres del erial del este de Texas e hizo una visita casual a Natchez, conoció a Elena Sevilla... la conoció y se enamoró apasionadamente de ella. Se casaron tres meses más tarde, y aun ahora, diez años

después de su fallecimiento, Elena continuaba viviendo en su corazón. Su matrimonio con ella había sido idílico, henchido de risas, amor y pasión. Quiero eso para Sabrina, pensó con energía. Exijo que el hombre con quien se case la ame más allá de la muerte, que ella lo ame con todas las fibras de su ser, y quiero que él sea la razón de su existencia. Ninguna otra cosa resultará satisfactoria para mí... o para Sabrina. y sin embargo, esa noche, como nunca hasta entonces, tuvo conciencia del hecho de que cuando muriese, Sabrina quedaría sola en el mundo, sin la tan necesaria protección de un hombre.

Oh, por cierto, sus hermanas, Francisca, a su lado, y la menor,Ysabel, en Ciudad de México, se ocuparían de que no le ocurriese nada malo; también se podía contar con que Sofía cuidase a Sabrina. Pero la idea de que sus hermanas o los esposos de ellas tuviesen dominio sobre su vibrante hija testaruda le acongojaba.

Ahora bien, Sofía y Hugh Dangermond...

Lograr que hiciera un matrimonio seguro era la única manera que se le ocurría de proteger a Sabrina; y sin embargo sentía instintivamente que Carlos de la Vega no era el hombre que pudiera conquistar su corazón... o el hombre que la amase

como necesitaba que la amaran. ¿Pero cómo explicar eso a Francisca?

Francisca de la Vega era, exactamente, diez meses mayor que su hermano, hecho que, a cada instante, le arrojaba a la cara.

Era, además, una criatura dotada de muy pocas emociones, una mujer rígida, para quien la familia y las obligaciones estaban antes que ninguna otra cosa. No pudo creerlo cuando Alejandro se negó a casarse, por ningún otro motivo que no fuese el del amor, y si él le hubiera explicado sus reservas, en cuanto a una unión entre el hijo de ella y la hija de él, se habría sentido ofendida e incrédula.

Ella no amaba a su vecino de larga data en México, Luis de la Vega, cuando don Enrique organizó su casamiento con él, ¿pero qué importaba eso? Aunque Luis era un hijo menor, había sido lo bastante adinerado, y tenía la suficiente sangre azul como para satisfacer a don Enrique. El deber de ella era casarse, como lo exigía su padre, y así lo hizo, sin discusiones. También había sido su deber seguir a su esposo cuando, para gran furia de ella, resolvió seguir el ejemplo de su cuñado y sacar a su familia de México para establecerla en la región de Nacogdoches. Francisca odiaba absolutamente vivir en ese puesto avanzado, apenas civilizado, del dominio español, ya lo largo de los años se quejó amargamente de la falta de elegancia de esa vida. Pero había sido su deber permanecer con su esposo y darle sus cuatro hijos, incluido Carlos, el menor, el único varón Y heredero. ¿Por qué no habría de hacer Sabrina lo mismo?

Con lo cual vuelvo a mi punto de partida, suspiró Alejandro con frustración.

Como guardaba silencio, sin responder a su afirmación, Francisca se mostró impaciente Y preguntó con sequedad:

-¿No tienes nada que decir? -y cuando Alejandro sólo se encogió de hombros, agregó, acalorada:- ¿Por qué no quieres admitir que el casamiento de ellos sería algo espléndido? ¡No te entiendo, mi hermano! ¿Acaso tienes objeciones?

A desgana, Alejandro confesó:

-No, no tengo objeciones... si eso fuese lo que quiere Sabrina.

Francisca se mostró ofendida ante la idea de que Sabrina tuviese algo que decir acerca de los planes para su futuro, pero resolvió no dejarse desviar por semejantes tonterías, e insistió:

-No estuve de acuerdo contigo cuando sugeriste que postergáramos cualquier arreglo cuando Sabrina era más joven, pero como no existía urgencia alguna en resolver el asunto, mantuve la boca cerrada. Pero ahora...

Alejandro murmuró, levantando sardónicamente una ceja:

-¿Alguna vez cierras la boca? -Pero antes que ella pudiera replicar, preguntó, con inocencia:- Hablaste de urgencias. ¿Hay alguna ahora? Según recuerdo, presentaste unas cuantas objeciones cuando no quise hablar de un matrimonio entre ellos, antes que Sabrina

fuese a pasar esos seis meses con Ysabel, a los quince años. ¿Puede ser que tuvieras miedo de que encontrase a un joven caballero en Ciudad de México, que le pareciera mejor que tu hijo? ¿Como tal vez el hijo mayor de Ysabel, Domingo?

El opulento busto de Francisca se hinchó de indignación.

-iNo hay nadie -escupió, furiosa- mejor que Carlos!

Gozoso, Alejandro dijo con tono manso:

-Ah, perdóname, lo que dices es muy cierto. Pero dime, ¿por qué insistes tanto en que decidamos ahora? Nada ha cambiado. -Con cierta ironía, agregó:- ¿A menos que Ysabel haya escrito para decir que Domingo vendrá de visita?

Los ojos oscuros de Francisca llamearon Y apretó la boca rotunda. Dominó con esfuerzo su temperamento, hizo caso omiso de las frases provocativas de él y dijo, con voz llana:

-Sabrina tiene ahora diecisiete años. No hay motivos para que no se pueda convenir un compromiso.

Disgustado por la persistencia, Alejandro masculló por último:

-iFrancisca, termina con tus maquinaciones! Esta noche es el cumpleaños de diecisiete de Sabrina, y no tengo intención de adoptar decisión alguna. -Dijo, inflexible:- Tú tenías dieciocho años cuando tu padre te comprometió con Luis, y entonces, ¿por qué habría de tener Sabrina menos tiempo? Todavía es joven, y no permitiré que ni tú ni nadie la impulse a toda prisa a un casamiento que ella no desee.

Francisca contrajo la mandíbula y preguntó, con acidez:

-¿Estás diciendo que puede no querer casarse con Carlos?

Alejandro suspiró.

-No sé cómo piensa. Quédate tranquila, si Sabrina desea casarse con Carlos, no pondré obstáculos en su camino.

-iCuán generoso de tu parte! -dijo ella, mordaz-. Pero no te sorprendas si, para cuando condesciendas a hablar de un casamiento, Carlos ya haya decidido que no quiere casarse con tu hija.

-Así sea.

Sin hacer intento alguno de ocultar su desagrado, Francisca se alejó, a zancadas, y Alejandro respiró con mayor libertad.

Pero la conversación que habían sostenido no se alejaba de su mente, y esa noche, más tarde, cuando todos los invitados se hubieron ido y él y Sabrina se encontraban cómodos, en una salita amable, un tanto desaseada, del final del ala principal de la casa, él dijo, con negligencia:

-Vi que bailaste unas cuantas piezas con Carlos. ¿Puedo intuir un romance?

Sabrina, en una postura muy indigna de una dama, descalza, las largas piernas colgantes al costado de una enorme butaca de respaldo alto, de cuero de Córdoba, miró a su padre con asombro.

-¿Un romance? -preguntó, incrédula-. ¿Con Carlos?

Alejandro sonrió, pensando en la reacción de Francisca si hubiera escuchado la respuesta de Sabrina. Apartó de su mente el pensamiento sobre la congoja de Francisca y su cólera, y dijo, con tono superficial:

-Hmmm, Carlos. ¿Te gusta él?

Desconcertada, Sabrina respondió con bastante rapidez.

-Por supuesto que me gusta mi primo... hemos crecido juntos.

-¿Pero has pensado en casar te con él?

Con una expresión de absoluta sorpresa en su rostro encantador, Sabrina miró la copa de cristal, con coñac, que había a unos centímetros de la mano de su padre. Alejandro rió al ver la mirada y en el acto se sintió más contento. Dijo con ligereza:

-No, no me he excedido, paloma mía. Sólo ocurre que a tu tía Francisca le agradaría verte casada con Carlos, y me pregunté cómo reaccionarías.

Sabrina frunció con desagrado la nariz un tanto respingada.

-La tía Francisca se interesa por cosas que no le conciernen. No deseo casarme todavía y -agregó, con expresión de pronto soñadora- cuando lo haga, quiero amar como amaron tú y madre... no aceptaré nada menos que eso.

Aliviado y complacido a la vez, Alejandro levantó su copa de coñac y dijo con solemnidad:

-Para nosotros, nada menos que amor.

A pesar de la confirmación de su seguridad respecto de Sabrina, después que ella fue a acostarse, esa noche, Alejandro se descubrió pensando con seriedad en su futuro... y en su posible matrimonio. Sabía que no existía hombre de edad alguna, en la zona, que le hubiera llamado la atención. O bien, admitió con tristeza, uno a quien no llevase de un lado a otro, como a un toro, con un anillo de bronce en el hocico! Pero aun así, en el momento mismo en que ese pensamiento le cruzaba por la mente, recordó a un joven de rostro moreno, delgado, y duros ojos de color verde jade... su sobrino político, Brett Dangermond.

Ese, admitió, casi con remilgos, ese era un hombre. Un hombre lo bastante fuerte y lo bastante endemoniado para manejar a cualquier mujer... aun a Sabrina.

Si Sabrina no había visto a Brett Dangermond desde que tenía siete años, no ocurría lo mismo con Alejandro. Lo había visto varias veces, en los años posteriores, en Natchez y Nueva Orléans, y si bien los encuentros fueron muy separados unos de otros, y muy fugaces, cada vez que veía a Brett se sentía más impresionado. Pero hasta esa noche nunca había pensado en ese endemoniado que nada sospechaba a la luz de la posibiJidad de que "llegase a ser un yerno”. -

Con una sonrisa de pura picardía en el rostro, Alejandro rebuscó en el escritorio de pino tallado ante el cual se hallaba sentado y encontró papel, y su pluma y tintero. Durante varios segundos clavó la vista en el espacio, pues de pronto se dio cuenta de que necesitaba alguna razón para invitar tan inesperadamente a Brett a que los visitara. Se devanó los sesos buscando alguna excusa plausible y luego, al recordar vagamente que Brett había ganado una plantación en la baja Louisiana, en una echada de dados, comenzó a escribir.

Eso había sido dos años antes, y Alejandro creyó recordar que cuando él y Brett se encontraron por accidente en Nueva Orléans, Brett hizo algún comentario burlón acerca de que tal vez intentara ser un plantador como su padre. La plantación que Brett acababa de adquirir había quedado devastada por el fracaso de una cosecha de índigo, en 1792, pero Brett, recordaba ahora Alejandro con claridad, mencionó que le agradaría tratar de experimentar con la caña de azúcar. Brett sabía muchísimo sobre el cultivo de esa cosecha relativamente nueva en Lousiana, y su sonrisa se amplió. Por supuesto. ¡La caña de azúcar era la solución! Escribiría a Brett haciéndole saber que pensaba plantar varios cientos

de hectáreas con caña de azúcar, y que querría contar con el consejo de Brett. El pretexto era débil, pero no irrazonable. Con rapidez, antes de darse tiempo a cambiar de idea, se puso a escribir.-Cuando terminó, no pudo menos que sonreír.

El pensar en Brett Dangermond le había recordado lo mucho que se querían Sofía y Sabrina, y tuvo conciencia de que de pronto había soluciollado varios problemas planteados por la conversación de esa noche con Francisca: si algo le sucedía, dada la situación de esos momentos, Sofía Dangermond sería la persona que querría que cuidase a Sabrina, pero entretanto -la sonrisa se le amplió- entretanto, ¿quién sabía qué podía ocurrir cuando Brett recibiera su carta?

4

Cuando la amable invitación de Alejandro para que visitase Rancho del Torres, a fin de hablar sobre la plantación de caña de azúcar, llegó por fin a manos de Brett Dangermond, era un día húmedo, tormentoso, de finales de noviembre. Brett había regresado a Riverview, donde se alojaba por el momento en sus habitaciones de soltero, situadas a cierta distancia de la casa principal, después de un día pasado en compañía de su amigo Morgan Slade. Maldijo

el mal tiempo, y en el angosto vestíbulo de entrada de la casita construida para su uso exclusivo, cinco años antes, arrojó a un lado su abrigo chorreante. Pasó por una puerta de su derecha, entró en una gran habitación agradable y cruzó con rapidez, por la elegante alfombra turca, de color rojo, para detenerse delante del bienvenido fuego que ardía en el hogar de ladrillos. La habitación en la cual se encontraba servía al mismo tiempo como salón y comedor. Había cómodos sillones de cuero verde, dispersos al azar, y una pesada mesa de roble y un aparador se encontraban en un extremo; cerca se veían varios sillones Luis XV cubiertos de terciopelo pardo, y suaves colgaduras doradas pendían en las ventanas salpicadas por la lluvia. Por la mezcla casual de muebles y los cuadros con escenas de cacería en las paredes, se veía a las claras que se trataba de una habitación que nunca había conocido un toque femenino... cosa que le parecía muy bien a Brett. Después de calentarse las manos, se volvió para enfrentar la

habitación, y entonces vio la carta manchada por los viajes que reposaba en la mesita con incrustaciones de marquetería próxima a su sillón favorito. Con curiosidad, un tanto ceñudo, la tomó. Palpó el borde desgarrado del paquete que contenía la carta y miró a través de la puerta, hacia donde su mayordomo-y-lacayo, a falta de una mejor designación, colgaba, gruñón, su abrigo caído. Con su voz profunda, teñida de resignación, Brett preguntó:

-¿Cuándo llegó esto? ¿y quién lo entregó?

-Llegó hace unas dos horas, señor. Lo trajo un buhonero, dijo que 10 había recibido de un soldado español, en Nueva Orléans -respondió con laconismo Ollie Fram, con su acento de los barrios bajos londinenses todavía evidente después de varios años al servicio dé Brett.

Este miró a su criado por encima del borde de la carta. Comentó, con sequedad:

-y por supuesto, no pudiste dejar de abrirlo y leerlo.

Con una expresión dolorida en su fea cara simiesca, Ollie Fram replicó, indignado:

-Podía haber sido importante, señor... tal vez habría tenido que hacer que lo buscaran.

Brett bufó y se acomodó en el sillón más cercano al fuego; leyó la carta con rapidez. Con una expresión pensativa, contempló el fuego, lúgubre, durante varios segundos. Sólo se movió cuando Ollie depositó junto a su codo un jarro de vino especiado, caliente. Al mirar al joven moreno, menudo, todo lo contrario, en su aspecto, de lo que habría debido ser un mayordomo, o inclusive un lacayo, preguntó:

-¿ y bien? ¿Aceptaremos la invitación de don Alejandro?

-No veo por qué no. Desde que volvimos de Inglaterra, en octubre, se ha mostrado cada vez más inquieto. Me parece que ya es hora de que nos pongamos de nuevo en movimiento. Además, nunca hemos estado al oeste del río Sabine -respondió Ollie con prontitud.

Si parecía extraño que un caballero pidiera la opinión de su criado acerca de cualquier otra cosa que no fueran sus corbatines o sus botas, más extraño aun era que Ollie Fram fuese el criado de Brett. En verdad, como Brett se lo había dicho muy a menudo, Ollie habría debido ser ahorcado en Tyburn Hill hacía años... y si el contenido del bolso que el joven pillastre había tratado de hurtar ese día, en la Feria de San Bartolomé, hubiese sido de cualquier otro, y no el de Brett Dangermond, de diecinueve años, el destino de Ollie habría quedado sellado. Pero si bien los hados habían sido injustos para Ollie durante la mayor parte de su vida, dejándolo huérfano en los míseros barrios bajos de Londres a los seis años, no lo abandonaron del todo: hasta los diez años se las arregló, por métodos que es mejor no describir, para sobrevivir en los sumideros de Whitefriars. Por cierto que los hados le habían sonreído el día en que trató de robar el reloj de Brett. Al sentir que su reloj se deslizaba con suma lentitud del bolsillo de su chaleco, Brett se volvió con violencia hacia el culpable. Al encontrarse cara a cara con el chico pequeño, increíblemente feo, vestido con harapos, cuya boca vomitaba las más escandalosas palabrotas imaginables, Brett quedó apabullado. Llevar al chico ante un magistrado habría sido en la práctica una condena de muerte para él, y por lo tanto, movido por una compasión que no

podía explicar (insania, dijo en meses posteriores), llevó al desagradecido granuja a su casa de Londres. Resultó difícil para todos, porque Ollie no se mostró en manera alguna

agradecido por haberse librado de una muerte posible, ya que significaba tener que bañarse y aprender algunos modales, además de aprender a leer y hablar el inglés del rey. Pero a lo largo de los años fueron eliminadas las aristas más gruesas y, cosa nada sorprendente, Ollie llegó a la conclusión tardía de que Brett era nada menos que un dios. Brett nunca supo con certeza cómo ocurrió eso, pero Ollie ocupó poco a poco las funciones de su mayordomo y su lacayo. Llenó admirablemente los zapatos de ellos, cuando se fueron, aunque en forma un tanto singular, y Brett se sintió satisfecho. Ollie siempre producía un impacto a primera vista, su escasa estatura y su delgadez hacían que pareciera, a los diecinueve años, mucho menor de lo que era... hasta que uno advertía la cínica sabiduría de sus ojos castaños. Y después, lamentablemente, estaban sus ocasionales caídas en desgracia, cuando un alfiler de corbata o un reloj especialmente exquisitos, usados por alguno de los conocidos de Brett, llegaban de modo inexplicable a las prontas manos de Ollie. A pesar de sus evidentes defectos, Ollie era rápido e inteligente, y para alguien tan maduro y pronto para las travesuras y los peligros como Brett, era el criado perfecto. Ollie no formulaba preguntas en cuanto a algunas de las extrañas actividades en las cuales había participado Brett; no había discusiones, con él, cuando Brett saltaba a ciegas a otra aventura alocada. Por el contrario, era probable que Ollie participara en las locuras. Por supuesto, Brett era muy joven en aquellos días. Había llegado solo a Inglaterra, para reclamar una bonita fortuna que le había dejado una tía abuela, y el resultado fue en todo sentido predecible. Quedó en libertad en Europa, con demasiado dinero, demasiado tiempo disponible y muy pocas limitaciones, de manera que era muy natural que su vivacidad lo condujese por caminos peligrosos, senderos que muy pronto le valieron el apodo de "Demonio" Dan-germond. En ese momento hubo unos golpecitos en la puerta de afuera, y Ollie desapareció para ir a ver de qué se trataba. Reapareció un segundo más tarde, y dijo con laconismo:

-Señor, su padre querría que fuera a la casa. Un cierto general Wilkinson se alojará allí esta noche, y su padre desearía que se uniese a ellos para beber un coñac después de la cena.

Brett hizo una mueca, al darse cuenta de que la invitación de su padre era un ruego para que lo salvara de la tarea de soportar toda una noche a solas con el untuoso Wilkinson. Respondió, a desgana:

-Muy bien, hazle saber que iré más tarde.

Encontró a su padre y al general junto al fuego, en un cuartito agradable de la parte trasera de la casa, cuando por fin llegó. Después de saludar a los dos hombres con cortesía, se sirvió un coñac y dijo con ligereza:

-Noche horrible para hacer visitas, general, ¿no es verdad?

Wilkinson lanzó una estrepitosa carcajada. Tenía unos pocos años más de cuarenta, pero sus facciones, otrora atrayentes, eran blandas y carnudas.

-iPor cierto que sí! -replicó con jovialidad-. Pero me encontraba en los alrededores y decidí que pediría a su padre un techo sobre mi cabeza, en lugar de pasarla en alguna posada ruinosa. -Sonrió con astucia.- Además, su padre tiene el mejor coñac de Natchez.

Hugh Dangermond sonrió y murmuró:

-Puede que eso sea así ahora, pero hubo tiempos en que no era verdad. Cuando Manuel Gayoso era nuestro gobernador durante el dominio español, él tenía el mejor coñac.

Los cincuenta y tantos años de Hugh se veían, serenos, en su cara y su cuerpo. Había una generosa salpicadura de plata en el cabello negro, una fma red de líneas de risa se extendía cerca de sus ojos, y apenas una leve hinchazón de peso alrededor de la cintura, para mostrar que el tiempo había dejado su marca en él.

El comentario acerca de Gayoso puso un ceño en el rostro rubicundo de Wilkinson. Sus manos se cruzaron, complacientes, sobre un vientre perceptiblemente rotundo, y dijo con indiferencia:

-Qué pena lo de él. Parece imposible pensar que apenas este último verano murió en Nueva Orléans. -El general meneó su rubia cabeza.- Yo estaba allí, la noche en que murió, ¿sabe?

-Lanzó un suspiro prolongado.- No pude creerlo cuando me dijeron, a la mañana siguiente, que había fallecido. ¡Qué golpe! ¡Uno de mis amigos más queridos, muerto en un instante!

Brett nada dijo. Su opinión acerca del general nunca había sido demasiado elevada, y en los modales de Wilkinson había algo que le molestaba. lntuía alguna hipocresía en las palabras sobre la muerte de Gayoso... y se preguntó hasta qué punto había sido el general un amigo de verdad del extinto Manuel Gayoso de Lemos.

La amistad de Wilkinson con el español resultaba bien conocida, y eran muchos, entre ellos Brett y Hugh, los que la veían con suspicacia, y pensaban en privado que por ser un oficial de alto rango en el Ejército de los Estados Unidos, Wilkinson era un poco demasiado amigo del español. siempre corrían rumores sobre Wilkinson y el español, pero nadie pudo probar nada, nunca. Los rumores desagradables parecían seguir al general J ames Wilkinson; rumores de sobornos y de negocios sucios, que lo acompañaban como sombras oscuras. Mientras los tres hombres conversaban cortésmente durante varios minutos, Brett calculaba cuán pronto podía salir sin abandonar a su padre u ofender al general. Pero entonces Wilkinson dijo algo que atrajo su interés.

El general dejó su copa de coñac en la mesa de mármol próxima a su sillón y murmuró:

-Esperaba poder ver antes a mi joven amigo Philip Nolan, pero parece que todavía no ha regresado de la Texas española. Esperaré aquí, en Natchez, unos días más, pero después tendré que partir. -Sonrió con afabilidad.- Obligaciones oficiales, saben.

Philip Nolan era el protegido extraoficial de Wilkinson; había sido el agente de éste antes de dedicarse a trabajar por su cuenta; desaparecía durante varios años en el vasto erial sin caminos trazados de las tierras españolas del oeste del río Sabine. ¿Por qué habría de querer Wilkinson ver a Nolan en cuanto regresara de su último viaje a esas tierras? , se preguntó Brett. Observó al general con curiosidad. ¿Qué planeaban esos dos? Por cierto que debía de ser algo que les llenaría los bolsillos... Wilkinson siempre andaba escaso de dinero suelto.

Hugh proporcionó una clave, al decir con inocencia:

-Es extraña la forma en que Gayoso se volvió contra Nolan antes de morir. Recuerdo cuando eran los mejores amigos. Creo que Gayoso llegó a emitir un mandamiento para el arresto de Nolan... Acá oímos rumores acerca de los españoles en Nueva Orléans. Es como si creyeran que Nolan ha descubierto algún maravilloso tesoro ahí, en 'el desierto. -Hugh meneó la cabeza, disgustado.- Parece que los españoles nunca se dieron cuenta de que no existe Cíbola, no hay tales siete ciudades de oro. Es probable que crean que el pobre Nolan ha encontrado algún tesoro azteca oculto.

El efecto de las palabras de Hugh sobre Wilkinson fue electrizante. Todo el cuerpo se le puso rígido; una expresión de furia y temor le ardió en los ojos azules, aunque la ocultó enseguida.

Hugh se había vuelto a un lado para servirse otro coñac, pero Brett vio con claridad la reacción de Wilkinson. Incrédulo, observó las facciones regordetas. ¿Creía el general en semejantes tonterías? ¿Por eso quería ver a Nolan? ¿Para averiguar de primera mano si éste había hallado en verdad el tesoro? Y sin embargo, paradójicamente, había tambié\Í en el hombre un aire de remilgada satisfacción, como si ya poseyera alguna información esclarecedora, como si supiera algo que otros no conocían...

Muy curioso de repente, Brett comenzó a interrogar al general, pero como si se diera cuenta de que se había traicionado, Wilkinson replicó con respuestas vagas, desviando la conversación, con habilidad, del tema de Nolan y del español. A desgana,

Brett le permitió hacerlo. Pero en algún momento, pensó lentamente, para sus adentros, mientras recorría a caballo la corta distancia que mediaba hasta su casa, más tarde, esa misma noche, resultaría interesante hacer algunas averiguaciones discretas...descubrir cómo había muerto Gayoso en realidad y por qué Wilkinson se mostraba tan ansioso por ver a Nolan...

Muy inquieto esa noche, cosa poco común en él, Brett vagó por la cómoda casita como un animal de presa enjaulado. Trató de dormir, pero como encontraba que el sueño huía de él, se puso por último una bata de seda negra y bajó al salón. Hurgó, irritado, el fuego en rescoldo, y a la larga tuvo la recompensa de un parpadeo de llamas. Mientras observaba las lenguas ígneas que bailoteaban, se sorprendió recordando a una niña de cabello del color del fuego, y la fina boca se le convirtió en una línea. Cuando había leído la carta de Alejandro, tuvo conciencia de una falta de deseo de renovar sus relaciones con la familia del Torres, pero también sentía una insoportable curiosidad por observar los cambios que sin duda se habían producido en su prima política. Me pregunto cómo será ahora, caviló, si ha crecido con esos ojos increíbles y esa boca insolente...

Por cierto que él había cambiado en los diez años transcurridos desde la última vez que se vieron. Pero en el hombre de casi veintiocho años quedaba todavía una definida semejanza con el joven que había sido. Descalzo, tenía diez centímetros más de un metro ochenta, su cuerpo era delgado, duro como el acero, y poseía la gracia y la potencia contenida de un león en el momento de la cacería. Como había predicho Sofía, los hombros se le habían ensanchado, los brazos estaban henchidos de duros músculos, que no existían diez años antes. Un amplio pecho combinaba con sus hombros; su cintura y sus caderas eran delgadas y estrechas, y sus largas piernas, de elegante musculatura, se mostraban a la perfección en los ceñidos pantalones y calzones bombachos que entonces estaban de moda.

Es posible que el mayor cambio fuese el producido en sus facciones; diez años de vida peligrosa, arrojada, estaban estampados con claridad en la cara áspera, morena. Su cabello seguía siendo negro, las cejas negras igualmente temibles, los ojos de color verde jade... Los ojos verdes habían adquirido un brillo profundamente cínico, casi insolente, y la boca plena, móvil, tenía con frecuencia un sesgo mordaz, burlón, un tanto despectivo que, cosa extraña, intensificaba su encanto. No cabía duda de que Brett Dangermond se había convertido en un joven muy hermoso, a pesar de su arrogancia inconsciente y su aire de fatigado desdén.- Lo poseía todo: crianza aristocrática, fortuna y un encanto y modales devastadores, que cuando lo quería podían aniquilar cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino. Y sin embargo, había en su interior un ansia que lo impulsaba constantemente a tratar de apaciguar el aburrimiento y el vacío que eran sus compañeros constantes. Antes de los veinticinco años, con Ollie como su guía ansioso, había recorrido los mugrientos bajos fondos de los peligrosos barrios bajos de Londres, bebido hasta quedar casi ciego, jugado y putañeado en su trayecto a España, Francia, Inglaterra, Norteamérica y vuelta. A lo largo del camino había habido duelos y locas travesuras... hizo toreo en Madrid, mató a un hombre en duelo por una mujer, en París; por una apuesta de ebrios hizo de salteador de caminos en Hampstead Heath... la devolución de las ganancias malhabidas, a los dueños, que formaba parte de la apuesta, fue lo que Brett encontró más incitante; sacó de contrabando, de Francia, una Francia enloquecida, a aristócratas destinados a la guillotina, y durante un año se agregó a un corsario norteamericano que asolaba las aguas frente a la costa de México.

Pero la escapada, si es posible llamarla así, que le proporcionó más peligros y satisfacciones fueron los tres meses que se pasó infiltrado en una pandilla de contrabandistas, en la región de Nueva Orléans, tres años antes. No fue una travesura, una apuesta entre ebrios, lo que lo empujó a las mal afamadas filas de ellos, sino más bien una sed de venganza... por encima de todo, Brett era feroz, salvajemente fiel a sus amigos. Durante el año en que él y Ollie navegaron con el

Cor00sario, Samuel Brown, Brett llegó a querer y respetar al rudo y anciano capitán. Sam Brown había sido un hombre honorable a su manera tosca, y al volver de una de sus visitas relámpago a Riverview, Brett se sintió acongojado y furioso al enterarse de su muerte a manos de una banda de contrabandistas renegados. Brett se insinuó con frialdad, en forma deliberada, en la red de éstos, y con la misma frialdad provocó su ruina. Con la ayuda del magistrado español de Nueva Orléans, destruyó eficazmente a la pandilla desde adentro, y contempló, impasible, cómo se aplicaba la pena de muerte por el asesinato de Sam Brown al

culpable de ella.- Poco después de ese incidente ganó la arruinada plantación de índigo de Louisiana y consideró la posibilidad de una vida más tranquila. Durante un año se lanzó al desafío de salvar del borde del desastre las tierras ganadas, y, como todo aquello que intentaba, lo logró. Puso a un administrador al frente de los terrenos y una vez más dejó que su fantasía vagase por donde quisiera, despierta su curiosidad por la guerra que continuaba entre Francia e Inglaterra. Pero para su congoja, descubrió que el peligro por el peligro mismo ya no ofrecía el atractivo que tenía antes para él, y empujado por un aburrimiento que no podía vencer, regresó a Natchez en el otoño de 1799, para pensar en su futuro. El peligro por el peligro mismo podía haber perdido su atractivo para él, pero una de las cosas que no habían cambiado era su profundo y permanente desprecio y desconfianza hacia las mujeres. Y por desgracia, en los años anteriores había habido ciertos incidentes que sólo lograron fortalecer sus creencias. Con toda la arrogancia de un joven hermoso, muy buscado, de veintiún años, se había considerado inmune a las flechas de Cupido, pero no era así. Al regresar a Inglaterra de una Francia turbulenta, desgarrada por la revolución, en la primavera de 1792, conoció a la señorita Diana Pardee, en Almack, una noche. El y dos amigos, por una apuesta, penetraron por esos sagrados portales para agregar una o dos botellas de fino vino francés al inocuo ponche que siempre se servía. Tuvieron éxito en su treta y se dedicaron a observar los resultados cuando Brett se vio atraído por un par de grandes ojos azules, en la cara más hermosa que hubiera visto nunca. Un rizado cabello negro enmarcaba las maravillosas facciones, y como un hombre deslumbrado, olvidado al instante su firme voluntad de no dejarse atrapar nunca por una mujer, se encontró cortejando con fervor a la hermosa señorita Pardee. Se enamoró ciegamente, hechizado, y sordo a las advertencias de sus amigos en el sentido de que la señorita Pardee no aceptaría nada menos que un duque, continuó durante semanas enteras su ardiente galanteo.

Había sido cautivado por ella... y se vio a las claras que ella experimentaba los mismos sentimientos apasionados. En todas las oportunidades posibles, alentaba sus requerimientos. Fue una sorpresa en especial dolorosa y desagradable cuan-

do se anunciaron sus esponsales con el duque de Alward en particular porque dos días antes se había encontrado en forma clandestina con Brett en Hyde Park y respondido con entusiasmo a los besos dulcemente ansiosos que él hizo llover sobre la cara de ella vuelta hacia arriba. Pasmado, incrédulo, humillado, Brett se precipitó hacia la casa de los Pardee en el pueblo, en la calle Half-Moon. Lord Pardee, el padre de Diana, lo miró de arriba abajo con lástima, y como decidió cínicamente que su hija estaba más capacitada para expulsar a ese fogoso joven romántico, permitió que Brett hablara en privado con la señorita Pardee. Fue un golpe abrumador oír de los labios de su amor que nunca había tenido intención alguna de aceptar sus galanteos... era hermoso, mucho más hermoso y más joven que el duque, y ella había pensado en disfrutar antes de caer en una aburrida domesticidad con un hombre de edad suficiente para ser su abuelo. Además no podía casarse con una nulidad con título, por más rico y elegible que fuese. Y por supuesto, todos sabían que el duque de Alward era mucho, mucho más rico que el señor Dangermond. y sin embargo, a lo largo de los años, a medida que crecía, había ocasiones en que ponía en tela de juicio sus creencias, momentos en que veía el amor y la alegría que su padre compartía con Sofía, y que le hacían dudar...El matrimonio era decididamente un éxito resonante, la ca-sona vibraba ahora con las risas de niños, se reconocía una sensación de calidez y amor en cuanto uno pisaba el elegante vestíbulo de suelo de mármol. El propio Brett, impregnado de su amargo cinismo, lo reconocía, y es posible que fuera por eso que había comenzado a pensar, a regañadientes, que tal vez Sofía era tan afectuosa y amante como parecía serio. A desgana, tuvo que admitir que su padre estaba extático con su esposa y su joven familia encrecimiento; el semblante de Hugh se veia más tranquilo y sonriente de lo que Brett lo había visto nunca. Para su deleite, después de su primer matrimonio sin hijos Sofía resultó ser notablemente fértil. Un varón, Gordon, nació en 1790, en 1794 hubo una niña, Roxanne, y otra, Elisa, apareció apenas un año más tarde, en 1795. De Martin uno hablaba muy pocas veces... había continuado con sus

modales desagradables, haciéndose cada vez más antipático en su corta vida. Cuando murió, inesperadamente, de fiebre amarilla, a la tierna edad de diecinueve años, había en Natchez quienes murmuraron que esa fue una profunda bendición para la familia.

Aunque Brett nunca había tenido una relación cálida con Martin, contemplaba a sus hermanos menores con un afecto tolerante, y a su vez ellos se mostraban cómicamente serviles en su amor por el alto gigante hermoso que aparecía y desaparecía con tan desconcertante regularidad. En una ocasión Brett los acusó,

riendo, de amor interesado, ya que no importa dónde hubiese estado, o en qué circunstancias, siempre parecía haber un regalo, emocionante y deslumbrante para cada uno de ellos. Brett no sabía si era por el inocente encanto de los niños, o por la flagrante felicidad de su padre, pero adquiría cada vez más conciencia de un vacío existente en su interior... un vacío que el peligro y las excitaciones ya no parecían llenar. Mientras miraba el fuego bailoteante, sin ver lo, se preguntó, incómodo, si no envidiaba la alegría de su padre, si en el fondo del corazón no ansiaba esa misma dicha. Cosa que lo volvió decididamente molesto y suspicaz en cuanto a las razones de su repentina certidumbre de que aceptaría la inesperada invitación de Alejandro. ¿Iría a Nacogdoches porque quería ayudar a Alejandro y deseaba reanudar la relación con un miembro lejano de la familia... o iría porque nunca había olvidado del todo las emociones: que una niña de siete años había despertado en él?

Furioso consigo mismo por pensar, siquiera por un momento, en semejante posibilidad, casi estuvo a punto de enviar un seco rechazo de la invitación. Pero no lo hizo. En cambio se maldijo por ser un tonto, masculló entre dientes algo acerca de sus “pensamientos asquerosos, demenciales, de medianoche", salió del salón a grandes trancos y buscó su cama. Ollie encontró a Brett un tanto hosco y malhumorado en las semanas que siguieron, y aunque ese extraordinario estado de cosas duró hasta el nuevo año, no le prestó atención... ya pasaría. Al llegar el miércoles siguiente para una noche de tragos y naipes, Morgan Slade no se mostró tan afable al respecto. Al mirar a su amigo, mientras Brett observaba, ceñudo, los naipes que tenía en la mano, Morgan preguntó, a boca de jarro.-

-¿Te ocurre algo? Toda la noche te portaste como un oso con dolor de cabeza.

Brett hizo una mueca. Dejó caer los naipes en la mesa de roble y admitió:

-Nada que conozca con certeza. Creo que tiene que ser este maldito tiempo. ¡Dios, cómo odio la lluvia!

Morgan sonrió con conmiseración. Era verdad que los últimos días habían sido desagradables, pero como sabía que no era habitual que Brett permitiese que algo tan mundano como el tiempo lo molestara, hizo un leve sondeo.

-¿Es sólo el tiempo lo que te convierte en una compañía tan desagradable?

Brett se puso de pie, se acercó al aparador y sirvió un par de copas de coñac. Entregó una a Morgan y se sentó de nuevo.

Mientras miraba el licor de color ámbar de su copa, Brett dijo, sombrío:

-iDemonios, no sé qué me pasa! Creo que he estado demasiado tiempo aquí, en Natchez. Es hora de que me ponga en movimiento otra vez, pero encuentro que ningún lugar me atrae en especial.

-Pero yo pensaba que ibas a visitar a ese pariente tuyo de la Texas española -dijo Morgan con asombro, desconcertados los vívidos ojos azules.

-Oh, es probable que lo haga -respondió Brett, huraño.-

Sólo que... ioh, maldición y condenación! No sé qué me pasa. Parece como si en estos días no pudiera despertar mi entusiasmo por nada. Ni siquiera la idea de ver un territorio conmueve mi interés.

Pensativo, Morgan dijo:

-¿Has visto a Philip Nolan desde que se casó, el mes pasado, con Fannie Lintot?

Asombrado y demostrándolo, Brett repuso:

-No. ¿Por qué?

-Bien -empezó a decir Morgan con lentitud- si no te atrae la idea de visitar a tu tío en Nacogdoches, ¿por qué no piensas en acompañar a Nolan este año, más adelante, cuando vaya a capturar más caballos salvajes al oeste del río Sabine?

-Se casó este último mes de diciembre, ¿y ya está pensando en dejar a su esposa? ¡Eso no habla muy bien en lo que se refiere al matrimonio! -dijo Brett, sardónico. Y después sintió deseos de maldecirse al ver el espasmo de dolor que cruzó por el semblante de Morgan-. iPerdóname! -exclamó, contrito-. No quería...

Morgan le dirigió una sonrisa torcida.

-No tiene importancia -interrumpió con sencillez-. El tiempo cura el dolor, amigo mío. -Con las facciones endurecidasde repente, dijo:- El tiempo también le enseña a uno que las mujeres nunca son lo que parecen ser.

Las mujeres y su capacidad para el engaño eran un tema en el cual Brett y Morgan nunca se mostraban en desacuerdo, y durante la hora que siguió cada uno reforzó la amarga evaluación del otro acerca del sexo opuesto. Después de agotar los pecados de las mujeres que habían conocido, Brett llevó la conversación, otra vez, a Philip Nolan.

-¿ Te parece que de veras irá a cazar caballos tan pronto, después de su casamiento? -preguntó con negligencia.

-Dudo de que quiera irse en los próximos meses, pero el martes pasado me dijo algo que me hizo pensar que podría ir al , oeste en algún momento de este otoño. Nunca se sabe qué puede hacer Nolan. Pero lo mismo que tú, me parece extraño que con una nueva esposa y después de su último choque con los españoles... -Ante la expresión de interés de Brett, Morgan explicó:- Casi no consiguió volver a Natchez; parece que los Don tenían grandes deseos de arrancar le el pellejo. Y es claro que él se lo buscó, cuando les dijo que tenía documentos para cazar caballos en un lugar y ser visto después en otra parte de Texas en la cual nada tenía que hacer. Ya sabes cuán suspicaces son los españoles, tan seguros como están de que les robaremos las tierras.

-¿ y no es así? -preguntó Brett, sardónico.

Morgan se encogió de hombros.

-Mientras nos dejen usar el Mississippi y el Puerto de Nueva Orléans sin problemas, dudo de que haya dificultades en ese aspecto.

Brett gruñó y luego interrogó:

-Pareces saber mucho acerca de los planes de Nolan.----¿Piensas ir con él?

-Es posible -admitió Morgan lentamente-. Como tú, desde que volví a casa, de Nueva Orléans, el otoño pasado, encontré que me sentía cada vez más inquieto. Nada hay que me retenga en Natchez... tanto daría que me uniese a Nolan, si se va.

-Parece interesante, pero dudo de poder dominar mi aburrimiento hasta que Nolan vaya otra vez a cazar caballos, si va -dijo Brett con sequedad-. Sospecho que antes que llegue la primavera, me habré quitado de los pies el polvo de Natchez e ido Dios sabe adónde.

-Bueno, si vas a Nacogdoches, eso no impide del todo el viaje con Nolan. Tenía amigos en esa región, y creo que a menudo para allí, de manera que es posible que te encuentres con nosotros.

Brett movió la cabeza en señal de asentimiento.

-Puede ser. Tendremos que ver cómo van las cosas. Pero entretanto creo que he ganado la última mano...Jugaron a los naipes durante horas enteras, pero a pesar de lo tardío de la noche y del consumo de una prodigiosa cantidad de coñac, Brett despertó a la mañana siguiente sintiéndose más satisfecho de lo que se sentía desde hacía varios días. Supuso que ello se debía a que al final había dejado resuelto en su mente el problema del viaje a Nacogdoches. Se dijo que estaba aburrido, que nunca había estado allí; le gustaba Alejandro y en alguna ocasión había sentido afecto por Sabrina, y entonces, ¿por qué no ir a visi- tarlos? Empujó al fondo de sus pensamientos la idea de que estaba extrañamente ansioso por ver a su joven prima política. Además, se recordó con fuerza, a los diecisiete años ella continuaba siendo una niña

Después de dejar aclarado ese punto a su entera satisfacción, en los días que siguieron Brett se sintió impaciente por iniciar el viaje a Nacogdoches y al Rancho del Torres. Sofía se mostró encantada con la decisión, y durante un espantoso momento él temió que resolviera acompañarlo. Sofía dedicó una mirada divertida, sabia, a las facciones cuidadosamente controladas de él y estalló en carcajadas.

-No, no pienso ir contigo. Por supuesto, si Sabrina quisiera acompañarte y visitamos por un tiempo, ¿te molestaría ser su escolta?

-Sería un placer para mí -murmuró él con cortesía.

El mal tiempo conspiró para demorar su partida, pero también le dio oportunidad para reflexionar, y por primera vez en su vida pensó con seriedad en su futuro. Por cierto, admitió con una mueca, no podía seguir así... jugando y putañeando, viviendo con su reflexiva indiferencia de siempre. En términos ideales, debía establecerse en Riverview y prepararse para el día en que la plantación fuese suya. Pero con una sonrisa torcida, se dijo por último que nunca viviría cómodamente en casa durante mucho tiempo...en seis meses la pequeña y compacta comunidad de "Natchez Superior" lo asfixiaría y el suave fluir de Riverview le dejaría demasiado tiempo libre.

Después de haber reconocido eso, se dio cuenta de pronto de que nunca sería dichoso viviendo en Riverview, y con la mandíbula apretada, adoptó una decisión. La meditó cuidadosamente y por último, resuelto, buscó a su padre.

-Tenía una razón específica para visitarte esta noche.

-¿Sí?

Brett dijo, sin rodeos:

-Antes de irme de viaje a Nacogdoches, querría que tuvieras redactados los documentos de cesión de mis intereses en Riverview. Tienen que ser para Gordon. Este es su hogar ahora, y Dios sabe que yo poseo suficiente fortuna sin eso.

Hugh quedó anonadado. Inexpresivo, murmuró:

-Gordon no quedará sin dinero, sabes. Sofía tenía el suyo propio, y yo también se lo he acrecentado. -Con la voz ahondada por la emoción, agregó:- Eres mi hijo mayor, mi heredero. Riverview siempre ha sido para el hijo mayor.

Con una curiosa expresión suave en las duras facciones, Brett dijo con tono suave:

-Padre, el solo hecho de que yo haya nacido primero no es razón para dejar en mis manos el destino de Riverview. -Sus labios se contrajeron en una sonrisa burlona.- He perdido y ganado una fortuna igual a Riverview, a los naipes. ¿Querrías que quedase en manos de un derrochador y jugador? ¿No merece un mejor cuidador aquello por lo cual has trabajado? Quiero que lo tenga Gordon.

El asombroso anuncio de Brett conmovió a Hugh, recordándole que, por desgracia, los recuerdos de Brett sobre Riverview nunca serían felices, y que si bien la casa resonaba ahora de risas y alegría, no siempre había sido así. Su hijo podía anunciar que renunciaba a la plantación porque estaba satisfecho con su fortuna, pero Hugh sospechaba que existía una razón más profunda.

Nunca habían hablado de los primeros años desdichados de Riverview, años en los cuales vivían en el infierno creado por Gillian, pero Hugh tenía conciencia, lamentablemente, de que esos años estaban muy relacionados con el hecho de que Brett rechazara el patrimonio. En definitiva, con todos sus amargos recuerdos, ¿sería Riverview lo mejor para Brett? Hugh suspiró interiormente y aceptó para sus adentros, con sinceridad, que había mucho que decir a favor de lo ventajoso que resultaría que Gordon fuese el siguiente dueño de Riverview. Pero siempre se había dado por sentado que Brett era el heredero, y Hugh no sentía muchos deseos de modificar ese hecho. Preguntó, en voz alta:

-¿ y qué hay de tus propios herederos? Puede que te cases algún día, y es posible que cuando tengas hijos pienses de manera distinta respecto de eso.

Brett se mostró cínico.

-iPadre, un matrimonio es la última cosa que puedes esperar de mí!

Al mirar el juvenil semblante despectivo, Hugh recordó con vividez los años dolorosos, horribles, que siguieron al abandono de Gillian. Entonces se sentía henchido de odio y desprecio hacia las mujeres, creía que no existía una sola mujer viviente que no practicase el engaño con tanta facilidad como respiraba.

Con un esfuezo, llevó sus pensamientos de nuevo al tema de Riverview. Con expresión turbada, preguntó:

-¿Estás seguro de eso?

Con una sonrisa un tanto enigmática en los labios, Brett preguntó, irónico:

-¿Alguna vez supiste que cambiara de idea? Creo que en una ocasión dijiste que mi terquedad era mi mayor vicio o mi mayor virtud... por entonces no habías resuelto cuál de las dos cosas era.

Una sonrisa involuntaria tironeó de las comisuras de los labios de Hugh.

-y todavía no lo decidí -replicó con sequedad. La sonrisa se disipó, y con una mirada escudriñadora a Brett, preguntó de nuevo:- ¿Estás seguro? ¿No hay nada de Riverview que quieras para ti?

Pensativo, Brett admitió:

-No me molestaría tener la casa en la cual estoy viviendo ahora, y algunas hectáreas que la acompañaran. -Con una sonrisa traviesa que le cruzó el rostro moreno, agregó con voz dulzona:- Para mi vejez decrépita.

Una semana más tarde, Brett se encontraba sentado otra vez en el estudio de su padre. Hugh dijo, malhumorado, dirigiendo a Brett una mirada nada sonriente, cuando éste se sento frente a él, ante el escritorio:

-Hice lo que deseabas. Cuando firmes estos documentos, estarás haciendo abandono de todo derecho a Riverview... todo irá a parar a manos de Gordon.

Brett tendió la mano para tomar la pluma, pero su padre lo detuvo.

-iEsto no me agrada! -exclamó Hugh, en un estallido-. iRiverview debería de ser tuyo! ¿Qué pasa si pierdes la maldita fortuna que tienes ahora? ¿En qué situación te verías?

-iExactamente en la que merecería! -respondió Brett con rapidez. Consciente de la congoja de su padre, dijo con seriedad:-

Padre, ¿olvidaste la plantación de Louisiana? ¿El dinero y las casas de Nueva Orléans? ¡Por Dios! ¡No necesito más!

Hugh lanzó un suspiro y apartó la mano de la de Brett.

-Supongo que tienes razón. -Una breve sonrisa le cruzó por el rostro.- Te he escriturado esa casa y cuatrocientas hectáreas... para tu decrépita vejez, por supuesto.

El tiempo había comenzado a despejarse, y parecía que había terminado lo peor de las tormentas del invierno. Dos días después de la reunión con Hugh, cargados de mensajes y regalos, Brett y Ollie cabalgaron, ansiosos, alejándose de Natchez, rumbo al río Sabine ya Nacogdoches. Brett encaró con avidez las penurias de la senda: la tierra dura como lecho, por la noche; la humeante hoguera de los campamentos; la necesidad de conseguirse por sí mismos la carne fresca, y los peligros siempre presentes durante el viaje: los animales

de presa... y los hombres.

La región del río Sabine comenzaba a adquirir una reputación de refugio de hombres desesperados, perseguidos, y en dos ocasiones fueron abordados por desconocidos cuyo comportamiento y modales hicieron que Brett tendiera la mano, con negligencia, hacia las pistolas que llevaba en el ancho cinturón de cue-

ro. Y las dos veces los mismos extraños dedicaron una mirada prolongada a los hombros de Brett, a sus fríos ojos verdes y a las pistolas que en forma tan experta sostenía en las manos delgadas, y siguieron cabalgando.

Cosa irónica, para cuando llegó la última noche en la senda, Brett se parecía mucho a los desesperados de facciones duras a quienes habían amedrentado. Su cabello, negro como el ala del cuervo, estaba largo, le rozaba el cuello de la camisa; una barbanegra crecida a medias le disimulaba en parte las facciones, y las toscas ropas que usaba no eran, decididamente, las de

un hombre de recursos. Ataviado con una camisa de indiana roja, de cuello abierto, un ancho cinturón de cuero, calzones de piel de gamo y botas, guardaba muy poca semejanza con el elegante calavera que había adornado muchas de las casas más acaudaladas de Europa. y con su cara barbuda y el práctico sombrero pardo, de alas anchas, calado sobre la frente, muy abajo, no resultaba sorprendente que cuando Sabrina lo vio pensara que había caído en manos de un desesperado.

5

Sabrina, desconocedora de la invitación de Alejandro a Brett Dangermond, había encontrado opacos los meses que siguieron a la fiesta de su cumpleaños. No, no era del todo cierto, admitió con un fruncimiento del entrecejo, una soleada mañana de principios de abril. Existían algunas sutiles diferencias dentro de ella, y tenía conciencia de un movimiento de insatisfacción ante la fácil regularidad de sus días. No podía culpar a nada ni a nadie de su inquietud: su padre continuaba siendo el mismo hombre afectuoso que había sido siempre, su hogar y sus criados no habían cambiado, y ella era todavía la predilecta del distrito de Nacogdoches. Pero faltaba algo... un ansia sin nombre, que crecía dentro de ella, la desasosegaba, la volvía melancólica, insegura y expectante a la vez. No era

precisamente desdichada, ni se sentía desencantada en lo referente a sus ocupaciones habituales, sólo que...

Triste, contempló ceñuda una inocente exhibición de ipomeas de un rosado vívido que atrajeron su mirada. Se hallaba cómodamente tendida entre unos tréboles de primavera que crecían bajo las umbrías ramas de una haya, con el esbelto cuerpo

vestido en lo que era un atavío realmente indecente para una dama joven: una suelta camisa de hilo blanco y un par de calzoneras bermejas de aspecto vergonzoso. Un sombrero de alas anchas yacía en el suelo, alIado de sus pies embutidos en botas con espuelas, y a corta distancia la yegua que había sido su regalo de los dieciséis años, recibido de su padre, mordisqueaba, perezosa, el lozano pasto verde.

Ese era un lugar favorito de Sabrina. Estaba a poco más de un kilómetro y medio de la hacienda, e iba alli a menudo, a sentarse y dejar que la inundaran la paz y la pelleza de las hayas, los pinos, los cornejos y los mirtos protectores. Había pasado muchas tardes agradables, tendida en el lugar, soñando despierta. Por

desgracia, en los últimos tiempos sus ensoñaciones eran cosas vagas, borrosas, que aumentaban el torbellino que crecía dentro de ella, en vez de disminuirlo.

Continuó mirando las ipomeas que trataban de envolverse en la base de un pino gigantesco, y arrancó un tallo de trébol y lo mascó, distraída. Tal vez es Carlos, pensó, a desgana. O quizás es por papá. .

Su suave boca se curvó, triste. No, no se trataba de nada que hubiese hecho su padre, pero deseó que él nunca hubiera mencionado el tema del matrimonio con Carlos. Sabrina nunca había pensado demasiado a fondo acerca del hombre con quien se casaría algún día, pero el matrimonio era algo que siempre aceptaba como inevitable. Hasta la noche de cumplir los diecisiete. O más bien, hasta las semanas que la siguieron.

Al conocer a los hijos de los hacendados vecinos, al bailar con ellos en otras fiestas, al cenar en sus casas con su padre, descubrió con asombro que no había uno solo con quien quisiera casarse. Ni siquiera con el querido Carlos, admitió, irónica.

Desde la conversación con su padre había empezado a ver a los hombres de su conocimiento con nuevos ojos, en especial a su primo Carlos. Y si bien todavía continuaba considerando delicioso bailar con él, reír con él y cabalgar con él, tenía cada vez más conciencia de que no deseaba casarse con él... o con ningún otro hombre a quien hubiese conocido hasta entonces.

Como para desmentir ese pensamiento, un joven rostro moreno, de ojos de color verde jade, bailoteó ante ella, y con una exclamación de disgusto arrojó a un lado el mordisqueado

tallo de trébol y rodó sobre sí misma hasta quedar boca abajo. iBrett Dangermond era por cierto el último hombre con quien habría pensado en casarse! Y detrás de él iba Carlos, pensó, torva.

Si había empezado a mirar a Carlos con nuevos ojos, también había comenzado a tener conciencia del hecho de que las relaciones de ambos pasaron por un cambio delicado en los meses posteriores a su cumpleaños. El parecía visitar con mayor frecuencia el Rancho del Torres que en el pasado... lo sólo se trataba de

que ella tenía ahora más conciencia de su existenci'a? l Y sus manos no parecían demorarse en las de ella más tiempo del necesario? ¿y no había en sus ojos oscuros una mirada, una expresión hambrienta, calculadora, que no existía con anterioridad? No podía decirlo con certeza; sólo sabía que la manera en que sus ojos parecían seguirla había comenzado a alterarla un tanto, y que no disfrutaba tanto como antes de la presencia de Carlos.

Disgustada y enojada de pronto ante el rumbo que seguían sus pensamientos se puso de pie con un brinco ágil y tomó su sombrero. Se llevó de prisa el cabello rojo dorado, retorciéndolo, a la coronilla, aseguró la masa ígnea con una peineta de marfil que siempre llevaba para tal fin, se encasquetó el sombrero de alas an-

chas y silbó a la yegua, Siroco. Bien adiestrada por Sabrina, Siroco trotó en el acto hacia su ama, bufando apenas. Sabrina sonrió, su pésimo estado de ánimo se disipó y acarició con suavidad el sedoso hocico que le empujaba los pechos.

-Cuán tonta soy, Siroco -dijo, distraída- por estar cavilosa en una mañana tan encantadora-. La yegua sacudió la dorada cabeza, como si estuviese de acuerdo, y Sabrina rió.

Con el aspecto de una jovencita delgada, más que de una heredera, saltó con ligereza a la silla de plata que los vaqueros le habían regalado para su último cumpleaños.

Vivaz, Siroco se alzó sobre las patas traseras y luego, como algo semejante a su nombre, voló del claro verde en el cual habían estado y corrió como el viento a través de la ancha pradera pantanosa que se extendía ante ellas. Era un tramo familiar para ambas, y audaz, Sabrina instó a la yegua a entrar en un ritmo más veloz, gozando con la sensación de las poderosas zancadas de la yegua y con el aire húmedo que se precipitaba, fresco, contra su cara.

A Brett y Ollie, que entraban en ese momento en la pradera a la izquierda del lugar en que Siroco había salido del bosque, la situación les pareció cualquier cosa menos placentera. La primera clave que tuvieron de que no estaban solos en esa selva en apariencia deshabitada apareció cuando, como una criatura enlo-

quecida, la yegua dorada, con su jinete delgado, juvenil, irrumpió de pronto ante la vista de ellos y se echó acorrer, enloquecida, por el prado. Sin soñar siquiera que nadie pudiera cabalgar en forma deliberada con tal indiferencia hacia su vida y su integridad, y dando por supuesto que el caballo había escapado del dominio de la jovencita inexperta que lo montaba, Brett arrojó a Ollie las riendas de la acémila que llevaba. Con una maldición murmurada entre dientes acerca de la estupidez de los varones jóvenes, clavó las espuelas en los flancos de su padrillo y se lanzó tras el caballo y el jinete que desaparecían.

Siroco era veloz y de tranco ligero, y a los cuatro años se encontraba en la plenitud de sus fuerzas, pero Tormenta de Fuego, el padrillo de Brett -hijo de Llama- estaba en su apogeo, y con sus patas más largas y sus zancadas más poderosas, redujo muy pronto la distancia que existía entre ellos. Sin darse cuenta todavía de que no salvaba a un joven, mientras Tormenta de Fuego corría al lado de Siroco, Brett se inclinó sobre su silla de montar e hizo un intento desesperado por atrapar la brida de plata que pendía, tan inútil, del largo pescuezo sudoroso de Siroco.

Sabrina no tenía conciencia de nada, salvo de su propio disfrute de la loca cabalgata, pero en cuanto la delgada mano morena intentó aferrar las bridas de Siroco, se dio cuenta de que ya no se hallaba sola. Vio apenas un rostro duro, moreno, barbudo, debajo de las anchas alas de un sombrero, y en el acto hizo lo necesario para esquivarlo; agitó las riendas e hizo

que Siroco girase con brusquedad en otra dirección. Oyó que el otro jinete maldecía, furioso, lo miró por sobre el hombro y vio que el otro caballo también giraba y se acercaba de nuevo, a toda velocidad, junto a Siroco.

Con el corazón que le palpitaba dolorosamente en el pecho, segura de que estaba a punto de ser atacada por uno de los tantos bandoleros que habían comenzado a llegar a la región, Sabrina apretó la boca y durante los minutos que siguieron hizo todo lo posible por escapar. Pero todo fue en vano; el otro caballo era demasiado poderoso, el otro jinete demasiado decidido, y a campo abierto no existia más posibilidad de que Siroco hiciera su voluntad y rezar para que la yegua se adelantase al gran caballo zaino.

Todavía no se le había ocurrido a Brett que el joven a quien trataba de salvar no deseaba ser salvado. Atribuyó los movimientos erráticos de la yegua a su pésima conducción, y para cuando se vio de nuevo en condiciones de tratar de detener al caballo fugitivo, su humor, que nunca era el más sereno en la mejor de las situa-

ciones, era feroz. Y esta vez no hizo intento alguno de tomar las riendas. Por el contrario, con la velocidad del ataque de una serpiente, se tendió y arrancó a Sabrina, con rudeza, de encima del lomo de Siroco. Con más fuerza de la necesaria, la arrojó boca abajo, sobre la silla, delante de él. Sabrina no se sintió en modo alguno agradecida por su supuesto rescate, y el ser manipulada como un saco de harina, con la respiración momentáneamente entrecortada, no hizo nada para cambiar su estado de ánimo. Furiosa porque esa criatura desaforada se atrevía a atacar a la hija de don Alejandro del Torres en sus propias tierras, ni siquiera esperó a que el caballo lanzado al galope redujera su velocidad antes de ponerse a forcejear. Decidida a liberarse, continuó con sus movimientos, con la esperanza de que, si no podía usar su cuchillo, le era posible, en cambio, despla-

zar su peso hacia el lado del cual colgaban sus piernas y luego deslizarse por el costado del caballo que iba deteniendo su carrera, y quizá llegar a la protección del bosque, cada vez más cercano.

Brett no se dio cuenta con exactitud en qué andaba su indeseada carga, pero tuvo plena conciencia de que si el maldito chico no se quedaba quieto, el joven cachorro tenía muy buenas posibilidades de caer al suelo y ser pisoteado por los cascos de Tormenta de Fuego. Tomó la cintura de las calzoneras y levantó de prisa a Sabrina, de modo que la cabeza de ésta quedó entonces más abajo que sus pies que pataleaban. Ordenó, con aspereza:

-¡Quédate quieto, pequeño cretino, hasta que detenga el caballo!

Con la sangre agolpada en la cabeza, así como buena parte de sus palabras, debido a su posición, Sabrina forcejeó con más intensidad aun. El sombrero, que por milagro había permanecido en su cabeza hasta ese momento, salió volando, y con él la peineta de marfil, y el cabello rojo dorado le rodeó el rostro sonrojado.

Ocupado en detener al poderoso padrillo con una sola mano en las riendas, Brett no vio la desaparición del sombrero ni de la peineta. Tampoco prestaba demasiada atención a su cautivo, como habría debido hacerla, y en el momento en que por fin el padrillo se detuvo, con un estallido de increíble agilidad, usando las manos como palanca contra el flanco del caballo, Sabrina pudo darse vuelta y casi en. el mismo movimiento retorcerse para quedar sentada delante de su captor.

Como un relámpago, su mano voló a la parte de arriba de su bota, y en un segundo sus dedos se cerraron alrededor de la hoja. Antes que Brett tuviese siquiera tiempo de advertir que el "chico" no era tal, sino una furiosa bruja de cabellera de fuego, el cuchillo describió un arco decidido, le tajeó profundamente el hombro y la parte superior del musculoso brazo. Brett no prestó atención al dolor casi cegador, reaccionó de modo casi instintivo, y con una velocidad mortífera atrapó el delgado brazo que blandía el cuchillo con tanta eficiencia. Retorció cruelmente el brazo detrás de la espalda de Sabrina y miró, colérico, las furiosas facciones que tenía tan cerca de su rostro. La sorpresa lo dejó sin habla cuando su mirada estupefacta captó la desgreñada masa de rizos llameantes, alborotados en torno de la cara más encantadora que hubiese visto nunca: ojos de color dorado ambarino que casi escupían desafío y furia, bajo

altaneras cejas oscuras; una delicada nariz recta, de delicioso respingo en el extremo, levantada con arrogancia en el aire, y abajo la generosa boca curva que casi desafiaba a un hombre a saborear su dulzura.

El glorioso cabello y los ojos inolvidables fueron los que le produjeron un reconocimiento casi instantáneo, y con una nota de incredulidad musitó:

-¿Sabrina?.-

Al escuchar su nombre, Sabrina se inmovilizó, y olvidada de repente del brutal apretón ejercido sobre su brazo, levantó la vista hacia la morena cara barbuda que tenía tan próxima a la propia.

No resultaba precisamente tranquilizadora. Unas gruesas cejas negras se curvaban, sardónicas, sobre ojos profundos, cínicos, de color verde jade, orlados por pestañas negras, notablemente largas, espesas... el impacto de esos ojos era hipnótico. Con un esfuerzo, apartó la mirada de la de él, y en el acto vio la nariz arrogante, de aletas un tanto abiertas, y la boca plena, móvil, con su sesgo burlón. La barba a medias crecida le ocultaba la mayor parte del rostro, pero con el corazón palpitándole de modo inesperado en el pecho, la mirada se clavó de nuevo en los duros ojos verdes... ojos verdes que nunca había olvidado del todo.

-¿Señor Brett? -preguntó con voz ronca, sin poder creer que fuese él de verdad.

La boca cincelada se curvó en una sonrisa irónica, y poco a poco aflojó el cruel apretón que ejercía sobre el brazo de ella.

-Sí, me temo que es así, querida -dijo con sequedad. Como el dolor de la herida causada por el cuchillo se hacía sentir, hizo una mueca cuando dejó caer el brazo derecho y masculló:

-Habría deseado una bienvenida menos violenta, ¡pero teniendo en cuenta cómo nos separamos la última vez, supongo que no habría de asombrar me que se me recibiera con un acero desnudo!

Los ojos de Sabrina, culpables, se dirigieron hacia el brazo herido de él, y el estómago le dio un vuelco cuando vio la ensangrentada camisa de indiana.

-Yo... lo... lo sien... siento -balbuceó, desdichada-. ¡No habría tajeado si hubiese sabido que eras tú! Pensé que eras un forajido.

El rió sin ganas, con la mirada fija en la suave boca de ella.

-Tal vez lo soy, mala pécora, tal vez lo soy.

Consciente de pronto de la forma en que se encontraban sentados, con los rotundos pechos aplastados contra el duro tórax de él, la cadera íntimamente hundida en su ingle, se apartó apenas de él. Casi con recato, dijo:

-Bien, por cierto que imitaste a uno muy bien, por la forma en que acabas de atacarme.

-¿Atacarte? -repitió él con sequedad-. ¡Yo tenía la impresión de estar salvándote de un caballo fugitivo!

Sabrina lo miró boquiabierta.

-¿Siroco? ¿Pensaste que estaba huyendo conmigo? ¿Por eso aferraste las bridas?

-¡Por supuesto! -replicó Brett, irritado, y el asombro de ella dejó muy en claro que había confundido la situación, cosa que no apaciguó su mal humor. El brazo herido le dolía como el demonio y aumentaba su incomodidad, y tenía demasiada conciencia, para su gusto, del delgado cuerpo tan pegado al de él. Dijo, con brusquedad:

-Si me equivoqué, pido disculpas. Pero -continuó con aspereza- si esa muestra que vi constituyó algún indicio de tu manera habitual de cabalgar, ino me asombraría de enterarme muy pronto que te has roto el maldito cuello!

Cosa muy natural, Sabrina se erizó ante sus comentarios, pero antes de que pudiera ofrecer una réplica vivaz, Brett dijo, sarcástico:

-y si este es un ejemplo de la hospitalidad acerca de la cual me escribió tu padre, preferiría prescindir de ella, si no te molesta.

-¿Mi padre? -repitió ella estúpidamente-. ¿Mi padre te escribió?

Brett le dirigió una sonrisa nada amable, como si hablase con una imbécil, y dijo: -

-¿Por qué otro motivo estaría aquí? Sin duda no pensarás que he aparecido por casualidad, ¿verdad?

Ella replicó, acalorada, con una mirada de desagrado:

-iTodavía no he tenido tiempo para pensar en nada!

Irritante, Brett murmuró:

-A lo largo de los años he descubierto que pensar no es algo que las mujeres hagan con mucha frecuencia... o muy bien.

Sabrina contuvo un impulso de abofetearle la boca burlona y se conformó con responderle con dulzura:

-iQuizá no, pero tampoco intentan actos de tan tonta bravuconería como el que acabas de hacer tú!

Cosa sorprendente, una sonrisa de apreciación curvó la boca plena de Brett.

-iMuy bien, niñita, muy bien! ~

-iNo soy una niñita! -chirrió Sabrina, pues por alguna razón desconocida deseaba que el hecho quedase muy en claro para Brett Dangermond.

Una ceja negra se enarcó y sus ojos verdes se pasearon, insolentes, por el esbelto cuerpo de ella. No, decididamente no era ya una niñita, admitió lentamente para sÍ... había tenido plena conciencia de ese hecho inquietante desde el momento en que se dio cuenta de quién era ella. Pero si el cambio producido por diez años había escapado a su mirada inicial, la suave camisa de hilo blanco que se adhería tan amorosamente a los firmes pechos y las delicadas formas de las largas piernas reveladas por las ceñidas calzoneras lo habrían hecho evidente para quien no fuese un ciego. y Brett no era ciego. Muy por el contrario, mientras sus ojos se detenían en el ascenso y caída de su busto, su mirada se vio atraída de manera irresistible hacia la inocente boca provocativa. ¡

Con la vista clavada en los labios, murmuró, burlón:

-Acepto el reproche, dulce prima... decididamente, no eres una niñita.

Sus palabras habrían debido causar satisfacción a Sabrina, pero en cambio hicieron que la garganta se le secara de golpe y ,que la asaltase una curiosa falta de aliento. Tragó nerviosa -y Sabrina nunca estaba nerviosa- y murmuró:

-Tampoco soy tu prima. !

-iPodrías agregar -gangoseó Brett con un brillo burlón en los ojos- que por añadidura no eres muy acogedora! Y aunque por lo general no ando por ahí recordando sus obligaciones a mis anfitrionas, en este caso haré una excepción y sugeriré que si no quieres que muera desangrado, te dediques a mostrarme el camino a tu casa.

Sabrina se ruborizó y le miró de nuevo el brazo herido, viendo que mucha más sangre impregnaba la camisa de indiana, de la que había un momento antes. Llena en el acto de preocupación por él, abandonó su tono beligerante, y con los ojos brillantes de contrición, murmuró, desdichada:

-Perdóname, señor Brett. Yo... yo no quería recibirte mal, y te llevaré a la hacienda enseguida... no queda lejos, y Bonita, mi criada, se ocupará de tu brazo.

Comenzó a descender del caballo, pero a pesar de los agujazos de dolor que le punzaban la herida abierta, la mano izquierda de Brett se cerró de modo compulsivo sobre su hombro, deteniendo sus movimientos. Ella lo miró, interrogante, y él dijo con audacia, dirigiéndole una mirada burlona:

-¿No podrías darme una muestra más explícita de bienvenida? No vendría mal un beso entre primos que se encuentran por primera vez en diez años.

Con el corazón que le martilleaba dolorosamente en el pecho, la lengua helada en el paladar, sólo pudo mirarlo sin hablar, con los ojos dorados ambarinos enormes en su cara. Brett la contempló durante un segundo, y luego, con algo que era a la vez una maldición y una imprecación, inclinó la cabeza y su dura boca buscó la de ella.

Aparte de los saludos paternales de su padre, Sabrina nunca había conocido el beso de un hombre, y nada en su vida la había preparado hasta ese momento para la sacudida de dulce

fuego que le recorrió las venas cuando los labios de Brett se apretaron con ardor contra los de ella. Con un vértigo, tuvo conciencia de la calidez que emanaba del cuerpo masculino tan cercano al de ella, del leve olor agradable de caballos, de humo de madera y de tabaco que se adhería a él, pero más que nada la agitó indeciblemente la hambrienta ansia que el contacto de él producía en lo más hondo de su ser.

El que compartieron fue un muy extraño beso casto, pero hizo que ella tuviese conciencia de su cuerpo como nunca la había tenido hasta entonces, una aturdidora conciencia de un placentero hormigueo en la boca del estómago, del endurecimiento de sus pezones y de un ansia insana de apretarse aun más, de aferrarse a él desvergonzadamente. Además, cosa extraña, esto la alarmó, y una parte de ella retrocedió, al adivinar en forma instintiva que la forma en que sentía era peligrosa. Peligrosa y atrayente, una tentadora promesa de éxtasis. Para Brett, la reacción a su proximidad, el suave abandono inocente de su boca, fue mucho más poderoso, mucho más violento. En el segundo mismo en que sus labios tocaron los de ella, su cuerpo estalló en un deseo tan incontrolable, que se estremeció. Ya había conocido antes el deseo, lo había satisfecho con indife-rencia, pero nunca fue nada como eso, esa ansia salvaje, embriagadora, de placer, de dar, de compartir y sin embargo poseer tan completa, tan poderosamente, que ella lo recordara y llevara para siempre el sello de su posesión. Aturdido y conmovido por la hondura de su reacción ante un simple beso, se sintió más sacudido aun por lo mucho que deseaba ahondar ese abrazo, por lo mucho que deseaba separarle los labios y explorar la dulzura interior. La

boca de ella era dolorosamente suave contra la de él, y durante un enloquecido segundo perdió la cabeza casi por completo y besó a Sabrina como se lo exigía su cuerpo, pero la voz de Ollie, aguda de indignación, lo hizo volver en el acto a la realidad, en forma desagradable.

-iBueno, si esto no es el acabóse! -exclamó Ollie, acalorado-. iPrimero la maldita puta te acuchilla y después la besas!

Con un suspiro, Brett retiró a desgana la boca de la de Sabrina. Se recobró con rapidez, con una sonrisa triste tironeándole de las comisuras de los labios, y murmuró a Sabrina:

-Creo que puedo decir, sin temor a equivocarme, que me has dado una bienvenida correcta, dulce prima.

Aturdida por el beso, Sabrina lo miró sin ver durante un segundo, mientras el mundo volvía a ponerse en foco con lentitud. Tuvo conciencia tardía de la cercanía de Ollie, quien se había acercado tirando de las dos acémilas pesadamente cargadas. Al ver al joven menudo, de cara simiesca, quien la miraba con triste-

za, preguntó, desconcertada:

-¿Quién es él?

-Es bueno que lo preguntes -dijo Brett con desenvoltura-.

Este es Ollie Fram, mi criado. -Miró a Ollie y agregó:- Esta es mi prima, Sabrina del Torres. Nos alojaremos en casa de su padre.

Ollie y Sabrina se miraron, aquilatándose. Para Ollie sólo existían dos clases de mujeres: las mujeres buenas y las mujeres malas, y Sabrina le parecía una de las malas. El hecho de que acabara de apuñalear a su amo no la hacía precisamente más querible. En cuanto a Sabrina, el engañoso aspecto juvenil de Ollie, así como sus ropas sucias por el viaje y su barba rala, no eran lo que una esperaba en el criado de un joven bien educado, adinerado, como Brett Dangermond. Pero después se arriesgó a dirigir una mirada a la cara barbuda del propio Brett, y a sus ropas toscas, y decidió que quizás eran tal para cual. Con cautela, aceptó a Ollie con una leve inclinación de cabeza. Ollie sólo se sorbió la nariz, desaprobador.

Sacudida por los sucesos de la mañana, ella no estaba tan serena y dueña de sí como habría querido estarlo, y resbaló con ligereza del caballo de Brett y dijo, ampulosa:

-Si me siguen, los llevaré a la hacienda.

Hizo falta sólo un segundo para llamar a Siroco con un silbido, yen pocos minutos el trío cabalgaba por el polvoriento camino rojo que conducía a la casa de Sabrina.

Hecha de adobe y de vigas cuadradas, al desnudo, la parte principal de la casa era de una sola planta, larga y baja. Los aleros del tejado habían sido extendidos, y formaban amplios y bienvenidos pasillos de sombra que servían como pasillos exteriores. En ángulo recto con la parte trasera del edificio principal había un ala

de dos pisos; una verja de hierro negro filigranado cerraba el estrecho balcón que daba al frente de la hacienda. Un patio sombreado por graciosos saúcos, y por naranjos y limoneros, conducía a amplias puertas dobles. Cuando Brett desmontó con cautela, prestando atención a su brazo herido, las puertas se abrieron, y Alejandro, con una cálida sonrisa, cruzó el patio a la carrera, a la vez que decía:

-¡Cuánto me alegro de verte! Te esperaba durante estas últimas semanas, y ya había abandonado la esperanza de que aceptaras mi invitación. -Su sonrisa se borró cuando sus ojos vieron la camisa ensangrentada y el aspecto desgreñado de Sabrina.

Con expresión preocupada, interrogó:- ¿Qué ha ocurrido? ¿Fueron atacados por bandidos?

Brett hizo una mueca.

-No. Digamos que Sabrina y yo tuvimos un... malentendido.

Consciente del carácter volátil de su hija y de su propensión a las acciones precipitadas, Alejandro exhibió un entrecejo sombrío, y lanzó a Sabrina una mirada henchida de desaprobación.

-¿Qué estuviste haciendo esta vez, muchacha? -preguntó, entre colérico y resignado.

La suave boca de Sabrina se frunció y se sintió un tanto indignada por tener que explicarse ante su padre. Pero antes de que pudiese formular algo menos que la acalorada respuesta que le temblaba en los labios, Brett interrumpió:

-No fue culpa de ella. Creyó que yo era un bandido decidido a... este... violarla, y yo pensé que era un jovencito fugitivo...

Mis acciones fueron un tanto bruscas y concretas. Antes que ninguno de los dos se diera cuenta de sus errores, me temo que ella defendió su honor con bastante eficacia. -Con una sonrisa torcida en la boca, señaló con la cabeza su brazo herido y agregó, con tono ligero:- No te preocupes por esta tontería. Te aseguro que he sufrido heridas mucho peores en el pasado.

-Entiendo -dijo Alejandro con lentitud. Intuyó que había mucho más que contar, pero como no era persona de arrancar confidencias, se volvió, dio unas palmadas y llamó en voz alta:- ¡Bonita! ¡Josefa! ¡Clemente! ¡Elías! ¡Vengan pronto! ¡Tenemos visitas!

Al instante siguiente el patio hervía de criados y estaba lleno de voces que murmuraban, mientras Brett recibía la bienvenida y surgían las exclamaciones relacionadas con su herida. Rodeado de grandes atenciones, fue conducido por Bonita y Josefa, mientras Ollie los seguía, celoso, atrás. Clemente y Elías se ocuparon con rapidez y competencia de que el equipaje fuese descargado y llevado a las habitaciones que ocuparía el señor Dangermond durante su estada. Otro llamado de Alejandro hizo que más hombres llegasen a la carrera de las caballerizas, para ocuparse de los caballos.

El patio parecía desierto ahora, fuera de Sabrina y su padre, Alejandro, le dirigió una mirada pensativa y vio el cabello que le caía hasta la cintura, y la vestimenta juvenil que de alguna manera intensificaba su femineidad. Con una muy leve nota de censura en la voz, Alejandro dijo con voz lenta:

-Creo que ya es hora de que dejes a un lado esa vestimenta inadecuada. Ahora eres una muchacha joven, no una salvaje. –Con una leve sonrisa que endulzaba sus palabras, continuó:- Tu madre no se sentiría feliz si te viera ahora, muchacha. Pensaría que te he criado mal.

Sabrina se sintió extrañamente abandonada y al mismo tiempo resentida, y contempló el patio desierto. Por dentro era una mezcla de emociones: estaba avergonzada y furiosa por las palabras de su padre, no se sentía precisamente feliz con la llegada de Brett Dangermond, pero tampoco desdichada, más bien confundida y un tanto insultada por la forma en que él la trataba. Pero una cosa era cierta: Brett Dangermond había regresado a su vida con la

impulsividad y la violencia de un rayo, y ella temía que su mundo ya no sería el que había sido hasta entonces.

Pasaron varias horas antes de que Brett y Sabrina se vieran de nuevo, y ese lapso fue bien usado por ambos. Bonita se ocupó de la herida de Brett, y si bien ésta murmuró que habría que coserIa y que dejaría una cicatriz, no creaba preocupaciones. Bañado, afeitado, vestido con una camisa blanca de algodón y pantalones y botas de montar negros, con el brazo herido sostenido por un cabestrillo de seda escarlata, Brett guardaba poco parecido con el bandolero que Sabrina había creído al principio que era. Sólo los ojos profundos, cínicos, de color verde jade, decían que si bien se cubría con las prendas de un caballero, por debajo del porte aristocrático podía muy bien agazaparse un bandolero. Por cierto que el repentino encuentro con Sabrina lo había desconcertado por un momento, y que durante un peligroso instante, mientras saboreaba la dulzura de los labios de ella, sus defensas habían sufrido una seria resquebrajadura. Pero esa insania duró apenas el tiempo que necesitó para darse cuenta de la locura de lo que sentía, y se maldijo por ser tan tonto. Para cuando llegaron a la hacienda, estaba convencido de que el incidente no tenía significación alguna. -

Las emociones de Sabrina eran más difíciles de definir, y por cierto que más confusas. Nunca había conocido el deseo hasta que él la besó, y nunca se había sentido demasiado curiosa en cuanto a lo que ocurría entre un hombre y una mujer. Pero los cálidos labios de Brett sobre los de ella habían despertado una multitud de sensaciones que no estaba segura de querer sentir, pues sospechaba que podían hundirla en aguas peligrosas. Después que su padre la dejó en el patio delantero, ella fue arriba, a su habitación. Cuando pasó ante la puerta abierta del cuarto de Brett, no se sintió con deseos de demorarse cerca de ella. Sabrina sabía que habría debido preguntar por la herida de él, pero estaba demasiado furiosa y acongojada por toda la serie de acontecimientos como para hacerlo. Además, tenía una vaga conciencia de cierta inquietud por el hecho de saber que él estaría en el mismo pasillo, un poco más allá de su propia habitación.

No se trataba de que esperase que Brett fuese a hurtadillas por el corredor, para violarla, pensó con un bufido despectivo, mientras hacía a un lado los voluminosos metros de delicada tela de mosquitero que rodeaban su lecho. Se dejó caer en el acolchado de seda de color amarillo y verde intensos, que cubría el colchón, apoyó la barbilla en las manos y clavó la vista en el espacio, sin ver. Sin poder evitar lo, vivió una vez más el momento en que reconoció al demonio de cara morena que la había tenido cautiva. Se dio cuenta de que habría debido sentirse aliviada. Pero no fue así entonces y no lo era ahora. Por el contrario, se sentía henchida de una extraña mezcla de resentimiento, desconcierto, exci-

tación y cólera.

¡No lo quiero aquí!, decidió por último. Era demasiado inquietante, demasiado disgregador, y sabía que se inmiscuiría inclusive en lo relativo al tenor tranquilo de sus días... haciendo caso omiso por completo del hecho de que apenas unas horas antes se quejaba de esos mismos días de tenor tranquilo. Su presencia ya

se hacía sentir incómodamente, caviló, rebelde... su padre nunca había presentado la menor objeción en cuanto a su vestimenta habitual para cabalgar... o a sus actividades varoniles. Ceñuda, dio vueltas a ese pensamiento y a sus significados. Nunca habían existido secretos entre ella y su padre. Si bien él no le hablaba de todo lo que hacía, parecía extraño que no le diese informaciones acerca de una simple invitación hecha, si no a un pariente consanguíneo, por lo menos a una persona que tenía estrechas relaciones con la familia. ¿Salvo que detrás de la visita de Brett hubiese algo más que una visita de familia? ¿Pero qué? ¿y por qué Brett Dangermond había decidido aceptar esa invitación? Su frente exhibió un fruncimiento de concentración. En los años transcurridos desde la boda de Sofía con Hugh Dangermond, había llegado a Sabrina mucha información relacionada con Brett.

El se había ido de casa a edad temprana. También sabía, por las frecuentes cartas de Sofía, que Hugh se preocupaba mucho por su hijo mayor y que en una ocasión, inclusive,

amenazó con desheredarlo. Hubo algunas referencias dispersas al juego de azar y los duelos, y al deseo, por parte de Hugh, de que Brett se asentara y se interesase por Riverview, pero nada que Sabrina pudiese recordar, que explicasc por qué ahora se encontraba en el Rancho del Torres. No tenía sentido, resolvió... por las cartas de Sofía era evidente que él se encontraba más a sus anchas en las capitales de Europa, refinadas, carcomidas por el vicio, que en Nacogdoches.

La pequeña Nacogdoches era muy poco más que un puesto avanzado en medio de la selva, y tenía muy poco que ofrecer a un hombre con los antecedentes de Brett. ¿y por qué estaba allí, entonces?, se preguntó, inquieta. ¿Hugh había terminado por desheredarlo, para lanzarlo al mundo sin un centavo? ¿Pensaba en recuperar su fortuna con el padre de ella? ¿o se había visto obligado a huir del mundo civilizado a causa de algún delito espantoso?

En cuanto al beso de Brett, en eso se negaba resueltamente a pensar. Como no quería recordar el dulce dolor que se había enroscado en su estómago, o las locas ansias que experimentó, de aferrarse, desvalida, a su cuerpo sólido y cálido, borró de su mente el incidente. Además, se juró con fuerza, ¡nunca volvería a su-ceder!

A Sabrina le habría gustado quedarse donde estaba, apartada del resto de la casa y de sus actividades, protegida de la inquietante presencia de Brett Dangermond, pero sabía que parecería infantil permanecer encerrada en su habitación. Y como por algún motivo no deseaba que Brett Dangermond la considerase una niña, y consciente de que su padre se sentiría molesto, con de-

recho, si se mostrara grosera con el invitado, a la larga se dedicó a cambiarse de ropa y a prepararse mentalmente para encarar una vez más a su inquietante primo político. -

Como se tomó su tiempo, se demoró en forma deliberada con su tocado, que por lo general era breve, logró postergar el encuentro hasta el ocaso, cerca del momento de la cena liviana que ella y su padre preferían. Además, por motivos que no le resultaban del todo claros, dedicó cuidados especiales a su aspecto. ~

Envuelta en una enorme toalla blanca, por primera vez en su vida dedicó un extraordinario interés al contenido de su guardarropa. Siempre le habían gustado los vestidos hermosos, a pesar de su preferencia por las calzoneras cuando cabalgaba, y como era la hija única de un padre adinerado, indulgente, tenía todos los vestidos y adornos que podía desear una joven. Pero quién sabe por qué, cuando contempló con desagrado el arco iris de exquisitas ropas que se presentó ante su vista, éstas no le atrajeron esa noche. Y luego, repentinamente furiosa consigo misma, consciente, con irritación, de por qué se mostraba tan selectiva, apretó los labios y metió la mano y arrancó la primera prenda que tocó.

Fue una decisión afortunada. El vestido de suave seda de color melocotón era uno de los más nuevos y bonitos. Hecho con maestría, el jubón se adaptaba con pulcritud a su busto, hasta la delgada cintura, y los metros y metros de seda que componían las faldas caían en graciosos pliegues, hasta más abajo de los tobillos.

Las mangas acampanadas terminaban unos centímetros por encima de los codos y ostentaban generosos adornos de encajes, lo mismo que el escote bajo, cuadrado. Al observarse en el largo espejo, se preguntó si el vestido no sería tal vez demasiado escotado... le parecía que dejaba al descubierto una proporción indecente de su busto. Pero después, al recordar que ya lo había usado antes y que no le pareció incorrecto, entonces, la cantidad de suave piel dorada que revelaba, sacudió la cabeza rizada y se sentó, desafiante, ante su tocador.

Con ágiles dedos, se dedicó a ordenar el enmarañado cabello de color llama. Varios minutos más tarde contempló su labor con cierta satisfacción. A diferencia de muchas de sus contemporáneas, Sabrina necesitaba o requería muy pocas veces los servicios de una doncella, aunque en ocasiones especiales Bonita in-sistía en que se le permitiera peinarla. Como se lo había enseñado ésta, acumuló los indóciles rizos sobre la coronilla, y aseguró la ígnea masa con una peineta de oro y nácar; unos cuantos mechones habían sido obligados a enroscarse encantadoramente cerca de sus orejas y sienes. Luego de colocarse los enormes aretes de oro

que le había regalado Bonita, Sabrina decidió con torva satis- facción que el señor Brett no la confundiría con un jovencito la próxima vez que se vieran.

Se sintió como si fuera al combate; se echó sobre los hombros una mantilla de encaje negro, y con el mentón erguido salió de la seguridad de su dormitorio. Al bajar por la amplia escalinata curva que conducía a la planta baja, se dijo que se había tomado tanto trabajo con su aspecto para complacer a su padre, y sin embargo, cuando se acercó al saloncito donde suponía que encontraría a su padre y tal vez a Brett, la que más le inquietaba era la reacción de Brett. Con una sonrisa cortés en los labios, hizo una inspiración profunda y entró en el salón.

Fue una decepción encontrar el salón desierto, y durante un momento miró en derredor, desconcertada. Pero después, al ver que las puertas estaban abiertas y escuchar la voz de su padre que llegaba desde allí, se dio cuenta de que sin duda había decidido sentarse afuera, en el patio trasero.

Resultó ser así, y como la noche estaba hermosa, con una brisa leve que desalentaba a los mosquitos y otros insectos, no era sorprendente que Alejandro hubiera elegido disfrutar de la fresca tranquilidad del aire libre. El patio era un lugar favorito de Sabrina, ella y su padre compartían allí, muchas veces, su desayuno y, en noches agradables como ésa, la última comida del día.

Alejandro se encontraba sentado en una de las sillas, con una copa de cristal cerca del codo. Cuando salió de las sombras de los aleros, Sabrina percibió el leve aroma del tabaco que flotaba en el aire de la noche. Al ver a Alejandro sentado allí, solo, decidió que se había equivocado cuando creyó escuchar su voz, un momento antes. Complacida pero extrañamente desilusionada por la ausencia de Brett, se acercó a él.

El patio se encontraba sumido en una agradable penumbra, y a no ser por los pocos faroles que habían sido encendidos en dos de las arcadas, no habría habido luz suficiente para ver nada, fuera de sombras oscuras. Pero en esa débil luz, el vestido de Sabrina resplandeció como un oro suave, y su cabello brilló como el fuego, cuando llegó junto a su padre. c

Al detenerse frente a Alejandro, le lanzó una mirada descarada, y luego hizo una pirueta provocativa y dijo, burlona:

-¿Esto es bastante elegante para ti, padre? ¿o debo buscar un vestido que sea más audaz aún?

Alejandro rió, feliz de que Sabrina hubiera tomado sus palabras en serio. Con los ojos cálidos de orgullo y amor, dijo:

-iBella, bella, palomita! Eres en verdad la imagen de una damita encantadora. Pero tal vez me inclino en tu favor por prejuicio. Creo que necesitamos otra opinión. -Miró más allá, por encima del hombro de ella, y preguntó: -Dime la verdad, amigo, ¿no es una hija digna de que uno se enorgullezca de ella?

Con la sonrisa borrándosele de los labios, Sabrina giró con lentitud, furiosa consigo misma por haber cometido el error de no escudriñar la zona del patio antes de mostrarse. Había estado tan segura de que Alejandro se encontraba solo, que no miró más allá de la silla de éste, y le cayó como una sorpresa desagradable descubrir que Brett Dangermond se recostaba, indolente, contra una de las columnas de adobe que sostenía los extensos aleros, y la miraba.

Tal vez no se habría sentido tan furiosa y desconcertada si hubiese sabido que la visión de ella, mientras giraba delante de Alejandro, había dejado a Brett sintiéndose como si hubiese recibido un puñetazo en el plexo solar. Había locos brincos en su pulso, y el corazón se le contrajo dolorosamente en el pecho cuando observó con atención a la encantadora visión.

Decididamente, la niña ya no era tal... era una mujer hermosa, deseable, admitió de mala gana. Demasiado deseable, le advirtió el cerebro; es una mujer, una trampa sedosa, corrompida.

Con una expresión sardónica en el rostro, Brett aceptó la sabiduría de la advertencia, y se ordenó, hosco, que la tratase como a la niña por la cual antes sentía afecto. No se atrevió a verla como a una mujer. Era una niña, y los niños podían ser objeto de bromas, de halagos y de mimos. Las mujeres, no. Las mujeres eran peligrosas.

Su mirada, analítica, recorrió de nuevo el cuerpo esbelto, y a pesar de sus juramentos, a despecho de su helada decisión de no dejarse conmover por ella, sintió que el calor del deseo se enroscaba en sus ijares. Maldijo con virulencia entre dientes, enfurecido por la traición de su cuerpo. Serían momentos muy peligrosos para él, con una parte de su persona insistiendo en que era una niña, en tanto que la otra reaccionaba con violencia ante la mujer joven, vibrante, que era.

Sabrina se sintió incómodamente consciente de la mirada prolongada de él, y levantó el mentón, furiosa. Se la veía con claridad a la luz de los faroles, pero Brett había elegido una arcada sombría, y ella sólo veía el resplandor de su camisa blanca, el cabestrillo escarlata parecía casi negro en la sombra. Sus facciones se encontraban totalmente ocultas por la oscuridad, y sólo el extremo rojo de su cigarrillo revelaba la ubicación de su cabeza.

Con una sonrisa tensa en la boca, con más audacia de la que creía poseer, se dirigió con frialdad hacia él y le dedicó una profunda reverencia desdeñosa. Con un brillo desafiante en los ojos, preguntó con voz dulzona:

-¿Bien, señor? ¿Cuál es tu veredicto?

Tan de cerca, las facciones de él eran discernibles con claridad, aunque la expresión de sus ojos quedaba oculta para ella. Cuando lo miró y vio por primera vez el rostro delgado, duro, sin la barba que lo ocultaba, tuvo conciencia de un curioso aleteo en la región del estómago. Era innegablemente hermoso, pero no en el sentido más aceptado... Carlos, admitió a desgana, era en realidad el más bello de los dos, pero había algo en el rostro de Brett...Su boca resultaba absolutamente hermosa, plena y bien cincelada, y el labio inferior poseía una curva francamente sensual; su nariz era una hoja arrogante en el rostro moreno, de fosas nasales demasiado anchas y abiertas para la belleza clásica. Las densas cejas negras exhibían un sesgo naturalmente insolente; los ojos de color verde jade eran profundos y estaban sombreados por pestañas ridículamente femeninas. Su mandíbula resultaba demasiado cuadrada y decidida para ser perfecta, pero en conjunto, sus facciones formaban una intensa cara masculina, un semblante tan atrayente, poderoso, que sus imperfecciones quedaban olvidadas en el acto.

Mientras Sabrina lo miraba, la hermosa boca se curvó en una sonrisa burlona; se sacó el cigarrillo de entre los dientes y murmuró, sarcástico:

-Tal vez deberíamos escuchar primero tu veredicto sobre mí... Por cierto que me estudiaste el tiempo suficiente.

Sabrina se ruborizó, enfurecida.

-Pido perdón -dijo con rigidez. Y luego agregó, con vivacidad-: Parecías estar escondido aquí, en las sombras, y no pude dejar de preguntarme si tus facciones eran tan espantosas que no te animabas a revelarlas.

-¡Sabrina! -exclamó Alejandro, pero Brett sólo sonrió, y no fue una sonrisa muy amable.

Se apartó, perezoso, de la columna de adobe y quedó bajo el charco de luz que caía sobre Sabrina, y con los ojos verdes entrecerrados preguntó con suavidad:

-¿ y bien? Ahora que puedes verme con claridad... ¿mis facciones son tan aterradoras?

Era una figura muy romántica, allí, de pie bajo la dorada luz parpadeante del farol, con el cabestrillo escarlata muy vívido contra la camisa blanca, los pantalones de montar, negros, ciñendo las largas piernas musculosas, las negras botas relucientes. Un mechón de denso cabello negro azulado le había caído sobre la

frente, acentuando su aspecto licencioso, y mientras la luz bailoteaba ante jugaba sobre su duro rostro, Sabrina murmuró, involuntariamente:

-¡No, y estoy segura de que lo sabes muy bien!

Era como si los dos estuvieran solos en el patio, olvidada por el momento la presencia de Alejandro. Este los miraba con atención, nada disgustado por la tensión casi tangible existente entre ellos, o por el sarcástico intercambio de palabras. Se arrancaban fuego uno del otro, pensó con placer. Un fuego que los consumiría y ardería para siempre.

Brett sonrió ante la respuesta de Sabrina, y sus fuertes dientes blancos fueron un breve chispazo en su rostro moreno. .,

-iCuánta gracia, niña! ¡Me acobardarás!

Sacudida, confundida por las emociones contradictorias que él despertaba en ella, Sabrina abandonó todo intento de cortesía. Se reía de ella, bromeaba, se burlaba, y el volátil temperamento de Sabrina se enardeció aún más. Susurró, entre dientes:

-Me gustaría castrarte... ¡con una hoja filosa!

La enfurecedora carcajada de Brett resonó en el patio y murmuró con tono sedoso, con una chispa de picardía bailoteando en el fondo de sus ojos.

-Ya se ha intentado eso, niña, puedes creérmelo. -La picardía desapareció de repente de sus ojos, y agregó, con aspereza:- ¡Lo han intentado mujeres más competentes que tú en lo que se refiere a castrar a un hombre!

Al mirar el rostro inesperadamente peligroso, Sabrina se estremeció, colérica y cautelosa a la vez. Somos como dos enemigos mortales, pensó, enloquecida, dispuestos a luchar en cuanto nos vemos, por razones que ninguno de los dos conoce siquiera. ¿Por qué? ¿Por qué siento necesidad de reñir con él, y al mismo

tiempo ansío...? Ni siquiera ella sabía con certeza qué ansiaba, y, desconcertada, su mirada escudriñó el rostro de él, buscando una respuesta.

Sus ojos estaban clavados en los de ella, su mirada tan atenta como la de ella, y al percibir un atisbo de la expresión enterrada en esos ojos de color verde jade, se sintió en el acto satisfecha de ser una mujer... y de que su padre estuviera sentado cerca.

Alejandro no había escuchado el último intercambio de palabras, pero tenía conciencia de que algo había ocurrido entre ellos, algo que hacía que ninguno de los dos se sintiera precisamente feliz, y como sabía cuán rápido era el temperamente de suhija, llamó, de prisa:

-Vamos, los dos, vengan, deben compartir esa conversación conmigo.

Con un esfuerzo, Brett apartó la mirada de la de Sabrina, encogió los anchos hombros y dijo con desenvoltura:

-Sólo coincidía con tu afirmación anterior... Sabrina es en verdad encantadora. Tienes buenos motivos para estar orgulloso de tu hija... aunque posee una lengua que puede producir heridas fatales.

El momento de tensión desapareció, y con un bufido poco femenino, Sabrina comenzó a volverse, pero Brett tendió la mano y la tomó de un brazo. Para aumento de su confusión y del conflicto de sus emociones, le tomó la mano e inclinándose sobre ella posó la boca cálida en la palma. Sus labios parecieron quemar donde habían tocado, y el corazón de ella comenzó a comportarse en forma poco disciplinada.

Con una sonrisa increíblemente atractiva en la boca, él dijo, con voz ronca:

-¿Establecemos la paz, niña? Prometo portarme bien, lo mejor que pueda, si tú prometes frenar esa malévola lengua que tienes.

Sofocada por un estallido inexplicable, embriagador, de felicidad, desaparecidas todas sus reservas anteriores, ella le dirigió una sonrisa radiante. Un encantador hoyuelo apareció en una mejilla, y aceptó, casi con timidez:

-Sí, señor Brett, me gustaría eso, por sobre todas las cosas.

Brett parpadeó ante la sonrisa cegadora, y de pronto se sintió como si hubiera bebido demasiado vino. Le soltó la mano a desgana, la depositó sobre su antebrazo y con burlona galantería la escoltó en la breve distancia que mediaba hasta el lugar en que se hallaba sentado Alejandro. Con los ojos desbordantes de risa,

Brett retorció uno de los llameantes mechones que se enroscaban cerca de la oreja de ella y murmuró:

-Ahora que tu hija y yo hemos hecho las paces, tengo la intensa sensación de que en verdad disfrutaré de mi estada contigo.

La armonía entre ambos era frágil, pero era armonía, y esa noche, cuando se preparaba para acostarse, Sabrina tuvo conciencia de un placentero hormigueo de expectativa del mañana. La cena había sido deliciosa, Brett los divirtió con algunas de sus escapadas menos escandalosas en Europa. lntercambiaron chismorreos de familia, a: los cuales, cosa natural, Brett tuvo muy poco que aportar, pero pudo contestar a las preguntas de ellos acerca de Sofía, Hugh y los niños.

Pero si bien Sabrina disfrutó de la cena y de la cesación de la inesperada y atormentadora hostilidad entre ella y Brett, no logró dominar del todo un leve sentimiento de desilusión, y tal vez una muy pequeña sensación de resentimiento, cuando, después de la cena, Alejandro la desterró como si todavía fuese una niña pequeña. Brett y él se retiraron al saloncito, para disfrutar de un vaso de muy buen madeira, que Brett había llevado como regalo, y para fumar sus cigarrillos. Como casi siempre Sabrina acompañaba a su padre en ese ritual y compartía una copa de jerez o algo igualmente inocuo, su reacción no era sorprendente. El descanso posterior a la cena, el comentario superficial de los acontecimientos del día, la planificación de lo que se haría a continuación, constituían los momentos favoritos d,e Sabrina con su padre, y le dolió que se los negaran. Cuando la tIa Francisca iba a cenar, o cuando recibían a otros invitados, entendía muy bien los:

motivos por los cuales no podía participar con los caballeros, ¿pero Brett? Cuando Carlos iba a cenar, no se la excluía, pensó, rebelde. ¿Qué hacía que Brett resultara tan diferente? Desolada, se preguntó si mientras durase la estada de él sería desterrada todas las noches, para pasar las horas, antes de acostarse, en total soledad, mientras Brett usurpaba su lugar en el salón, junto a Alejandro. No creía que fuese a gustarle eso... o a tolerarlo durante mucho tiempo!

Como se sintió de pronto más caritativa en lo referente a la situación, Sabrina se acurrucó en su suave colchón de plumas. Era agradable, resolvió, adormilada, ver de nuevo al señor Brett, y dejó las cosas así, reacia a ir más a fondo en el examen de sus emociones. No pensaría en el beso de él, o en la forma en que saltó su corazón cuando él le sonrió, o en la manera en que la sangre le corrió por las venas cuando él la miró de cierta manera... No. Respetaría las paces entre ambos.

7

El día siguiente era hermoso, cálido y soleado, sin la humedad debilitante, que se haría cada vez más evidente a medida que los días se hicieran más largos y calurosos. Sabrina se unió a su padre y a Brett, quienes prolongaban el desayuno y hablaban acerca de la posibilidad de cosechar caña de azúcar en el Rancho del Torres.

Asombrada por el tema y por el descubrimiento de que ésa era la razón de la visita de Brett, Sabrina escuchó con atención mientras los dos hombres hablaban, pero descubrió que sus pensamientos vagaban por una senda desagradable. ¿Por qué Alejandro no le había mencionado antes la idea de plantar caña?

En los últimos años no se había adoptado ninguna decisión importante, en relación con la hacienda, sin que Alejandro le pidiese primero su opinión, y la desconcertaba que no lo hubiera hecho esa vez. No se sentía enojada, ni siquiera molesta, sino confundida. Siempre había dado por entendido que una de las razones de que Alejandro le solicitara sus opiniones en cuanto a la dirección de la hacienda, cuando todavía era pequeña, y alentase sus actividades no muy femeninas, era que la educaba para el día en que tuviese que dirigir la hacienda por su propia cuenta. Se había habituado a ser consultada en cuanto a la inversión de su fortuna –el ganado que venderían, los caballos que adquirirían, las cosechas que plantarían-, y sin embargo ahora resultaba claro que, sin una sola palabra intercambiada con

ella, Alejandro se lanzaba a un ambicioso plan que comprometería una gran proporción de sus tierras, su tiempo y su dinero.

Miró a su padre, y un leve ceño le frunció la frente. ¿Por qué? ¿Por qué se había mostrado... tan reservado en cuanto al proyecto del azúcar y a la inminente llegada de Brett? No tenía sentido. A no ser que se tratara de la influencia de Brett sobre su padre...

Su ceño se acentuó, y dirigió a Brett una mirada de evaluación. Esa mañana no se veían rastros del bandido del día anterior.

¿Por qué estaba allí?, se preguntó ella de nuevo. Nacogdoches nada tenía que ofrecerle. ¿Tal vez había perdido su fortuna y se encontraba allí para timar a su padre? Como sabía que sus pensamientos eran indignos, se retorció de turbación por haber abrigado siquiera esas ideas.

Avergonzada y un tanto enojada consigo misma, se dedicó a ser tan encantadora como fuese posible con el invitado, y a tributarle la mejor bienvenida. Después de un desayuno prolongado, los tres pasearon por los terrenos próximos a la hacienda, Sabrina con su mejor comportamiento, y más tarde, después de la siesta, fueron a las caballerizas.

Los del Torres eran destacados criadores de caballos y toros, y mientras los tres iban de un corral y caballeriza a los siguientes, el interés de Brett era retenido por muchas cosas. A diferencia de numerosas haciendas, el Rancho del Torres poseía una variedad de facetas; la fortuna que el abuelo de Sabrina había llevado de España consigo concedió a la familia más oportunidades de las normales para seguir sus propias inclinaciones. Su riqueza había crecido desde el primer día en que Enrique del Torres llegó al Nuevo Mundo. Había almacenes y muelles en Nueva Orléans, una plantación de algodón en la parte superior de Louisiana, minas de plata y tierras en México. Con una riqueza casi ilimitada para respaldarlos, vivían una vida muy distinta de la que hacían la mayoría de los colonos que llegaban a las Américas... Podían satisfacer sus deseos, de manera que no resultaba sorprendente que la hacienda de del Torres fuese cuidada con minuciosidad, o que sus caballerizas contuvieran algunas de las yeguas y padrillos de cría, de mejor raza, importados de España, que se pudieran encontrar al oeste del Mississippi. La mayor parte de las razas de cría para toros también procedían al comienzo de España, y llegaron a México en tiempos de Enrique, y observando con ojo experimentado las dimensiones, el ancho del lomo y los malévolos cuernos de algunos de los gigantescos animales negros, Brett decidió que ni siquiera en España había visto ejemplares tan magníficos.

Preguntó, con indiferencia:

-¿Los vendes nada más que para cría, o algunos de ellos terminan en las plazas de toros de Ciudad de México?

El rostro de Alejandro se contrajo en una amplia sonrisa.

-¿Querrías creerme, amigo, que el año pasado pude vender varios a una marquesa de Madrid? Creo que fue el colmo de mi ambición: toros de del Torres engendrados, nacidos y criados aquí, en la provincia de Texas, que regresaban triunfantes al país de sus antepasados. Ah, sí, me sentí encantado. Pero para responder a tu pregunta: la mayoría de ellos son usados aquí, en Texas, por criadores, para mejorar sus propios rebaños, aunque a algunos se los utiliza, localmente, en la plaza de toros.

Brett pareció sorprendido.

-¿Plaza de toros? ¿Corridas, aquí? -preguntó, y una ceja se elevó escéptica.

-Sí, aquí -contestó Alejandro. Con los ojos brillantes, agregó:- Un español es un español, no importa donde este, y donde estuviere puedes tener la certeza de que habrá corridas de toros. ¡Para nosotros es una pasión! ¿Quieres que organice una mientras eres nuestro huésped?

Brett asintió, con la vista clavada en algunos de los poderosos animales que trotaban y bufaban en un enorme corral cercano, a poco menos de un kilómetro de las caballerizas.

-Eso me agradaría -respondió con sencillez.

Lo mismo que'la fortuna de del Torres, la hacienda era gigantesca y extensa. Abarcaba unas veinticinco mil hectáreas de lozanía casi tropical, y sólo cerca de la hacienda y los anexos se revelaba la mano civilizadora del hombre. La mayor parte de los vacunos y los caballos vagaban en libertad por las hectáreas en apariencia interminables de la hacienda, y numerosos vaqueros los vigilaban.

Después de pasar días enteros en la silla de montar, a Brett le resultaba un placer estirar las largas piernas; la tranquila caminata por caballerizas y graneros era precisamente lo que quería.

Todavía llevaba el brazo en cabestrillo, pero lo habría desechado esa mañana si Bonita no se hubiera mostrado ofendida ante la idea. Todavía le dolía un poco, y a medida que pasaban las horas y el dolor se volvía más pronunciado, resolvió que ella tenía razón: era demasiado pronto para dejar el cabestrillo a un lado.

Sabrina advirtió la leve mueca de dolor y consciente de que era probable que la causara la herida -la herida que ella le habl inferido-, preguntó con arrepentimiento:

-¿Te molesta el brazo? ¿Hemos caminado demasiado par ti? ¿Te agradaría que regresáramos a la hacienda, para que puedas descansar?

Si Brett había estado a punto de flaquear, nada habría podido endurecerlo más que las palabras de contrición de ella. Podía vivir sin esa piedad, pensó con acritud, y ser visto como un objeto digno de lástima por ese diablillo que le había causado la herida resultaba a la vez divertido y molesto. Pero prefirió sentirse divertido, y con una sonrisa torcida que le curvaba la boca, dijo:

-iNiñita, puede que tenga unos años más que tú, pero no estoy en la época de la chochera! El brazo me duele un poco, pero no es nada acerca de lo cual debas torturar tu hermosa cabecita. Además deberías sentirte complacida: quisiste cortar a fondo.

Sabrina apretó los labios. iBien! iA ver si volvía a ofrecerle de nuevo su simpatía! iPodía morirse, por lo que a ella le importaba!

El día resultó ser para ella de disfrute confuso. La conversación le parecía estimulante, y como sabía tanto como Alejandro en lo concerniente a la hacienda, participaba a menudo en las discusiones. Pero la irritante actitud de Brett no hacía nada para serenarle el ánimo. Que se burlara de ella, que le hiciera bromas y que la tratase como a una niña, y como a una niña tonta, redujo en considerable medida la satisfacción que le ofrecía el día. Nadie la había tratado nunca como él. Aun su padre, en sus momentos más paternales, escuchaba -si no siempre con atención, por lo menos con interés- lo que decía. iBrett sólo sonreía con indulgencia cuando ella hablaba, y luego se volvía para conversar con su padre acerca de lo mismo que ella había explicado!

Pero si bien encontraba enfurecedora la actitud de Brett, tenía conciencia -una conciencia casi insoportable- de su alta figura mientras recorrían las caballerizas, de la manera en que sonreía, de su profunda risa ronca y de las atrayentes arruguitas que se formaban cerca de los ojos cuando sonreía. ¡Se sentía irritada

consigo misma por advertir tanto su presencia, y una decena de veces, a lo largo del día, se regañó y se dijo repetidamente que ya no tenía siete años! No caería en una adoración infantil, como había ocurrido en Natchez. Recuerda cómo terminó ese incidente en especial, se recordaba con severidad, y de pronto la humillante tunda que Brett le había dado aparecía con claridad en su mente.

Los días que siguieron pasaron con rapidez, mientras Brett

y Ollie se establecían en la graciosa hacienda de del Torres. Alejandro era un anfitrión ejemplar, y su hogar era a la vez lujoso y delicioso. Ni siquiera existía la barrera del idioma que hiciera que sus invitados se sintieran incómodos... Alejandro y Sabrina hablaban un inglés excelente, y Brett y Ollie habían aprendido una que otra frase española en sus viajes.

Para cuando los visitantes llevaban en la hacienda cinco días, la herida de Brett se había curado lo bastante para que Bonita decretase que el cabestrillo ya no hacía falta. Con un destello burlón en los ojos y una docilidad sospechosa, Brett lo dejó a un lado.

Sabrina se había habituado de tal modo al cabestrillo escarlata, que en la mañana en que Brett se unió a ellos, para el desayuno, sin él, se sobresaltó.

-¿Tu cabestrillo? -interrogó.

Brett sonrió. Se sentó frente a ella, se sirvió una tortilla caliente, que untó con manteca y dulce de moras. Respondió, con ligereza:

-Tu ángel guardián ha decidido que ya no lo necesito...¡gracias a Dios! Me temía que nunca me dejaría librarme de él.

Alejandro, quien se hallaba sentado al lado de Sabrina, rió.

-Tienes que perdonar a Bonita... es una madre frustrada y no puede dejar de cloquear con todos nosotros.

Con la boca llena de tortilla y dulce, Brett revoleó los ojos expresivamente y asintió con energía.

A la defensiva en el acto, Sabrina dijo con rigidez:

-Tendrías que estar agradecido por sus cuidados... es muy conocida por sus éxitos con los enfermos.

Brett contestó, burlón, a la vez que tragaba su bocado:

¡ -Como puedes verlo tú misma, yo no estoy enfermo. y como te lo dije en su momento, he sobrevivido a peores heridas.

Sabrina bufó y hundió la nariz en una taza de chocolate, deseando, perversa, que no se lo viera tan enojosamente vital, allí sentado a la mesa, frente a ella. Cinco días de su compañía no habían logrado apaciguar el torbellino que sentía en su interior.

En un momento dado se sentía atraída de manera irresistible hacia él, y al siguiente tenía la certeza de que nunca había conocido a un cerdo más arrogante y condescendiente!

Resultaba evidente que Alejandro no tenía esos problemas, y Sabrina se veía empujada cada vez más a la situación de una simple observadora. Con Brett discutía Alejandro los sucesos del día, y Sabrina se divertía supuestamente con tareas femeninas. Alejandro y Brett eran quienes cabalgaban para inspeccionar los posibles lugares para la plantación de caña..., Sabrina se pasaba el día adentro, redactando invitaciones para la fiesta que ofrecerían el sábado, para presentar a Brett ante sus amigos y parientes. Brett parecía dominar todas las horas de vigilia de Alejandro, y si bien Sabrina podía formular excusas respecto del repentino rechazo del cual se la hacía objeto -eran hombres, hacía tiempo que no se veían, Brett era el invitado-, no podía dejar de sentirse desolada y un tanto resentida. Podía enfrentar la intrusión de Brett en sus vidas; en cambio le resultaba difícil aceptar la exclusión de ella.

Alejandro orquestaba mal su intención de casamentero. Como no deseaba revelar su cálido deseo, ni dar la impresión de que arrojaba a Brett y Sabrina el uno a los brazos del otro, hacía todo lo contrario. Los mantenía separados en forma inconsciente, excluía a Sabrina, sin darse cuenta, de su rutina común y de la

compañía de él. Alejandro encontraba además un gran placer en la compañía de un hombre a quien se habría enorgullecido en considerar su hijo. Adoraba a su hija, y habría podido herirla tanto como hubiese podido cortarse el brazo derecho, pero no habría sido humano o español si no hubiesen existido momentos en que soñaba con un hijo. A medida que Sabrina crecía, dejó a un lado esos sueños, encantado con la rápida inteligencia de ella y con su destreza juvenil. Pero en la compañía muy masculina de Brett, Alejandro perdía un poco la cabeza y los sueños retornaban. Su concentración de esos momentos en el joven era comprensible, aunque excesiva. También resultaban comprensibles el creciente resentimiento y desconcierto de Sabrina, y Alejandro se habría sentido

horrorizado si se hubiese dado cuenta de lo que estaba logrando.

Esa mañana, Sabrina, decidida a no permitir que la situación continuara, dijo con firmeza:

-Iré con ustedes. Si se van a dedicar al negocio del azúcar, creo que también yo debería empezar a aprenderlo.

Alejandro la miró, advirtió el sesgo empecinado de su mentón. Al darse cuenta vagamente de hasta qué punto había sidoexcluida en los últimos tiempos, sonrió, culpable, y dijo, atribulado:

-Pero por supuesto, muchacha. Tu compañía es bien recibida, y tienes razón... deberías conocer lo que se planea hacer. -Para ofensa de ella, miró a Brett, y preguntó, casi como si buscara su aprobación:- Es una buena idea, ¿no crees?

Brett se encogió de hombros.

-Si te parece que debe venir, no tengo objeciones. -Se puso de pie y añadió:- Iré a las caballerizas para ver que ensillen su cabaIlo y lo traigan con los nuestros. ¿Nos encontramos adelante, dentro de media hora? -Sin esperar una respuesta, miró a Sabrina y preguntó con voz perezosa:- ¿Media hora será suficiente para

que te prepares? Se sabe que las mujeres siempre demoran mucho.

Sabrina sonrió, tensa.

-Algunas mujeres.

Brett inclinó la cabeza, burlón.

-Como tú digas.

Con los ojos llameantes, ella lo miró alejarse, salir por el portón trasero y desaparecer. Como no estaba segura de poder hablar, bebió de prisa un trago de chocolate, dejó la taza en el platillo, ruidosamente, y dijo con sequedad:

-Iré a cambiarme. ¡No quiero hacer esperar a ese animal arrogante!

Cuando regresó, apenas quince minutos más tarde, estaba ataviada con desafiantes calzoneras de color pardo, y su gloriosa cabellera se encontraba dominada en una larga trenza gruesa; apenas unos mechones indóciles se enroscaban cerca de sus sienes y del cuello. Había una expresión decidida en su semblante por lo común alegre, cuando salió al patio. -

Para su placer, halló a Carlos sentado a la mesa, con su padre. Sus facciones se ablandaron y dijo con calidez:

-iBuenos días, Carlos! ¿Qué te trae aquí, a hora tan temprana?

Carlos sonrió, y sus ojos negros vagaron, complacidos, por el esbelto cuerpo de ella.

-Me agradaría decir que tu encantadora persona-comenzó a decir, en broma, pero luego su rostro y su voz se volvieron graves y agregó-, pero por desgracia no es verdad. Como acabo de decírselo a tu padre, los bandidos han atacado otra vez, y ahora asesinaron a sus víctimas.

-iNo! -exclamó Sabrina, conmovida-. ¿Cuándo fue eso!, ¿Quién resultó asesinado?

Alejandro le respondió. Con el semblante inquieto, dijo:

-Ayer por la noche asaltaron el rancho de los Ríos y mataron al señor y la señora Ríos.

Sabrina apretó el puño y estalló, colérica:

-iMalditos sean esos demonios! ¡Es preciso hacer algo para detenerlos!

Alejandro asintió, pero fue Carlos quien habló.

-iSí! ¡Ya es hora de que actuemos contra ellos! -afirmó, torvo-. Mi padre está invitando a todos a nuestra hacienda, esta noche, para discutir el problema.

Continuaron hablando de la situación durante unos minutos más, y después Carlos se puso de pie. Apenado, dijo:

-No puedo quedarme más tiempo. Debo notificar a otros de la reunión de esta noche. -Miró a Sabrina y preguntó:- ¿Quieres caminar conmigo hasta mi caballo?

Ansiosa de escapar a cualquier reprimenda posible por su vestimenta, ella aceptó en el acto. Carlos había amarrado su caballo detrás de un enrejado cubierto de follaje, y al llegar al animal, comentó con ligereza:

-Tu criado llegó ayer con la invitación para la fiesta de bienvenida del señor Dangermond. Ansiamos conocer a ese americano.

Sabrina ofreció una respuesta cortés, pero Carlos la conocía bien, y había en la voz de ella una nota que lo hizo mirarla con atención.

-¿Quién es él? -preguntó-. No sabía que tu tía Sofía tenía: un hijo adulto. Mi madre se mostró muy sorprendida cuando leyó tu invitación... su visita no había sido mencionada antes.

Sabrina se encogió de hombros.

-Es el hijastro de tía Sofía. Y supongo que el tema de su visita no surgió con anterioridad. -iPor nada del mundo habría revelado cuánto se sorprendió ella con la llegada de Brett!

Carlos insistió, con evidente curiosidad:

-¿Se quedará mucho tiempo con ustedes?

Sabrina se encogió de hombros una vez más.

-No lo sé.

Con una mirada más penetrante y con engañosa superficialidad, Carlos interrogó:

-¿Es buen mozo? ¿Las damas lo adorarán?

-No lo sé -repitió Sabrina, impotente.

Insatisfecho, Carlos frunció el entrecejo.

-¿Qué sabes acerca de él? -preguntó al cabo, exasperado.

Ninguno de los dos tuvo conciencia del hombre alto que seaproximaba, ni que al verlos se detuvo en seco.

Sabrina había reconocido por instinto la razón de las preguntas de Carlos, y si bien no era por lo general una joven vanidosa, la certeza de que él estaba celoso de Brett le procuró placer,

Los últimos cinco días habían sido desquiciantes para ella, y los celos evidentes de Carlos actuaban como un bálsamo sobre sus emociones laceradas. Sonrió con coquetería nada característica y dijo, burlona:

-Sé que tú eres mucho más buen mozo que él. -y no mentía; Carlos era más hermoso, de facciones perfectas y modales amables. Pero había en Brett algo que...

Complacido por las palabras de ella, Carlos se aflojó un tanto, con la mirada clavada en la suave boca de ella.

-¿ Y? -preguntó con voz ronca.

Sabrina no estimulaba por lo común los intentos de Carlos de coquetear con ella, pero la llegada de Brett había despertado en su interior sentimientos que todavía no sabía dominar -ni siquiera los entendía con exactitud-, y dirigió a su primo una mirada analítica. Era hermoso, su tez aceitunada se veía suave y sin tachas, sus ojos eran llameantes estanques de ébano, y sabía que sentía un gran afecto por ella... que a la menor señal de la joven franquearía con audacia la distancia que siempre había mantenido entre ambos. ¿La besaría Carlos como lo había hecho Brett?, se preguntó de pronto. Y cosa más importante aún, ¿su beso desencadenaría todos los locos sentimientos turbulentos que había experimentado cuando la besó Brett? Los sorprendió a ambos cuando barbotó:

-¿Tú me besarías?

Carlos se recuperó en el acto y murmuró, con los ojos llenos de una luz ardiente:

-iCon placer, querida! ¡Con placer!

Su boca fue cálida y tierna sobre la de ella, sus brazos fuertes y posesivos cuando la aplastó, apasionado, contra su duro pecho. Inclusive olía apenas a tabaco y caballos, como Brett, pero para Sabrina no hubo un éxtasis jadeante. No sintió más que un leve goce con su abrazo, y con suavidad, cuando él quiso ahondar el beso, se apartó de él, con los ojos velados.

Carlos respiraba con rapidez, y había un leve sonrojo en sus mejillas.

-iQuerida, tienes que saber lo que siento por ti! -comenzó a decir, pero Sabrina le tapó la boca con los dedos, silenciándolo.

Avergonzada por la forma en que lo había usado, apabullada ante la manera en que la había afectado el beso de él, susurró, apenada:

-Calla, mi amigo. No habría debido pedirte eso. No estuvo bien.

El empezó a protestar, acalorado, pero consciente, irritado, de que ése no era el momento ni el lugar, murmuró, con voz densa:

-Ya hablaremos de eso más tarde.

Sabrina le sonrió, arrepentida, y meneó la cabeza con lentitud.

-No. Debes olvidar mi tontería... lo que acaba de suceder no cambia nada entre nosotros. No puede cambiar nada.

Ella miró con firmeza durante un momento prolongado, y después montó en su caballo con agilidad. Le dedicó una mirada nada sonriente y dijo con aspereza:

-Por el momento cederé a tus deseos. Pero no siempre será así. ¡Recuérdalo!

Desdichada, ella lo vio alejarse galopando. Carlos era su amigo, y ella había sacado ventajas de esa amistad, pensó, desdichada. jSi Brett no la hubiera besado, eso no hubiera ocurrido!

¡La culpa era toda de él!, decidió, irracional.

Giró sobre sus talones, con la intención de volver al patio, cuando vio al objeto de sus pensamientos apoyado, con negligencia, contra el tronco moteado de un gran sicomoro. Quedó petrificada y lo miró con furia, preguntándose cuánto tiempo hacía que se encontraba allí.

La expresión de los ojos de él era difícil de definir cuando se encaminó hacia ella, pero su voz estaba henchida de burla.

-¿Una riña de enamorados? -preguntó, interesado.

-iNo es cosa tuya! -replicó ella con sequedad-. Y si fueras algo parecido a un caballero, habrías hecho conocer tu presencia. -Los pechos se le agitaban bajo la camisa de algodón; preguntó, airada:- ¿Cuanto hacía que estabas ahí?

-Lo bastante -respondió Brett con sequedad-. ¿Quién es él, niñita? ¿Alguien a quien tu padre no aprueba? ¿Por eso se escabullían para encontrarse aquí?

Estalló todo el resentimiento que hervía por debajo de la superficie.

-¿Cómo te atreves? -dijo, sibilante-. jEra mi primo Carlos, y no nos escabullíamos a ninguna parte! ¡Había ido a visitar a mi padre, y sólo nos despedíamos! -Con los ojos brillando como estrellas doradas, dijo, acalorada:- En cuanto a la aprobación de mi padre... hace tiempo que se habla de un casamiento entre nosotros. -No sabía con seguridad por qué le había dado esa información a Brett, ni tampoco por qué no le decía que Carlos nunca sería para ella otra cosa que un amigo muy querido. ¿Se lo había dicho porque las mujeres eran quienes se casaban, y no las niñitas? ¿El conocimiento de que tenía la edad suficiente para hablar de matrimonio haría que él la viese como una mujer? Y si Carlos podía ser empujado a sentir celos, ¿también podía serIo Brett? Sabía que esta última idea era ridícula... ¿acaso no la trataba con una tolerancia apenas disimulada? Desdeñosa, apartó los otros pensamientos.

El semblante era impenetrable cuando la miró, con los pulgares metidos con negligencia en el ancho cinturón de cuero que le rodeaba la delgada cintura.

-¿Casamiento? ¿No eres un poco joven? -preguntó con voz gangosa.

i Los dedos de ella se curvaron a los costados en forma de garras, y respondió con tono tenso:

-Dentro de menos de cuatro meses cumpliré los dieciocho.

-Qué edad tan avanzada -se burló él, con una suave sonrisa en los labios. Pasó con ligereza un dedo atezado por la suave mejilla de ella-. No te precipites, niñita... ni siquiera a los dieciocho se es tan vieja. Seguirías siendo una niña pequeña.

Con una chispa de desafío en los ojos dorados ambarinos, ella contestó, sin aliento:

-Carlos no pensó que fuese una niñita... ni tampoco tú,- cuando me besaste.

Un músculo se contrajo en la delgada mandíbula de él, y su sonrisa desapareció.

-No, es cierto -admitió a desgana. Los ojos se le entrecerraron de pronto cuando se le ocurrió una idea desagradable, y preguntó, con voz torva-: ¿Eso es lo que estabas haciendo? ¿Comparándonos? ¿Viendo quién de los dos te trataba menos como a una niña?

Los ojos de Sabrina estaban enormemente abiertos cuando le miró el rostro moreno, y las mejillas se le tiñeron con un rubor culpable cuando se dio cuenta de que en verdad había estado comparándolos. Quizá no en forma deliberada, pero había querido saber si Carlos podía afectarlr. de la misma manera que Brett. Trató

de salir de la situación con descaro, ofreció lo que esperaba fervorosamente que fuese un encogimiento de hombros altanero y respondió con indiferencia:

-¿ Y si era así?

Desde que la había besado en el prado, Brett mantenía una distancia, adrede, respecto de Sabrina. Se había mostrado intencionalmente tan burlón como le fue posible, e hizo todo lo que pudo para destruir el deseo casi abrumador que sentía, de hacer lo contrario. Sin quererlo, se había encontrado respondiendo con violencia a la calidez y el encanto de ella, y todos los días batallaba para no sucumbir a la creciente oleada de atracción que sentía por la joven. Durante la noche, en sus habitaciones, soñaba con ella, su sonrisa hechicera lo llamaba a placeres indecibles, su esbelto cuerpo casi lo enloquecía de ansiedad. Pero al despertar todos los días, al alba, negaba, furioso, las imágenes y avideces de la noche.

Pero la visión de Sabrina en brazos de otro hombre lo había anonadado, haciendo que una salvaje oleada de emociones en pugna le recorriese todo el cuerpo. Se sintió en el acto lúgubremente satisfecho al saber que ella era tan coqueta y vana como sabía que lo eran las mujeres, pero también había en él una extraña sensación de traición, de aplastante desilusión, Y alguna otra emoción, más poderosa... ¿celos? Herido por sus pensamientos, se prohibió continuar con ellos.

Ya se sentía enfurecido por sus reacciones, y las palabras de Sabrina eran demasiado impertinentes como para hacer caso omiso de ellas. Con un resplandor en los ojos de color verde jade, la tomó y la atrajo con brutalidad hacia sí. Con la boca a pocos centímetros de la de ella, bufó con suavidad:

-iSi lo que buscas son comparaciones, agrega esto a tus muestras! Implacables, sus labios cayeron sobre los de ella, y el contacto de la cálida boca dura envolvió a Sabrina en un torbellino de sensaciones embriagadoras, desconcertantes. Ah, pero qué dulce era que la besara de nuevo, que la boca atormentadora se movie-se con tanta ansiedad sobre la de ella, sentir el atronador latido del corazón de él contra su pecho. Tuvo vaga conciencia de que quería que eso fuese así. Apretó más contra el de él su delgado cuerpo, buscando algo más que ese ataque entre salvaje y suave a sus sentidos. Sin darse cuenta, le deslizó los brazos por el cuello y echó la cabeza hacia atrás cuando se le ofreció, desvergonzada, inocente. Ante su repentina entrega, la cólera de Brett desapareció, Y lo olvidó todo, menos el cautivante cuerpo suave que tenía entre los brazos. Todos los hambrientos deseos que había mantenido frenados se desencadenaron de pronto, y sus brazos la envolvieron aún más, aplastándola con ferocidad contra sí. Su boca se movió con creciente exigencia sobre ella, pero muy pronto eso no bastó, y ordenó, con voz ronca:

-Abre la boca. Quiero conocer el sabor de ti en mi lengua.

Las palabras hicieron que un estremecimiento de excitación recorriera a Sabrina, y cuando los labios de él tocaron los de ella, abrió la boca, obediente. La lengua de él se hundió, caliente, entre los labios abiertos, llenándole la boca mientras exploraba la calidez interior con lentitud y sensualidad.

Sabrina se puso rígida, con conmovido asombro placentero, y se preguntó, aturdida, qué estaba haciéndole él. Sentía las rodillas débiles, la cabeza le daba vueltas y había en sus ijares un ansia cada vez más dolorosa, que el contacto de la lengua exploradora en su boca no hacía más que intensificar. Tenía los pezones insoportablemente sensibles, y gimió con suavidad, queriendo, increíblemente, que él la tocara allí, sentir sus manos duras, expertas, en los pechos.

Hacía semanas que Brett no tenía una mujer, y su cuerpo era un prolongado dolor de deseo. Su virilidad estaba dura y palpitante entre los cuerpos de ellos, la sangre le atronaba en el cerebro, y la reacción de Sabrina a su amor estuvo a punto de hacer trizas su dominio de sí.

Casi le hizo olvidar quién era ella, quién era él y por qué era a la vez poco galante y peligroso besarla de esa manera. Podía tratar a las mujeres con frialdad y desprecio, pero hacía mucho tiempo había hecho un férreo juramento de no elegir nunca a sus damitas entre las parientas femeninas de sus amigos. Tampoco era su costumbre compartir su le-

cho con jovencitas como Sabrina; su preferencia se orientaba hacia las mujeres mayores, más experimentadas, que sabían qué podían esperar de él: un amor hábil y arreglos generosos... nada de emociones.

Al darse cuenta de cuán próximo estaba de arrojar los escrúpulos a los vientos, apartó de sí a Sabrina con una maldición contenida. Con respiración trabajosa, dijo, sardónico:

-Creo que la muestra fue suficiente, ¿no?

Sabrina necesitó un momento para volver a la realidad, para dejar atrás el mundo sensual que había entrevisto en el abrazo de él. Lo miró con la boca un tanto hinchada por el beso, los ojos todavía adormilados de deseo, pero entonces entendió el sentido de las palabras. Durante un segundo lo miró con ira y luego, antes de que él pudiera adivinar sus intenciones, llevó el brazo hacia atrás y le abofeteó el rostro moreno con toda la furia que le fue posible.

-iGranuja! -escupió, colérica.

El se tocó con cautela la mejilla que ella acababa de abofetear, y con una expresión burlona que le invadía la mirada, dijo con suavidad:

-iPara ser una niñita, por cierto que tienes buenos músculos!

Sabrina apretó los dientes y dijo con voz densa:

-iNo me llames'niñita"! ¡No soy una niñita!

El sonrió de pronto y murmuró:

-Debo admitirlo... ¡por cierto que no besas como una niña!

Sabrina ahogó una exclamación de furia, giró sobre sus talones y salió, impetuosa, por el portón de hierro, al patio. Por fortuna se encontraba desierto, y cuando se encaminó, furiosa, hacia su habitación, se preguntó cómo soportaría la irritante presencia de Brett durante un tiempo prolongado, estallaría de cólera...

o lo mataría! Si Alejandro advirtió, al inspeccionar los distintos lugares para el emplazamiento del trapiche, que su hija trataba a su invitado con helado desprecio, no hizo comentario alguno. Ni comentó nada en relación con la sospechosa marca escarlata de la mejilla de Brett. Pero hizo conjeturas. Sabrina no hizo conjeturas respecto de nada. Estaba tan furiosa, tan avergonzada y alarmada por sus reacciones frente a Brett, que se negó a pensar siquiera en lo que había ocurrido entre ellos.

Todavía aturdida por los sucesos de la mañana, se negó a acompañar a los hombres, cuando cabalgaron a la hacienda de de la Vega, esa noche. Además, se dijo, no quería pasar por una atormentadora inquisición de la tía Francisca y de todas las otras damas curiosas.

Pudo escapar del implacable interrogatorio de Francisca de la Vega, pero Brett no. Alejandro le había advertido, con suavidad, de todo lo referente a su hermana, pero ni siquiera Brett estaba preparado para preguntas tan directas.

Llegaron a la hacienda de de la Vega unos minutos temprano, y Francisca había usado ese tiempo con eficacia. Apenas permitió que se hicieran las presentaciones, y en el acto lanzó sus preguntas. ¿Cuándo había llegado? ¿Cuánto tiempo se quedaría?¿Por qué estaba allí? ¿Cuáles eran sus perspectivas? ¿Era soltero?¿Por qué no estaba casado? ¿Buscaba una novia? Aunque Brett no se hubiera enterado por Sabrina acerca de las posibilidades de un matrimonio entre ella y Carlos, la hostilidad apenas disimulada de Francisca y sus agresivas preguntas le habían indicado cuál era la situación. Eso, y el desagrado de Carlos, menos velado aún, acerca de la posibilidad de un matrimonio entre Sabrina y él.

Hubo un aire de tensión casi tangible entre los dos hombres cuando fueron presentados. Brett aquilató a Carlos enseguida: arrogante, egoísta y cruel... y contento por la posibilidad de que hubiese un rival en escena. Carlos también captó con rapidez las verdaderas dimensiones de su oponente: rico, implacable, demasiado flagrantemente masculino como para no producir

algún efecto en Sabrina. Además, el norteamericano era demasiado confiado y tenía una relación demasiado desenvuelta con Alejandro, para el gusto de Carlos.

Casi por acuerdo no expresado, los hombres se apartaronde los demás, en dirección del parque. Carlos abrió en el acto las hostilidades.

-Cuán extraño que aparezcas tan de repente entre nosotros. Alejandro nada había dicho acerca de tu inminente llegada.

Nos asombramos inclusive al enterarnos de tu existencia... mi tío habla muy pocas veces de la familia de su esposa muerta, estoy seguro de que nunca te mencionó. Ni tampoco Sabrina. Me pregunto por qué.

Las palabras eran inocuas en sí mismas, pero el tono de voz de Carlos implicaba que existía algo dudoso y siniestro en todo el asunto.

Brett enarcó una ceja, consciente de que se le tendía una trampa.

-¿Sí? -dijo con serenidad-. Tal vez la razón de que mi nombre no haya sido el tema de alguna conversación es, sencillamente, que a Alejandro no le agradan las murmuraciones. En cuanto a Sabrina -Brett encogió los anchos hombros, y una luz burlona saltó en sus ojos-, las mujeres no cuentan todos sus secretos... en

especial en relación con los hombres.

Mientras miraba con interés, Carlos enrojeció furiosamente, y su mano se cerró en un puño.

-No son murmuraciones -rechinó- ...no hay murmuraciones cuando uno reconoce la existencia de un pariente... ino importa cuán lejano sea el parentesco!

Se veía muy a las claras, en lo referente a Carlos, que la relación no era lo bastante distante. El señor Dangermond le disgustaba, y además había algo de esquivo en esos ojos de color verde jade, y en esa boca despectiva, que le molestaba... lDónde había visto antes a ese hombre? Mientras observaba a Brett, tuvo la curiosa sensación de que lo conocía de antes. ¿Pero de dónde? ¿ cuándo?

Brett tuvo la misma sensación: ya he conocido a este español. En algún lugar, nuestros caminos se cruzaron. ¿Pero dónde? ¿y cuándo? Nueva Orléans era el lugar más lógico. ¿Allí o en España?

Cuando Brett no respondió a su comentario anterior, Carlos, al darse cuenta de la inutilidad de una guerra abierta, se obligó a sonreír y dijo con suavidad:

-Debes perdonar mi aparente grosería, pero Sabrina es mi novia, y por supuesto, me preocupa que un desconocido virtual haya llegado a residir en el hogar de ella.

-¿Tu novia? -preguntó Brett con sequedad, consciente de un nudo repentino e inexplicable que se le formaba en las entrañas. Con un leve ceño que le oscurecía la frente, agregó-: Yo tenía la impresión de que nada formal se había decidido... Alejandro no me dijo que Sabrina estuviese formalmente comprometida.-y tampoco se lo había dicho Sabrina, recordó con sequedad.

Carlos le dirigió una sonrisa de superioridad. Con un brillo de malicia en los ojos negros, dijo, mendaz:

-Entre Sabrina y yo todo ha quedado arreglado hace tiempo, el anuncio es una simple formalidad. Nuestros padres lo saben, Y aprueban de todo corazón la unión, la esperan con ansiedad... casi con tanta ansiedad como Sabrina y yo.

-Entiendo -dijo Brett con voz lenta. Desconfiaba de las palabras de Carlos, y sin embargo... Esa mañana había visto a Sabrina abrazada por este hombre, y la propia Sabrina mencionó la posibilidad de un matrimonio entre ellos. Entonces, ¿por qué se resistía a la idea?

Alejandro llamó a Brett en ese momento, y no hubo oportunidad de seguir conversando con Carlos. Mejor así, pensó Brett con ironía. ¡Cuanto más lo conozco, más me encuentro albergando una profunda aversión hacia él! Casi con alivio, se unió a Alejandro y fue presentado a algunos caballeros que acababan de llegar. Poco después se dirigieron todos a la biblioteca, dejando a Francisca que reinara sobre las damas que habían acompañado a sus esposos e hijos. Se advertía con claridad que los de la Vega eran prósperos, pero su riqueza no

podía compararse con la de los del Torres. Su hacienda era menor, sus anexos no tan amplios, y los muebles perceptiblemente menos lujosos. De pronto se preguntó si detrás del compromiso de Carlos con Sabrina no estaba el tema del dinero.

No era que Sabrina en sí misma no fuese una razón suficiente para que Carlos quisiera casarse con ella, ¿pero era sólo el amor lo que impulsaba a Carlos? La boca de Brett se curvó, sardónica. ¿Le importaba a él? El casamiento por dinero y posición era común entre la gente de su clase, pero le resultaba extrañamente desagradable la idea de que Sabrina se casara por tal motivo. ¡Por cierto que ella tenía muy poco que ganar! ¡Carlos sería el que cosechara los beneficios... una esposa encantadora y una fortuna!

Luis de la Vega llamó al orden a la reunión informal, y durante las horas que siguieron Brett escuchó, alerta, todo lo que se decía. U nas cuantas veces tensó el ceño, y estuvo a punto de incorporarse a la discusión, pero consciente de que era un recién llegado y un extraño, guardó sus preguntas y comentarios hasta que él y Alejandro volvían a casa de éste, a caballo.

Viajaron en silencio por la senda serpenteante que llevaba a la hacienda, cuando Brett preguntó:

-¿Cuánto hace que existe este problema con los bandidos?

Alejandro hizo una mueca.

-Siempre hemos tenido este problema con los bandidos... estamos demasiado lejos de la civilización para que los bandoleros y los salteadores no florezcan. Pero creo que esta última serie de ataques comenzó hace cuatro o cinco meses. -Con expresión reflexiva, agregó:- El ataque contra los Ríos es un buen ejemplo de

su trabajo. El señor de los Ríos acababa de regresar a su casa desde Nueva Orléans, después de vender un magnífico rebaño de caballos salvajes, y esa misma noche su hacienda fue atacada, y él Y su esposa resultaron muertos. Carlos había ido a visitar los esa tarde, y dijo que el pobre Ríos se había sentido tan complacido y aliviado por haber llegado a casa a salvo, con su oro... –Alejandro masculló, hundiendo la cabeza.- Qué tragedia. Tan buenas personas. Y ahora están muertas. Su casa saqueada e incendiada hasta los cimientos.

-¿Es ésta la primera vez que ocurre algo por el estilo?

-Sí. Antes sólo eran robos... nadie había sido dañado... pero ahora... me preocupa que se hayan vuelto tan audaces.

-¿ y qué hay acerca de tu hacienda? ¿Sabrina está segura? -preguntó Brett con laconismo.

Alejandro sonrió, y de pronto se sintió más confiado en cuanto a su intento casamentero, mucho más que desde la llegada de Brett.

-Mi hacienda está segura, hace meses que vengo armando a mis vaqueros y les he prevenido en especial que deben tener cuidado con los desconocidos. En cuanto a mi hija -asintió con lentitud-, estará a salvo, pero sólo si termina con sus tontas cabalgatas a solas.

El rostro de Brett se endureció.

-iMientras yo esté aquí podrás estar seguro de que no hará nada por el estilo!

Alejandro volvió a sonreír, y la suya fue una sonrisa muy complacida.

Pero Brett no sonreía, y sus pensamientos se concentraron en los bandidos.

De pronto preguntó:

-Dices que parecen saber a quién robar ... ¿qué quisiste decir?

-Sólo que no cometen errores; sus víctimas son siempre gente acomodada, y sólo se las roba, como al pobre Ríos, cuando tienen grandes sumas de dinero encima.

Con un ceño sombrío cuando la sospecha que había ido formándose toda la noche en su cerebro se convertía en una certidumbre, Brett preguntó con sequedad:

-¿Hay algún desconocido en esta zona? ¿Ha llegado alguien en estos últimos tiempos?

-No. Por lo menos no en mayor medida que lo habitual. Somos un caserío de frontera, amigo, y como tal vemos un constante ir y venir de desconocidos. Pero ninguno de ellos ha parecido más sospechoso que los otros, y aparte de unos pocos con familias que han tratado el límite de sus granjas, ninguno se ha quedado.

-Entonces tus bandidos tienen que ser gente a quienes conoces y en quienes confías. No existe otra respuesta -dijo Brett sin rodeos.

Alejandro pareció sobresaltarse.

-iPero debes de estar equivocado! No conozco a nadie que pueda hacer semejante cosa. ¡Somos una comunidad pequeña... ya viste cuán doloridos se mostraban mis conciudadanos esta noche! ¡Todos quieren que estos asesinos sean capturados y castigados!

Brett enarcó las cejas, escéptico.

-Lo dudo. Y estaría dispuesto a apostar que tus bandidos, cuando se los encuentre, resultarán ser personas que estuvieron esta noche en la reunión... y tal vez querían saber con precisión qué se planea para detenerlos.

Alejandro no quiso aceptar semejante idea, y durante el resto de la cabalgata a casa se esforzó por discutir con Brett para que cambiara de idea, pero todo fue en vano. Cuando desmontaron delante de la hacienda, Alejandro dijo, entre enfurecido y bromeando:

-jTe aferras a tus tercas ideas, como una mujer honorable, :a su virtud!

Brett sonrió.

-Deberías escribir y decírselo así a mi padre. El estaría de acuerdo contigo.

Alejandro lanzó un bufido, y unos minutos más tarde se separaron, Alejandro para ir a acostarse, Brett para encender un cigarrillo y vagar por el parque desierto. Esa noche se sentía extrañamente inquieto, y aunque la hora era bastante avanzada, casi la medianoche, descubrió que no sentía deseos de retirarse a su lecho. Su lecho solitario, pensó, con una mueca... las mujeres tenían su utilidad, y una mujer cálida, dispuesta, habría sido muy útil para aliviar la tensión que crecía dentro de él. ¡Lo malo, admitió, era que la única mujer a quien quería era una niña a medias y una seductora a medias, de cabellos color de llama!

Furioso consigo mismo, e insatisfecho ante la admisión de que en realidad quería a Sabrina, desplazó con frialdad sus pensamientos hacia la noche que acababa de pasar en la hacienda de la Vega. Más en especial, a Carlos de la Vega. ¿Dónde demonios lo había visto con anterioridad? Una expresión cínica le cruzó por el rostro cuando se dio cuenta de que la mitad del interés por el arrogante español nacía del incidente de la mañana con Sabrina. Eso, y el hecho irritante de que Carlos afirmara estar comprometido con ella. ¿Existiría en verdad un entendimiento entre ellos?, se preguntó con desagrado. Se volvió con lentitud, y estaba a punto de entrar en la hacienda cuando vio una luz en una de las habitaciones de abajo. Toda la casa estaba oscura, aparte de esa habitación. Como sabía que Alejandro ya se había retirado, y curioso por averiguar quién se

encontraba despierto a esa hora de la noche, se encaminó en esa dirección.

Anduvo en silencio bajo los amplios aleros, y abrió con cautela una de las puertas que daban al patio. Como no oyó sonido alguno en la habitación iluminada por la lámpara, miró hacia el interior. Dio por sentado que un criado descuidado había dejado encendidas las velas, y cruzó la habitación con la intención de apagar las llamas amarillas. Al llegar al sofá, miró hacia abajo, y el aliento se le cortó en la garganta cuando vio el cuerpo tendido sobre los cojines de terciopelo.

Sabrina yacía profundamente dormida, de costado, con la cabeza apoyada en un brazo extendido, y el cabello rojo-dorado cayéndole sobre el rostro y desparramándose, como fuego vivo, en el sillón de terciopelo verde. Llevaba puesto un sencillo vestido de seda amarilla clara, y se le había subido en derredor de las rodillas, y los pies descalzos y las esbeltas piernas, relucían, cálidos, contra el opulento terciopelo verde. El libro que había estado leyendo yacía abierto en el suelo, cerca de ahí.

Durante un largo momento, Brett la miró, hipnotizado por sus facciones dulcificadas por el sueño. Era tan encantadora, pensó, dolorido, y sus ojos se pasearon casi con ternura por sus densas pestañas oscuras, la nariz apenas respingada y la boca generosa. ¡y parecía tan condenadamente joveni, pensó con irritación. ¿El había sido alguna vez tan joven? ¿Alguna vez tan inocente y vulnerable? Durante un instante apretó la boca al recordar el dolor del rechazo de su madre. Asombrado por la amargura y la pena que le despertaba ese recuerdo,

tuvo conciencia de que hacía mucho, mucho tiempo, había sido tan inocente y vulnerable como lo era ahora Sabrina. Parecía no ser rozada por la fría indiferencia del mundo, reflexionó, y daba la impresión de necesitar protección frente a quienes querrían corromper esa inocencia. Con tristeza, agregó: ¡tan necesitada de protección contra los canallas cínicos como yo mismo! Su mirada se deslizó una vez más, con lentitud, por su esbelto cuerpo, deteniéndose en el ascenso y caída de sus pechos plenos y en la longitud de las esbeltas piernas.

Sin querer, sintió que el deseo se agitaba en él, y consciente de la situación, se inclinó y sacudió con suavidad a Sabrina. Fuera de un apagado rechazo a su contacto, ella continuó durmiendo, y Brett sonrió apenas. iPor Dios! Había olvidado cuán profundamente dormían los jóvenes. Con la sonrisa todavía en la boca, se arrodilló aliado del sofá y tocó con suavidad el luminoso cabello, donde crecía cerca de la sien.

-Despierta, bella durmiente -murmuró, ronco.

Ajena a su roce y a su voz, Sabrina continuó durmiendo, e incapaz de resistir la tentación de la dulce boca, él se inclinó hacia adelante y la besó con suma suavidad. Durante un momento permitió que el hambriento deseo que exigía ser manifestado le recorriera el cuerpo mientras le besaba con lentitud la boca suave y cálida, pero luego, con un suspiro, apartó la boca de la de ella y volvió a apoyarse en los tacones, con una sonrisa irónica en los labios. Esa sonrisa fue lo primero que Sabrina vio cuando despertó poco a poco. Eso, y la burla que bailaba en los ojos verde oscuros.Pensó que había soñado que él la besaba, pero cuando despertó gradualmente y le vio la sonrisa, se dio cuenta de que no lo había soñado.

Cosa extraña, no se enojó. Sabrina podía no olvidar un insulto, pero no retenía agravios, ni continuaba enojada durante mucho tiempo. Y había tenido una noche larga y solitaria para meditar acerca de todas las cosas, Brett era irritante, pero tuvo que admitir con incomodidad que, por lo menos en parte, ella había incitado su abrazo y sus comentarios enfurecedores. Al continuar pensando acerca del tema de Brett Dangermond, se sintió confundida y frustrada, y llegó a la desganada conclusión de que debería hacer frente al inquietante efecto que le producía él. No resultaba una admisión agradable para ella, pero al final aceptó que el problema era su relación con él, y no necesariamente las acciones de él. Después de sus cavilaciones, hizo un pequeño juramento, con firmeza, de no permitir que la provocase otra, y, cosa más importante, no permitir que sus volátiles emociones la dominasen.

Lo trataría con cortesía y amabilidad, y haría un decidido esfuerzo para reanimar la relación que en algún momento compartieron... ¡lo cual no significaba, pensó con un bufido, que fuese a perseguirlo con infantil adoración! ¡Se comportaría como una adulta... y no como una niñita...! Complacida con sus deducciones, se acomodó, dichosa, a leer y esperar el regreso de los caballeros. Tal vez agotada por los constantes conflictos consigo misma, no muchos minutos más tarde se durmió, y sus sueños, por desgracia, chocaban con sus decisiones. Pero protegida e inocente como era, sus sueños no resultaban muy explícitos, más allá del punto en que Brett la abrazaba, y la atraía, pero sí bastante satisfactorios, y el despertar y encontrar al objeto de esas fantasías sonriéndole, con los labios a unos centímetros de ella, fue muy, muy satisfactorio. Todavía despierta a medias. Sabrina sonrió a Brett, adormilada, sin conciencia de lo seductora que era esa sonrisa. No se movió para cambiar su posición en el sofá, más allá del hecho de acercar el brazo extendido junto al cuerpo y apoyar la mejilla en las manos. Los adormilados ojos dorados ambarinos se cruzaron con los de él cuando dijo con suavidad:

-Buenas noches, señor Brett. ¿Tu reunión fue satisfactoria?

Con sonrisa un tanto irónica, él respondió con ligereza:

-¿Esperabas que así fuera? ¿En especial mi reunión con tutan curiosa tía Francisca?

Sabrina ahogó una risita.

-¿Te hizo una gran cantidad de preguntas?

El asintió, y se puso de pie con agilidad. Se sentó en el sofá, al Iado de ella, apoyando un brazo en el alto respaldo.

La luz burlona de los ojos verdes se hizo más pronunciada, y contestó:

-Por cierto que sí. En este momento, no creo que exista un solo aspecto de mi vida que ella no conozca. ¡Habrías debido prevenirme!

Hubo una repentina relación desenvuelta entre ellos, como si nunca hubieran existido todos los días anteriores de emociones tormentosas. En esos preciosos momentos, Brett pareció haber desterrado los modales irónicos, irritantes, con los que por lo general la trataba, y se permitía, imprudente, el placer de responder sin trabas al encanto natural de ella. También Sabrina, por primera vez a sus anchas consigo misma, actuaba con más normalidad; se mostraba descansada y serena, y se conformaba con disfrutar de la fascinante compañía de él.

Las circunstancias mismas ahondaron la creciente intimidad: era muy tarde, la casa estaba silenciosa y tranquila, había sólo dos personas despiertas, y la parpadeante luz de las velas proyectaba sobre ellos un resplandor suave, dorado, intensificando la ígnea belleza de Sabrina, iluminando las facciones sardónicas, morenas, de Brett. Inclusive sus posiciones aumentaban la cálida intimidad que poco a poco, de manera inexorable, los iba rodeando. La dura cadera de Brett tocaba casi el vientre de Sabrina, tendida ésta de costado sobre los cojines de terciopelo verde oscuro, y la parte superior de su cuerpo se erguía casi protectora sobre ella.

Continuaron hablando durante unos minutos, porque ninguno de los dos deseaba quebrar el hechizo que parecía haber caído sobre ellos. Brett sabía que estaba jugando con fuego, sabía que era una pura insania prolongar el peligroso interludio, y sin embargo no podía escapar a la tela de araña del encantamiento de ella. No lograba apartar su vista y observaba con extraña y hambrienta intensidad la forma en que la sonrisa le iluminaba todo el rostro, la manera en que los ojos de color dorado ambarino se encontraban tímidamente con los de él, y luego se apartaban. Un leve aroma de capullo de naranjo emanaba de su cuerpo, y de pronto lo asaltó un insano deseo de buscar la fuente de ese perfume

hechicero.

Sabrina tampoco era inmune a la situación, y tenía menos dominio que Brett sobre sus emociones. Se sentía absolutamente hechizada por él en ese estado de ánimo encantador, burlón, y su sonrisa vagaba, ansiosa, por las facciones de él: el denso cabello negro, los profundos ojos de color verde jade, con sus pestañas extravagantemente largas, y la boca plena, móvil. La danzarina luz de las velas sombreaba los huecos de abajo de sus altos pómulos, y Sabrina observó, fascinada, la forma en que la luz vacilante jugueteaba con su hermosa nariz y la dura línea de la mandíbula. Pero su boca era lo que atraía su atención, y sin poder contenerse, se sorprendió recordando la textura e impresión de esos labios expertos sobre los de ella. Incómoda ante la dirección que seguían sus pensamientos, y demasiado consciente de la inquietante proximidad de él, cambió un tanto de posición, volviéndose de espaldas y apartándose un poco.

Fue un movimiento no calculado, pero no hizo más que acrecentar la conciencia de Brett, de lo deseable que era. La suave tela de su vestido se tensó sobre el firme busto juvenil, y atrajo la mirada de él hacia la blanda carne dorada que se elevaba, tan tentadora, por encima del escote bajo. El vestido amarillo era de un diseño campesino anticuado, que le dejaba al desnudo los hombros, y que en la parte delantera exhibía delicadas cintas de seda verde, y los dedos de él temblaron ante la idea de desatar esas cin tas verdes y dejar al desnuda la carne satinada de abajo. Tragó saliva con dificultad, pues se sentía casi abrumado por el ansia de tomarla en sus brazos y hacerle el amor con violencia. Apartó la mirada de ella, observó con fiereza el candelabro, y dijo con un esfuerzo:

-Creo que deberíamos deseamos las buenas noches. Tu padre ya se ha retitrado y yo Iba a hacer lo mIsmo cuando vi tu luz.

Apenada, Sabrina aceptó.

-Tienes razón, por supuesto -dijo en voz baja, y después, incapaz de contenerse, agregó casi sin aliento-: Me alegro de que hayamos tenido estos momentos a solas para conversar... -

Impetuosa, levantó la mano y le tocó el duro pecho.- Eso... eso hace que las cosas resulten más fáciles entre nosotros, ¿no?

El contacto fue la perdición de él. Los ojos de ambos se encontraron de pronto, y el corazón de Sabrina martilleó ante el brillo de deseo desnudo que se advertía en los ojos de color verde oscuro. Los dedos de Brett se cerraron, compulsivos, en derredor de los de ella, inclinó la cabeza y oprimió los labios cálidos contra la

palma de la mano de Sabrina, mientras murmuraba, con voz atormentada:

-iDulce madre de Dios! ¿Qué estás haciéndome?

Presa del despertar de la conciencia de su propia sensualidad, Sabrina lo miró, muda; con el deseo exasperado de que la besara otra vez, sus labios se abrieron en invitación inconsciente.

Con un gemido, Brett le soltó la mano, le tomó los delgados hombros, la atrajo con rudeza hacia sí y su boca se aplastó, exigente, contra la de ella. Sin pensar lo, ella le devolvió el beso, temblando de placer cuando la lengua de él le penetró en la boca, y comenzó a hurgar, hambrienta, la calidez interior. No entendía todo Ío que le estaba ocurriendo; sólo sabía que únicamente Brett despertaba una ansiosa necesidad dentro de ella, que anhelaba sus besos, sus caricias, que quería estar en sus brazos, y que la besara en esa forma casi salvaje. Sus brazos le rodearon la cintura, y lo abrazó queriendo más, queriendo...

El deseo, cálido y dulce como la miel, se difundió, lánguido, por todo su cuerpo, mientras Brett continuaba besándola y sus manos le masajeaban, sensuales, los hombros, en tanto que su duro tórax se apretaba contra los pechos hormigueantes de ella. Impulsada por el instinto, su lengua, vacilante, buscó la de él, y con una desconcertante mezcla de deleite y temor, sintió el estremecimiento que recorría el cuerpo de Brett. Siguió a ciegas el ejemplo de él, lo besó más a fondo, su lengua exploradora se tomó las mismas libertades que la de él. El sabor era de tabaco y coñac, pero para Sabrina resultaba tan encantador como el vino más exquisito que jamás hubiera sorbido, y se sintió impotente ante la poderosa

marejada de pasión que de pronto la sacudió. El sofá era mullido debajo de ellos, pero sin interrumpir el beso, Brett se deslizó con lentitud hacia el suelo, atrayendo hacia sí el cuerpo de ella, que no resistía. Quedaron con Sabrina encima, pero él la hizo rodar con lentitud hasta que estuvieron acostados uno al Iado del otro, con su largo cuerpo musculoso oprimido contra el de ella. Continuó besándola con largos besos embriagadores, que dejaron a Sabrina débil y aturdida. Pero los besos no satisfacían el hambre ardiente que lo recorría, y en el acto desanudó las cintas verdes del jubón de ella. Antes que Sabrina se diese cuenta de lo que había hecho, quedó anonadada al sentir los cálidos dedos exploradores en su pecho desnudo. Resultó increíblemente erótico cuando con suavidad, sin premura, los largos dedos de él acariciaron el pequeño pezón, y ella gimió, desde el fondo de la garganta, de puro placer.- Ante el pequeño sonido, él dejó de besarla, con desgana.

Con la voz impregnada de deseo, logró decir:

-¿Te hice daño? No quería, pero... iOh, Dios, Sabrina, me estás volviendo loco! ¡Debo tenerte! iDebo!

Se miraron, sombríos, y al ver la asombrada pasión en los encantadores ojos de ella, él murmuró entre dientes y buscó con ansia la boca de ella. Sabrina estaba perdida, se ahogaba en ese amor, su joven cuerpo inexperto se encendía con necesidades que nunca había imaginado, sólo consciente de la magia del contacto con él.

Por primera vez en su vida, Brett se vio dominado por completo por sus emociones; Sabrina lo afectaba en una forma en que no lo había hecho ninguna otra mujer... y tal vez no lo haría ninguna otra, jamás... Sabía que debía detener esa salvaje locura, pero no podía. La deseaba demasiado, era demasiado tentadora, cálida y sumisa en sus brazos, como para que dominara el feroz deseo que dictaba sus acciones. El cálido dolor del deseo que había estado enroscándose sobre el vientre de Sabrina se acentuó, insoportable, al contacto de la boca en su pezón, y sus dedos, compulsivos, le aferraron el cabello de la cabeza, atrayéndolo aún más. De pronto se le ocurrió la idea, que la sacudió, de que deseaba que los dos estuviesen

totalmente desnudos, que sus manos pudiesen vagar a voluntad sobre el duro cuerpo de él, que pudiese llevar sus labios al pecho de él y hacerle las cosas maravillosas que le hacía él. Como si adivinara sus pensamientos, Brett levantó la cabeza y con infinita lentitud desanudó el resto de las cintas, y le bajó el jubón del vestido hasta la cintura. Su mirada pareció hechizada por la suave carne dorada que había dejado al desnudo,los firmes pechos que se proyectaban, orgullosos, bajo su mirada, con los pezones de color coral plenos y erguidos. Sabrina, tímida, observó las expresiones que le recorrían el rostro, el deseo y la pasión que se revelaban con tanta claridad, y se estremeció de alegría y de miedo. ¡Ella quería como un hom-

bre quería a una mujer! Y, oh, podía estar mal, su alma podía quedar condenada por la eternidad, pero deseaba con desesperación que completara la iniciación de ella en el mundo de la femineidad. No importaba qué ocurriera en el futuro, le quedaría eso para recordar: la dulzura de sus caricias, la pasión de su boca, y el éxtasis de su posesión. y sin embargo, cuando por fin la mano de él se deslizó sobre su muslo, hacia arriba, y sus dedos buscaron su parte más íntima, Sabrina se puso rígida. Lo que sucedía con exactitud entre un hombre y una mujer que hacían el amor era un misterio para elJa, y a pesar de su ardor, a pesar de que quería que él fuese quien se lo enseñara, no se encontraba en modo alguno preparada para lo que la posesión significaba en verdad. De pronto los dedos que le acariciaron la parte inferior del muslo la asustaron, y cuando le tocó los suaves rizos de color dorado rojizo de entre las piernas, el corazón le palpitó con un ritmo asfixiante.

La besaba con apasionamiento, pero Sabrina no pensaba en ello, y toda su concentración estaba en la mano que buscaba. ¿Qué le hacía? Una oleada de calor y deseo le recorrió el cuerpo ante los sondeos íntimos que él le imponía, pero en pugna con un creciente sentimiento de alarma. Gimiendo con una curiosa mezcla de terror y placer, forcejeó contra los dedos invasores, sus manos lo apartaron, su cuerpo rechazó sus insinuaciones.

Alejó la boca de la de él, y dijo, sin aliento:

-iPor favor, señor, detente! Yo... yo no quiero que... iOh, por favor, detente!

En una roja bruma de pasión, Brett escuchó sus palabras, oyó el leve tono de pánico, y con un esfuerzo atormentador regresó, penosamente, a la realidad. Durante un largo momento la miró sin verla, obligando a su respiración a volver a la normalidad, ya su cerebro a pensar con coherencia. Casi con asombro, advir-

tió las posiciones de ambos en la alfombra, el arrugado desorden de sus manos que registraban lo que había quedado en el vestido amarillo, y consciente, de repente, de la enormidad que había estado a punto de ocurrir, se vio abrumado por una oleada de repugnancia y disgusto. Cerró los ojos con revulsión ante sus propias acciones, retorciéndose, turbado y furioso, por la facilidad con que había estado a punto de traicionar sus propias reglas férreas y la confianza de Alejandro, y se apartó de golpe de Sabrina. Tendido de espaldas, cubriéndose los ojos con un brazo, murmuró:

-iDios del cielo! ¿Qué se ha apoderado de mí?

Sabrina emitió un sonido inarticulado, aturdida y tan conmovida como él por lo que había sucedido. Con.el rostro encendido de vergüenza, luchaba con su vestido, tratando, desdichada, de cubrirse los pechos desnudos.

Brett la escuchó, bajó el brazo y miró en esa dirección. Acabada ahora la pasión, henchido de ira y disgusto contra sí mismo, se incorporó, y con movimientos menos que suaves, trabajó con rapidez y eficiencia con las cintas verdes. En pocos segundos, Sabrina quedó correctamente vestida, y la única señal del apasionado interludio era su boca todavía hinchada y algunas sospechosas arrugas del vestido de seda. Casi no se atrevió a mirarlo, tan turbada se sentía, y cuando por fin lo hizo, el corazón se le contrajo. Su cara estaba fría e implacable, los ojos de color verde oscuro entornados e inamistosos; la boca plena, sensual, tenía un sesgo torvo.

Debía decir algo para quebrar el silencio cada vez más hostil que crecía entre ellos, pero las palabras se le quedaron en la garganta, y la expresión de Brett no la ayudó. Cuando estuvieron de pie, se arriesgó a echarle otra mirada, asombrándose, con un dolor sordo en el

corazón, por la rapidez con que el amante, burlón, risueño, apasionante, había desaparecido para dejar sólo a ese desconocido de semblante duro.

Brett, quien nunca era un hombre demasiado bondadoso, desconfiado de las mujeres y nada habituado a negarse cosa alguna que quisiera, se sentía en pugna consigo mismo. Se le ocurrió el desagradable pensamiento de que todo este episodio habría podido ser planeado con astucia, y sin embargo no quiso creer semejante cosa de Sabrina o Alejandro. No era un hombre engreído, pero habría debido ser ciego y sordo para no saber que se lo consideraba algo más que un partido elegible, y Sabrina no sería la primera damita criada con esmero que usaba su cuerpo como forma de atrapar a un esposo. Pero lo que más lo encolerizaba era el irritante conocimiento de que casi había caído en la trampa, si en verdad lo era. Con los ojos de color verde jade duros y helados, la miró y dijo con voz tranquila:

-No pediré disculpas por lo que acaba de ocurrir... o por lo que estuvo a punto de suceder. Pero admito que mi conducta fue a la vez insana e inexcusable. -Con voz amarga, agregó:- Puedes estar segura de que no volveré a olvidarme de mí... ¡fuese cual fuere la provocación!

Hizo una rígida reverencia, y sin una palabra más, salió a zancadas de la habitación, dejando que Sabrina lo mirase en aturdida congoja.

9

Llegó casi el alba antes que Sabrina quedase dormida al fin.,la turbación y la vergüenza habían dejado paso a la confusión y el desconcierto, al comienzo, pero después también se disiparon, y lo le quedó una furia humillada. No podía culpar a Brett de todo lo que había ocurrido... por cierto que ella no había desalentado sus actitudes incorrectas! No, recordó con vergüenza, las había incitado en forma flagrante.

Sus pensamientos la atormentaban. En un momento dado sentía anonadada respecto de sí misma, y al siguiente la asaltaba un sentimiento de aguda desilusión por no haber experimentado a fondo lo que significaba ser una mujer. Aun ahora, dos horas más tarde, la sola idea de la forma en que él la había acariciado hacía que su cuerpo ardiese por el contacto de sus manos y su boca. Con un sollozo ahogado, volvió la cabeza, airada, hundiéndola en la almohada y preguntándose, desdichada, por qué sólo él la afectaba de ese modo. Nadie había despertado nunca, dentro de eIla, feroces y aterradoras emociones como lo hacía él, ni siquiera Carlos, y con un estremecimiento se dio cuenta por qué era así.

Sus lágrimas se secaron y murmuró en voz baja, con incredulidad:

-iEstoy enamorada de él! Por eso he sido tan tonta desde que llegó. iLo amo! .

Inquieta y desdichada, se levantó de la cama, en modo alguno dispuesta a pasar más tiempo en una inútil búsqueda del sueño.

Por instinto, como un animal herido, procuró un lugar en el cual aliviar su dolor. Minutos más tarde, vestida con una camisa blanca, de algodón, y calzoneras, salió de la casa, en silencio. Decidida a llegar a un lugar que le ofreciera solaz, corría a través del pinar oscuro, sin prestar atención al sonido de la noche y al movimiento de las criaturas silvestres. Estaba el resplandor muy tenue de la luz del alba para guiarla, pero Sabrina conocía tan bien ese bosque como la hacienda, y poco después llegó a su punto de destino: un pequeño claro en el borde de la lagunita que podía verse desde su balcón. Era también un lugar favorito para sus padres, cuando aún Elena vivía, y albergaba felices recuerdos para Sabrina. La familia iba allí con frecuencia, y Alejandro había vigilado la construcción de una pequeña glorieta graciosa, para más goce. Sabrina podía recordar largas tardes calurosas, de verano, pasadas allí, comidas rientes al aire libre, su madre sonriendo y alegre, el rostro de su padre henchido del amor que sentía por ambas. Estuvo sentada allí largo rato, con la mente en blanco, dejando que la paz y

Librodot

la tranquilidad del espíritu le impregnaran el cuerpo. El lago lamía la costa con suavidad, un mochuelo ululaba a lo lejos y se escuchaba el leve susurro de una brisa ligera.

Allí sentada, en el fresco del alba de abril, mirando, aturdida, el brillo plateado del lago cuando el sollo hería, admitió, con amargura, que siempre había amado a Brett Dangermond. Lo amó de niña, en Natchez, y sin darse cuenta había llevado consigo, siempre, ese recuerdo de él. Arrojó el cojín lejos de sí y apretó el puño en curioso rechazo. ¡Cuán ridículo!, se reprochó con salvajismo. ¡Las niñas no se enamoraban! Pero sí lo hacían, insistió una parte de ella, con tristeza. Sí lo hacían... ¡tú lo hiciste!

Pensativo el rostro encantador, su puño se abrió poco a poco, en derrota, y con un gemido bajo se echó sobre el cojín anaranjado. Era posible que se diese cuenta de que lo amaba, pero esto nada cambiaba; él no la amaba... ni la amaría nunca, pensó con ansiedad, recordando la fría mirada de sus ojos, esa noche, antes que saliera de la biblioteca. Varias frases de las cartas de tía Sofía vol-vieron a ella y la acosaron... "Me preocupo siempre por Brett... es tan frío y distante con las mujeres. A veces pienso que en realidad nos odia a todas..." "Abrigábamos la esperanza de que forjara una unión con una joven adecuada, cuando visitó España, el año pasado, pero no hubo nada de eso. Cuando Hugh se lo preguntó, Brett sólo exhibió esa expresión despectiva, que tanto me desagrada, en su rostro, y dijo algo espantoso, acerca de que una mujer sólo era

Ilecesaria para tener un heredero, iy que Hugh tenía suficientes!

¡Habría podido darle de bofetadas!" En otra carta, escribía: "Brett tiene alborotadas a todas las jóvenes de la región... es tan hermoso y varonil, que eso no me asombra, pero ninguna de ellas le importa. Se burla del amor, y ha dejado bien en claro que las mujeres sólo tienen dos utilidades... (es muy incorrecto de mi parte mencionarte eso, pero estoy segura de que seré perdonada). En su última visita a casa dijo con claridad que no necesitaba la primera, y que la segunda puede obtenerse con facilidad, sin amor ni matrimonio. iCuánto le ha atormentado el corazón el rechazo de Gillian! Y después tuvo esa tremenda relación con una joven inglesa. Dudo de que alguna vez experimente el amor o piense siquiera en el matrimonio... ¡Pobre la mujer, Sabrina, que cometa el error fatal de amarlo a él! iBrett se comportaría como un demonio! La gente lo llama a veces el 'demonio' Dangermond, y no me asombraría enterarme de que alguna mujer hubiese acuñado ese nombre!"

El semblante de Sabrina se contrajo. La mitad de lo que había escrito la tía Sofía le había pasado por encima en el momento en que leyó las cartas, pero ya no era así. Ahora sabía a qué se refería ella.

Sentada muy erguida, Sabrina encaró su problema. Era a la vez imprudente e idiota amar a Brett Dangermond. De alguna manera debía proteger a su dócil corazón y enseñarle a no amar lo. No quería amarlo, y estaba muy segura de que él nunca la amaría. Y bien, toda una vida de amor no correspondido no contenía atractivo alguno para ella, y llegó, apenada, a la conclusión de que su actitud más severa y sensata era acorazarse contra el peligroso encanto insidioso de él. ¡No lo alilaría! ¡No lo amaría!

Después de haber logrado cierta serenidad, cayó en un sueño inquieto, en el momento en que el sol se elevaba de lleno por encima de las copas de los árboles. Brett no fue tan afortunado.

Cuando se encaminó con rapidez rumbo a su habitación, después de dejar a Sabrina, de manera tan precipitada, en la biblioteca, Ollie, quien había estado esperándolo como de costumbre, echó una mirada al entrecejo sombrío del semblante de Brett y contuvo el impertinente saludo que había estado a punto de pronunciar. Se dirigió, en cambio, a la bandeja de bebidas que había sobre una pesada cómoda de caoba, y sirvió una medida muy generosa de coñac en una copa. Se la tendió a Brett, quien miraba, rígido, por las puertas abiertas del balcón, hacia el patio de abajo, y haciendo lo que ningún criado correcto habría osado hacer, Ollie, preguntó, descarado:

-¿Algo anda mal, señor?

Brett bebió el coñac con un trago prolongado, devolvió la copa a Ollie, y masculló:

-Cállate, Ollie, y da me otro.

En silencio, éste hizo lo que se le pedía. Cuando giró con la copa vuelta alienar, encontró a Brett recostado, al descuido, en el gran sillón de cuero rojo de Córdoba. Con las largas piernas extendidas por delante, la cabeza apoyada en el respaldo, Brett parecía estar concentrado en el estudio del cielo raso de vigas al aire, pero cuando Ollie se acercó, le preguntó, lúgubre:

-Desde que me conoces, ¿he seducido alguna vez a una joven honorable?

Ollie frunció los labios, pensativo, y al cabo dijo:

-No puedo decir que lo hayas hecho nunca, señor. Hubo muchas chicas locas a quienes tuviste como amantes durante un leve lapso, pero no recuerdo que hubiese nunca ninguna que no estuviera ya en el oficio, por decirlo así. De vez en cuando -agregó, con justicia- hubo una o dos niñas de piernas cerradas, entre tus amiguitas, pero nunca una que se pudiera llamar honorable.

Brett bebió la segunda copa de coñac con tanta rapidez como la primera, y bramó, depositando la copa vacía, con un golpe en la mesa:

-¿Entonces, por qué demonios estoy a punto de hacerlo ahora? ¡Por amor de Dios! ¡y nada menos que con la hija de mi amable y honorable anfitrión!

-iNo digas que tu fantasía ha recaído en esa arpía pelirroja! -exclamó Ollie, incrédulo, pues su primera impresión desfavorable sobre Sabrina se había disipado muy poco durante su estada.

Brett le dirigió una mirada tal, que hizo que Ollie deseara no haber sido tan franco en su manera de hablar, y con un tono de voz que no hizo nada por tranquilizarlo, Brett preguntó:

-¿y si así fuera?

Ollie tragó saliva. En los muchos años que hacía que servía a su amo habían tenido varios duros intercambios de palabra; Brett le permitía libertades impensables, y Ollie no se mostraba en modo alguno inclinado a hablar con amabilidad. Pero por primera vez en la extraña relación de ambos, tuvo conciencia de que pisaba terreno peligroso. Después de llegar a la conclusión de que una respuesta conciliatoria era la mejor medida, por el momento,al menos hasta que pudiera llegar al fondo de eso, Ollie respondió con cautela:

-Si el viento sopla de ese lado, mi amo, nada tengo que decir... por cierto que no corresponde a tu humildísimo servidor decirte cómo debes comportarte.

Brett bufó, risueño, con el talante sombrío un tanto atenuado:

-iY tú estás tratando de burlarte de mí, mequetrefe! Te conozco bastante. Estás esperando un momento apenas más oportuno para mostrarme la parte más filosa de tu lengua.

Ollie sonrió, tranquilizándose.

-iVamos, mi amo! ¿Alguna vez fui otra cosa que un fiel criado para ti?

Brett le sonrió a su vez.

-No responderé a esa pregunta. ¡Mi plato ya está bastante lleno sin eso! -Su sonrisa se disipó, y se contempló las botas, melancólico:- Creo que sólo se trata de que estoy de mal humor, Ollie. Déjame y ve a acostarte. Olvídate de lo que dije antes. Ollie vaciló.

-Mi amo, si puedo hacer algo...

-Nada -respondió Brett con sequedad. Pero apartó con un esfuerzo sus pensamientos de la maraña de emociones, y preguntó con brusquedad:

-¿Recuerdas a un joven español llamado Carlos de la Vega? Es posible que nos hayamos cruzado con él hace unos años.

Ollie encogió los delgados hombros.

... -No puedo afirmar que lo recuerde. Descríbemelo.

Brett lo hizo, y cuando terminó, Ollie frunció el entrecejo.

-Me parece, mi amo, que había en Nueva Orléans un sujeto con ese aspecto. No sé si era el mismo... los españoles me parecen todos iguales. ¿Pero recuerdas cuando el viejo capitán fue muerto y nos unimos a los contrabandistas? ¿Recuerdas a ese altanero español que le quitó al Francés su chica favorita?

Brett se sentó erguido, de golpe, pues las palabras de Ollie le recordaron vívidamente el incidente. ¡Por supuesto, ahí había visto a de la Vega en otro momento! Había sido un enfrentamiento de poca importancia, uno de los tantos encuentros violentos que había experimentado, y lo tenía olvidado por completo hasta que Ollie lo recordó.

El Francés era el jefe de la banda de renegados contrabandistas que habían muerto a Sam Brown, y mientras Brett formaba parte de la banda, se produjo el incidente con Carlos. El Francés regenteaba una taberna con burdel de la calle Girod, en la tristemente célebre zona que en Nueva Orléans se conocía como "el

pantano". Allí desarrollaba el Francés su negocio de distribución de las mercancías de contrabando. Las transacciones se llevaban a cabo en privado, en una habitación trasera, y después la política del Francés consistía en enviar a sus mejores parroquianos arriba, para saborear, como cortesía de la casa, algunas de las últimas adquisiciones obtenidas en todo el mundo. Jóvenes núbiles recién

llegadas de Africa eran la mercancía más común de la cual disponía el Francés, pero también existían desdichadas jóvenes de la India, el Oriente, Europa, e incluso Grecia.

Fue casi al final de la estada de Brett como contrabandista cuando Carlos apareció en el escenario, y se encontraba allí, en el cuarto de atrás, desempeñando su función como el más reciente bravucón y mano derecha del Francés, cuando Carlos llegó para regatear en relación con el último cargamento de mercancía contrabandeada. Brett no recordaba qué había comprado éste, pero sí recordaba con claridad que fue quien escoltó al piso de arriba al jactancioso español, hasta donde se encontraban las chicas. Y el chillido de miedo y dolor que salía de la habitación a la cual se hizo pasar a Carlos fue lo que llevó a Brett a irrumpir para descubrir el cuerpo desnudo y sangrante de la joven griega elegida por Carlos. Por fortuna no estaba muerta, sino sólo muy asustada y horriblemente tajeada por el estilete de delgada hoja que Carlos tenía todavía en la mano. Este se hallaba vestido, y con los delgados labios retraídos en una mueca burlona, dijo:

-Trató de robarme el dinero. El Francés me desilusiona.

Habría debido saber que no podría intentar esa treta conmigo.

Era posible que Carlos estuviese diciendo la verdad, pero eso no disculpaba lo que había hecho a la joven griega. Brett dominó su ardiente temperamento con un esfuerzo y sacó de prisa de la habitación al ofendido Carlos, y luego lo hizo salir de la taberna. Sólo cuando estuvieron fuera del edificio de gabletes bajos, de

ciprés, lo amenazó Brett. Carlos lo miró de arriba abajo, y después se encogió de hombros y balbuceó:

-Yo no peleo con rufianes, ni riño por putas comunes.

Con los ojos de color verde oscuro brillantes de violencia contenida, y consciente del peligroso papel que había representado, Brett no se atrevió a replicar del mismo modo. Por el contrario, hizo una profunda inspiración y prometió:

-Tal vez algún día te haga cambiar de opinión al respecto.

Es probable que descubras que una riña con un rufian es mejor deporte que acuchillar a alguna muchacha inerme.

La cara de Carlos palideció, pero no se aprovechó dc su buena suerte. Giró sobre sus talones y desapareció enseguida, dejando a Brett con el deseo de olvidar durante cinco minutos el incidente. Había pensado que eso era todo lo que necesitaría para enseñar una lección al arrogante español. Y ahora, pensó con una torva sonrisa, es posible que, en definitiva, llegue a enseñarle esa lección a Carlos.

Miró a Ollie y dijo:

-Tienes razón. Ese es el tipo. Y es el sobrino de Alejandro.

Ollie lanzó un silbido de congoja.

-Eso podría ser muy malo para nosotros, mi amo. Este de la Vega te vio cuando hacías el papel de contrabandista. Puede que resulte un poco difícil de explicar qué hacías allí.

Brett esbozó una mueca.

-No será tan tremendo. Recuerda que Alejandro ya sabía qué hacía yo allí. Se hallaba en Nueva Orléans cuando el Francés y los demás fueron llevados ante el tribunal, y yo le expliqué la participación que tuve en el arresto. El problema será Carlos. Tengo la clara impresión, esta noche, de que nada ofrecería a Carlos un

mayor placer que verme deshonrado. Aunque se lo explicara yo mismo, no me lo creería, no querría creer lo. Tratará decididamente de provocar problemas, si puede, pero creo que es posible que yo logre soportar sus tonterías. Cuando mucho, no habrá más que unas cuantas cejas enarcadas y cuchicheos. Mientras Alejandro no se vea afectado por eso, y no creo que tal cosa ocurra, en realidad

me importa un bledo lo que Carlos diga o haga!

Ollie se mostró escéptico.

-¿Piensas mencionarle esto al señor Alejandro?

Brett miró a su criado, ceñudo.

-Eso es un poco delicado, amiguito. Carlos es su sobrino, y no me gustan los que chismorrean. No puedo entrar en la habitación de Alejandro y decir: "iOh, de paso, tuve un problema Con un sujeto lamentable cuando hacía el papel de contrabandista, imagina la sorpresa cuando resulta ser que e sujeto molesto es tu sobrino! Un poco difícil, ¿no te parece?

-Entiendo lo que quieres decir -respondió Ollie, tétrico-. ¿Qué piensas hacer?

-Nada. Es posible que Carlos ni siquiera recuerde el incidente, y tienes que tener presente que yo daba la impresión de ser lo que aparentaba. Es de esperar que exista una gran diferencia entre Brett el contrabandista y Brett el sobrino de Alejandro del Torres. -Con un resplandor de sonrisa en el fondo de los ojos, murmuró:- Y si no la hay, ila culpa debe tenerla el bribón de mi criado! ¿Hmm?

Cuando estuvo a solas en su habitación. Brett deseó estar tan seguro como parecía. El interludio de esa noche con Sabrina lo había sacudido. y no era posible pasar por alto la desagradable sospecha de que él hubiese sido el seducido. Con el estado de ánimo sombrío, suspicaz, en que se encontraba en ese momento, no lo habría asombrado en manera alguna que Alejandro irrumpiese de pronto, y le exigiera que hiciese lo que correspondía a un hombre de honor, en lo relacionado con su hija. Pero le resultó casi imposible creer semejante cosa de Alejandro, y a medida que pasaba el tiempo y la casa continuaba en silencio, dejó un poco a un lado la idea. El que Sabrina hubiese planeado por su propia cuenta el enfrentamiento de esa noche no era tan fácil de desechar. Ni siquiera su juventud la defendía. Las mujeres causaban problemas desde la cuna, hasta donde Brett sabía.

Por supuesto, estaba Carlos. Pero se encogió de hombros. Sabrina podía haber decidido que Brett era un mejor partido... pero el propio Carlos había admitido que el compromiso no había sido objeto de un anuncio formal. Y entonces, ¿planeó ella lo que casi estuvo a punto de ocurrir esa noche? ¿O fue aquello tan inocente como parecía? ¿Cómo pude haber perdido el dominio sobre mí?, se pre-

guntó con amargura. No sólo había violado su propio código, sino que estuvo a punto de deshonrar y abusar de la confianza de un hombre a quien tenía en muy alta estima. Como el disgusto y la furia contra sí mismo le crecían en la garganta, se levantó y se sirvió otra copa de coñac. Si ella no hubiese interrumpido las cosas cuando lo hizo... cerró los ojos, dolorido. ¡Dios! La había querido. ¡La había deseado! Y tuvo conciencia de que en uno o dos minutos más no hubiese podido... no habría sido capaz de detenerse...por mucho que ella hubiera dicho o hecho. El solo pensar en su cálido cuerpo, en su boca suave debajo de la de él, hizo que el cuerpo se le endureciera y ardiese de deseo. Dolorido por el he-

cho de que en ese momento ella pudiese excitarlo con tanta fuerza, maldijo, impotente, entre dientes. Como no estaba dispuesto a aceptar ninguna otra razón que la simple lujuria, en relación con la agonía de su cuerpo, a la larga pudo convencerse de que lo único que necesitaba era una mujer... ¡cualquier mujer! En cuanto hubiese terminado con su celibato, esa ridícula obsesión por Sabrina desaparecería por completo.

Creyó que estas conclusiones le permitirían buscar su lecho y dormir profundamente, pero no fue así. En cambio, se encontró cada vez más inquieto, y al igual que Sabrina, salió por último de su habitación y bajó.

Vagó, ocioso, por la oscura hacienda. A la larga terminó en la biblioteca, encendió el candelabro del extremo del sofá y su mirada se dirigió, sin querer, hacia el suelo, donde él y Sabrina habían estado tendidos, juntos. Volvió a él la imagen de ella, con el cabello color de llama desparramado como una capa de oro ígneo, en derredor, los ojos de color dorado ambarino somnolientos de deseo, y la opulenta madurez de su boca que le pedía el beso. Tragó saliva. ¡Tenía que dejar de pensar en ella!

Como un hombre perseguido por demonios, salió de la biblioteca en el acto, huyendo de recuerdos no deseados. Al llegar a las caballerizas en el momento en que un leve resplandor de luz aparecía en el horizonte, al este, declinó los servicios de un adormilado caballerizo y ensilló él mismo, con rapidez, a Tormenta de Fuego.

No recordaba cuánto tiempo cabalgó, ni siquiera hacia dónde, pero el movimiento del caballo debajo de él pareció apaciguar a los demonios que lo mordían, y la necesidad instintiva de prestar atención a los enérgicos intentos de Tormenta de -Fuego, de acelerar el ritmo, le impidió pensar con demasiada profundidad.

Cuando por fin regresó a la hacienda, el sol estaba alto en el cielo, y el lugar hervía con la habitual actividad de todos los días. Desmontó, dejó las riendas en manos del caballerizo que aguardaba, y se echó a caminar hacia la casa. Al pasar ante una de las praderas, vio, distraído, a la yegua de Sabrina, Siroco, jugueteando, alegre, con otros dos hermosos caballos. Se detuvo por un momen-

to observando los graciosos movimientos fluidos del esbelto manchado; la luz del sol convertía en puro oro hilado el reluciente pelaje de Siroco. Un hermoso animal, digno de su dueña, resolvió.

Placenteramente agotado ahora, no quería otra cosa que su cama, pero al cruzar por el parque delantero fue detenido por Bonita, quien exhibía una expresión un tanto preocupada en sus facciones regordetas.

-Buenos días, señor Brett -comenzó a decir ella con tono cortés-. Don Alejandro se disculpa por haber tenido que salir esta mañana antes de verte, pero un puma mató a un ternero ayer por la noche, y no quería demorar la cacería hasta que se te pudiera encontrar. -Con una nota un tanto reprobatoria en la voz, dijo:-

Nos preocupamos al no encontrar te en tu habitación cuando llegó la noticia del ataque, pero en cuanto descubrimos que tu caballo no estaba, tu criado dijo que a menudo sales a cabalgar por la mañana temprano. -Con los labios fruncidos, severos, censuró:-

Eres como la señorita Sabrina... los dos parecen olvidar que hay bandidos en la región, y que es tonto que desaparezcan sin que alguien sepa dónde se encuentran.

Con una actitud sospechosamente dócil, en pugna con el brillo de diversión que lucía en el fondo de los ojos de color verde oscuro, Brett murmuró:

-Lo siento, Bonita, siento que te hayas preocupado por mi... Trataré de ser más considerado con tus temores por mi seguridad, en el futuro.

Bonita bufó, en modo alguno apaciguada por sus palabras.

Pero dejó el tema a un lado, y continuó:

-Don Alejandro no cree que la cacería del puma le lleve demasiadas horas, y sugirió que tal vez quieras acompañarlo en la tarde, después de la siesta, en que piensa cabalgar hasta Nacogdoches.

Brett asintió, y habría seguido de largo, pero Bonita pareció vacilar, y luego preguntó, ansiosa:

-Señor, ¿viste a la señorita Sabrina esta mañana? ¿O advertiste si su caballo se encontraba en el establo, cuando fuiste allá?

Brett se puso rígido, y se preguntó enseguida si ése era otro acto calculado en el juego que Sabrina podía estar desarrollando.

-No la he visto desde ayer por la noche -respondió con cautela-. Vi a Siroco hace unos minutos, en una de las praderas. ¿Porqué las preguntas?

Bonita se retorció las manos, y la expresión de inquietud se ahondó.

-iNo está en sus habitaciones! Al principio no me alarmé, porque, al igual que tú, señor, ella va y viene como le place, pero como ya es casi la mitad de la mañana y todavía no hay señales de ella... iNunca se ha ido durante tanto tiempo sin decírmelo! Tenía la esperanza de que hubiese salido a cabalgar contigo... pero ahora me dices que no es así, y que su caballo está aquí. –Asustados los grandes ojos redondos, castaños, Bonita gimió:- ¿Dónde puede estar, señor? Con los bandidos en derredor...

Algo decididamente desagradable le recorrió la columna vertebral, y como nunca había experimentado esa sensación, Brett necesitó un segundo para darse cuenta de lo que era: miedo. Las palabras no pronunciadas por Bonita despertaron espectros espantosos en su mente: Sabrina impotente y a merced de los crueles bandidos inescrupulosos; Sabrina violada, y hecha objeto de tratos peores aún, a manos de los mismos asesinos brutales que habían atacado y arrasado la hacienda de los Ríos... Frenó, con un impulso salvaje, su imaginación, que ya volaba.

Dijo, tranquilizador, enfrentando sus propios temorcs corrosivos:

-Bueno, Bonita, no te pongas frenética, es probable que haya ido a hacer una caminata, y que le haya llevado más tiempo de lo que esperaba. ¿Hiciste que alguno de los criados la buscara?

-iSí, señor! -respondió Bonita enseguida-. Les hice registrar los terrenos a fondo, cuando no pude encontrarla. Yo misma me dirigía a las caballerizas cuando te encontré.

-Bueno, maldición, tiene que estar en alguna parte -exclamó Brett, desgarrado entre la preocupación y la irritación-. No puede haber desaparecido a pie. ¿No hay algún lugar donde no hayas mirado, algún lugar al cual habría podido ir?

De pronto el semblante de Bonita se despejó.

-iAh, señor, por supuesto! ¡Qué vieja tonta soy!... Debe de haber ido a la glorieta del lago. Es un lugar favorito de ella, y a menudo va para nadar por la mañana temprano. ¡Qué tonto de mi parte no haber hecho que alguien fuera a buscarla allí! ¡Me ocuparé de ello en el acto!

-No importa, dime dónde es, y yo lo haré -gruñó Brett. Si Sabrina estaba allí, le retorcería el cuello por haber alarmado a la anciana Bonita, y si no estaba...

Con el rostro duro e impenetrable, escuchó a Bonita mientras lo orientaba, y con un talante de suspicacia e inquietud partió con rapidez rumbo a la glorieta. Al encontrar a Sabrina profundamente dormida dentro del edificio no atenuó su desconfianza respecto de la situación. Antes bien, la reforzó... La escena le recordaba demasiado la noche anterior, como para no ponerlo en el acto en guardia. La noche anterior, no había obtenido lo que quería, de modo que hoy volvería a intentarlo, y sin embargo, aunque sus sospechas continuaban vivas, la sensación de alivio que lo invadió cuando descubrió su esbelta figura tendida sobre los cojines anaranjados lo dejó extrañamente sacudido y débil. Por desgracia, ese sentimiento no duró mucho y en pocos segundos el alivio fue desplazado por una extraña furia. ¿Cómo podía ella asustar de esa manera a la pobre Bonita?, pensó, irracional, haciendo caso omiso por completo de que también él se había asustado, y al hecho que la mitad de su cólera se debía sólo a que durante un momento había estado lleno de temor por ella.

Fue hacia donde se encontraba tendida, la miró con la boca torcida en un momento de duda, la sacudió con violencia y dijo, con aspereza:

-¡Despierta, Sabrina, si en verdad estás dormida! Bonita ha hecho que toda la casa te busque.

Aturdida, Sabrina lo miró, momentáneamente desorientada. Pero de pronto todo volvió a ella, y se irguió de golpe, y la brillante luz del sol la hizo parpadear. Se frotó los ojos como una niña pequeña, con los puños, y luego emitió un enorme bostezo; todavía no del todo despierta, miró a Brett, tan rígido, de pie, cerca de ella y murmuró, insegura:

-¿Qué dijiste? ¿Algo acerca de Bonita?

-iSólo que esta pequeña travesura tuya le ha dado un susto mortal! iPensaba que habías sido capturada por los bandidos!

Sabrina pareció incrédula.

-¿Bandidos? ¿Aquí? iNo son tan tontos como para intentar algo por el estilo! El Rancho del Torres es seguro. iNadie podría hacerme daño aquí!

-No sólo no es seguro -dijo Brett, irritado-, sino que no deberías estar vagando de un lugar al otro como una gitana! JEn qué demonios piensa tu padre! iCualquiera podría toparse aquí contigo!

Enfurecida en el acto ante la censura contra su padre, Sabrina se irguió aún más y dijo con voz helada:

-iPerdón! iTe ruego que me perdones!

-iHarás algo más que rogar, niñita, si vuelves a repetir esta travesura! iLa próxima vez, si hay una próxima vez, te curtiré el trasero a tal punto que no podrás sentarte durante una semana! -dijo Brett con brutalidad. La tomó del brazo y la hizo ponerse de pie, de un tirón-. Y ahora vámonos, no he dormido nada, y no tengo deseos de discutir contigo.

-iSuéltame! -cortó Sabrina, tratando, sin lograrlo, de liberar su brazo del férreo apretón-. Me estás haciendo daño.

-Me pareció que habías dicho que nadie podía hacerte daño aquí -replicó él, sarcástico, y le propinó una pequeña sacudida dolorosa.

Sabrina tuvo vaga conciencia de que él se mostraba desagradable en forma deliberada, pero eso no impidió que su malhumor se desencadenara, y cuando la arrastró fuera de la glorieta, se inclinó con rapidez y extrajo de la bota su cuchillo. Antes que Brett se diera cuenta de lo que estaba a punto de hacer, la hoja le había inferido un pulcro tajo en el dorso de la mano, y Sabrina se soltó, bailoteando, de su apretón.

-iGatita infernal! -murmuró Brett con voz gruesa-. JEres demasiado rápida con ese cuchillo, y creo que es hora de que alguien te enseñe algunos modales con él!

Con la velocidad de un felino en el momento de cazar, Brett cayó sobre ella, y Sabrina levantó, por instinto, el cuchillo, para defenderse. Sus defcnsas fueron inúliles; él había combatido en muchas pendencias, en demasiadas callejuelas oscuras para ser detenido por una muchacha delgada, aunque decidida. Sin vacilar,sus dedos se cerraron en derredor de la mano que sostenía el cuchillo, y con un rápido movimiento le bajó la mano dolorosamente sobre su propio muslo, y la sacudida del impacto contra esos músculos acerados le abrió los dedos. El cuchillo salió volando, y con un sonido de satisfacción, Brett lo vio caer cerca del borde del lago. Soltó a Sabrina, giró y lo recogió, y al mirarla con una tensa sonrisa que le curvaba la boca, preguntó con suavidad:

-¿ y ahora, cómo te defenderás?

-No me defenderé -dijo Sabrina con serenidad. En forma desconcertante, caminó con lentitud hacia él.

Brett la miró con desconfianza cuando se acercó. Ya a pocos centímetros de él, se detuvo y extendió la mano, con la palma hacia abajo. Dijo, con frialdad:

-Puedes resarcirte, si quieres. Tal vez eso te haga sentirte mejor.

El la miró durante un largo momento, deseando que no fuese tan encantadora, o que él no tuviera tan plena conciencia de su esbelto cuerpo y del aislamiento de ese lugar. La miró, miró el cuchillo y luego se encogió de hombros. Con una sonrisa torcida que le arrugaba el rostro, le tendió el arma.

jCreo que ganas tú -dijo con sequedad.

10

Hubo un silencio entre ambos cuando regresaron con pasos lentos a la hacienda. Cada uno tenía plena conciencia de la presencia del otro, pero ninguno se mostraba dispuesto a quebrar la frágil paz que existía en ese momento. Al llegar a la hacienda fueron saludados por una regañona Bonita, muy aliviada, y se perdió toda oportunidad de una conversación personal. Como una gallina cuyo polluelo ha regresado, Bonita continuó revoloteando y alborotando, y con una sonrisa divertida, Brett deseó los buenos días a las dos mujeres y partió, agradecido, en busca de su cama. Durmió hasta avanzada la tarde y despertó apenas con el tiempo necesario para afeitarse y bañarse antes de unirse a Alejandro para el viaje a Nacogdoches.

La aldea mantenía una floreciente población de casi seiscientos residentes. Y mientras Brett cabalgaba por las angostas calles de tierra roja, flanqueadas por distintos edificios, vio una amplia variedad de personas: indios, agricultores, comerciantes, soldados y sacerdotes.

La estructura más imponente de la aldea de Nacogdoches era el edificio de piedra que servía como depósito de mercancías. Brett decidió que serviría admirablemente como depósito para la cosecha de azúcar de Alejandro... si existía alguna vez una cosecha de azúcar, se recordó con ironía.

No había necesitado mucho tiempo para darse cuenta de que el repentino capricho de Alejandro, de plantar azúcar, era nada más que eso: un capricho. La tierra era adecuada, pero habría que invertir mucho tiempo y derrengado res esfuerzos antes de poder obtener una cosecha. Y cosa más importante, aparte de los residentes de la región de Nacogdoches no existía ninguna boca de salida comercial para los excedentes. Una vez cosechado y molido, el azúcar tendría que ser enviado a Natchitoches, en el territorio de Louisiana, y allí, por barcaza, en una ruta larga, indirecta e insegura, a Nueva Orléans. Era una situación no rentable e impráctica. Si Alejandro quería perder tiempo y dinero, ¿por qué había

de importarle a él? El problema consistía en que le importaba, y si bien Alejandro parecía no tener prisa por empezar el proyecto, Brett se lanzó al plan con todas sus energías. La preparación y desmonte de los terrenos, la plantación y la cosecha, serían impecables. Lo que Alejandro hiciera después, no sería cosa de él... habría hecho todo lo que podía. La visita al pueblo fue más por razones sociales que por algún deseo, por parte de Alejandro, de buscar un depósito para la cosecha, y mientras caminaban por la calle con lentitud, se detenía, a menudo, para conversar con tal persona y tal otra. Resultaba evidente que Alejandro era un miembro importante, muy respetado, de la comunidad, y era natural que la presencia de Brett a su lado despertara una gran curiosidad amistosa.

Se encontraban al borde de la aldea, a punto de entrar en los pinares, cuando se toparon con alguien a quien Brett se habría sentido encantado de evitar: Carlos de la Vega. Alejandro no había advertido el desagrado que existía entre los dos jóvenes, y al ver a Carlos al costado del camino, frenó a su caballo con una ex-clamación de placer. Se quitó el sombrero bordado, saludó a Carlos y a la joven que se hallaba cerca de él.

-Buenos días, señora Morales, buenos días a ti también -dijo Alejandro con calidez, antes de presentar a Brett a la compañera de Carlos-. Señora Morales, permíteme que te presente a mi sobrino, Brett Dangermond. Ha llegado recién de Natchez, y espero muy sinceramente que nos haga una visita prolongada en el

Rancho del Torres. Brett, quiero que conozcas a la señora Constanza Morales y Duarte. A Carlos, por supuesto, lo conociste ayer por la noche. Constanza era una rosa española en plena floración, que habría podido tener cualquier edad, entre los veinte y los treinta años. Había algo en la forma en que su mirada se demoró en su boca y hombros, que hablaba de sabiduría amatoria. Una criatura encantadora, sensual, pensó Brett. Un reluciente cabello negro velado por una mantilla de encaje negro le enmarcaba las facciones, intensificando el tono cremoso de su tez de magnolia, y haciendo brillar sus ojos de ébano. Había en su rostro una expresión casi felina, que a Brett le resultó atrayente, pero su cuerpo nada tenía de felino:

las curvas suculentas, voluptuosas, resultaban decorosas, pero eran claramente reveladas por su elegante vestido de seda de color bronce ambarino.

Brett tuvo conciencia de pronto de que Constanza, por entre las pestañas, lo examinaba casi tan en detalle como él lo había hecho con ella, y sonrió cuando sus ojos se encontraron. Entre ellos se cruzó una mirada de total entendimiento.

Después de las presentaciones, los cuatro conversaron durante algunos minutos, hasta que Constanza, cuyos magníficos ojos oscuros revelaban su inconfundible interés por Brett, sugirió con suavidad que tal vez los caballeros prefiriesen algún refrigerio en su casa.

-Hay apenas una distancia muy breve, por esta calle. El señor de la Vega y yo íbamos hacia allá cuando los encontramos. ¡Digan que vendrán!

Cuando Alejandro pareció a punto de negarse, Brett fue quien dijo, con negligencia:

-Es una excelente idea, señora Morales, es muy amable de su parte ofrecer su hospitalidad a un desconocido como yo. Sin prestar atención a los otros dos hombres, Constanza sonrió con picardía y dijo con tono dulzón:

-Pero usted no es un desconocido, señor Dangermond... teniendo en cuenta que el señor del Torres es su tío.

Alejandro frunció apenas el ceño no del todo feliz con el giro que seguían los acontecimientos, y en especial con la nada disimulada avidez de Constanza por congraciarse con Brett... o con la aparente disposición de Brett a permitirle que lo hiciera. ¡Se suponía que era Sabrina quien debía darle la expresión que tenía

ahora -admirado y atraído-, y no esa audaz viuda joven de recursos inciertos!

Carlos, quien se había mantenido perceptiblemente silencioso, sonrió de pronto con acritud y murmuró:

-¡Descubrirá que los españoles son personas muy hospitalarias señor Dangermond... inclusive con parientes que no pueden presentar vínculo sanguíneo alguno.

-¡Carlos! -dijo Alejandro, con tono de reproche-. ¡Cuando hay un gran afecto y confianza, no hace falta la sangre!

Carlos enrojeció y masculló algo entre dientes. El tema fue dejado a un lado, pero durante el resto de la visita pareció existir un extraño aire de tensión.

La casa de Constanza resultó ser una modesta pero elegante vivienda de madera, ubicada a pocos metros de donde se encontraban en ese instante. A los pocos momentos los tres caballeros se encontraban sentados ante una mesita, disfrutando de una copa de madeira. Constanza se conformó con un vaso alto de

sangría, y dijo con un suspiro:

-Vivo aquí con la hermana soltera de mi esposo, que es muy anciana. El señor de la Vega ha sido muy amable conmigo durante mi viudez. Mi esposo y él eran buenos amigos, y no sé qué hubiera hecho sin su ayuda, después del fallecimiento de Emilio...

La conversación continuó, a partir de ahí, compuesta por un parloteo cortés, pero cuando Alejandro y Brett se fueron, este último sabía todo lo que tenía que saber acerca de Constanza Morales y Duarte. Era una viuda que no se negaba a la compañía masculina, y él poseía la plena certeza de que si Carlos y ella no eran

amantes ahora, lo habrían sido en algún momento, en un pasado no demasiado lejano.

Alejandro no estaba ciego ante lo que ocurría, pero como Constanza era considerada una joven respetable, entendió que sus acciones eran apenas un poco más audaces y coquetas de lo que se consideraba correcto. Si hubiera escuchado la conversación que se desarrollaba entre Constanza y Carlos en ese momento, habría cambiado de opinión en forma drástica, y prohibido a Sabrina que saludara a Constanza en la calle, y mucho menos que permitiese el acceso de la mujer a su hogar.

-¿Piensas tomarlo como tu amante? -preguntó Carlos con interés mientras él y Constanza continuaban en el patio, después que Brett y Alejandro se fueron. Constanza le dirigió una mirada burlona:

-¿Te sentirías celoso, querido?

Carlos frunció el ceño y miró el madeira de su vaso.

-No sé -dijo al cabo-, pero sí, creo que me sentiría celoso.

Con asombro en el rostro, Constanza dijo, perpleja:

-Pero nunca lo fuiste con los otros, ¿por qué con él?

-iLos otros eran distintos! -replicó Carlos con sequedad, a la defensiva-. No eran como Brett Dangermond. No significaban nada para ti, pero Dangermond sí. Dangermond es diferente.

-¿Cómo? Es un hombre como los demás, tal vez más hermoso, es cierto, pero no tienes nada que temer de él... tal como yo no tengo nada que temer con las otras mujeres de tu vida, ¿no es así?

-iYo no temo a Dangermond! -rechinó Carlos, furioso.

Habituada a los estallidos de cólera de Carlos, Constanza pareció casi divertida cuando dijo:

-Vamos, ¿qué te molesta? Por supuesto que no es el hecho de que comparta mi cama. Hace tiempo decidimos, aun antes de que me casara con el viejo Emilio, que no nos pondríamos límites el uno al otro. Yo tengo mis hombres y tú tus mujeres, y entre una y otra cosa -sonrió con picardía- nos tenemos el uno al otro. Y entonces, ¿por qué te molesta tanto este hombre? Además –agregó astuta-, me pareció que todo el motivo de tu visita de hoy era pedirme ayuda para seducirlo. Dijiste que querías que lo volviera tan loco por mí, que no prestara atención a Sabrina, ¿verdad? ¿No debo proporcionar le una distracción y alejarlo de Sabrina? ¿Mantenerlo tan hechizado, que no tengas un rival en relación a la mano de ella? ¿No es eso lo que planeamos?

Carlos se aflojó de pronto, y le sonrió.

-Habría debido casarme contigo, en lugar de permitir que ese viejo lascivo, Emilio, fuese tu dueño.

Constanza meneó con decisión la cabeza morena.

-No, no, amigo... nos conocemos demasiado bien. Si yo fuese tu esposa, tendría celos de tus otras mujeres, y tú no querrías que tuviese a mis amantes. Me gusta mi vida tal como es, Carlos. Mentiría si no admitiera que deseé que Emilio me hu-

biera dejado más dinero, para poder vivir con elegancia en Nueva Orléans y en Ciudad de México, pero en general me siento satisfecha con mi vida. Voy y vengo como me place, soy muy discreta cuando tomo a uno que otro amante que me place, y cuando necesito un poco de dinero o me hace falta un amante experto, tengo a mi buen amigo Carlos. ¿Qué más puede pedir una mujer?

-No eres natural-dijo Carlos con serenidad, con la mirada clavada en la plena boca de ella-. Todas las mujeres quieren casarse y tener hijos. Para eso nacen: para casarse y dar herederos a su esposo.

Consciente de la mirada de Carlos clavada en su boca, ella se humedeció los labios, lenta, provocativamente, con la punta de la lengua.

-iBah! iPorque eso es lo que quieres con tu Sabrina, crees que yo también debo quererlo! Lo que quiero en este momento es a Brett Dangermond en mi cama. La semana que viene o el próximo mes será otra cosa, pero por ahora... -Le sonrió con coquetería, y sus manos le acariciaron la de él con ligereza.- Tendrás a

tu Sabrina, y todas las riquezas y tierras que la acompañan, y como yo he sido útil en lo que se refiere a Brett Dangermond, compartirás tu nueva riqueza conmigo, ¿no es así?

Carlos atrajo con brusquedad el ansioso cuerpo de ella hacia sus brazos, y le besó, hambriento, la boca levantada hacia él.

Miró en torno y preguntó:

-¿Dónde? ¿En tu habitación? O en el bosque?

-El bosque -respondió ella contra la garganta de él, mientras sus manos lo tocaban íntimamente.

Con su virilidad casi a punto de estallar en sus ceñidas calloneras, Carlos la besó una vez más. Levantó los labios y gruñó:

-Cuando te acuestes con el gringo, recordarás esta tarde. - y después, arrastrando tras de sí a una Constanza muy dócil, desaparecieron en el denso bosque, que los ocultó.

Sabrina también estaba en el bosque esa tarde, pero a diferencia de Carlos y Constanza, se encontraba sola. O creía estarlo...

Después de negarse a acompañar a Brett ya su padre a Nacogdoches, había ensillado a Siroco y salido a cabalgar, permitiendo que la yegua vagase por donde quisiera. Sabrina había crecido en el bosque que rodeaba el Rancho del Torres, y éste nunca había encerrado temores para ella. Sin embargo, las constantes referencias de Bonita a los bandidos, así como las horribles noticias del saqueo de la hacienda de los Ríos, habían comenzado a invadirle los pensamientos, y tal vez fue por eso que tuvo cada vez más conciencia de que no estaba sola. Más curiosa que alarmada, continuó con su cabalgata, y cambió de dirección de manera imperceptible, de modo que ahora se encaminaba de regreso a la hacienda.

Al pasar por debajo de un pino alto, aminoró de pronto la marcha de Siroco lo suficiente como para tomarse de una rama baja, y luego ordenó con voz suave, al caballo, que continuara adelante. Obediente, la yegua así lo hizo, y dejó a Sabrina esperando a su seguidor. No tuvo que esperar. Apenas unos minutos después que Siroco se hubo alejado, un caballo con su jinete aparecieron cautelosamente a la vista. Sabrina no reconoció ni al animal, ni al hombre que lo montaba, y pensando en la familia Ríos que había sido asesinada, bajó la mano y sacó su cuchillo de la vaina de su bota. Con un brillo feroz en los ojos dorados de tono ambarino, con el glorioso cabello dorado rojizo como un halo ígneo alrededor de la cabeza, se dejó caer sobre el desdichado jinete.

Hubo un sobresaltado gemido de su víctima cuando aterrizó detrás de él, en el caballo, y su brazo bajó, rápido y eficiente, en torno del cuello del hombre, con la hoja del cuchillo apretada, amenazadora, contra la garganta del jinete. Con una voz asombradamente feroz, considerando la rapidez con que le palpitaba el co.

razón, Sabrina exigió:

-¡Tu nombre o tu vida!

Todo había salido de acuerdo con su plan improvisado deprisa, hasta entonces, pero no había previsto la violenta reacción de su víctima. Una mano musculosa aferró de pronto la muñeca que sostenía el cuchillo, en el momento mismo en que el codo, bien apuntado, del otro brazo del hombre, le golpeaba con energía en el plexo solar. Sin aliento por el golpe inesperado, aflojó por el momento el brazo que sostenía el cuchillo, y él lo aprovechó enseguida, acentuando con rapidez su apretón y bajándole la mano de su propia garganta.

Al darse cuenta de lo que ocurría, Sabrina forcejeó, y comenzaron a luchar con violencia por el dominio del cuchillo. Mientras combatían en su torva y silenciosa batalla, el caballo se removía, nervioso, y por último se encabritó y lanzó a ambos combatientes al suelo. Cayeron con fuerza, pero rodando y retorciéndose, continuaron luchando, hasta que Sabrina, respirando en bocanadas profundas, penosas, logró predominar. Sentada sobre el pecho de él, con las rodillas clavadas en los brazos del hombre, inmovilizándolos, inútiles, en el suelo, vio por último el rostro de su contrincante.

-¡Señor Ollie! -estalló, y la expresión salvaje desapareció de su rostro. Con evidente desconcierto, preguntó:

-¿Por qué me seguías?

Con una expresión que era una mezcla de desconcierto, turbación y congoja, Ollie hizo caso omiso de la pregunta y estalló en una sarta de obscenidades de virulencia tan profunda, de tal variedad e innovación ilimitadas, que Sabrina parpadeó. Vacilante entre la curiosidad por la manera tan extraña de hablar de él y una rara sensación de diversión, Sabrina encontró de pronto que la situación era ridícula. Se le escapó una risita atrayente, y Ollie la miró con desagrado.

-¡Te ríes de mí! -dijo, ofendido. Con los ojos castaños que chispeaban coléricos, agitó un dedo de reproche hacia Sabrina-¡No es cortés reírse de la desdicha de un hombre! Yo suponía que inclusive en un lugar tan pagano como éste te habrían enseñado mejores modales. ¡Parece que me equivoqué!

Riendo, ahora de buena gana, Sabrina trató de apaciguar su sensibilidad herida.

-Muy bien, si no quieres acompañarme en mi carcajada, dime por qué me seguías -dijo con suavidad.

Ollie tragó saliva penosamente. No podía admitir que el estado de ánimo nada habitual de su amo, de la noche anterior, tuviese nada que ver con sus acciones. ¿Cómo podía decir: "Enfureciste a mi amo, y como yo siempre lo cuido, quise saber qué clase de mujer podía hacerle eso"?

Cuando Ollie guardó silencio, Sabrina preguntó, en voz baja:

-¿Fue a causa de los bandidos? ¿El señor Brett te pidió que me siguieras?

Durante un momento, Ollie estuvo a punto de aceptar la excusa, pero como se dio cuenta de que su mentira sería descubierta, negó con la cabeza. Dijo, improvisando:

-No quería seguirte. Sólo ocurre que estaba en las caballerizas cuando te fuiste, y como no he visto mucho la campiña, pensé que te seguiría, y de esa manera no me perdería. -Para adornar su versión, se mostró adecuadamente arrepentido, y explicó, con voz melancólica:- No debería decir te esto, señorita, pero mi amo no

es fácil de tratar. Esta es la primera vez que tengo un poco de tiempo para mí. No quería hacer daño alguno, señorita. -Esbozó la mejor expresión suplicante y rogó, lastimero:- No se lo dirás al amo, ¿verdad, señorita? -Se estremeció, teatral:- ¡Me molerá a palos si se entera de esto, te lo aseguro!

Completamente engañada por los modales de Ollie y su relato patético, Sabrina se puso con firmeza de su parte.

¡Vaya, Brett debe ser un ogro con sus criados!, pensó. ¡Pobre Ollie, tan asustado de su amo! Con los ojos encendidos por la luz de la batalla, dijo con acento torvo:

-No tienes nada de qué preocuparte, señor Ollie. Si tu amo se atreve a ponerte la mano encima mientras te encuentras en el Rancho del Torres, házmelo saber.

Aliviado, pero sintiéndose un tanto culpable por la facilidad con que ella había tragado su cuento, Ollie aceptó con rapidez. Con una sonrisa descarada, estaba a punto de partir con vivacidad, cuando escuchó un curioso zumbido cerca de su pie, y Sabrina ordenó con tono apremiante:

-¡No te muevas! ¡Quédate inmóvil como una piedra, si valoras en algo tu vida!

Ollie se inmovilizó, miró hacia abajo y vio, enroscada a unos centímetros de él, la forma siniestra de una serpiente. Pero no era una serpiente como alguna otra que hubiese visto. Esa criatura tenía una cola que vibraba con tanta velocidad, que el ojo no podía seguir el movimiento, y la horrible cabeza triangular se elevaba, agresiva sobre el grueso cuerpo enroscado. Ollie apenas tuvo tiempo para darse cuenta de que podía encontrarse en un peligro mortal cuando, con el rabo del ojo, vio un relámpago de acero. Un instante después la víbora se retorcía, furiosa, en el suelo del bosque, con la cabeza clavada por el cuchillo de Sabrina.

Su cara exhibía un tono verdoso, y retrocedió con rapidez.

-¡Maldición! ¿Qué demonios es eso?

Sabrina clavó con firmeza el tacón de la bota detrás de la cabeza, extrajo con frialdad el cuchillo y cortó con eficiencia la cabeza de la serpiente. Hizo caso omiso del resto del cuerpo, que se retorcía; cavó un hoyo y depositó la cabeza con cautela.

-Eso, señor Ollie, era una cascabel. Son muy venenosas y mortíferas -dijo con sinceridad-. Nuestra tierra es hermosa, pero también peligrosa. Debes tener cuidado en nuestros bosques, o es posible que tengamos que enterrarte aquí.

Sacudido, Ollie dijo con tono conmovido:

-¡Dios te ampare, señorita! ¡Me salvaste la vida! Si alguna vez Ollie te puede hacer un favor, lo haré.

Con opiniones completamente modificadas el uno respecto del otro, y en creciente buena relación, tomaron sus caballos y regresaron a la hacienda.

Ese día, más tarde, mientras preparaba la vestimenta de Brett para la noche, Ollie miró a su amo, quien acababa de afeitarse, y dijo con estudiada negligencia:

-La señorita Sabrina me salvó hoy la vida.

Brett se secó la cara con una toalla blanca, y lo miró con el entrecejo fruncido.

-¿Qué quieres decir con eso de que te salvó la vida?

Con aspecto muy inocente, Ollie respondió:

-Bien, mi amo, yo me encontraba en las caballerizas, con la intención de cabalgar un poco, cuando veo a la señorita Sabrina que pasa montada, sola, y recuerdo el alboroto que se hizo esta mañana acerca de que tal vez había sido capturada por los bandidos, y me digo: "Ollie, será mcjor que cabalgues con ella, es lo que mi amo querría." Y así lo hice.

Brett enarcó una ccja, escéptico:

-¿ y ella te lo pcrmitió?

Ollie asintió vigorosamente.

-jPor cierto que sí, mi amo! ¡Se sintió muy feliz de tener a Ollie Fram cerca, te lo aseguro!

-¿ y por qué eso? -preguntó Brett con sequedad.

Durante un momento Ollie pareció desconcertado, pero luego, lanzándose a su relato, dijo con rapidez:

-jPues por los bandidos, mi amo! Cabalgamos un rato, y como sabes, yo no soy un gran jinete, de modo que al cabo de un tiempo sugerí que camináramos para dar un poco de descanso a mis piernas. iLa señorita Sabrina, dama bondadosa que es, aceptó, mi amo, entonces fue cuando me salvó la vida! jAhí, a mis pies, estaba la serpiente más espantosa, más mortífera del mundo! JUna cascabel! ¡Y antes que pudiese pronunciar una palabra, con la velocidad del rayo, la señorita Sabrina había clavado a esa criatura del demonio en la tierra! Quince centímetros de acero le hundió en la cabeza. jAsí no más! Parecía una tigresa cuando mató a

la serpiente, los ojos le brillaban como el oro y ese cabello rojo era un fuego en torno de la cabeza, y sin embargo es la dama más bondadosa y dulce que haya conocido. jRetiro todo lo que dije acerca de ella ayer por la noche... es un artículo de primera!

Sin dejarse engañar con tanta facilidad por Ollie como Sabrina, Brett miró a su criado durante un largo momento enervante.

Hubo un silencio placentero entre ellos mientras Brett se vestía, y Ollie le entregaba una prenda de vestir tras otra.

Brett murmuró, con negligencia:

-No tendrás que esperarme esta noche, Ollie. Cabalgaré a Nacogdoches más tarde, y no sé cuándo regresaré. -Sonrió con cinismo-. Sospecho que pasaré toda la noche afuera, si he entendido bien cierta situación.

Ollie sabía muy bien lo que quería decir eso: su amo había encontrado una nueva amante. Pero por primera vez, el hecho lo molestó. En algún momento, entre el instante en que Sabrina mató a la víbora y el actual, Ollie había llegado a la feliz conclusión de que la señorita Sabrina era la compañera perfecta para su amo. Y

no le complacía que éste persiguiera ahora a unas faldas ligeras, cuando había decidido cortejar a la señorita Sabrina.

Brett no se equivocaba. Después de presentar sus excusas a Alejandro, cabalgó a Nacogdoches, y llegó a su punto de destino en el momento en que anochecía. Amarró su caballo discretamente en la parte trasera de la casita de Constanza, cruzó el patio en silencio y golpeó con suavidad en la puerta de madera. Esta se abrió en el acto, casi como si lo esperara. Resultaba evidente que así era -pensó sardónicamente mientras su mirada se deslizaba, perezosa, sobre el cuerpo apenas vestido de Constanza. Esta llevaba puesta una especie de bata de gasa de seda que revelaba casi tanto de su cuerpo maduro como lo que ocultaba, y los

labios de él se extendieron en una lenta sonrisa de apreciación. No había necesidad de conversación entre ellos, y Brett aceptó las cosas tales como las planteaba Constanza, y la atrajo hacia sus brazos. Su dura boca buscó la de ella en un beso devastador, que la hizo tambalearse de vértigo. Sólo más tarde, mucho más tarde, cuando él permanecía despierto, saciado y extenuado,al Iado del cuerpo desnudo de Constanza, tuvo conciencia de una extraña sensación de culpa y de disgusto. En forma irritante, el esbelto cuerpo de Sabrina surgió para burlarse de él, para llenarlo de un deseo tan hambriento, que era como si las horas que acababan de pasar, de violenta refriega amorosa con Constanza, nunca hubieran existido.

SEGUNDA PARTE

Un corazón en conflicto
Porque ser sabio y amar
supera los poderes del hombre; eso pertenece a
los dioses.
William Shakespeare
Troilo y Crecida

La noche de la fiesta de bienvenida del sobrino norteamericano de don Alejandro fue hermosa. En el patio se habían tendido ristras de faroles, y la luz par-padeaba, alegre, a través de él, revelando a las damas con sus más bonitos vestidos, a los caballeros con sus mejores ropas. Un cuarteto de los mejores músicos vaqueros ofrecía suaves serenatas a los invitados, con guitarras y marimbas, y la música vivaz flotaba con ligereza por todos los rincones del patio.

Alejandro se sentía muy complacido por la recepción de la cual se hacía objeto a Brett. Por todos los lugares en los cuales Brett aparecía en medio de la multitud, era saludado con calidez y entusiasmo.

Con los ojos oscuros henchidos de desagrado, Francisca se quejó a Sabrina:

-No entiendo por qué tu padre hace tanto alboroto con este gringo. ¡Pero si ni siquiera está emparentado de verdad con nosotros! Creo que es desagradable la forma en que Alejandro bebe cada una de sus palabras. -y luego, revelando la verdadera fuente de sus disgustos:- ¡Tu padre nunca escucha a Carlos en la for-

ma en que lo hace con el señor Dangermond!

Sin vacilación, la mirada de Sabrina buscó la alta figura de Brett, quien conversaba con la señora Morales cerca del borde de la fuente. El corazón se le estrujó, dolorido, cuando vio la forma íntima en que sonreía la otra mujer, y lanzó un suave suspiro.

137

- Habría debido darse cuenta de la locura que era amarlo, pero su corazón resultaba ser tremendamente empecinado en lo referente a la situación. Lo que necesito es tiempo, pensó con desesperación. Tiempo en el cual dejar atrás esta tonta fascinació que tengo hacia él. Pero no lo había, lo veía todos los días: al otro lado de la mesa, durante el desayuno; por la tarde, cuando todos se reunían para ir a cabalgar, y luego por la noche, en la última comida del día. Existían muy pocas horas en las cuales se ahorrase el dulce tormento de su presencia, y como una gacela perseguida, había comenzado a pasar cada vez más tiempo a solas, en lo hondo del bosque. Por lo menos allí podía pensar con mayor claridad y atenuar sus emociones laceradas, con la esperanza de que la próxima vez que lo viese -y rezando por eso- pudiese no sentirse afectada por su presencia magnética. Los modales de Brett hacia ella en estos últimos días habían ayudado a Sabrina a recuperar cierta semblanza de normalidad. Se mostraba retraído y

Librodot

frío cuando se encontraban; las conversaciones que intercambiaron no eran otra cosa que las corteses enunciaciones de palabras que se ofrecerían a un desconocido.

Había adivinado que las noches en que se excusaba después de la cena y viajaba a Nacogdoches, para regresar mucho después que ella y su padre se retiraran a descansar, estaban destinados a eludir nuevas posibilidades de intimidad entre ellos, pero no se le había ocurrido que hubiese una mujer involucrada. En su inocencia, dio por sentado que iba a una de las tabernas y pasaba el tiempo allí, jugando a los dados y bebiendo. Carlos se aseguraría de que se enterase de su error.

Había visto la mirada que ella dedicó a Brett y Constanza, y con una sonrisa un tanto cruel en su boca, se acercó a Sabrina, quien se hallaba cerca de Francisca, y dijo, con negligencia:

-El señor Dangermond y la señora Morales constituyen una pareja excepcionalmente hermosa. Ella es tan bella, y aunque por mi parte pienso que Dangermond tiene huesos demasiado grandes y un rostro muy duro, admito que cuando uno está con la señora Morales se olvidan esas cosas.

Francisca bufó, despectiva:

-Es posible que la señora Morales sea hermosa, ¡pero por lo que a mí respecta no es otra cosa que una pécora codiciosa! La verdad es que me siento complacida de que hayas recuperado la sensatez y reconocido lo que es. ¡El pobre Emilio no fue tan afortunado, y era lo bastante viejo como para saber cómo eran las cosas!

138

Curiosa acerca de la señora Morales en varios aspectos, Sabrina se volvió hacia Carlos y bromeó, con suavidad:

-¿Cortejabas a la señora Morales? -Con los ojos henchidos de burla, agregó, dolorida:- Y pensar que yo te creí cuando me dijiste que me amabas.

Carlos lanzó a su madre una mirada que presagiaba problemas para esta dama, y con la voz tajante de disgusto, murmuró:

-iTe amo! Mi relación con Constanza Morales, o de Duarte, como se llamaba entonces, se dio cuando tú eras una niña. –Sonrio con calidez a Sabrina, y sus ojos se demoraron en la suave piel orada acentuada por el azul oscuro del vestido de seda que usaba esa noche; esperaba a que crecieras, querida, y no puedes censurar un hombre por unos pocos pecadillos, ¿no es verdad? Menos aún cuando posees el corazón de él, como tú tienes el mío...

Era muy agradable regodearse con la admiración de Carlos, en el afecto que le profesaba y con la evidente apreciación de sus encantos, como un bálsamo suavizante del dolor de su corazón.

La música cambió entonces de ritmo, las notas del fandango se envolvieron alrededor de ellos, y con el deseo repentino de bailar, de perderse en la alegría de balancearse con la música, tomó la mano de Carlos, y dijo con alegría:

-iBaila conmigo! ¡La señora Morales y el señor Brett podrán ser la pareja más hermosa de esta noche, pero tú y yo somos los mejores bailarines!

Carlos se unió a ella con avidez, y bailaron juntos el fandango, volando en un momento por el patio, al siguiente moviéndose en un ritmo lento y decoroso, con el acompañamiento de las guitrras y las marimbas.

Entre tantas cabezas morenas, su cabello de color rojo dorado era como un faro, y sin quererlo, Brett se sorprendió observándola, incapaz de apartar su mirada de ese rostro encantador, riente, mientras giraba entre los brazos de Carlos. Su cabello había sido ordenado con sencillos rizos sobre la cabeza, dejando al descubierto la esbelta belleza de su cuello, la exquisita caída de sus delgados hombros, y Brett sintió de repente un feroz impulso de arrancarla de entre los brazos de Carlos, atraerla hacia su duro cuerpo y hundir su boca en el

Librodot

tentador punto en que su cuello se unía a sus hombros. Furioso consigo mismo e incapaz de verla en los brazos de otro hombre, se apartó con la mirada dura y fría.

Era evidente que Carlos no había mentido acerca de su relación con ella, y esto significaba que cuando Sabrina había respondido con tanta dulzura y con tanto ardor a sus besos, traicionaba al hombre con el que había decidido casarse. Su boca se apretó con desprecio. ¡Pequeña ramera! Tal vez Constanza era la más honrada de las dos... no disimulaba el hecho de que lo deseaba, de que disfrutaba con su amor, y que no esperaba otra cosa que el placer físico.

Con una sonrisa burlona en la hermosa boca, miró a Constanza, quien se hallaba junto a él, y murmuró:

-¿Bailamos?

Ella le sonrió con limpidez, y aceptó, con voz ronca:

-Pero por supuesto, querido, si eso es lo que quieres.

La atrajo hacia sí, se introdujo entre los bailarines, y murmuró:

-Lo que yo quiero tendrá que esperar hasta más tarde.

Constanza ronroneó apenas, mientras adaptaba sus pasos a los de él, y se movieron en perfecto unísono con la música. Ella lo miró y comentó con ligereza:

-Por ser un gringo, bailas muy bien el fandango. ¿Cómo es eso?

-Mi bisabuela era española, por empezar, de modo que hay sangre española en mi familia, y por otro lado he pasado varios meses en España, hace algunos años.

En tanto Carlos y Sabrina dejaron de bailar el joven la guió con decisión hacia los sillones, y se ocupó de que se sentara.

Mientras bailaba, Sabrina había podido apartar sus pensamientos desdichados, pero ahora se precipitaron todos sobre ella... en especial desde que había visto a Brett conduciendo a una sonriente señora Morales fuera de la pista de baile.

La mirada de Carlos se dirigió hacia Brett y Constanza, y murmuró:

-Espero que no pase nada malo. Me molestaría que el gringo te causara algún dolor.

Sabrina emitió una carcajada nerviosa y dijo con sequedad:

-iNo seas ridículo! El no significa nada para mí.

-Mejor -replicó Carlos-. Me sentiría muy celoso, querida, y además es evidente que está enamorado de la señora Morales.

-iOh, yo no diría eso! -dijo Sabrina con demasiada rapidez-. Se conocieron esta noche, y si bien él le ha prestado mucha atención, sospecho que eso no tiene significado alguno. -Con la mandíbula de pronto tensa, dijo:- No hace otra cosa que coquetear con experiencia... no le interesa mujer alguna.

-No se conocieron esta noche -señaló Carlos con astucia-.se conocieron el miércoles pasado, cuando tu padre trajo al señor Dangermond al pueblo. Yo estaba allí, y resultaba evidente, ya entonces, que se sentían atraídos el uno por el otro. ¿Quién sabe...?,

140

es posible que si Constanza tuviera una fortuna, hubiera un matrimonio en ciernes.

Ella masculló con tono rígido:

Creo que exageras unos pocos encuentros casuales.

... Encuentros casuales? -preguntó Carlos con una ceja delgada l:narcada cínicamente-. ¡En manera alguna! En especial desde que he visto su caballo atado detrás de la casa de ella las últimas noches. A horas muy avanzadas de la noche.

Sabrina tragó con dificultad, deseando poder decirle a Carlos que cerrara la boca.

-iMe pregunto si tu interés por la señora Morales ha desaparecido de verdad! ¡Por cierto que pareces preocupado por las relaciones de ella! ¡Hasta el punto de espiar a quien va a visitarla!

-¡No espiaba! -dijo Carlos, furioso-. Sólo ocurre que tengo cosas que hacer en el pueblo, y paso por la casa de ella.

-¿Por la parte trasera de la casa de ella? ¿A horas avanzadas? -preguntó Sabrina con dulzura.

Carlos se ruborizó, pero luego, imponiéndose una sonrisa, tomó la mano de Sabrina y dijo con suavidad:

-iVamos, no discutamos! Constanza y Dangermond no significan nada para nosotros, y por lo tanto no hablemos más de ellos.

-iYo no hablaba de ellos! -replicó Sabrina con aspereza-Tú fuiste quien los introdujo en la conversación.

Carlos contuvo el ansia de abofetear la, y se conformó con encogerse de hombros y decir con suavidad:

-Tal vez sea así, pero no quiero hablar más de ellos. –Con una nota íntima en la voz, murmuró:- Más bien preferiría hablar de nosotros... y de nuestro matrimonio, querida.

Sabrina quitó la mano de la de él.

-Carlos, no estoy enamorada de ti, y no quiero casarme contigo -dijo con sinceridad, con los ojos de color dorado ambarino curvados mientras lo miraban. Era para ella un amigo querido, muy bueno, pero no podía permitir que abrigara falsas esperanzas de que algún día ella cambiara de opinión.- Búscate alguna otra -dijo con suavidad.

-iNo quiero a ninguna otra! -irrumpió Carlos, exasperado-. Un matrimonio entre nosotros ha sido desde hace mucho tiempo el deseo de nuestros padres, iy tú no haces otra cosa que mostrarte terca al rechazarme!

En un intento de aligerar el ambiente, ella le sonrió, tentadora, y dijo:

-iYa ves! Te haría desdichado, ya estás enojado conmigo.

Consciente de que la empujaba con demasiada rapidez y fuerza, Carlos le sonrió a su vez y le soltó la mano.

-Muy bien, querida. Por ahora permitiré que te salgas con la tuya. -Con una mueca humorística, agregó:- Como siempre.

Aliviada por el hecho de que Carlos hubiese cedido con tanta facilidad a sus deseos, Sabrina se aflojó en su sillón y sorbió su sangría. Sin querer, su mirada se dirigió hacia donde estaban Brett y Constanza, y sin darse cuenta siquiera de lo que decía, murmuró:

-¡Si él se casa con ella, ella cuenta desde ya con mi piedad... Sería un esposo endemoniado!

Carlos se puso rígido en el asiento, aliado de ella, y sus ojos negros mostraron de pronto una mirada intensa.

-iDemonio! -dijo con lentitud, como si saboreara la palabra-. El demonio Dangermond. -El recuerdo lo invadió de repente, hizo chasquear los dedos, y dijo, de repente:- iPor supuesto! iAllí fue donde lo había visto antes! ¡El demonio Dangermond! ¡El bravucón del contrabandista, el Francés!

Sabrina lo miró, desconcertada.

--¿De qué estás hablando?

Carlos giró en su asiento para enfrentarla con la hermosa cara angosta encendida de satisfacción.

-No hacía más que pensar que ya había conocido a Dangermond en otra parte, pero no podía recordar dónde, hasta que pronunciaste la palabra "demonio", y entonces lo recordé todo.

-Le tomó ambas manos con fuerza, y dijo con ansiedad-. Es un hombre malo, Sabrina. ¡Un hombre peligroso! Me pregunto si tu padre se da cuenta del tipo de criatura depravada a quien le ha abierto su casa. ¡El bravucón de un contrabandista y un animal asesino, eso es lo que el magnífico señor Dangermond es en verdad!

Con el semblante conmovido e incrédulo, Sabrina dijo con voz débil:

-iDebes de estar equivocado! Sé, por las cartas de mi tía Sofía, que tiene una reputación alocada, pero nunca supe que hubiese hecho nada vergonzoso o ilegal.

-iY yo te digo que sí! -replicó Carlos con apasionamiento-. ¿Recuerdas cuando fui a Nueva Orléans, la última vez?-

Ante el asentimiento de Sabrina, continuó:- ¿Antes de la boda de mi hermana Catalina? -Sabrina asintió, de nuevo.- Mi madre me había pedido que comprase alguna tela especialmente elegante para el vestido de bodas de Catalina, y entonces fue cuando conocí al contrabandista el Francés. -Con mirada grave, continuó:- Ese Francés tiene una terrible reputación, Sabrina, incluidos robos y asesinatos. -

Murmuró, con una nota de integridad en la voz:

-Por lo común, no habría tenido relación alguna con semejante criatura, pero después de agotar los recursos de Nueva Orléans en busca de la tela que agradase a mi madre y a Catalina, me dijeron que buscara al Francés, porque éste acababa de recibir un magnífico cargamento de excelentes sedas francesas. -Carlos se encogió de hombros-. ¿Qué podía hacer? ¡No podía regresar a casa con las manos vacías! Tenía las sedas que yo necesitaba, de modo que me obligué a negociar con él. ¡y fue allí, en ese espantoso tugurio, donde conocí al Demonio Dangermond! Había oído todo tipo de cosas espantosas acerca de la nueva mano derecha del Francés, y por lo tanto, cuando él me hizo pasar a la habitación trasera de éste, estaba preparado para cualquier cosa. Durante toda mi conversación con el Francés, él permaneció allí, mirándome con furia, como si deseara que yo hiciese algún movimiento en falso a fin de tener la excusa para cortarme la garganta allí mismo, y no es de ese tipo de personas que necesiten una excusa -dijo Carlos, sombrío. -

Como todavía no quería creer en el relato de Carlos, Sabrina propuso, esperanzada:

-¿No te habrás equivocado? ¡No puedo creer que sea el mismo hombre!

Con un brillo triunfal en la mirada, Carlos dijo de repente:

-iSabrina, es un asesino, un hombre despreciable! ¡Pero si estuvo a punto de matar a una joven indefensa mientras yo estaba allí... lo vi con mis propios ojos!

Sabrina ahogó una exclamación de congoja.

-¿Golpeó a una mujer? -preguntó, enfurecida.

-Peor -dijo Carlos, remilgado-. ¡La tajeó horriblemente con su cuchillo! -murmuró, con deferencia-. Tuve que detenerlo, aunque la muchacha no era... era una mujer de la calle, Sabrina. Y dicen que la había deshonrado y mancillado. -Agregó, de prisa:- Sólo me enteré más tarde de esa parte... después que lo separé de ella y lo arrojé a la calle.

La mano de Sabrina se cerró en un puño.

-iMuy bien hecho, Carlos! Es una pena que no lo hubieras matado con su propio cuchillo... ¡Ojalá lo hubieses hecho!

Con modestia, Carlos murmuró:

-Iba a salir de ese lugar de depravación cuando escuché el grito más lamentable que se pueda imaginar, que llegaba del piso de arriba. Como cualquier caballero honorable, corrí en el acto escaleras arriba, para prestar ayuda, si podía. Descubrí allí, para mi horror y repugnancia, a esa criatura de negro corazón ahí de pie sobre el cuerpo de aquella joven. Por fortuna no estaba muerta, pero él la había tajeado salvajemente con su cuchillo, y cuando lo encaré afirmó que ella había tratado de robarle su dinero. Tuve que conformarme con hacerlo salir del edificio y amenazarlo con la ley, si volvía a ponerle la mano encima, y ésa, querida, es la historia de la primera vez que conocí a tu señor Dangermond. Anonadada y repugnada por la narración de Carlos, Sabrina miró hacia donde Brett conversaba con Constanza Morales. No parecía un monstruo depravado, pero ella no tenía motivos para dudar de su primo, y sí todas las razones para sospechar de Brett Dangermond. ¿Qué sabía de él, en verdad? Hasta las cartas de la tía Sofía parecían condenarlo, pensó, cuando recordó las preocupaciones de ésta en cuanto a la vida alocada de él. Llegaba muy pocas veces a Natchez, y por lo tanto era muy posible que hubiera estado en Nueva Orléans, contrabandeando, y abusando de mujeres jóvenes. Su corazón se rebeló contra esos pensamientos, pero su mente los aceptó: creía en el relato de Carlos.

Con náuseas, y enfurecida por la forma en que Brett se había insinuado en el afecto de su padre, y utilizado desvergonzadamente ese afecto, dijo casi sin aliento:

-¡Debemos decírselo a mi padre! ¡Es preciso que esté prevenido!

Cosa extraña, Carlos pareció vacilar, pero al cabo de un momento,aceptó.

Después de la fiesta habría tiempo de sobra para que su padre se enterara de toda la magnitud de la depravación del hombre a quien tanto quería como para considerarlo su propio hijo.

Tembló ante la idea del dolor y la desilusión de su padre, cuando le hicieran conocer el sórdido pasado de Brett, y durante un segundo pensó en enfrentar a Brett a solas, y exigirle que se fuera.

Pero tuvo que dejar esa idea a un lado: ¡su padre debía saberlo, para que nunca más volviese a ser engañado por una víbora seductora!

No se le ocurrió pensar qué se ocultaba detrás de la furia y la ira, como no se le había ocurrido dudar del relato de Carlos.

Después de tantos días de gemir y sentirse desdichada, era tan maravilloso poder odiar a la persona que había capturado su corazón de forma tan sigilosa, tener un motivo para tratarlo con desprecio, contar con una confirmación de sus sospechas anteriores: era como un bálsamo curativo.

Carlos estuvo junto a ella cuando Sabrina dijo a Alejandro:

-Padre, después que se hayan ido los invitados, hay algo importante que Carlos y yo queremos conversar contigo.

Cuando llegó el momento, no se pareció en nada a lo que esperaba Sabrina. Por empezar, su padre se veía desilusionado y molesto con ella, y sin embargo, cuando Carlos dijo en voz baja:

'Señor, se trata de su sobrino, Brett Dangermond, de él queremos hablar", Alejandro pareció aflojarse, y dio la impresión de sentirse aliviado.

-¿Sí? -dijo con serenidad-. ¿Qué ha hecho ahora ese joven, demonio?

-Es adecuado que lo llame demonio -dijo Carlos, pomposo-. ¡Pues yo lo conocí con el nombre de Demonio Dangermond!

Un tanto desconcertado, Alejandro preguntó:

-¿Lo conociste antes? ¿Eso es lo que querías decirme? ¿Que se lo conocía con ese ridículo apodo?

Carlos pareció disgustado.

-No, ino es eso lo que quería decirte! -replicó, irritado-. Cuando estuve en Nueva Orléans, hace dos años, lo conocí allí, y -su voz descendió significativamente- ¡se encontraba alIado del tristemente célebre contrabandista, el Francés, y en rigor trabajaba para él!

-iAh, eso! -dijo Alejandro con ligereza-. Yo lo conozco todo.

Con la boca abierta, Sabrina miró a su padre.

-¿Lo conoces? -chilló, casi.

Alejandro asintió.

-Por supuesto, yo también estuve en Nueva Orléans ese verano, y vi a Brett en esa ocasión. -Con indiferencia, agregó:- Me habló, una noche, cuando cenábamos juntos. -Hubo un golpecito de la puerta, y luego del asentimiento de Alejandro, Sabrina fue a abrir. Sus ojos se enfriaron de desagrado cuando descubrió que

era Brett quien había golpeado.

-¿Qué quieres tú? -preguntó con descortesía.

Brett enarcó una ceja.

-¿Malos modales, dulzura? -bromeó con suavidad.

Al escuchar la voz de Brett, Alejandro dijo:

-Pasa, Brett, pasa. Esto te resultará interesante.

Brett entró, de pronto desconfiado, recordando lo que había sucedido, o lo que estuvo a punto de suceder, en esa habitación. Al ver a Carlos de pie junto al sofá de terciopelo verde, adivinó en el acto lo que ocurría.

Con una sonrisa en el rostro, Alejandro dijo, divertido:

-Estábamos hablando de tu época de contrabandista.

-Ah, ¿de veras? -murmuró Brett con desenvoltura, con la vista clavada en el rostro rígido de Carlos.

Sabrina se acercó a Carlos con el rostro ofendido y perplejo, y preguntó a su padre:

-¿Eso no te molesta? iQuiero decir, que él se dedicaba al contrabando! iY que trabajaba con uno de los contrabandistas más conocidos de Nueva Orléans!

Con muy buen humor, ahora que no era inminente un anuncio del matrimonio de ellos, Alejandro miró a Sabrina con afecto.

-iOh, yo no dejo que cosas de ese tipo me molesten, hija mía! Además, me lo ha explicado todo, y no había nada de vergonzoso en ello. Muy por el contrario, fue muy valiente y noble de su

parte.

-iNoble! -dijo Sabrina, ahogándose y mirando a su padre como si nunca lo hubiese visto hasta ese momento. Con la furia que sentía arder en los ojos de color dorado ambarino, lanzó a Brett una mirada que habría debido derribarlo-. ¿Eso es noble? -escupió, despectiva. Se volvió de nuevo a su padre, y preguntó:- ¿y qué me dices de...?Carlos le tomó la mano con fuerza y dijo con suavidad a su

tío:

-Bien, veo que nuestros temores eran totalmente infundados, lamento que te hayamos hecho perder tu tiempo, tío, ¿nos perdonas? Me despediré de Sabrina y regresaré a casa.

Alejandro los despidió con afabilidad, y un instante más tarde, Carlos se había llevado a Sabrina de allí.

La puerta apenas se había cerrado detrás de ellos, cuando Sabrina se volvió, furiosa, hacia Carlos.

-¿Por qué hiciste eso? -dijo con ira-. ¿Por qué no me dejaste hablar de la pobre chica de Nueva Orléans?

-Resulta cvidente que tu padre está dominado por completo por Dangermond. -Cuando Sabrina no pareció impresionarse por la afirmación, agregó, apremiante:- ¿No entiendes? No podía permitir que dijeras nada de esa joven... él no nos hubiera creído; inclusive podría llegar a pensar que habíamos inventado todo el

relato, que tratábamos, en forma maliciosa, de desacreditar a Dangermond frente a él.

Con una expresión de rebeldía en los ojos, Sabrina replicó, acalorada:

-iNunca creería semejante cosa de mí! Pero es un riesgo que estoy dispuesta acorrer. ¡Tiene que saber enseguida a qué tipo de monstruo protege!

-iYo también quiero que tu padre conozca la verdad! –dijo Carlos, enseguida-, pero, Sabrina, no me parece que podamos convencerlo ahora, en ese sentido.

Sabrina murmuró, lúgubre, con una parte de la furia desaparecida de sus facciones, y una curva desdichada en la boca:

-¿Qué haremos? ¿Dejar que aumente sus poderes sobre mi padre? ¿Permitir que continúe engañándolo?

-iNo, por supuesto que no! -replicó Carlos, inflexible-. Pero debemos tomarnos nuestro tiempo, y mientras lo hacemos, tenemos que hacer todo lo posible por proteger a tu padre de sí mismo. Debo vigilar a ese Dangermond y asegurarme de que no hará nada para engañar o estafar a tu padre. Tienes que contarme todo lo que llegues a conocer, y juntos derrotaremos a ese demonio y salvaremos a tu padre de su malévola influencia.

Desdichada, Sabrina asintió, entendiendo la prudencia de las palabras de Carlos, y sin embargo se sintió incómoda con la situación. La idea de aliarse con Carlos frente a Alejandro la hizo sentirse más incómoda aún. Lúgubre, dijo:

-Nunca soñé que llegaría el día en que me encontraría enfrentada a mi padre. -Insegura, se mordió el labio, y luego preguntó, casi esperanzada:- ¿No te parece que deberíamos intentar, una vez más, convencer a mi padre con la verdad?

-iNo! -replicó Carlos con tanta brusquedad, que Sabrina lo miró asombrada. El le dedicó una leve sonrisa-. Todavía no, querida. Sé que te sientes impaciente, pero debes confiar en mí. Cuando llegue el momento, lo sabré y atacaremos. -Con voz áspera, continuó:- Dangermond es listo... por lo que sabemos, es posible que ya le haya contado a tu padre alguna mentira sobre la joven. iPuede que inclusive haya afirmado que fui yo quien la desfiguró, y él quien la salvó!

Con el rostro henchido de repugnancia, Sabrina cerró la mano hasta convertirla en un puño.

-iEse cerdo despreciable! -dijo, acalorada. Pero luego una expresión de desconcierto le cruzó por las facciones-. No puede haber hecho eso, Carlos -dijo con lentitud, pensativa-. Si lo hubiese hecho, mi padre te hubiera hablado a ti al respecto... ¿no te parece?

Carlos se encogió de hombros.

-Es posible, ¿pero quién sabe qué piensa tu padre en estos días? -Le dirigió una mirada lúgubre y continuó:- Pero debo advertirte para que estés preparada cuando Dangermond utilice una treta por el estilo.

Con la boca apretada, ella replicó con aspereza:

-iEstaré en guardia! iDangermond no me cegará como ha hecho con mi padre!

Por cierto que Sabrina no se sentía satisfecha por las revelaciones de esa noche. Era desdichada. El hombre a quien amaba era un granuja, y su padre confiaba en él. No parecía posible que su padre, tan honesto y justo, tan honorable, pudiese perdonar con facilidad a un hombre por hacer las cosas horribles que Bretl dchía de haber hecho como lugarteniente de confianza del Francés... y sin embargo, era así. Acongojada y desilusionada, tanto por la aparente culpabilidad de Alejandro como por el conocimiento de que el hombre que amaba no era más que un pillastre, Sabrina sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Furiosa, parpadeó para contenerlas. No lloraré, juró con los dientes apretados.

Durante un momento, al pensar en Carlos y en 10 que éste había dicho esa noche, su desdicha se apaciguó, y se sintió invadida por una oleada de calidez y afecto. Cuán ansioso se había mostrado Carlos por ayudar, reflexionó, con cariño. ¡Había dicho que juntos derrotarían a Dangermond y juntos lo harían!, pensó con ~

creciente confianza, y su congoja se alivió un tanto. ¡Ya no estaba sola... Carlos la ayudaría!

Era demasiado joven e inexperta para darse cuenta de que quizás era ella quien necesitaba protección. Ella y Carlos se veían casi todos los días, Carlos se aseguraba de que así fuese; y cualquier vacilación o incertidumbre por parte de Sabrina era anulada con rapidez y en forma implacable. En repetidas ocasiones él le aconsejó que tuviera cuidado... Dangermond era un evidente cazador de fortunas. La mente de ella escuchaba con atención y absorbía sus advertencias e insinuaciones de hechos más oscuros, aún, pero su corazón se resistía, y se sentía desgarrada por la feroz batalla que se libraba en su interior. Al principio fue sencillo dejar que la cólera dominara su cabeza, y durante las semanas que siguieron a la fiesta trató a Brett con desprecio poco disimulado. Protectora de su padre, sospechando de cada movimiento que hacía Brett, vigilaba a Alejandro como una tigresa a sus cachorros. Cada sugestión que hacía Brett era recibida con un fuego graneado de preguntas y una resistencia terca por parte de Sabrina. En especial, todo lo que tuviese que ver con el proyecto de la caña de azúcar. Carlos le había advertido en repetidas ocasiones, cuando se encontraban en la glorieta, que era probable que Brett estuviese usando el plan de la caña de

azúcar como manera de arrancar una fortuna a Alejandro, y por consiguiente, ella lo combatía con apasionamiento.-A Alejandro lo acongojaban varias cosas, la menor de las cuales no era el hecho de que las finanzas de los de la Vega no habían mejorado desde el cumpleaños de Sabrina. La medida de sus problemas monetarios le resultó evidente cuando,

hacía poco, prestó a su cuñado una importante suma para ayudar a la familia en sus momentos de necesidad. El préstamo no le preocupaba, pero sí la actitud de Carlos.

Alejandro siempre había sabido que Carlos era mimado...como hijo menor era el favorito de su madre y el orgullo de su padre. Alejandro había censurado muy a menudo a Luis y a Francisca por la forma en que protegían y consentían a Carlos, pero nunca le preocupó de veras. ¡Por supuesto, nunca había pensado en serio que Carlos fuese algún día su yerno! No era ésa una reflexión agradable por parte de Alejandro. Una noche, cuando Carlos los acompañaba a cenar, comparó en forma subrepticia a los dos jóvenes que compartían su mesa. Al ver el vivaz humorismo que bailoteaba en los ojos de color verde jade de Brett, en oposición a la insinuación de malicia que de vez en cuando cruzaba por los ojos negros de Carlos, Alejandro meneó la cabeza, disgustado. ¿Cómo podía Sabrina elegir a Carlos, en lugar de Brett? ¡Le resultaba en todo sentido incomprensible!

Brett comenzó a dedicar más tiempo a trabajar con los hombres preocupados en desmontar el bosque, y Alejandro observaba sus logros y su dedicación con una mezcla de admiración y frustración. El plan de la plantación de la caña de azúcar había sido nada más que una excusa para invitar a Brett a visitarlos, y el ver que el joven se lanzaba al proyecto con tanta energía le hacía sentirse un tanto culpable. Le encantaba la labor que se llevaba a cabo, pero habría preferido que Brett pasara algo de su tiempo cortejando a Sabrin,a. Lo importante era que Sabrina y Brett se enamorasen. Y con Brett trabajando todas las horas del día en los espacios cada vez más despejados del terreno, y Sabrina ocupada con Carlos en lánguidas horas, ¿cómo podría ocurrir eso? A medida que pasaban los días, se hacían cada vez más vagas las esperanzas de Alejandro, de un matrimonio entre su hija y el hombre por él elegido.

Si hubiera conocido los sueños de Brett y los pensamientos de Sabrina, Alejandro no se hubiera sentido tan desanimado. Al comienzo, aturdida y desdichada, Sabrina sólo había rechazado con flojedad las actitudes amorosas de Carlos. Cuando abril dejó paso a mayo, y mayo a junio, se sintió cada vez más disgustada e incómoda en compañía de él. No le agradaba la situación a la cual se veía empujada cada vez más. Tampoco se sentía en verdad cómoda repitiendo a Carlos conversaciones que había tenido con Brett o escuchado entre Brett y su padre. Había en ello algo muy sinuoso.

-Carlos -dijo con firmeza, un día de finales de junio, cuando se encontraron en la glorieta-, te equivocas en cuanto a que

Brett utiliza la caña de azúcar como medio de arrancar dinero a mi padre. jEl no recibe un peso! En cambio nosotros tenemos a un capataz muy competente, que ha logrado hacer muchas Cosas en estas semanas... jMira cuántas hectáreas han quedado desmontadas! jMira Con cuánta rapidez avanza el trapiche de azúcar!

Con un rubor nada sentador en las mejillas, Carlos dijo Con voz cortante:

-¿ Te has olvidado de la joven? ¿Aquella a la que él tajeó y desfiguró en Nueva Orléans?

Con los ojos de pronto entrecerrados, Sabrina se volvió.

-No, no la he olvidado -dijo con lentitud-, pero la gente cambia.

El rostro de Carlos se contrajo de furia y frustración, y vociferó:

-jNo puedo creerlo! jEste hombre es un contrabandista, un matón y un bravucón, un violador de mujeres jóvenes, y tú te atreves a presentar excusas en su defensa!

Pero si bien éste podía envenenarle sus pensamientos contra Brett y enfurecerla, había algo que no le era posible hacer. No podía impedirle que analizara los sucesos con su padre. y hubo una tarde en que Sabrina y Alejandro se encontraron solos, mientras compartían un vaso de limonada en el patio.

La conversación era inconexa, y entonces, de alguna manera y salido de la nada, surgió el tema de los días de Brett en Nueva Orléans. A partir de ahí, sólo hacían falta unos momentos para que surgiera a la luz la verdad de las actividades de Brett.

Alejandro vio el semblante desconcertado de Sabrina, y murmuró, burlón:

-¡Muchacha, no puedo creer que pensaras que recibiría a un delincuente en mi casa! Cuando se mencionó el contrabando durante la noche de la fiesta, di por entendido que tú y Carlos conocían la verdad. Nunca se me ocurrió que a 10 largo de estas semanas hubieses estado bajo la impresión de que yo me encontraba bajo las garras de... ¿cómo lo llamaste? ¿Un monstruo?

Sabrina le dirigió una sonrisa turbada, y asintió. A la defensiva, murmuró:

-No teníamos manera de saberlo. La reunión de Carlos con él fue breve. ¿Cómo podía saber que Brett sólo estaba allí para atrapar al asesino de su amigo?

La voz de Alejandro se endureció apenas.

-Carlos me asombra. Sin duda tendría que haberse dado cuenta de que yo nunca habría presentado semejante hombre a mis parientes y amigos, y menos aún le habría dado libre acceso a mi casa. -Alejandro terminó, meneando la cabeza.- En estos días no entiendo a Carlos. Tiene que saber que su padre necesita toda la ayuda que pueda conseguir para salvar el rancho, y sin embargo parece estar dispuesto a mover una mano para ayudarlo, -Su expresión se volvió torva.- ¡En cambio pasa todo el tiempo llenando de tonterías la cabeza de mi hija!

Al día siguiente, corrió al encuentro de Carlos con un feliz. resplandor en sus mejillas, y casi con alegría le comunicó la verdad. Como era de esperar, Carlos no se sintió muy complacido por la situación.

-¿ Y tú crees en este cuento? -se burló. -¿Por qué no habría de creerle? -preguntó ella con evidente desconcIerto.

-Porque, tontita -rechinó Carlos-, resulta evidente que Dangermond debe de haber ideado esta historia con el fin de tranquilizar a tu padre. ¿Eres tan estúpida, tan ciega, que también tú te dejarás engañar?

-iMi padre no es estúpido ni ciego! iY déjame agregarte que tampoco lo soy yo! iCreo que tú eres quien se está mostrando ciego, amigo! iHas alimentado una hostilidad contra Brett, con lo que admitiré que parecían buenos motivos, pero ahora eres tú quien no quiere reconocer la verdad! Deseas que sea un contrabandista, y a causa de esto no quieres escuchar la verdad.

Consciente de que se había internado en terreno peligroso y sin deseos de destruir el tenue hilo de unión que existía entre ellos, Carlos capituló enseguida. Pero ya no era lo mismo. Ahora que le resultaba evidente que ya no necesitaba espiar a los hombres de su familia, Sabrina se sentía cada vez menos dispuesta a

encontrarse con Carlos tan a menudo.

Si la relación entre Sabrina y Carlos se había debilitado, la corriente que fluía entre Brett y Sabrina no sufrió ese cambio, Brett advirtió casi enseguida el cambio de actitud hacia él, yse preguntó, cauteloso, acerca de cuál era la razón. En tanto que ella antes fruncía el entrecejo cuando él aparecía en su presencia, y le lanzaba una mirada de enorme desagrado, ahora hablaba en tono placentero, y a veces, en ocasiones, le sonreía. Cautivado por esa dulce sonrisa, él no había sido capaz de resistir a sus tímidos avances en materia de amistad. Y cuando Alejandro explicó el error en que se encontraba antes, Brett quedó pasmado por lo complacido que se sentía de que Sabrina hubiese descubierto la verdad y no lo tratara ya como si fuese un leproso.

Sus relaciones con Constanza habían sido de naturaleza muy carnal... de muy breve duración. Pero cuando llegaron los días de mediados de julio, la relación superficial había terminado de manera amistosa, la satisfacción que podía haber logrado con el cuerpo maduro y accesible de Constanza había quedado anulada por completo por los sueños tan insatisfactorios con cierta joven bruja de cabello color de llama, que acosaba sus sueños con demasiada frecuencia. Rechazó con actitud sombría el indeseado atractivo que sentía por Sabrina, y se lanzó a la tarea físicamente agotadora de dominar la selva virgen. No se lo encontraba con frecuencia en la hacienda; se levantaba al alba y trabajaba hasta la caída del sol, a pesar del tiempo cada vez más caluroso y húmedo.

Después de la conversación de Sabrina con Alejandro, el ambiente de la hacienda se aligeró perceptiblemente. Brett comenzó a interrumpir el trabajo cada vez más temprano, por la tarde. Cuando regresaba a la hacienda, nadaba en el lago próxi-

mo a la casa, y luego pasaba el resto del día con Sabrina y Alejandro. Disfrutaban de largas horas placenteras en el patio umbrío, bebiendo refrescos helados preparados por los criados.

Con placer y alivio, Alejandro advirtió que Sabrina y Carlos ya no se reunían tan a menudo. Comenzó a esperar casi que su sueño más querido se convirtiera en realidad... Sabrina había empezado a usar sus vestidos más bonitos para las tardes que pasaban juntos, y Brett no daba la impresión de ser precisamente inmune a su belleza. Faltaba apenas una semana para que Sabrina cumpliese los

dieciocho años. La hacienda se encontraba agitada por los preparativos para una gran fiesta. Mientras miraba, pensativo, a Brett y Sabrina, cuando vagaban con lentitud por los terrenos exteriores de la hacienda, Alejandro no podía dejar de pensar que la noche de la fiesta de cumpleaños sería un momento excelente para anunciar los esponsales.

La rapidez con que ese maravilloso estado de cosas se había producido resultó asombrosa para Brett y Sabrina. Parecían haber dejado a un lado sus reservas, y disfrutaban de una relación muy parecida a la que habían compartido años atrás... con una diferencia muy importante: Sabrina ya no era una niña. Al ver su rostro riente mientras caminaban por el bosque, se preguntó cómo había pensado alguna vez que los opulentos encantos de Constanza superasen los poderosos encantos que Sabrina tenía para él. Ello le hizo terminar su relación con Constanza semanas antes. En lapso que siguió, mientras caía cada vez más bajo el hechizo de Sabrina, la breve relación terminó por disiparse en sus pensamientos.- Sólo quedaban en ellos espacio para Sabrina, y por primera vez en su vida la cerca de hierro que rodeaba su corazón empezó a ceder.

Constanza era apenas un garabato en el fondo de los pensamientos de Sabrina; estaba bastante segura de que él ya no veía a la otra mujer. Cuando miraba a Brett y veía el cálido resplandor de sus ojos en el momento en que sus miradas se encontraban, el corazón le daba un brinco. Por cierto que no la miraría de esa manera si continuara viendo a Constanza. Brett parpadeó ante el puro encanto de esa sonrisa, y dijo con voz ronca:

-Pequeña, deberías advertimos, a los pobres varones, antes de lanzar esa dulce sonrisa ¡puede producir un efecto devastador sobre quienes no están preparados para ella!

La sonrisa le dibujó a Sabrina unos hoyuelos, y Brett no pudo dejar de extender la mano y acariciarle la boca con suavidad; su dedo se detuvo apenas en el labio inferior.. Sabrina lo mordisqueó con suavidad; Brett sonrió, una sonrisa que ninguna otra mujer había visto antes. Dijo con suavidad:

-Creo que me estás hechizando. Descubro que ansío estas tardes juntos en forma excesiva... si no tengo cuidado, dominarás todo mi tiempo.

-¿Eso sería tan malo? -preguntó Sabrina, sin aliento.

La sonrisa de él se disipó, y su mirada vagó por la cara de ella, vuelta hacia arriba.

-No -respondió con lentitud-, no, no creo que lo sea.

Sabrina apartó la vista. Murmuró con timidez:

-He advertido que pasas más tiempo en la hacienda... ¿No hay en Nacogdoches.nada que te interese en estos días?

Brett hizo girar con suavidad la cara de ella hacia la propia. Su expresión era tierna cuando dijo con voz queda:

-Nacogdoches no tiene nada especial para mí... en realidad nunca lo tuvo, sólo que fui muy ciego como para darme cuenta de ello.

Pero si la situación en la hacienda había mejorado, la de Carlos se deterioraba con rapidez. Aunque Sabrina se negaba a verlo con tanta frecuencia como antes, todavía continuaba frecuentándolo a menudo. Pero los encuentros entre ellos eran incómodos y tensos. Ella tenía desdichada conciencia de que Carlos, en realidad, no había cambiado de

opinión respecto de Brett, y en ocasiones, avanzada la noche, a solas en su habitación, se preguntaba si no estaba dejándose atrapar por el encanto moreno de Brett. Tal vez Carlos tenía razón... ¡No! ¡No quería creerlo! Pero si ella, que lo amaba, tenía sus dudas, ¿cómo podía condenar a Carlos por sus sospechas?

En la tarde del lunes, antes de su fiesta de cumpleaños del viernes, Sabrina se dirigió, desganada, hacia la glorieta, para reunirse con Carlos. Había resuelto decirle a éste que ya no hacían falta esas citas en secreto. En cierta manera, cuando se encontraba con Carlos en la glorieta, sentía que estaba haciendo algo desagradable. El día era caluroso, y aunque acababa de ponerse un fresco vestido de hilo de color, cuando llegó a la glorieta se le adhería, molesto, a la espalda. Echó hacia atrás un mechón del cabello dorado rojizo que mostraba tendencia a caerle sobre la frente, y entró con pasos lentos en la agradable sombra.

Carlos ya estaba allí, recostado, al descuido, contra los cojines de color amarillo y verde intenso.

-Carlos, en realidad no creo que tengamos mucho que hablar en estos días. Yo... yo. -Vaciló, y le dirigió una mirada inquieta.- No quiero volver a venir aquí, a reunirme contigo. –Después de haber emitido las palabras más difíciles, le sonrió, alentadora, y dijo con precipitación:- Todavía podemos vernos tanto como quieras... ya sabes que siempre eres bienvenido en la hacienda.

Carlos se puso rígido, y algo desagradable apareció en sus ojos negros. Con voz borrosa de cólera, dijo, cortante:

-Se trata de Dangermond, ¿verdad? ¡Te ha enemistado conmigo! -Acalorándose con el tema, bramó:- ¡Lo veía venir! ¡La forma en que se te iluminan los ojos cuando pronuncias su nombre, la manera en que lo elogias, y ahora le permites destruir lo que existe entre nosotros!

-iEso no es verdad! -replicó ella, acalorada-. ¡Nunca hubo nada entre nosotros! ¡Te engañas, si crees que lo hubo!

-Creo que tú te engañas. Siempre ha existido algo entre nosotros, pero no permites que crezca. Te ocupas de ello, pero yo te digo que existe, y no puedo permitir que sigas haciendo caso omiso de eso.

Casi canturreando, con una expresión turbia en la mirada, continuó:

-Estás destinada a ser mía, querida. Y no permitiré que Dangermond te envenene los pensamientos contra mí. Hoy tendré que demostrarte hasta qué punto eres mía por completo. -Una expresión contenida le cruzó por el rostro, y murmuró, casi como para sí:- Por supuesto, ¿por qué no lo pensé antes? Sus manos se mo-

vieron para tomarla de los hombros, y la atrajo con rapidez hacia su pecho. Con la boca a pocos centímetros de la de ella, murmuró:- iPerdóname, querida, por lo que estoy a punto de hacer, pero no hay otra manera! ¡Tienes que ser mía, mi esposa, y sólo hay una manera de lograrlo!

Sabrina no entendió qué quería decir él, pero por instinto comenzó a forcejear. Sus manos le empujaron el pecho, ineficaces.

Carlos hizo caso omiso de sus movimientos, su boca se oprimió con avidez contra la de ella, su lengua se abrió paso en el interior de su boca. Furiosa y asustada, Sabrina luchó como la tigresa a quien tan a menudo se parecía, pero si bien ella y Carlos eran de la misma estatura, él era mucho más fuerte, y sus intentos resulta-

ron inútiles. Era como un hombre poseído, sus manos le desgarraban el vestido y sus propias ropas. El vestido de Sabrina fue arrancado de su hombro, y con una mezcla de furia y temor sintió que las duras manos de él le acariciaban el pecho desnudo. Para su horror, se dio cuenta de que le había desgarrado la parte superior del vestido, y que se encontraba desnuda de la cintura para arriba.

Consciente de que no podía ganarle en una batalla de fuerza, interrumpió sus locos movimientos, liberó su boca de la de él, y trató de razonar con él.

-Carlos, querido -le rogó con suavidad-, por favor, por favor ... -No terminó la frase, cuando Carlos le cerró los labios con los propios.

Durante la lucha, Sabrina había quedado aplastada contra los cojines por el cuerpo más pesado de Carlos. Al principio no sintió mucho miedo, pero a medida que pasaban los minutos y Carlos no mostraba inclinación alguna a detener su ataque, el terror creció dentro de ella. Las manos de él parecían estar en todas partes. Su boca saqueaba la de ella con besos cada vez más apasionados, que hurgaban y que la afectaban de manera muy, muy distinta a los besos de Brett. Sintió que las náuseas crecían dentro de su garganta... junto con la histeria. Cuando la mano de él se deslizó por los muslos, hacia arriba, empujándole el vestido hasta la cintura, Sabrina tuvo un estremecimiento de puro pánico. ¡Iba a

violarla!

Oyó el sonido de su delicada ropa interior desgarrada, y ello la empujó a continuar luchando. Sus hombros golpearon inútilmente contra la espalda de Carlos, y, frenética, se retorció y se removió debajo de él, tratando con desesperación de apartar el peso aplastante de su cuerpo. La boca le dolía por los besos brutales, y al sentir que presionaba sus caderas contra las de ella, y

que su cuerpo se deslizaba entre sus muslos, experimentó un gran terror. Eso no era un placer; en lo que estaba ocurriéndole no había alegría ni deleite. Estaba henchida de miedo y furia, y golpeó, ciega, el rostro de Carlos. El masculló algo gutural entre dientes, y con el pecho agitado por los esfuerzos y la pasión que lo consumía, pero el golpe de ella no lo detuvo ni lo amilanó. Antes bien, pareció acicatear lo, y gimió desde el fondo de la garganta, triturando los cuerpos de am-

bos en una obscena parodia del acto del amor. Su mano se ocupó de los cierres de sus calzoneras, y durante un momento terrible,espantoso, ella sintió que la carne endurecida de él le hurgaba entre las piernas.

Se puso rígida, con conmovido rechazo de las acciones de él, y se negó a aceptar lo que estaba a punto de ocurrir. ¡Esto no puede estar sucediéndome a mí! ¡Carlos nunca me trataría de esta manera! -pensó, con aturdida incredulidad. ¿Pero era así? Y la mano de él que le acariciaba el suave vello de entre los muslos, sus dedos que le preparaban el camino, infundió en la lucha de Sabrina una nueva fuerza enloquecida. En apariencia, ello no produjo efecto alguno sobre él, y con algo semejante a la desesperación, Sabrina sintió que se preparaba a unir los cuerpos de ambos mientras acomodaba las caderas y le acercaba aún más su virilidad inflamada. Y luego, de pronto, como un soplo rígido del Artico, una voz helada preguntó:

-¿Interrumpo algo?

- El sonido de la voz de Brett fue el más dulce del mundo para Sabrina, y su cuerpo se aflojó de alivio. Carlos se apartó de ella furioso, y con movimientos coléricos volvió a subirse las calzoneras hasta la cintura. Con la cara convertida en una máscara malévola, miró con ferocidad, a través de la glorieta, a Brett.

Sabrina se sentó con un esfuerzo, sus manos temblorosas intentaron, en forma maquinal, poner alguna semblanza de orden en sus ropas desgarradas y revueltas. ¡Gracias a Dios que había llegado Brett! ¡Otro segundo, otro momento, y habría sido poseída!

La vergüenza y la gratitud pugnaron en la mirada extrañamente tímida que dirigió a Brett, pero ante la expresión de disgusto y desprecio que revelaban las facciones duras y rígidas del delgado rostro de él, se sintió invadida por una mortificación tan intensa, que le dolió todo el cuerpo. Sin duda no pensaría él...

no podía pensar que... En apariencia, lo pensaba. Los ojos de color verde oscuro

chispearon, al observar su estado desgreñado, y con voz tensa, desagradable, dijo:

-Perdonarás mi interrupción, no me di cuenta de que la glorieta estaba ocupada. Si me hicieras saber qué horas usas para tus citas, me las arreglaré para nadar en otros momentos.

El rostro de Sabrina ardió de humillación y furia. Ahorró una exclamación de ofensa, acomodó sus ropas, y luego de lanzar una mirada de absoluto desdén a los dos hombres, huyó de la glorieta.- Después que se fue, se produjo un silencio peligroso, desagradable. Carlos se arregló la ropa con negligencia, con una sonri- sa complaciente en los labios:

-Los gringos -dijo con ligereza-, siempre tan descorteses e impetuosos. Sin duda sabías que la glorieta estaba ocupada... y qué hacíamos. Sabrina nunca es muy silenciosa cuando hace el amor, y debes de haberla oído rogar que la tomara. -Meneó la cabeza, y agregó con aparente buen humor:- Ah, bueno. Es una pena que hayas llegado cuando lo hiciste, y para el futuro tendrás un poco más de cuidado para no molestamos, ¿verdad?

Brett había escuchado el ruego de Sabrina: "Por favor, por favor". Pero no pudo creer lo que escuchaba. Había ido a nadar como siempre, a la tarde, y al entrever los cuerpos que se retorcían, a través del enrejado de la glorieta, estuvo a punto de alejarse, dando por sentado que un par de criados usaban el edificio para una

cita de enamorados. El sonido de la voz de Sabrina lo detuvo en seco, y como un hombre de hielo, un zombie congelado, subió los pedaños de la glorieta y miró hacia adentro. La visión que lo recibió quedó grabada, atormentadora, en su cerebro. El cuerpo casi desnudo de Sabrina que empujaba, lujurioso, debajo de Carlos, mientras se besaban, hambrientos, con los brazos de ella agitándose, enloquecidos, en tanto que la pasión los consumía.

Dijo con voz fría:

-Entenderás que no me interesa discutir la situación contigo. ¡Lo que tú y Sabrina hagan es cosa de ustedes! Pero yo me cuídaría mucho de que Alejandro fuera sometido a una escena como la que acabo de interumpir. No creo que él pueda manejarla con tan poca emoción como yo.

Carlos se encogió de hombros.

-No importaría. El exigiría que Sabrina y yo nos casáramos en el acto, cosa que nos parecería admirable.

-Lo cual me lleva a preguntarme -caviló Brett en voz alta-: ¿por qué esperas? ¿Qué piensas ganar con ello?

Carlos se encogió de hombros otra vez. Con un brillo de malicia en los ojos negros, dijo con suavidad:

-No quiero esperar. ¡No quise hacerlo desde la primera vez. que Sabrina se entregó a mí!... ¡Pero entonces apareciste tú! -Escupió, con desprecio:- ¡Tú y tu gran fortuna! Y ahora ella se demora y no quiere comprometerse del todo conmigo, hasta que sepa que no existen esperanzas de un matrimonio contigo.

Con el rostro imperturbable, los ojos de color verde oscuro entornados y vacíos, Brett se apartó. Por sobre el hombro, dijo con sequedad:

-Quédate tranquilo, amigo, nada tienes que temer de mí. ¡Yo no me casaría con Sabrina del Torres aunque me la ofrecieran envuelta en diamantes, en una bandeja de oro!

La pasión que le había despertado Sabrina lo corroía, y clavó con crueldad las espuelas en la hermosa piel del magnífico animal que montaba. Constanza, quería ver a Constanza. Un rato más tarde detenía su caballo sudoroso detrás de la casita de Constanza, y con pasos rápidos cruzaba el desierto patio trasero de la

casa. Golpeó con énfasis en la puerta de madera, y cuando una criada la entreabrió pasó con rudeza junto a ella, y preguntó, con

sequedad:

-¿Tu ama? ¿Dónde está?

-En la sala, señor.

El se dirigió con rapidez al salón, y lanzó un suspiro de alivio al ver a Constanza, sola.

Esta levantó la mirada, expectante, cuando él entró en la habitación, pero cuando lo vio, algo se apagó en los hermosos ojos oscuros.

-Buenos días, Carlos -dijo ella con frialdad-. ¿Qué he hecho para merecer tu visita?-Casi con irritación, agregó:- Querido, hace algún tiempo que no me visitas.

El dijo con crueldad:

-Hace seis semanas no te habrías sentido complacida de verme. Entonces tenías al gringo.

Los ojos de ella se pasearon con lentitud por su rostro y su cuerpo, y advirtió, con adormilado calor, la leve hinchazón cerca de la ingle de sus calzones. Murmuró, con la boca sensualmente curvada:

-Pero tú no tenías a tu Sabrina... ¿o sí?

Con un gruñido bajo, él cruzó la habitación y la arrancó del elegante sofá tapizado de seda. Su boca saqueó, implacable, la de ella, el cuerpo de Constanza se fundió con el de él. Sus labios se abrieron con ansiedad bajo el imperio de Carlos.

-Querido -suspiró profundamente un momento más tarde-. Te he echado de menos.

-En especial en estas últimas semanas -se burló él, con las manos ocupadas en explorar sus maduras curvas.

Con una extraña sonrisa, ella aceptó, con voz ronca:

-En especial en estas últimas semanas. -Bajó la mano en forma deliberada y liberó su palpitante virilidad de sus calzoneras, mientras sus dedos se deslizaban, cálidos, en torno de ella.

Carlos gimió desde el fondo de su garganta y hundió la boca en la de ella. Presa de una pasión ciega, animal, la empujó hacia el suelo. Le levantó las faldas con ademanes salvajes, y la penetró gruñendo de placer.

Se acoplaron como animales, Constanza enloquecida por la ferocidad con que él la poseía, y el delicioso temor al descubrimiento hizo que el acto resultara más incitante aún. Si entraba una criada... Los dientes de Carlos se cerraron sobre el pecho que él acababa de liberar, y Constanza no pensó en otra cosa que en el éxtasis de tener otra vez a un hombre.

Diez minutos más tarde, llamó a una criada, y la corpulenta india que entró en la habitación jamás habría imaginado que minutos antes su ama y el señor de la Vega se retorcían en el suelo, en el paroxismo de la pasión. Con el rostro pétreo, María, la criada, escuchó mientras su ama pedía refrescos para el invitado.

Otra vez solos, Carlos se tendió, cómodo, en un sillón de respaldo alto, de cuero pardo. Constanza se sentó, recatada, frente a él, con las faldas ordenadas con pulcritud.

Nada dijeron hasta que María regresó con madeira para Carlos y chocolate caliente para Constanza. Cuando la criada se fue, Constanza dijo:

-El cortejo de Sabrina debe estar prosperando, si ella te envía a mí en este estado.

Carlos emitió un sonido irritado.

-Sí y no. Hoy la habría forzado a una situación en la cual hubiese sido imperativo que nos casáramos... ¡pero intervino ese maldito gringo! -Su mano se cerró en un puño, el rostro se le contorsionó-. ¡Debería matarlo!

-iNo! -prorrumpió Constanza antes de poder contenerse.

Para su mortificación, sintió que el rubor le inundaba las mejillas ante la mirada que le dirigió Carlos.

-jAh! -ronroneó éste, con una mirada hostil de sus ojos negros-. Este gringo significa algo para ti.

Constanza se mordió el labio, y para hacer algo bebió un sorbo del chocolate caliente.

-No es exactamente así -dijo un segundo más tarde. Una extraña expresión le cruzó por el rostro. Con la voz henchida de desconcierto, casi como si no entendiera sus propias emociones, murmuró-: Es muy distinto de lo que yo esperaba, y con su riqueza y... -Se encogió de hombros.- Fue una tonta idea mía que él nunca alentó ni adivinó. Además, sería una muy mala esposa para él.

Carlos inspiró con furia. Irguiéndose en el sillón, bramó:

-iNunca tendrá a Sabrina! ¡Yo me ocupé de eso esta tarde!

Con una nota extraña en su voz, ella preguntó:

-¿Crees que existiría algún peligro de que él la quisiera?

-No lo sé. Sólo sé que en estos últimos días Sabrina pareció cambiar. Habla en tono muy elogioso de él, y hay algo que surge en sus ojos que no me agrada. ¡Un matrimonio entre ellos sería intolerable!

El rostro de la mujer palideció, y preguntó, Con entereza:

-¿Te parece que eso es probable?

-¿Eso te molestaría? -preguntó Carlos Con engañoso tono de indiferencia.

-Un poco -contestó Constanza sin mucha veracidad.

Carlos sonrió, al reconocer la mentira. Dejó caer la mirada hacia el vaso que tenía en la mano, y murmuró:

-Entonces supongo que si por casualidad Ocurriese lo improbable, y fuese inminente un matrimonio entre ellos... -la miró- harías cualquier cosa por impedirlo, ¿no es así'!

Ella apretó la boca, y los ojos oscuros quedaron inexpresivos Y entrecerrados.

-Sí -respondió Con tono torvo-, sí. iCualquier Cosa!

Era una respuesta muy satisfactoria, pensó Carlos mientras bebía otro sorbo de su madeira.

Brett también bebía madeira en ese momento, pero no experimentaba satisfacción alguna al hacerlo. También estaba sentado en un sillón, pero la persona que se encontraba frente a él no era una mujer . era Alejandro, y Carlos se habría sentido muy disgustado al descubrir que tambien él era el tema de la conversación de ambos. Los dos hombres estaban sentados en el patio, descansando del calor del día.

Brett preguntó a boca de jarro:

-¿Sabías que Sabrina se encuentra Con Carlos, solos los dos, en la glorieta?

Desconcertado, con la congoja resonando en forma evidente en su voz, Alejandro respondió:

-¿Todavía? Yo abrigaba la esperanza de que esas citas hubieran terminado.

-¿Sabías que se encontraban? -preguntó Brett Con inseguridad- ¿ Y no hiciste nada por impedirlo?

Alejandro se removió, inquieto, en su sillón.

-iSon primos, amigos! iSe conocen desde que nacieron!

Carlos es como un hermano para Sabrina, y yo no podría impedirle a ella que se encontrara con él. Hace algún tiempo que esto me inquieta, pero no debes temer que esto manche de algún modo la reputación de Sabrina. Todos saben qué relaciones existen entre ellos. Son como dos cachorros... es inofensivo.

-jlnofensivo! -escupió Brett con una carcajada desagradable, y luego se contuvo, con rapidez.

Avido, Alejandro se inclinó hacia adelante, para tranquilizarlo.

-Pero no te das cuenta, amigo, que Carlos es un hermano para ella.

Los ojos de color verde jade eran inexpresivos.

-Como digas -aceptó Brett, con superficialidad, mientras las imágenes de las largas piernas doradas de Sabrina que se agitaban debajo de Carlos le cruzaban, torturantes, por el cerebro.

Alejandro se mostró alborozado ante la preocupación de Brett. No cabía duda de que había habido en su voz una nota que sonaba, bueno, casi celosa... Alejandro rogó que fuese así, pero se inquietó al enterarse de que los encuentros con Carlos no habían cesado. Con el hermoso rostro perturbado, dijo con voz lenta:

-No temo que Sabrina sufra algún daño con su primo, pero dadas las circunstancias actuales, si así lo deseas, me ocuparé de que no actúe en forma tan indiscreta.

Brett se puso rígido al percibir una inflexión que sonaba en su mente como un timbre de advertencia, y preguntó, lúgubre:

-¿En las actuales circunstancias?

Una expresión de turbación cruzó por el rostro de Alejandro. ¡Cuán tonto de su parte haber dicho eso! En busca de una excusa para encubrir su peligroso error, dijo de prisa:

-iLos bandidos! ¿Acaso te has olvidado de ellos?

Brett se aflojó un tanto... qué tonto era, y arrogante, advirtió con ironía. Hasta entonces, su huésped no había ofrecido la menor insinuación de que alguna vez hubiera pensado en

Brett como en un yerno. Este sonrió sin alegría. Haber percibido siquiera un atisbo de ofrecimiento de matrimonio en la sencilla frase de

Alejandro había sido demencia.

-Los bandidos -dijo con lentitud-. Me había olvidado de ellos. -Dirigió una mirada penetrante a Alejandro-. ¿Tuviste alguna novedad acerca de ellos? Pensé que desde el ataque contra los Ríos no se había oído hablar más de ellos.

-Sí, es cierto -admitió Alejandro, enseguida-. Pero aunque dan la impresión de haber desaparecido del distrito, nunca existe la certeza. Debo hacer que Sabrina entienda cuán peligro. eso es ir sola a la glorieta, aunque únicamente se trate de visitar a su primo.

Brett guardó silencio, con la mirada clavada en las brillantes puntas de sus botas negras. Bebió un largo sorbo de su madeira.

Alejandro murmuró, pensativo:

-La familia de la Vega se encuentra en grandes problemas financieros. Hace muy poco le presté a Luis una suma enorme de dinero. Eso no me preocupa... Luis me lo pagará cuando pueda. ¡El que me preocupa es Carlos! ¡No puedo entender en qué está pensando ese joven tonto! Su familia se encuentra tan al borde de la ruina como puede estarlo una familia, y sin embargo él pasa su tiempo en un antro mediocre, en Nacogdoches, jugando y alternando con mujeres.

Ante la expresión de asombro de Brett, Alejandro advirtió, incómodo:

-Varios vaqueros de nuestro rancho lo han visto allí, y hablan. Cuando la familia tenía su propio dinero, yo podía entender los hábitos de derroche de Carlos, pero ahora... -meneó la cabeza, con tristeza- ahora sigue tal como siempre, iy en lugar de ayudar a su padre derrocha sus días en visitas a Sabrina!

Con un sesgo curiosamente triste en su boca, Brett dijo con sequedad:

-Acude a ella en busca de compasión, o con la esperanza de que ella lo pueda ayudar a esclarecer su dilema. Ya dijiste que son íntimos.

-¡En verdad no se trata de eso! iSe trata de que Carlos debería estar trabajando como un demonio para salvar su hogar, su herencia. Se comporta como si no fuese nada para él. Luis está mostrando su fatiga, inclusive mi hermana, que preferiría morir antes que mostrar que se encuentra inquieta, ha comenzado a ex-

hibir las señales de su preocupación. Francisca siempre temió que Luis llegase a arruinarse... ¿y ahora?

-¿Pero cómo ocurrió eso? -preguntó Brett con curiosidad-. Esta tierra es tan rica, tan fértil, que no puedo creer que un hombre fracase en forma tan estrepitosa. Resulta evidente que prosperaron durante algún tiempo.

Alejandro hizo una pausa.

-Esto es siempre una batalla, amigo. Las inundaciones pueden ahogar rebaños enteros, los indios pueden robar el ganado, las cosechas fracasar. Y además están los bandidos y los animales de presa, de cuatro patas, como el oso y el puma, que pueden devastar toda una región. Pero en el caso de Luis, creo que se trató, sencillamente, de una mala administración de su dinero. Una sonrisita de turbación le tironeó de las comisuras de la boca. -y ahora -dijo con tono de disculpa- me he desilusionado yo mismo, al aburrirte con un relato tan estúpido. -Miró su vaso.- Debe ser el madeira que me ha convertido en un anfitrión tan ma-lo.

Brett se apresuró a tranquilizarlo. Pocos minutos después se encontraban conversando animadamente de otras cosas, más interesantes. Sólo cuando las sombras se alargaban hacia la oscuridad, al comienzo de la noche, Alejandro levantó la vista, asomobrado, y murmuró:

-jAcaba de ocurrírseme que Sabrina debería estar aquí. con nosotros! Me pregunto qué la habrá demorado.

Brett guardó silencio; no confiaba en la seguridad de su voz, y clavó la mirada en el vaso. Pero por otra parte no hacía falta que hablara. Casi como si esperase las palabras de su padre, Sabrina apareció de pronto, saliendo de abajo de los aleros de la casa, y se unió a ellos, ante la mesa.

Había necesitado mucha valentía para hacerlo, porque ahora parecía muy serena... no se veían señales de la joven furiosa, desgreñada, que había salido corriendo de la glorieta, avergonzada. Pero si por fuera Sabrina no mostraba señales de agitación, por dentro era una masa temblorosa de emociones en pugna. Estaba furiosa con Brett, y las horas transcurridas entre la separación y ese momento no habían hecho nada para apaciguar su cólera. ¡Cómo se atrevía a pensar que era capaz de aceptar el ataque de Carlos! Y sin embargo, una parte más racional de ella admitía que la escena había parecido comprometedora. No quiso pensar en eso, pues su humillación era demasiado profunda. Su actitud hacia Carlos era una mezcla de incredulidad, cólera, desconcierto y dolor. ¿Cómo había podido comportarse de ese modo brutal? Ni siquiera el amor, pensó, dolorida, lo excusaba.

La reacción le había hecho castañetear los dientes, y con un gemido bajo buscó su cama, se hundió bajo las mantas, tratando de calmar el frío que parecía impregnarla hasta los huesos. Cerró los ojos, y el rostro despectivo de Brett flotó de pronto detrás de sus párpados; entonces se estremeció de modo casi incontrolable, y sintió que la cólera se apoderaba de todo su cuerpo. iCómo se atrevían! ¡Carlos a intentar esa jugarreta! iBrett a censurarla!

En cuanto a Brett... su rostro juvenil se oscureció. ¿Qué otra cosa podía esperar de él? No necesitaba a las mujeres –salvo para una cosa, según la tía Sofía-, y aunque en esos últimos días ella había ansiado que estuviesen forjando un lazo estrecho, en ese día de hoy le había mostrado cuán frágil era la esperanza. El siempre creería lo peor acerca de cualquier mujer, y por eso ella no lo perdonaría nunca. ¿Habría creído en verdad, él, que le respondería como lo hizo para luego escurrirse y ser golpeada y manoseada por Carlos? Su boca se torció, con desagrado. Qué mente horrible, tortuosa, debía de tener, pensó, enfurecida.

No sabía cómo reaccionaría cuando viese a Brett de nuevo, pero el corazón le dio un pequeño brinco en el pecho cuando salió para unirse a los hombres, frente a la mesa, y se vio frente a la mirada indiferente de él. El semblante que le mostró era muy cortés, pero lejano, y al recordar las cálidas sonrisas que habían intercambiado en esa última semana, los ojos le chispearon de rencor.

Dado lo interesado que se encontraba en las florecientes relaciones amorosas de ellos, era de esperar que Alejandro advirtiese en el acto el aire de reserva y de rígida cortesía que reinaba entre los dos jóvenes. Con mirada un tanto preocupada, vigiló uno y otro semblante. ¿Qué ha provocado esto?, se preguntó, desconcertado. Y sólo después de una cena rígida, incómoda, se le ocurrió un atisbo de respuesta.

-Pequeña, vacilo en hablar de esto, pero creo que no es correcto que te encuentres en forma tan reservada con tu primo Carlos. Brett me mencionó esta tarde que los había visto a los dos en la glorieta, y en verdad debo insistir en que si quieres ver a Carlos lo hagas aquí, en nuestra casa.

El rostro de Sabrina palideció, y se puso rígida. El chismorreo no era uno de los delitos de los cuales había acusado a Brett, pero resultaba evidente que exageraba los escrúpulos de él. Con lavoz ahogada de furia, los ojos llameantes de desprecio, logró pronunciar:

-iCielos! y como nos vio juntos allí, debe correr enseguida a contártelo. Hay palabras que designan a hombres como él... ¡palabras muy espantosas!

Sobresaltado, Alejandro sólo pudo mirarla con admiración.

-iMuchacha! ¿Qué es esto? ¿Por qué...?

Sabrina se puso de pie con brusquedad, interrumpió a Alejandro, y dijo con tono altanero:

-Si me perdonas, debo salir. -Lanzó una mirada desdeñosa a Brett, y agregó:- iDe pronto, el aire se ha vuelto fétido aquí!

Boquiabierto, Alejandro la miró cuando salía impetuosamente de la habitación, con las faldas de muselina amarilla revoloteando detrás de ella. Miró a Brett y masculló:

-¿Qué demonios la ha perturbado tanto? iEn estos últimos días no puedo entenderla!

Con los ojos de color verde jade oscuro clavados con frialdad en la puerta por la cual Sabrina acababa de salir como un ventarrón, Brett arrojó su servilleta y dijo, con voz dura:

-Si me perdonas, querría hablar unas palabras con tu hija.

Con expresión de asombro, la boca todavía abierta, Alejandro se encontró de golpe sentado a solas en el espacioso comedor.

-iBueno! -dijo, indignado, a la habitación desierta.

Brett alcanzó a Sabrina en el rellano de arriba de las escaleras que daban a sus dormitorios. Ella no tenía conciencia de que él la seguía, y la desconcertó el apretón de su brazo cuando la hizo girar para enfrentarla. Lanzó una pequeña exclamación de alarma, y luego, al ver su sombrío rostro enfurecido, el corazón le

saltó con fuerza.

-iSuéltame! -dijo, furiosa, tironeando del brazo que él le apretaba.

-iTodavía no, alteza! Primero tú y yo vamos a mantener una conversación en privado -replicó Brett con voz seca.

-iNo puedo hablar contigo! iNunca! Desde que llegaste no has hecho otra cosa que merodear y espiarme y rondar... y ahora le vas con cuentos a mi padre. iEres despreciable!

Un músculo se endureció en la mandíbula de Brett, y los ojos de color verde Oscuro se volvieron casi negros de furia.

-iYa he tenido bastante con tus acusaciones! iY ahora cállate y escucha! -dijo con furia helada, propinándole otra sacudida nada bondadosa. Lanzó una mirada acosada a lo largo de todo el pasillo, y luego la hizo entrar en una pequeña antesala.

Le soltó el brazo, la miró sombríamente mientras ella se erguía, desafiante, ante él, frotándose con una mano el lugar donde la había aferrado. Con voz helada, Sabrina dijo:

-iYa que me trajiste aquí, dime lo que tengas que decir y déjame ir!

Brett inclinó la cabeza morena con cortesía burlona.

-Como ordenes, alteza. -Se apoyó con negligencia contra la puerta, y dijo con un tono de voz sereno-: No corrí a tu padre con cuentos. Pero -una expresión de disgusto y desprecio le cruzó por las facciones afiladas- le mencioné que los había visto, a ti y a Carlos, en la glorieta. iPero no le dije -continuó con su voz cada vez más áspera- lo que hacían allí!

-¿ y qué hacíamos? -preguntó Sabrina con tono peligroso, con un brillo incandescente en los ojos de color dorado ambarino-. ¿Qué crees haber visto?

Con el rostro atezado henchido de disgusto y desdén, él respondió, a boca de jarro:

-iSé muy bien qué vi! iPero puedes estar segura de que tu Secretito sórdido está a salvo en lo que a mí se refiere! ¡No por ti -agregó con voz tensa-, sino por tu padre! iNo quiero ser el que lo desilusione en cuanto a la ramera de su hija!

La mano de Sabrina voló y se estrelló contra la mejilla de él, antes que hubiese tenido tiempo de pensarlo, y antes de tener tiempo de darse cuenta de lo que había hecho, se vio sacudida con crueldad contra el largo y duro cuerpo de Brett.

Con la boca a pocos centímetros de la de ella, con el cálido aliento rozándole los labios, él bufó, con voz gruesa:

-iCreo que te advertí que no hicieras eso otra vez! ¡Como pareces estar distribuyendo tus favores, no veo motivo alguno para que yo no disfrute otra muestra de ello!

Sus labios cayeron brutalmente sobre los de ella, sus brazos la estrujaron contra sí. Fue un beso escandalosamente carnal, la lengua de él le hurgó el interior de la boca con franca exigencia,

Nada había de suave en ese beso, nada de tierno; estaba henchido de cólera, y sin embargo parecía existir en él una extraña ansia. Sus brazos la mantuvieron prisionera mientras la atraía entre sus piernas, con el cuerpo apoyado contra la puerta que tenía a sus espaldas.

Sabrina se sintió indefensa en su abrazo, sus propios deseos se acentuaron, incontrolables, para hacer frente a la pasión que crecía en espiral, que sentía emanar del cuerpo musculoso de él. Aplastada íntimamente contra él, pudo sentir el endurecimiento de su virilidad, que se alargaba y presionaba insistente contra sus propios ijares, cada vez más hambrientos. Incapaz de contenerse, respondió a ciegas, delirante, a la feroz exigencia de los besos de él.

Con un gemido, Brett la atrajo aún más hacia sí. Sus manos descendieron todavía más hasta las caderas de ella, y las acariciaron con afiebrada intensidad. Cielos, era un paraíso tenerla entre sus brazos, tener esos pechos tensos, henchidos, quemándole el tórax, el cálido cuerpo arqueándose contra el suyo.

El abrazo fue efusivo; ninguno de los dos tuvo verdadera conciencia de lo que hacían, o cuán feroz era la pasión que los lIevaba a un punto sin regreso. Cada uno de los dos se encontraba perdido en la ansiosa marea del deseo que los invadía, sus cuerpos se esforzaban por adherirse, frenéticos, ansiando algo más.

De pronto, como si se zambullera en un muro de hielo, Brett se dio cuenta de cuán próximo se hallaba a ocupar el lugar de Carlos en los brazos de ella. i Ahogó una maldición y la apartó con decidida violencia.! Con los ojos de color verde jade henchidos de odio, bramó:

-iOh no! iNada de esto! iNunca he tomado las sobras de otro hombre, y por cierto, que no tengo la intención de empezar contigo!

Con el cuerpo dolorido de deseo, pero ahogando el ansia abrumadora de volver a tomarla en los brazos, prometió, torvo:

-Pero te prevengo... continúa ofreciéndote de manera tan flagrante, y puede ser que ceda. La próxima vez, querida... lapróxima vez me apoderaré de ti, y al demonio con las consecuencias!

Al día siguiente, martes, cuando la criada apareció en su habitación para anunciar que el señor Carlos la esperaba para verla, abajo, Sabrina apenas pudo dar crédito a lo que escuchaba. Después de lo que había ocurrido la tarde anterior, jamás pensó que él la buscaría de esa manera.

-¿Alguna vez me perdonarás?

Indecisa, Sabrina lo miró, asombrada ante la indiferencia que sentía. Era como ,si la furia que había experimentado con Brett cuando salió con violencia de su habitación, la noche anterior, le hubiera quemado todas las emociones... salvo la ira que reservaba especial y exclusivamente para cierto Brett Dangermond.-

-¡Querida! iDebes perdonarme! Te amo tanto, que el solo hecho de tenerte cerca me enloqueció... ¡No pude evitarlo! jEnloquecí de amor por ti! No tenía la intención de dañarte ni de asustarte. ¡No sé qué me pasó, Cómo pude haberme comportado de manera tan despreciable, tan deshonrosa! ¡Dime que todos los años de nuestra amistad no han quedado perdidos para mí! No podría soportarlo, Sabrina... eres demasiado querida para mí, como para que haga frente al futuro sabiendo que he destrozado todo lo que hay entre nosotros.

-Te perdono... creo que te perdono. y ahora, por favor, ¡ponte de pie antes de que alguien te vea ahí y se pregunte qué está pasando!

"Carlos se puso de pie con vivacidad, volvió a tomarle la mano y la cubrió de besos.

-iTan buena y bondadosa, y maravillosa, como la Santa Madre de Dios!

-Todo está en el pasado, Carlos, por favor, y déjalo así. –Le dedicó una sonrisa atenta, v agregó-: Yo ya lo he hecho.

-¿De veras, querida? -preguntó Carlos-. ¿Puedes decir que nada ha cambiado entre nosotros?

-No, no puedo -respondió Sabrina con veracidad-. Lo de ayer cambió las cosas, pero yo... yo... yo ¡¡O te odio más, y no querría que nuestras familias se sientan acongojadas por lo que ha sucedido... o por lo que estuvo a punto de suceder.

El viernes, el día en que Sabrina cumpliría los dieciocho años, amaneció caluroso, claro, y el sol era un orbe de color amarillo anaranjado, en un enceguecedor cielo azul; ella recordó la misma fecha del año anterior. El año anterior. Qué inocente era antes. Cuán confiada. Sabrina encontró un disfrute agridulce en el espejo. Siempre le habían encantado el alboroto y las actividades que destacaban su cumpleaños de cualquier otra fiesta, y este año no fue diferente. Bonita le llevó su bandeja del desayuno adornada con un ramillete especial de rosas

amarillas, como lo había hecho durante todos los cumpleaños que Sabrina podía recordar, y el regalo de ese año era un par de brazaletes de plata de delicado labrado, que

tintineaban cada vez que Sabrina movía su delicada muñeca. En todos los lugares donde iba era saludada y se le expresaban los mejores deseos, no podía dejar de regodearse con las atenciones. El día fue casi una repetición de su cumpleaños último, con una notable diferencia: Brett Dangermond. A todas partes hacia donde mirase, Sabrina tenía la impresión de verlo: riendo con su padre durante el desayuno, conversando con los invitados a medida que empezaban a llegar; vagando por los terrenos con varios grupos de hombres y mujeres sonrientes y gesticulantes; bromeando con la obesa Bonita cuando iba de un lado al otro; vigilando el ajetreo de los criados y escuchando con atención cuando Luis y Alejandro discutían ciertos proyectos comerciales. Contra su voluntad, la mirada de ella parecía seguir lo, admirar el alto cuerpo delgado, cuando sonreía con su gracia serena, encantando con desenvoltura a todos los que se encontraban cerca de él. Se encolerizó consigo misma y se sintió irracionalmente furiosa con él, porque a pesar de todo, todavía tenía la capacidad de conmoverla, de hacer que su corazón palpitara con más fuerza, de despertar dentro de ella una feroz ansia inexplicable.

La corrida de toros que Alejandro había prometido a Brett se. realizó en honor del cumpleaños de Sabrina; todos se precipitaron a ver a los diversos jóvenes que demostraban su destreza con los magníficos toros negros. Los vaqueros y sus familias se apiñaron en derredor del ruedo improvisado; los invitados contemplaron las actividades desde la relativa comodidad de una tribuna construida a toda prisa, con un entoldado de tela de color amarillo intenso para proteger a las delicadas damas del ardiente sol.

Con los ojos entrecerrados, Sabrina observó, con espíritu crítico, a los jóvenes espadas que exhibían su eficiencia, a capa y espada, y más de una vez su simpatía se orientó hacia el toro. Era un deporte criminal, cruel, y sin embargo tenía algo de elemental, algo que producía oscuras emociones, algo que emocionaba a la vez que aterrorizaba. Pero sólo conoció la plena profundidad del

terror cuando Brett se encaminó con frialdad hacia el centro del ruedo de tierra roja, el terreno ahora desgarrado y surcado como consecuencia de otras riñas, y un leve polvillo rojizo se elevó por debajo de sus pies, al andar. Pareció que se le detenía el corazón, su rostro palideció, su mano apretó, sin darse cuenta, el encantador abanico escarlata y oro que Carlos le había regalado para su cumpleaños.

El sol destacaba el tono azul del espeso cabello negro de Brett, y un mechón exhibía una tendencia a caerle sobre la frente. Iba vestido con las ropas españolas, y con una parte de su cerebro, Sabrina admitió que le sentaban a maravilla, que las calzoneras de color verde oscuro le ceñían las delgadas caderas y los muslos, que la filigrana dorada le otorgaba un aire elegante. La camisa blanca era enceguecedora bajo la intensa luz del sol de la tarde, la capa

escarlata giraba y aleteaba en el aire inmóvil, mientras hacía algunos movimientos de práctica.

En apariencia satisfecho, Brett asintió para que soltaran al toro, y un suspiro de estímulo de la multitud, una enorme pesadilla de huesos y músculos, de sangre y furia, irrumpió en la arena. A Sabrina le pareció que Brett se encontraba terriblemente indefenso cuando la magnífica criatura bajó la gigantesca cabeza y los cuernos de curvatura malévola brillaron bajo el sol. Con el corazón en la boca, observó, impotente, cuando, en un mugido que helaba la sangre, se lanzó contra la figura inmóvil de la capa escarlata. Para deleite de la muchedumbre, Brett mostró ser un excelente matador, y se movió con tal precisión y delicadeza, que una y otra vez pareció que el toro iba a tocarlo y, sin embargo, se mantuvo incólume, apartándose con gracia, en el último momento vital. En el acto resultó evidente que el alto gringo sabía lo que hacía y la muchedumbre vociferó su entusiasmo cuando, con elegante destreza, Brett ejecutó, imperturbable, uno de los movimientos más antiguos, más clásicos, de la plaza de toros, la verónica. La capa escarlata giró, sinuosa, en el aire, cuando la hizo descender delante del toro que atacaba y luego la subía y la hacía girar con rapidez en

Librodot

torno de su propio cuerpo. Y cuando por fin llegó el momento de matar, hubo un suspiro de alivio concertado, de placer, casi de admiración, cuando la espada encontró su blanco y

ejecutó con limpieza la estocada final.- Sabrina había permnecido sentada como una figura de piedra durante toda la cornda, y su mIrada nunca se apartó de él.

Y cuando terminó el atormentador suspenso, cuando el toro fue apenas un montículo inerte en el polvo rojo, descubrió, para su sorpresa, que había tenido las manos cerradas con tanta fuerza, que quedaban las profundas impresiones de las uñas en sus palmas, y que la piel estaba magullada y purpúrea. Floja, casi se derrumbó en el asiento, sólo para erguirse de nuevo cuando vio que Brett se inclinaba, cortaba las orejas del toro caído y caminaba en línea recta en dirección de ella. Se detuvo y su mirada abarcó a Carlos, quien se hallaba sentado alIado de Sabrina. Los hombres intercambiaron una mirada singular, y los ojos de Brett brillaron con una chispa extrañamente desafiante y después se desviaron en forma deliberada hacia Sabrina. Le dedicó una mirada prolongada, sin sonreír, y luego le ofreció, impasible, el macabro trofeo. Un trofeo conquistado a riesgo de su propia vida. Sabrina vaciló, el corazón le palpitó, errático, en el pecho. Desesperada, trató de leer la expresión de ese rostro desapasionado, moreno, preguntándose por qué la había distinguido de esa manera, interrogándose, con una curiosa mezcla de esperanza y furia, si se daba cuenta de la importancia de lo que estaba haciendo. Y en ese caso, si ella se atrevería a aceptar el trofeo y todo lo que podía implicar. La muchedumbre guardaba un silencio expectante; todos los ojos estaban clavados en el delgado cuerpo de Brett y en el esbelto de Sabrina. Las acciones de él eran casi una declaración pública de pedido de matrimonio; por lo menos constituían un claro indicio de que sentía un interés más que pasajero por la encantadora hija de don Alejandro, y todos esperaron a ver qué haría ésta.

Ajena a todo lo que no fuese el hombre a quien tenía delante, Sabrina lo miró, indefensa, amándolo, odiándolo. ¿Honraba sólo su cumpleaños... o afirmaba sus pretensiones con respecto a ella? Si se tenía en cuenta la situación existente entre ellos, de estudiada indiferencia en esos últimos días, era tonto pensar que se trataba de algo más que un simple gesto para señalar su cumpleaños, y sin embargo había algo en la forma en que miró a Carlos, algo en la manera fríamente decidida en que se acercó a ella, que hizo que la respiración se le cortara en la garganta. Una corriente de entendimiento pareció fluir entre ellos. Sabrina tuvo conciencia de la delgada película de transpiración que le brillaba en la cara, del olor almizclado de su cuerpo caliente, del insano deseo de echarse en brazos de él y dejar que el mundo viese que lo amaba. Pero se contuvo, y a medida que volaban los segundos y aumentaba la tensión, se sintió repentinamente furiosa. Si aceptaba, los dejaría a merced de ávidas especulaciones, si rechazaba, ello molestaría a todos. Consciente, vagamente, de la ardiente cólera que irradiaba de Carlos, y de la sonrisa de aliento que le dirigió su padre desde donde se hallaba sentado, al otro lado, se removió, inquieta. Des.

pués, para no prolongar el incidente, resolvió que estaba agrandando algo de poca importancia, y estiró la mano, a desgana, y tomó el trofeo de manos de Brett.

-Gracias, señor. Me siento muy honrada -dijo con rigidez, y los ojos dorados ambarinos chispearon de resentimiento.

Brett le dirigió una tensa sonrisa, y una curiosa expresión cruzó por las ásperas facciones.

-Así tiene que ser, querida... eres la única mujer por quien he arriesgado mi pellejo. -Miró a Alejandro y dijo con frialdad:- Estoy seguro de que no te molestará que tome mi recompensa. –y bajo la mirada aprobadora de Alejandro y de la furia manifiesta de Carlos, Brett arrancó a Sabrina de su asiento y se dedicó a besarla minuciosamente, mientras la multitud aullaba y vitoreaba.

Después de eso, las corridas restantes constituyeron un anti clímax, y Sabrina se vio observando el ruedo con ojos que no veían. Con alivio, salió por fin del lugar y comenzó a caminar hacia la hacienda con los demás. Pero su alivio tuvo corta vida, porque Francisca y Carlos la flanqueaban, y sus comentarios nada hicieron para calmar su estado de ánimo.

-¿En qué piensa tu padre? -preguntó Francisca con tono bajo, airado-. ¡Dejar que ése... que ese gringo te manosee de esa manera! ¡Fue un insulto para nuestra familia! ¡Todos saben que tú y Carlos están comprometidos, y ahora esto! -Con el pecho palpitante, los ojos oscuros llenos de fuego, Francisca dijo, lúgubre:-¡Espera hasta que hable unas palabras con tu padre!

La actitud de Carlos fue más o menos la misma, pero más venenosa aún. Con los negros ojos henchidos de una furia helada, bramó:

-iCómo se atreve a tocarte de ese modo! iSi no hubiese querido ahorrarte la indignidad de una escena, lo habría golpeado y desafiado allí mismo! ¡y en cuanto a su capacidad en el ruedo...! iBah! Si hubiese sabido que iba a convertirse en semejante espectáculo, habría luchado yo mismo contra los toros, hoy, para mostrarle cómo mata un verdadero español.

Con el rostro rojo de turbación, mortificada por el hecho de que otros pudieran escuchar la conversación, Sabrina dijo a Carlos, apremiante:

-iOh, cállate! ¡No fue nada! ¡Por favor, déjalo así y no lo empeores! ¡Por favor!

Carlos miró, pensativo, su rostro encarnado.

-¿Tú no te sentiste insultada? -Con los labios curvados en una mueca burlona, agregó:-¿O disfrutaste cuando el gringo te degradó en público?

Los ojos le llamearon a Sabrina, y dijo, acalorada:

-¡Lo que yo sentí no es cosa tuya! Deja el tema en paz.

Carlos atendió su pedido y dejó de hacer preguntas, pero Francisca no podía ser acallada con tanta facilidad, y dijo con sequedad, con las cejas enarcadas de desagrado:

-Advierto que no pareces demasiado molesta. ¿Es posible que en realidad te hayan complacido las vulgares atenciones del gringo? ¿Que te impresionara su tosca destreza?

Conteniendo con esfuerzo su creciente irritación, Sabrina dijo con voz llana:

-Puede que no me haya gustado cómo decidió celebrar su victoria, pero no permitiré que digas que su destreza con los toros es tosca. -Encaró la mirada enfurecida de su tía y dijo con osadía:- ¡Fue magnífico! Nunca he visto a nadie que se le compare en la plaza de toros.

Sabrina buscó el refugio de su habitación, y al descubrir que todavía llevaba en la mano el trofeo, arrojó al suelo las orejas, con una exclamación de disgusto. De pronto sentía un insoportable dolor de cabeza, y se dejó caer en la cama, apretándose con los dedos las sienes palpitantes. Ya lamentaba el estallido con Carlos, pero las acciones de Brett le habían torturado los nervios y destrozado su serenidad. ¿Qué trataba de hacer él? , se preguntó, inquieta. Si la escena de esa tarde hubiera ocurrido una semana antes, habría podido entenderla mejor. Se habría sentido -a decir verdad- emocionada y excitada, ¿ pero ahora...? ¿Ahora, cuando apenas se toleraban? ¿Cuando él se atrevía a acusarla de ser una ramera? ¿Cuando pensaba que había aceptado de buen grado la casi violación de Carlos?.- Como no deseaba perder más tiempo en especulaciones inútiles, Sabrina se obligó por fin a salir de la habitación. Ocultó el torbellino desatado en su interior y bajó de prisa, con una sonrisa, para reunirse con los huéspedes. Sabrina no era la única que se preguntaba qué había querido hacer Brett con su exhibición de esa tarde. Ollie se sentía muy curioso respecto de las intenciones de su amo. Por supuesto, tenía sus sospechas, pero quería confirmar las antes de hacer sus propios planes. Y tenía sus planes propios: la pequeña Lupe, la de la cocina, había atraído sus miradas, y en esas últimas semanas había empezado a pensar que si el amo quería dejar que le pusieran grilletes en los pies, aquello no podía ser tan horrible, en definitiva. Además, se dijo, feliz, mientras preparaba las ropas de Brett para esa noche, Lupe era lo bastante joven como para ser adiestrada en sus obligaciones para con su esposo. .

La voz de Brett 10 trajo de vuelta a la realidad con una sacudida.

-¿Sientes un apego especial por ese objeto? ¿Debo esperar indefinidamente?

Ollie le entregó la bota de prisa.

-Perdón, amo... estaba... ahh... pensando en otras cosas.

-iEs evidente! -replicó Brett con un brillo burlón en los ojos verdes, mientras se calzaba la reluciente bota-. ¿Las otras cosas son esa tímida chiquilla de la cocina, de ojos de gacela?

Atontado, Ollie miró a Brett, boquiabierto.

-¿Cómo sa...? -comenzó a decir, y cerró la boca de golpe.- ¿Cómo había podido olvidar que nada se le escapaba al amo? Admitió, con timidez-: Sí, señor, es ella.

-Bien -dijo Brett con tono ligero-, eso explica por qué cada vez que te necesito, últimamente, sólo debo ir a la cocina para encontrarte! -Con una expresión levemente interrogante en el delgado rostro, Brett preguntó:- lDebo desearte felicidades, Ollie?

Ollie vaciló.

-Eso depende, amo -dijo con incertidumbre.

-¿Sí? ¿De qué? ¿Tengo que presentarme ante los padres de ella y ofrecer garantías acerca de ti? -preguntó Brett, burlón, atándose, ceñido, el cinturón de seda negra que le alcanzaba Ollie.

-Bien -dijo éste por último, con cautela-, se podría decir que todo depende de ti, amo. En especial, depende de lo que quisiste hacer cuando besaste a la señorita Sabrina esta tarde. Si pensabas meterte en la ratonera del párroco...

La expresión burlona de Brett se desvaneció y apretó la boca de labios cincelados. Hubo un repentino silencio torvo en la habitación, mientras se ponía el bolero de terciopelo negro.

-¿Tienes tus dudas? -preguntó con voz sedosa, con el rostro carente de expresión.

Tirándose, inquieto, del lóbulo de la oreja, Ollie confesó con su franqueza habitual:

-Hace dos semanas habría dicho que no. Pero en estos últimos días... -Dirigió a Brett una mirada preocupada.- El caso es, amo, ¡que no te comportas como un hombre enamorado! A veces actúas como si quisieras estrangular a la señorita Sabrina, y últimamente pareces un oso. Nunca te he visto así, y no puedo enten-

derlo. iDi la amas o no la amas! Y si no la amas, ¿por qué te comportaste como lo hiciste esta tarde? ,

-El amor tiene muy poco que ver con el matrimonio, mi pequeño amigo -dijo Brett, fatigado, con los ojos verdes osCuros muy fríos.

-¿Un matrimonio de conveniencia? -prorrumpió Ollie, escandalizado.

Brett lanzó una carcajada amarga.

-No he pensado en otra cosa en estos últimos días -dijo con tono lúgubre-. Todo es muy sencillo. Siento una gran admiración por Alejandro. Alejandro tiene una hija, una hija que tiene un cortejante indigno, un cortejante que, si conquista la mano de la hija, haría que Alejandro se sintiera muy desdichado. ¿Me sigues?

Ollie asintió con lentitud. Ceñudo, preguntó:

-¿Pero qué tiene que ver eso con el hecho de que te cases con la señorita Sabrina? Sin duda tú no eres el cortejante indigno.

Con una sonrisa irónica, Brett admitió:

-No, no creo serIo. Y estoy seguro, aunque Alejandro nada ha dicho, de que se sentiría encantado si yo pidiera la mano de Sabrina. -Su sonrisa se disipó y se le endureció el rostro.- De manera que eso es lo que haré. Por lo menos, casada conmigo, Sabrina tendrá un esposo que no la llevará a la ruina, ni Alejandro tendrá que sentarse a ver cómo todo aquello por lo cual ha trabajado cae en manos de un malcriado.

Ollie lo miró con expresión cínica. Meneó la cabeza y murmuró:

-iNunca pensé que llegaría el día en que te dejaras atrapar, amo!

Brett cerró la mano en un puño y un músculo se le contrajo en la delgada mejilla.

-iY yo pienso que te estás volviendo demasiado impertinente conmigo!

-Oh, ¿de veras? -respondió Ollie, en modo alguno molesto por las palabras de Brett-. ¿Sabes qué pienso? iPienso que no te agrada la verdad! iSi crees que te casarás con la señorita Sabrina nada más que para salvarla de los semejantes a ese tipo Carlos, o inclusive porque don Alejandro se sentirá encantado, te estás engañando, amo! iQue me condenen si no es así!

-¿Crees que no lo sé? -y salió de la habitación.

15

Sabrina encontró insoportablemente frustrante el resto de la tarde. Adondequiera que fuese había sonrisas enteradas, ojos humedecidos de las mujeres y enérgicas insinuaciones de los hombres. Habría podido golpear con el pie en el suelo, de furia, y cuando Alejandro se acercó, le palmeó el hombro con afecto, y murmuró: "Una muy sabia elección, pequeña, una elección muy sabia. Me hace muy feliz", habría podido estallar de furia.

Ni siquiera Bonita ayudó mucho mientras alborotaba y se preocupaba por la vestimenta de Sabrina para la noche.

-Es una noche tan especial, ¿no es verdad, palomita? -murmuró Bonita, con el rostro regordete envuelto en una enorme sonrisa.

Con un esfuerzo, Sabrina se tragó la urticante respuesta que le habría agradado emitir, y dijo, en cambio:

-Sí, lo es. En fin de cuentas, los dieciocho sólo llegan una vez... soy muy afortunada de que todos hayan sido tan amables hoy conmigo.

A pesar de que la tarde le había resultado una dura prueba, a medida que pasaba el tiempo, y que se bañaba y se ponía sus ropas para la noche, Sabrina tenía conciencia de una burbuja de excitación que le crecía en el pecho. Una y otra vez trató de contenerla, de decirse que pasaría momentos muy tristes, que Brett continuaría haciendo caso omiso de ella, como lo había hecho después de su deslumbrante exhibición en la plaza de toros, y sin embargo, mientras se ponía las enaguas de espumoso encaje y se anudaba los lazos de sus zapatos de raso, tuvo conciencia de un abrumador sentimiento de aventura, de una delirante sensación de expectativa. Desde abajo le llegaban las risas y las conversaciones de los otros invitados, mientras también ellos se cambiaban con las ropas de gala para los festejos de la noche, y de pronto desaparecieron los restos de su ira y su confusión. ¿Cómo podía nadie sentirse melancólico y molesto en una noche como ésa?.- Con los ojos dorados ambarinos brillantes como estrellas, las mejillas inundadas de un intenso rubor, Sabrina se vistió con creciente acaloramiento, ávida, impaciente por bajar... por ver a Brett. Su vestido era un regalo de su padre, una magnífica creación de espléndida seda de España. El color azul espliego era un contraste asombrosamente eficaz para su cabello rojo dorado y su piel de melocotón. El escote era redondo y bajo, y sus pechos se inflamaban, tentadores, sobre la tela; un amplio cinturón de color púrpura intenso le ceñía el vientre, por debajo de los pechos, y las amplias faldas tenían adornos de volantes de delicado encaje. Las mangas eran muy pequeñas, abullonadas cerca de los hombros desnudos, y al mirar su reflejo en el espejo de cuerpo entero, Sabrina emitió un complacido gorgoteo de risa excitada. y fue una noche para recordar; Brett salió de pronto, de ninguna parte, cuando ella llegaba al final de la escalera. Durante un largo momento atemporal se miraron el uno al otro, y la expresión de asombro de los ojos de color verde jade hizo que Sabrina se sintiera extrañamente sin aliento y alborozada. Esos sentimientos parecieron no abandonarla nunca, esa noche. Tampoco Brett.

Nunca se alejaba de su lado, y aunque hablaban poco, era como si se comunicaran sin palabras: una mirada, una ceja enarcada, una sonrisa, y el otro parecía entender. Y sin embargo, Brett no monopolizaba su atención; era la preferida del baile, y él parecía conformarse con verla girar por el patio entre los brazos de sus distintos compañeros; su mirada nunca se apartaba de ella mientras se encontraba de pie cerca de una de las columnas de las arcadas. En cuanto la música cesaba, aparecía al Iado de ella, dejando muy en claro que si bien estaba dispuesto a compartirla para los bailes, su tolerancia no iba más allá de eso. Alejandro observaba las actividades con una sonrisa indulgente, y acariciaba con suavidad el brazalete que Elena le había regalado hacía tanto tiempo. "¡Estará segura, mi amor... segura y amada!", susurró con suavidad para sí.

Carlos y Francisca no se mostraban tan complacidos, pero siquiera sus malévolos comentarios podían pinchar la brillante burbuja de felicidad de Sabrina. Ni siquiera cuando Carlos la hizo girar por el patio y siseó, furioso:

-iTe ha hechizado! Escúchame. ¡Sigue por este camino, y te oonducirá al desastre! - Sabrina le dedicó una sonrisa vaga, pues la verdad no le importaba si el desastre se erguía en su horizonte.

IEsa noche le pertenecería!

Pero Carlos no era persona que cediese con facilidad, y al ver que sus palabras no producían efecto alguno, dijo, astuto:

-Veo que la señora Morales no está aquí esta noche. ¿Lo lograste tú... o él?

Durante un momento, un cierzo helado pareció atravesar la cálida capa de dicha de ella, y el suave resplandor que había brillado en sus ojos se desvaneció un tanto.

-Yo la invité -admitió Sabrina a desgana-, pero envió una nota declinando la invitación. Dijo que en los últimos tiempos no se había sentido muy bien.

-¿ y tú le creíste? -se burló Carlos-. ¿No te preguntaste porqué habría de faltar a uno de los principales festejos del año?

-iNo, no lo hice! -replicó Sabrina con rigidez-. Y no tiene importancia. ¡Dejemos eso, Carlos!

Sin saber lo que había ocurrido después que huyó de la pista de baile, Sabrina se refugió a corta distancia de la hacienda. La música de las guitarras flotaba con suavidad hasta ella, y las luces de los faroles creaban un leve resplandor dorado en la oscuridad plateada de la noche iluminada por la luna. Con el vestido de color azul de espliego susurrando apenas en derredor de los tobillos, se apoyó contra la corteza rugosa de un enorme sicomoro y dejó que la tranquilidad de la noche impregnara sus pensamientos. y eran pensamientos tan enmarañados los que le cruzaban por la cabeza... La actitud de Brett le resultaba totalmente incomprensible, y sin embargo no podía dejar de reaccionar hacia él. Quería creer que se había producido algún milagro, que todos los malos entendidos del pasado quedaban borrados de alguna manera, que las acciones de la noche eran un verdadero indicio de los sentimientos de él. No quería pensar en Constanza... se había sentido casi complacida cuando ésta escribió declinando la invitación para concurrir a la fiesta, pero ahora Carlos había destruido una parte de su alegría. En ese momento, rechazaba con amargura !a constante intomisión de Carlos, pero también sentía furiosa consigo misma por permitir que sus palabras ofensivas volvieran a despertar sus dudas.-

Un leve sonido le hizo volver la cabeza de golpe, y suspiró brieron dulcemente mezcla de alivio y vacilación cuando reconoció en a Brett apartó alta silueta de Brett. Fumaba un aromático charuto, el agradable aroma del tabaco flotó por el aire cuando él se acercó a ella con pasos lentos.-

Con una sonrisa burlona, se detuvo a unos centímetros de ella y preguntó con ligereza:

¿ La más hermosa del baile oculta ? ¿ O he interrumpido una cita.....una vez más?

A ella no le agradó la expresión de los ojos de color verde cuando pronuncio la última frase y la recorrió un estremecimiento de cólera.- Replicó con sequedad

No hay nadie aquí... puedes recorrer el lugar, si quieres. No vine aquí a encontrarme con nadie, y aunque así fuera -le dirigió una mirada desafiante-. no es cosa tuya, ¿verdad? preguntó:

Hubo silencio durante un momento, mientras él contemplaba pensativo, la punta de su charuto, antes de arrojarlo.- Luego apoyó la mano en el tronco, cerca de la cabeza deella, y dijo con suavidad:

--Tal vez quiero que sea cosa mía.- ¿ Que dirías acerca de eso?

La otra mano de él se levantó con suavidad por la columna de la garganta de ella, y los largos dedos acariciaron la suave piel. Sabrina sintió que se sofocaba....él estaba tan cerca, y ella se encontraba atrapada por el árbol, y el poderoso cuerp de él bloqueaba toda posibilidad de huída. Pero la idea de huir no existía en su mente. Impotente, cerró los ojos.- Impotente cerró los ojos, incapaz de soportar la intensa mirada escudriñdora de él, temerosa de que el leyera en su corazón.-

--¿Sabrina?- mumuró él con voz ronca, tocándole apenas la oreja con los labios - ¿ No contestas? ¿O debeo tomar tu silencio como un estímulo a mis requerimientos?

Con dificultad, ella consiguió decir:

--¿ Y si lo fuera ?

Un gran suspiro pareció escapar de él, y ella sintió que un beso leve como una pluma le rozaba los ojos cerrados

--Si lo fuera haría esto.- Y su boca se cerró, hambrienta, sobre la de ella, y sus brazos la atrajeron hacia sí.-

La besó durante un largo rato, en un beso ávido que dejó a Sabrina aturdida.- No intentó resistirse; no habría podido hacerlo aunque su vida dependiera de ello... ése era Brett y ella lo amaba.

Se entregó a él, apasionada; no sólo se apretó con ardor contra él, sino que lo alentó y permitió que ahondara el beso; sus labios se abrieron dulcemente, su lengua buscó la de él.

Brett apartó los labios, gimiendo con suavidad, y le murmuró al oído:

-Esto es una locura, pequeña... ¡pero parece que no puedo escapar de ella! -Aplastó el esbelto cuerpo de ella contra su elevada estatura, y con voz extrañamente espesa confesó:- No quería que sucediera esto. Luché contra ello desde que te tuve entre mis brazos el primer día, en el prado. Parece que es una batalla desesperada, que no puedo ganar... ¡por más que haga!

Gozosa con el abrazo, emocionada por las palabras, ella preguntó con voz suave:

-¿Pero es algo tan terrible? ¿Existe algún motivo para que debas luchar tanto contra eso?

El rió sin alegría. Con un tono de voz desagradable, preguntó:

-¿ Tú me lo preguntas a mí? ¿A mí, que no he conocido otra cosa que traiciones de mujeres?

-iNo seas tonto! -dijo Sabrina con ansiedad-. Es posible que en tu pasado hayan ocurrido cosas dolorosas, pero nada tienen que ver con nosotros. ¡Nada!

El levantó la cabeza y le miró el rostro vuelto hacia arriba. Casi reverente, su dedo le recorrió las facciones, deteniéndose en su boca.

-Quiero creerlo así -dijo por último. Con voz más profunda, murmuró-: Tengo que creerlo, porque estoy hechizado por ti, Sabrina. -Esbozó una sonrisa torva, como si le hubiera hecho una broma macabra.- Sueño contigo... me acosas, y aunque cuando amanece puedo decirme que es una locura, cuando cae la noche...

-Compulsiva, su boca buscó la de ella, y todo su tormento y su furia resultaron evidentes por la forma casi brutal en que la besó.-

Cuando cae la noche, te ansío. Eres como una fiebre que ha entrado en mi cerebro, y aunque trato de escapar de ti, aunque me digo que estoy loco, que nada bueno puede salir de esto, que eres como todas las otras, que me traicionarás y sólo me traerás dolor, a la larga sólo me queda un deseo corrosivo de tenerte entre mis brazos, de besarte... de hacerte el amor.

Las últimas palabras fueron pronunciadas con voz tan queda, que Sabrina apenas las oyó, pero llegó a oírlas, y le acarició con suavidad la cabeza morena, sus dedos se movieron, cariñosos, por entre el denso cabello negro. Tocando apenas la boca de ti con la propia, musitó:

-¿ Y eso es tan malo? ¿Tan tremendo?

-iOh cielos! -estalló Brett, explosivo-. Ya no lo sé. Sólo sé que cuando te encontré con Carlos, habría podido matarla allí mismo... y estrangularte por lo que me hacías. Mujer alguna ha despertado tantos celos en mí.

Sabrina comenzó a protestar, a explicar, pero Brett la hizo callar. Le puso un dedo sobre la boca y ordenó:

-¡No! No quiero saber nada acerca de lo que pasó allí... todo eso terminó y quedó atrás. Dijiste que el pasado nada tiene que ver con nosotros, ¡y por lo tanto tu pasado tampoco tendrá nada que ver con nosotros! -Con un brillo feroz en los ojos de color ver. de oscuro, dijo, con salvajismo apenas contenido:- Te quiero. Todos los instintos que poseo me empujan a montar mi caballo y salir de aquí como si me persiguieran todos los demonios de! infierno,

pero no puedo. Me encuentro entrando deliberadamente en la tela que tejes. -Los dedos le apretaron los hombros, provocándole dolor, y lanzó otra carcajada sin alegría.- Por Dios, pe.

queña, ¡estoy loco! Me engaño, creyendo que hago eso para salvarte de Carlos, pero ambos sabemos que es mentira, ¿no es así?

Cuando guardó silencio, él la sacudió, ansioso. Entrecerrados los ojos de color verde jade, preguntó con rudeza:

-¿No hay contestación? ¿No hay una respuesta voluble? ¿Ni una sonrisa satisfecha, ahora que me tienes tendido a tus pies?

El estado de ánimo de ella se elevó en forma inexplicable, y se sintió henchida de una repentina confianza, de una creciente certidumbre de que todo saldría bien. Una minúscula sonrisa le curvó la boca.

-¿ Tendido? -repitió con tono burlón-. iNo me parece, querido! ¡Más bien diría exigiendo!

El se aflojó un tanto ante la respuesta, y respondió, con una luz burlona que le bailoteó de pronto en los ojos:

-¡Siempre he entendido que los amantes mansos son tontos o vanidosos... y yo no soy ninguna de las dos cosas, como lo descubrirás muy pronto!

Con un brillo osado en los ojos dorados ambarinos, ella dijo, descarada:

-¿De veras?

La boca de él adoptó una curva francamente sensual; se inclinó, se acercó aún más y prometió con voz ronca:

-Oh, sí, pequeña. ¡Oh, sí! -y una vez más la envolvió en un abrazo que la aturdió, y la dura boca buscó y exigió cuando se cerró sobre la de ella.

Hubo un leve temblor de risas cerca de allí, el sonido intruso de voces acalladas con rapidez, y con evidente renuencia

Brett separó poco a poco los labios de los de ella. Lanzó una mirada enfurecida por sobre el hombro y masculló, con violencia cóntenida:

-Parece que he elegido el momento y el lugar equivocados para lo que quiero decir. -Con un fuego adormecido parpadeándole en la mirada, agregó:- Y hacer.

-Pero habrá otra ocasión... ¿verdad?

El no hizo ademán alguno para detenerla, y había una sonrisa casi tierna en la boca cincelada cuando dijo en voz baja, estirando las palabras:

-iDe eso puedes estar segura!

El resto de la noche pasó para Sabrina en un borrón de felicidad. Bailó, comió y rió con alegre abandono; el sonido de las palabras de Brett era un jubiloso estribillo en su cerebro.

No ocurría lo mismo con Carlos. Al salir, furioso, del patio, después que Sabrina lo dejó tan de golpe, partió enseguida de la hacienda y cabalgó hacia la casa de Constanza. Dejó el caballo atrás de la vivienda, cruzó el patio a grandes trancos y se detuvo de golpe cuando vio a Constanza allí sentada, sola.

-¿Por qué no fuiste hoy a la fiesta?

Constanza sonrió apenas.

-Porque -dijo con sequedad- no quería estar como tú estás ahora: furiosa y henchida de frustración. lDebo entender que las cosas no salieron como deseabas?

-iDios! iNunca he estado tan encolerizado en mi vida! -estalló Carlos, explosivo, con los negros ojos brillantes de ira-. iTuve que ver cómo se apoderaba el gringo de Sabrina, y he sido insultado por ella! iPodría matarlos a los dos!

Con expresión cuidadamente tranquila, Constanza preguntó:

-¿Qué ocurrió? Nada que no puedas corregir, espero.

Carlos le hizo, en pocas palabras, un resumen de los sucesos del día. Cuando habló del toreo, del beso de Brett a Sabrina,

la compostura de Constanza se desarticuló y su rostro palideció.

Constanza preguntó, con dificultad:

-¿Entonces has cedido? ¿Ya no abrigas la esperanza de casarte con Sabrina?

Carlos rió, con un sonido horrible que hizo trizas el sereno aire de la noche.

-¿Ceder? ¡Nunca! ¡No puedo... sin la fortuna de ella, estoy arruinado! ¡Necesito tenerla o verme reducido a robar para mantenerme!

Constanza se aflojó.

-¿Qué piensas hacer? ¿Cómo puedes impedir lo que sucediendo? Si Alejandro aprueba y Sabrina acepta el cortejo de él, ¿qué se puede hacer?

-Puedo matarlo -repuso Carlos con llaneza.

Los ojos oscuros de Constanza se dilataron; se inclinó hacia adelante y dijo con apasionamiento:

-¡No! ¡Hazle algún daño, Carlos, y te prometo que vivirá para lamentarlo!

Con el rostro tenso, preguntó, en tono peligroso:

-¿Me estás amenazando, querida? lDejarás que ese gringo introduzca una cuña entre nosotros? ¿Cuando hemos compartido tantas cosas?

Constanza dijo con lentitud, obligándose a sonreír:

- Y o nunca te amenazaría, Carlos... pero dime... si yo hubiese planeado despojarte de Sabrina, ¿no habrías tratado de impedírmelo?

Carlos asintió a desgana, y un brillo de respeto le pasó por los ojos negros.

-Así es, querida. Así es. -Parte de su furia se redujo, y dijo admirado:- Nos parecemos tanto... Somos tan semejantes, que nada podrá impedir que alcancemos nuestras metas: iSabrina y su fortuna para mí, y el gringo y su fortuna para ti!

Con voz curiosamente tensa, Constanza dijo:

-Es posible que ganemos a Sabrina para ti... es una mujer puede ser dominada por su padre... o por su tutor. Pero en cuanto a que yo llegue a ser la señora Dangermond, lo dudo. A un hombre no se lo puede obligar a casarse aunque es posible hacerlo con una mujer. -Levantó la vista, y Carlos se sobresaltó ante la profundidad del dolor que vio en sus ojos.

Conmovido, le tomó las manos a través de la mesa.

-¿El significa tanto para ti?

Ella sonrió con ironía.

-Oh, sí. Tanto,que si bien sé que no puedo tenerlo yo, no soporto verlo casado con otra. -Con la voz endurecida, rígida la delicada mandíbula, agregó:- ¡Haré cualquier cosa por impedir que se case con Sabrina! Ella lo tiene todo: dinero, juventud y posición, ¡en tanto que yo nada tengo! ¡No dejaré que también lo ten-

ga a él!

-¿ Y tienes alguna manera de quitárselo? ¿De impedir el anuncio de los esponsales, que sin duda se hará pronto?

-Tal vez no impedirlo, pero sí destruirlo y hacer que ella lo vea con aborrecimiento, si es la mujer que creo que es...

Carlos la miró, pensativo, y advirtió la delgada línea de su boca, la dureza poco habitual de sus ojos.

-¿Cómo?

Constanza sonrió.

-No te lo diré ahora. Primero debes proporcionarme oro... una gran cantidad de oro, Carlos, porque cuando termine con tu Sabrina no podré quedarme aquí, en Nacogdoches. Tendré que irme para siempre, porque de lo contrario ella se enterará de la verdad y sabrá que le hemos mentido. Y entonces, cuando me hayas dado suficiente dinero para pagar mi pasaje a España, para hacer una vida lujosa por lo que me queda de existencia, entonces te hablaré de mi plan.

-No tenemos mucho tiempo -insistió Carlos-. Debe hacerse algo enseguida.

Con una sonrisa acerada, Constanza respondió:

-Se puede hacer en cuanto hayas cumplido con tu parte del trato: una fortuna en oro. Cuando tenga eso, pondré a Sabrina en tus brazos.

Habían pasado ya varias horas de la medianoche, antes de que el último invitado partiera de la hacienda, y Sabrina les dio las buenas noches a su padre y a Brett. Había dejado su encantador vestido en una silla, cerca de la cama, y con un suspiro de satisfacción se deslizó en ésta, desnuda, segura de que se dormiría en

cuanto apoyara la cabeza en la almohada. No fue así. Habían sucedido demasiadas cosas, el futuro le resultaba demasiado atrayente y existían demasiados momentos atormentadores por recordar, como para que el sueño la invadiera. Se agitó y revolcó, ansiando dormir, despertar y descubrir que ya era de mañana; ardía de avidez por ver qué le reservaba el día. A la larga dejó de tratar de dormir, y después de vagar, inquieta, por su habitación, durante varios momentos, salió al balcón y miró la noche. El resplandor de la luna en el agua le

llamó la atención, y de pronto supo qué deseaba hacer. Encontró un vestido viejo, y se lo puso sin preocuparse por la ropa interior. Abrió su puerta, y con pasos ligeros corrió por el pasillo silencioso, oscuro, hacia las escaleras. Segundos más tarde se encontraba ya afuera, corriendo con los pies descalzos, hacia el lago. Este estaba veteado de plata por la luna, y Sabrina lo observó maravillada, mientras caminaba sin rumbo por la ondulada línea de la costa, con el agua todavía tibia por el calor del día. El aire de la noche estaba sereno, y ni siquiera el grito de un mochuelo quebraba el pacífico silencio. A Sabrina le pareció que era la

única persona del mundo que se hallaba despierta, y descubrió que la noche se adaptaba a su estado de ánimo, que calmaba su turbulenta expectativa respecto del día siguiente. Pero no estaba sola, y no era la única persona despierta. También a Brett le había resultado imposible dormir, y aunque Sabrina había pasado junto a su habitación con pasos de felino, no dejó de percibir el leve sonido. Se había desnudado en parte y sólo tenía puestas sus calzoneras y se encontraba recorriendo su habitación, impaciente, cuando la oyó pasar. En esos momentos sus pensamientos eran amargos; no podía creer que él, Brett Danger-

mond, se hubiese enamorado. No quería admitirlo, y desde hacía semanas evitaba en forma deliberada examinar su propio corazón. Amar era una debili-dad, una infamia, y como un animal atrapado dentro de un cerco luchaba con desesperación por huir. Esa noche había estado peligrosamente cerca de comprometerse, y tenía conciencia, furioso, de que sólo era cuestión de tiempo antes de que eso ocurriera. El incidente Con Diana Pardee en Londres, tantos años antes, lo había dejado singularmente sensible en cuanto a su propio atractivo para las mujeres. Sin engreimiento, sabía que era un hombre hermoso, un amante cabal, ¿pero esos eran sus verdaderos atractivos, sus deseos, o se trataba de su buena suerte? Y ni siquiera podía absolver a Sabrina de la desagradable sospecha de que la reacción de ella a sus requerimientos se debía aque le atraía más su fortuna que él mismo. Se dijo en repetidas ocasiones que

era una idea ridícula -la fortuna de del Torres era tal vez más grande que la suya propia-, pero sus heridas eran profundas, y existía el conocimiento de que Carlos ya no era adinerado. Si él conocía las circunstancias difíciles de de la Vega, era lógico que Sabrina tambien las supiera. jHabía decidido que Brett Dangermond era mejor negocio para ella! Era un pensamiento persistente, y tal vez más que ninguna otra cosa, lo que le había impedido declararse. Si iba a casarse, aun amargamente consciente de que su novia llegaba a él desde la cama de otro hombre, debía tener la certeza de que no era el dinero lo que la llevaba a sus brazos.

Con movimientos espasmódicos, encendió un charuto, con la intención de bajar y respirar un poco de aire nocturno antes de tratar de encontrar alivio en el sueño, y fue entonces cuando oyó que Sabrina pasaba junto a su habitación. Curioso en cuanto a quién podía ser el que merodeaba por la casa en la noche, abrió a tiempo la puerta para ver que una figura fugaz desaparecía por la puerta escaleras abajo. Como no estaba seguro de que hubiese visto a Sabrina, pero adivinando instintivamente que era ella, Bret se puso con rapidez una camisa de algodón blanco y la siguió. Llegó al patio en el momento en que ella pasaba por la arcada del enrejado, en el extremo más alejado, y a la luz de la luna la reconoció. La reconoció y se preguntó, dolorido, si iba a ver a Carlos. Disgustado, tanto como herido, por el

Librodot

deseo en apariencia insaciable de ella respecto de Carlos, estuvo a punto de volverse, de regresar a su habitación, con todas las intenciones de preparar sus maletas. Esa misma noche. No podía quedarse más allí, y no se

quedaría para dejar que ella hiciese jirones de sus emociones. ¡Ya pensaría alguna excusa para darle a Alejandro al día siguiente, por su repentino deseo de irse de ese lugar, pero por cierto que no se quedaría otra noche para dejar que esa pequeña ramera lo hiciese objeto de sus tretas! Pero no volvió a su habitación.

La siguió, diciéndose que era un tonto de remate. Era posible, razonó, torvo, que hubiese entendido malla situación. Y antes de condenarla para siempre, ¿no correspondía que viese la prueba con sus propios ojos? Y así fue como Brett se detuvo en las sombras, cerca de la glorieta, y vio a Sabrina, quien se paseaba co-

mo una soñadora, cerca de los bordes del lago. Sin tener conciencia de la mirada atenta de Brett, con movimientos juguetones, felices, Sabrina entró chapoteando en el agua, sonriendo con suavidad, mientras le cubría los tobillos. Se levantó el vestido por encima de las rodillas, y con un estallido de alboroto infantil corrió, graciosa, por la línea de la costa, y la espuma del agua que levantaban sus pies brillaba como diamantes en la noche. Se detuvo en el momento de llegar ante la glorieta, y miró con ansia la plácida suavidad del lago. Sonrió para sí, se apartó del agua, y cediendo al impulso, se pasó, irreflexiva, el vestido por sobre la cabeza, y lo dejó caer al descuido en el suelo, cerca de ella. Durante un segundo permaneció allí detenida, con el cuerpo desnudo bañado por la luz de la luna.

Con el aliento contenido en algún punto de la región de su estómago, Brett contempló la belleza que en forma tan inesperada se le presentaba. Era magnífica, allí, inmóvil al borde del agua, con la luna convirtiéndola en una figura de ébano, plata y marfil,en una diosa pagana que se ofrecía a un enamorado de la luna. Y en el momento mismo que pensaba esa comparación, Sabrina levantó los brazos como si rindiese homenaje a la luna. El cabello le colgaba por la esbelta espalda en alocado desorden, y parecía negro a la luz de la luna; la graciosa curva de sus nalgas era un arco de plata, y las largas piernas ágiles brillaban como el marfil. Tenía vuelto el perfil hacia Brelt, y éste miró, hambriento, hechizado por la forma en que la luz plateada jugueteaba con su cuerpo, creando torturantes sombras y misteriosos planos.

Una y otra vez sus ojos volvieron al pleno y tentador avance de sus pechos, antes de que su mirada se deslizara, apreciativa, por el vientre casi cóncavo y los muslos marfileños. El deseo lo ahogó, y todas las hambrientas ansias de sus sueños subieron con mayor fuerza para dominar su razón misma. Como un hombre aturdido, arrojó el charuto, lanzó su camisa, sin mirarla, en dirección de la glorieta, y se desprendió, ciego, de sus calzoneras.

Creyendo que estaba sola, con una carcajada de alegría, Sabrina se deslizó dentro del lago, con brazadas fuertes y seguras, cuando el agua se fue haciendo más profunda. El agua era como una seda que se precipitaba sobre su cuerpo tibio, refrescándola, acariciándola, haciendo que tuviera conciencia de sí misma, más que ninguna otra vez. Juguetona nadó de espaldas, pataleando, creando una gran espuma de agua, y entonces vio que la alta silueta de Brett salía de entre las sombras de la glorieta.

Si la luz de la luna había revelado con claridad su desnudez, hizo lo propio con Brett, cuando lenta, dcsvergonzadamente, caminó hacia ella. Hipnotizada, Sabrina no pudo desviar su mirada de la pura belleza masculina del cuerpo de él. Se movía con toda la gracia esbelta, sinuosa, de un animal del bosque, un señor de la selva, pensó ella, aturdida, cuando él se acercó al borde del agua. El cabello negro azulado brillaba con luces plateadas, el ancho pecho, con su pelambre de finos rizos oscuros, se acentuaba a la luz de la luna, e indefensa, Sabrina bajó los ojos aún más, siguiendo la angosta senda de vello oscuro que crecía en el chato vientre de él hasta... Sacudida por una repentina timidez, desvió su mirada hacia las piernas de poderosos músculos, y se preguntó, casi sin aliento, si todos los hombres estaban modelados con la misma soberbia. El parecía invencible y formidable, allí de pie, y ella tuvo conciencia de una apretada sensación de miedo y ansia en la boca del estómago.

Si él entraba en el agua, si iba hacia ella, ambos sabían lo que ocurriría, y durante un momento intemporal se miraron a través de la breve distancia que los separaba. Casi como si le diera a elegir, Brett preguntó con voz gruesa:

-¿Voy hacia ti o me dices que me vaya?

Pero no había elección posible, y ambos lo sabían. En silencio, con el corazón palpitante, Sabrina miró cuando él se zambullía en el lago con el gran cuerpo que cortaba las aguas con limpieza. Unas cuantas brazadas, y quedó delante de ella.

Se miraron sin hablar. El agua apenas cubría los hombros de Sabrina, y su piel mojada brillaba como la plata a la luz de la luna.- Su rostro se veía con claridad, y la luna acariciaba las encantadoras facciones -la nariz respingada, la ancha boca sensual-, y para Brett fue como si hubiese en derredor de ella una belleza etérea. Los ojos de color dorado ambarino estaban sombreados, la gloria de ese cabello rojo dorado era apagada, y con tono casi reverente él preguntó:

-¿Eres verdadera? ¿o sólo la imagen de mis sueños?

El rostro de Brett estaba en sombras, su espalda vuelta hacia la luna, y ella atenuó apenas la expresión de asombro de sus facciones. La emocionó y al mismo tiempo la conmovió, y tendió la mano y le acarició los labios con un dedo.

-Real -respondió con voz ronca, con una sonrisa agazapada en las comisuras de la boca-. ¿ Y tú?

Las manos de él se cerraron poco a poco sobre los hombros de ella, atrayéndola hacia sí, y el agua hacía que los movimientos fuesen ligeros como los de un sueño. El esbelto cuerpo de Sabrina flotó hacia él, meciéndose con suavidad cuando sus miembros se encontraron, mientras el agua ondulaba en torno de los dos cuerpos. Los labios de él rozaron los de ella, bajó un brazo para acariciarle las nalgas desnudas, la atrajo aún más hacia sí, e hizo que tuviese intensa conciencia del calor y del pleno enardecimiento de su delgado cuerpo. Con una sonrisa torcida, los dientes como un breve relámpago en la oscuridad, él murmuró:

-iOh, sí, soy muy real! -La sonrisa se desvaneció, y examinó con intensidad las facciones de ella.- Real y tan hambriento de ti, bruja de la luna -canturreó un momento antes que la boca clausurase la de ella en un largo beso lánguido.

Soñadora, Sabrina se entregó a la feroz dulzura de su beso, sus labios se abrieron, ardientes, bajo los de él, y todo su cuerpo hormigueó cuando un millar de sensaciones nuevas e incitantes la inundaron. Estrujada contra la mojada esbeltez del cuerpo de él, sus pechos de pronto parecieron henchidos y pesados, sus pezones se endurecieron con un dolor placentero, y entre los cuerpos de ambos pudo sentir la presión provocativa, insistente, de su virilidad. Tenía la boca llena de él, su lengua buscaba y exigía mientras exploraba, sus manos se movían con sensual fascinación mientras descendían por la espalda de ella, hasta sus caderas y muslos. Era una tortura exquisita, y el agua intensificaba la sensación de abanodono pagano, acolchaba los cuerpos entrelazados, acentuaba la sensación de que se hallaban perdidos en un sueño sedoso, sensual.

Brett afirmó los pies en el fondo del lago, abrió las piernas, y con manos exigentes en las caderas de Sabrina, introdujo los muslos de ésta entre los propios. Cuando sus cuerpos se tocaron, cuando la ingle de ella rozó delicadamente su órgano henchido, dolorido, Brett lanzó un gemido de excitación, sus labios se movieron con ansia creciente sobre los de ella, su respiración se tornó dura y laboriosa.

Sensual, Brett hizo ondular las caderas de ella entre sus piernas, y cada vez que sus cuerpos se encontraban, cada uno de los dos experimentaba un golpe de deseo puro. Sabrina sintió que la longitud de su virilidad se deslizaba, caliente, contra sus muslos, y ahogó una exclamación, con una mezcla de excitación y aprensión. Era tan fuerte, tan poderoso, y el pensamiento de lo que le haría con su cuerpo delgado y duro era embriagador y al mismo tiempo un tanto alarmante. Cada centímetro de su piel hormigueaba en una enardecedora conciencia del cuerpo de él, su carne era intensamente sensible, el menor contacto, el movimiento más ligero, hacía que un estremecimiento de casi éxtasis ondulase

en lo más hondo de su ser.

Implacablemente presa del deseo más poderoso y profundo que hubiese imaginado en su vida, Brett la levantó en parte en el agua, sus labios se deslizaron, cálidos, por el busto mojado de ella, ansiosos del sabor de los dulces pechos que ahora quedaban expuestos a su boca suavemente voraz.

Brett gimió con suavidad cuando los movimientos de ella se aceleraron, la sangre le golpeó con fuerza en la cabeza, y su apretón de las caderas de Sabrina se hizo más intenso, sus dedos la aferraron casi con brutalidad. Los muslos de ella habían encontrado con instinto la manera de rodearle el cuerpo, y el contacto de ella, cuando se apretó contra él, con lasciva inocencia, fue indestructible. La vara dolorida, palpitante, de su virilidad subió entre las nalgas de ella, y Brett tembló ante la idea de poseerla.

Avido, introdujo una mano entre los cuerpos de ambos, sus dedos se deslizaron por sobre el vientre de ella para excitar y explorar el centro mismo de su ser. Sin aliento, Sabrina se precipitó contra él cuando los dedos del varón la acariciaron con suavidad palpitó contra él cuando los dedos del varón la acariciaron con suavidad, sus brazos se cerraron en torno de su cuerpo, sus labios se movieron, más afiebrados, por su cabello negro. Insistente, él hurgó entre sus piernas, despertando una furiosa tormenta de emoción carnal en ella, y una y otra vez Sabrina se arqueó contra su mano, estremecida y temblorosa por la fuerza del torbellino que habían despertado sus caricias cálidas, sus búsquedas. Incapaz de soportar el éxtasis que le inundaba el cuerpo,gimió en voz alta, y ante el sonido, Brett ya no pudo contenerse. Como si adivinase lo que iba a suceder, ella volvió con sus labios a los de él- Las manos de él se dirigieron a sus caderas, y la guió, impaciente. Durante un momento, ella quedó encima, y entonces con un movimiento feroz, fluido, él se introdujo en ella haciendola descender sobre sí, y el agua se hinchó en derredor.

El grito de dolor de ella quedó apagado bajo los labios de él, pero Brett lo sintió, así como la leve obstrucción de su virginidad, y sintió cómo su cuerpo se ponía tenso de dolor, abrió los ojos de golpe, y miró, con una sacudida, su cara encantadora.

-Cielos, Sabrina -dijo con un suspiro entrecortado-. No quería... no habría querido lastimarte... -Dejó de hablar, porque el deseo hacía que el habla o el pensamiento resultaran imposibles. Era tan increíblemente cálida, estaba tan ceñida en torno de él, que cerró los ojos con atormentado placer. Sus manos le acariciaron las caderas y con voz gruesa masculló:

-¡Ahora no puedo detenerme! ¡Me devora el deseo de ti, y esta vez no me lo negaré! - Con tierno salvajismo, su boca capturó la de ella, sus manos la guiaron hacia arriba y hacia abajo, y su cuerpo se hundió profundamente en el de ella.

Durante un momento permaneció clavado dentro de ella, dejando que su cuerpo se adaptara a esa repentina invasión, y Sabrina se aferró, débil, en aturdida entrega. Las dimensiones de él le hacían sentir dolor, la desconcertaban las punzantes emociones que la recorrían a toda velocidad. Ya no era virgen. La pérdida le dolía físicamente y sin embargo había una sensación de embeleso, tal goce por haberse convertido en su mujer, que muy pronto desapareció el dolor, y sólo tuvo conciencia del placer, de un placer que no había imaginado.

Apretó más los muslos en torno de la cintura de él, y se arqueó casi con lascivia, deseando sentirlo moverse dentro de ella. Brett suspiró con suavidad ante sus movimientos, y con una extraña ternura hundió poco a poco, sin prisa, su cuerpo en el de ella, dándoles éxtasis a ambos, llevándolos, con sus movimientos cada vez más frenéticos, al mundo ilimitado, intensamente sexual, que sólo comparten los amantes. Y cuando todo terminó, cuando llegaron al éxtasis, siguieron aferrados el uno al otro, como incapaces de permitir que ese movimiento mágico concluyese.

Sabrina se sintió tan destrozada por el estallido palpitante de su propio cuerpo, por las olas que se estremecieron a todo lo largo de su persona, cuando por fin llegó a su culminación, que sólo cuando él la depositó con suavidad en uno de los cojines de la glorieta, tuvo conciencia de que Brett la había llevado, todavía enlazada en derredor de él, desde el

agua hasta allí. Durante un breve momento, su pensamiento se rebeló ante la idea de que la llevase allí, todavía vívido el ataque de Carlos, pero luego el cuerpo caliente, duro, de Brett, se tendió a su lado, las manos le tocaron el pecho, la boca le mordisqueó el lugar sensible en donde su cuello se unía con sus hombros, y en el acto lo olvidó, todo, salvo las caricias adormecedoras del hombre tendido junto a ella.

Apoyado en un codo, Brett buscó la camisa desechada, que yacía cerca, y poco a poco le secó el cuerpo mojado, y la calidez de sus manos ardió a través de la tela de algodón. Con movimientos lentos, demorados, le frotó la piel, la enardeció otra vez, sin darse cuenta, pues la abrasión de la tela y sus manos acariciantes resul-

taron igualmente evocadoras. Cuando introdujo la mano entre sus muslos, ella se arqueó contra la camisa de algodón, excitada por la forma en que la usaba en su cuerpo. Le pareció que él sonreía ante sus sacudidas inquietas, pero no pudo tener la certeza de ello, y un segundo más tarde arrojó la camisa a un lado y se acostó junto a ella.

El sonido excitó a Sabrina, y con más confianza, Brett dejó que sus dedos continuaran sus exploraciones, hechizados por la textura y la calidez de la piel de él, deleitada ante la forma en que los pezones de Brett formaban diminutos capullos duros cuando sus dedos los rozaban. Con caricias leves como una pluma, sus manos se movieron por el cuerpo de él: los brazos, los hombros, las

montañas e hinchazones de su espalda musculosa, la sorprendente firmeza de sus nalgas y la longitud de sus poderosas piernas. Tocarlo le provocaba placer, y suspiró en forma inconsciente, mientras sus manos se deslizaban por el vientre chato de él y encontraban su virilidad casi a punto de estallar. Durante un segundo vaciló, y luego, impulsada por sus propias necesidades, cerró la mano en derredor de él, y se sintió alborozada y sacudida por el estremecimiento que lo recorrió. Se asombró de sus dimensiones, recordando cómo lo había sentido dentro de ella, y su mano comenzó a deslizarse en forma instintiva, hacia arriba y hacia abajo de la cálida vara abultada.

Incapaz de soportar un segundo más la dulce exploración, Brett se apartó de golpe, jadeante:

-Todavía no -murmuró, ronco-. Quiero hacerte el amor toda la noche, quiero saborearte, tocarte, Ilenarte otra vez de mí. iPero si no terminas con lo que estás haciendo, es posible que los dos nos veamos condenados a la desilusión!

El pulso de Sabrina se apresuró ante el desnudo deseo que había en lo más hondo de los ojos de él. Sin quererlo, sus brazos se cerraron en derredor del cuello de él, queriendo que la besara, queriendo continuar esa enloquecida magia. En el acto, el dejó caer la cabeza, el calor le quemó la cara hasta llegar a sus labios,pero no la besó, por el contrario, en cambio, con los brazos y con los labios incitantes a un par de centímetros de ella, murmuró:

-iQuiero mirarte!

Invadida por una timidez repentina, Sabrina se llevó modestamente las manos a los pechos, y una rodilla protegió su desnudez de abajo. Una expresión increíblemente tierna cruzó por el áspero rostro de él.

-No te ocultes de mí, Sabrina -musitó con suavidad reverente-. Eres encantadora y tu desnudez no es nada de lo que debas avergonzarte. -Retiró poco a poco las manos de ella de sus pechos, y luego le apartó la rodilla. En forma inesperada, bajó la cabeza y depositó un beso caliente donde los vellos ígneos le crecían entre los muslos. El cuerpo de Sabrina saltó con un espasmo, y un dolor feroz y ávido estalló de pronto en todo su cuerpo. Con atormentadora lentitud los labios de él le recorrieron el vientre, su lengua dejó una huella de fuego dondequiera que la tocaba.

Su boca encontró por fin la de ella, la besó como un hombre con larga hambre que saciar: su mano volvió al pecho, su pulgar se deslizó con suavidad sobre los pezones sensibles.- Afiebrada, Sabrina se apretó contra él, y el dolor de sus ija-res expulsó de su mente todos los pensamientos, salvo uno. Loquería. La consumía una insaciable necesidad de que él la tomara de nuevo, de conocer una vez más el embeleso que sólo él podía dar le. Eso, pensó,

soñadora, era lo que significaba ser una mujer, lo que significaba hacer el amor. El recuerdo de lo que él le había hecho en el lago, el recuerdo de la creciente presión, de la magnífica dimensión de él, creó un calor palpitante en sus ijares, y le devolvió el beso con un apetito imperioso. Después, agotada la pasión, en el lago de nuevo, esta vez

nadaron uno al lado del otro, satisfechos, con un dulce silencio amistoso entre ambos. Y más tarde, cuando se vistieron, caminaron con pasos lentos, a desgana, de regreso a la hacienda, con el brazo de Brett, posesivo, sobre los hombros de ella, y sus cuerpos rozándose el uno contra el otro con cada paso que daban.

En silencio, como dos conspiradores, entraron en la hacienda, subieron a hurtadillas, y una alegre risita entrecortada escapó de labios de Sabrina. Brett la acalló con un beso fervoroso y luego, con evidente renuencia, la soltó. Se miraron el uno al otro, sombríos, durante un momento, y luego Brett dijo con aspereza:

-Hablaremos más tarde, después que haya conversado con tu padre.

Brett permaneció allí varios minutos después de que ella se hubo ido, con una sonrisa aturdida en el áspero rostro y una luz extrañamente tierna ardiendo en los ojos verde oscuros. Luego, con paso ligero, se apartó y entró con rapidez en su alcoba. Después de encender una vela, se sirvió media copa de coñac, la sostuvo, floja, entre las manos, y la sorbió con agrado. Sentía un cansancio agradable, la mente y el cuerpo en paz, y sin embargo la idea de la cama y el sueño estaban fuera de su pensamiento.

Se quitó la camisa, encendió un charuto, y se acomodó en un sillón cercano, para meditar sobre los acontecimientos de la noche. La luz de la vela parpadeaba a través del cuarto, iluminando las manchas de sangre de su camisa desechada, que yacía en su cama, y la miró durante un momento prolongado, asombrado. Si

hubiera dudado de lo que su propio cuerpo le dijo cuando poseyó a Sabrina, esa noche, tenía delante de los ojos una prueba tangible de su virginidad.

Tragó saliva con esfuerzo, y una extraña especie de alegría salvaje se mezcló con una sospecha repentina, cínica. Era evidente que el primo de Sabrina había mentido en cuanto a que hubiese sido su amante... Pero eso no significaba que hubiera mentido respecto de todo. No quería decir que Carlos no hubiese dicho la

verdad acerca de que Sabrina esperaba la fortuna de los Dangermond, o que no hubiese buscado una proposición matrimonial del más adinerado de los dos hombres.

Era cierto que Carlos no había poseído a Sabrina, pero, se recordó Brett, torvo, sólo por su interrupción oportuna o inoportuna. Si él no hubiese aparecido entonces, no le cabían dudas de que Carlos habría experimentado lo que él experimentó esa misma noche.

Henchido de una violencia exasperada, Brett se puso de pie y se sirvió esta vez una copa llena de coñac. ¿Sabrina había estado enfrentándolos a uno contra el otro, con astucia? Y esa noche, ¿había decidido que él era la mejor presa? ¿Aquella a quien por fin entregaría su virginidad?

Sin emoción alguna, examinó las últimas semanas, la forma en que Sabrina primero se había mostrado acalorada y luego fría, la manera en que lo encantaba una semana y después lo trataba con desprecio e indiferencia, a la siguiente. Ni siquiera el conocimiento de las supuestas razones que existían detrás de sus caprichosas acciones apaciguaban a los demonios que ahora vivían con vida plena en su cerebro. Las insinuaciones y palabras venenosas de Carlos, y su propia antipatía hacia las mujeres, se unieron ahora en su mente, despertando todo su cinismo dormido.

¿Sabrina había planeado en forma calculada esa noche?

Por cierto que era una manera positiva de arrancar una proposición de parte de un cortejante tibio. La boca cincelada de Brett se retorció. ¿Qué hombre, después de saborear los placeres saboreados por él esa noche, podría o siquiera querría volver la espalda a una encantadora mujer como Sabrina? El no podría, aunque ella lo hubiese atrapado en forma deliberada; sabía que a pesar de todas las sospechas y dudas que hervían en su cerebro, ese día en la primera oportunidad pediría a Alejandro la mano de Sabrina en matrimonio.

Esa decisión habría debido procurarle alegría, pero en cambio, se sintió abrumado por un sentimiento de amarga derrota.

Con repugnancia y furia hacia sí mismo por lo que estaba pensando, tomó un par de botas y sacó una camisa limpia de un pesado guardarropas de caoba. Necesitaba escapar de los límites de su habitación, tenía una desesperada necesidad de huir de sus propios pensamientos sórdidos. No faltaba mucho para el alba cuando se escurrió, en silencio, fuera de la hacienda. Vagó sin rumbo por el bosque, y la luz rosada y dorada del sol naciente expulsaba las lóbregas sombras de la noche.

Caminó durante largo rato, perdido en sus desdichados pensamientos. En un momento dado tenía la certeza de que Sabrina era la mujer que siempre había ansiado, en secreto, que apareciera en su vida; al siguiente, se sentía igualmente seguro de que había caído en una trampa tan antigua como el tiempo, enredado

por una tramposa ávida, con todos los encantos de Venus. ¿Qué clase de matrimonio tendrían?, se preguntó, desolado. ¿Uno como el que compartían su padre y Gillian? ¿o podían encontrar, milagrosamente, la alegría que Hugh había tenido con Sofía?

Desdichado, Brett suspiró. jDios! jQué embrollo! A pesar de todas sus reservas, tenía conciencia de una irreflexiva indiferencia que crecía dentro de él. Siempre jugador, se dio Cuenta de pronto de que a pesar de todas las desventajas se casaría con Sabrina del Torres, que estaba dispuesto a aceptar los riesgos, dis-

puesto a aceptar la posibilidad del dolor y el desastre. Inclusive, era posible que valiera la pena, admitió Con una Suave sonrisa, recordando la dulce boca de Sabrina bajo la de él. Lo había hechizado, y al menos por el momento no tenía deseos de quebrar el embrujamiento que había tejido en derredor de él.

17

A Sabrina no le resultó más fácil conciliar el sueño de lo que le había resultado a Brett, pero al menos no la impulsaban los mismos demonios. Sin embargo, abrigaba sus propias dudas. No lamentaba lo que había ocurrido esa noche. Y si bien yacía insomne en su lecho, con el cuerpo dolorido por haber hecho el amor con Brett, la rodeaba una cálida sensación de felicidad. Esa noche se había convertido en una mujer, en la mujer de Brett, y nada podía empequeñecer nunca esa alegría. Brett había dicho que hablaría con su padre, y era natural que ella diese por sentado que pensaba pedir su mano en matrimonio. Pronto sería la esposa de él, y si bien se sentía inundada de gozosa expectativa, no podía disipar del todo un persistente sentimiento de ansiedad... de presentimiento. Al principio sospechó que lo que la perturbaba era el recuerdo de todas las cosas lúgubres respecto de las cuales había escrito la tía Sofía. Pero al cabo, después de muchas vueltas, resolvió que lo que había detrás de su sensación de inquietud no eran

esas cartas y lo que ellas contenían. Era el propio Brett. No era tan ingenua para pensar que él cambiaría de la noche a la mañana y se convertiría en un pretendiente o aun un esposo perfecto; tenía conciencia de que habría obstáculos en el camino de ambos hacia la dicha. Pero si se amaban... Le resultaba incomprensible que hubiese actuado como lo hizo, que le hubiera hecho las cosas que le hizo, sin quererla. Pero no lo dijo, insistió su cerebro, taimado. Le había dicho que la quería, y los hombres eran muy distintos de las mujeres. No nece-

sitaban amar para hacer el amor. Sabrina se sentó en la cama, recogió las rodillas contra el pecho y miró sin ver la habitación invadida por el alba. ¿Podía casarse con un hombre que no la amaba, que sólo la deseaba? ¿y sólo deseaba su cuerpo, o la fortuna de del Torres tenía alguna influencia sobre él?

Furiosa por pensar siquiera algo por el estilo, apartó a un lado el desagradable pensamiento. Las sospechas de Carlos han comenzado a acosarme, pensó, a desgana. Y se

preguntó, por primera vez, qué había querido decir su primo con sus comentarios sobre Constanza.

Asaltada por el recuerdo de Brett bailando con Constanza, Sabrina se sobresaltó ante la oleada de celos enfurecidos que la invadía. ¡El le pertenecía, y no lo compartiría! ¿Pero cómo se hacía para domar a semejante hombre, para atar a semejante hombre con tal fuerza, tal energía, que nunca jamás quisiera a otra mujer?

De pronto ahogó una risita. ¡Tendría que hacer que la quisiera con tanta desesperación, tan poderosamente, que nunca dispusiera de un segundo en el cual pensar siquiera en otra mujer! Y quizá, sólo tal vez, podría hacer que la amase tanto como ella lo amaba a él... y entonces nada se interpondría entre ellos; el amor de ambos dominaría todas las dificultades que pudieran enfrentar

en el futuro.

Esa mañana, Alejandro se asombró al descubrir que desayunaría solo. Sabrina, le informó Bonita, dormía profundamente, sin duda fatigada por las festividades de la víspera, y Ollie había dicho que su amo hacía lo mismo. Un tanto pensativo, Alejandro, tomó sus alimentos de la mañana. Había estado en vela hasta tan tarde como los otros, era mucho mayor que los demás, pero no encontraba inconvenientes en levantarse en mitad de la mañana. De pronto sonrió, al recordar ciertas conversaciones, a la luz de la luna, con Elena, en los primeros tiempos de sus galanteos. Ah, si sólo... En esa tarde perezosa se convertiría en realidad su más caro deseo. Una nota cortés de Brett, pidiéndole que lo recibiera en la biblioteca, a las tres de la tarde, hizo que sus esperanzas se enardecieran, enloquecidas, y cuando Brett se presentó a la hora señalada y pidió formalmente la maro de Sabrina, Alejandro casi no pudo contenerse.

Con una amplia sonrisa afectuosa en el hermoso rostro, dijo, jubiloso:

-iPero por supuesto que tienes mi permiso para casarte con mi hija! Es lo que he esperado, aquello con lo cual he soñado desde... -Se interrumpió y dirigió una sonrisa tímida a Brett, quien se hallaba de pie, cortés, delante del sofá en el cual él estaba sentado. Un sonrojo un tanto turbado le invadió las mejillas, y casi aver-

gonzado admitió:- Cuando te envié la invitación para que nos visitaras, para hablar sobre la plantación de azúcar, debo confesar que abrigaba la esperanza de que tú y Sabrina se enamorasen y quisieran casarse. El azúcar no fue más que una excusa para invitarte. -Con un brillo irresistible en los ojos, murmuró:- Confío

que perdones a tu suegro por esa treta...

Con un brillo similar en los ojos de color verde jade, Brett dijo, irónico:

-¿Sabes?, me interrogué acerca de esa invitación... y de tu interés en apariencia escaso por la plantación de azúcar. –Hizo una burlona inclinación de cabeza y agregó, con sequedad:- Jugaste tus cartas muy a escondidas, lo admito. iRecuérdame que tenga más cautela contigo, en el futuro... en especial cuando me envíes invitaciones!

Hablaron de las posibles fechas del anuncio, y luego de los posibles lugares y fechas para la boda misma. En ese momento, Brett recordó algo de importancia vital. Una sonrisa melancólica le curvó la boca cincelada, y dijo con ligereza:

-Creo que antes que vayamos más adelante, señor, será mejor que le pregunte a tu hija qué opina acerca de la situación. - Continuó, sarcástico:- Tú sabes, podría rechazarme.

-iImpensable! -estalló Alejandro, acongojado. Casi suplicante, preguntó-: No lo hará, ¿verdad? ¿No le permitirás que te rechace?

Divertido, Brett respondió:

-iCreo que eres tú quien debe alentarme, y no a la inversa!

Alejandro hizo una mueca.

-Lo sé, pero con Sabrina muchas veces me siento indefenso. -Dirigió a Brett una mirada analítica.- Sabes -dijo en voz baja-, pensé en ti como yerno porque me pareció que podías dominarla, domarla, si prefieres decirlo así. Quería para ella a alguien fuerte, alguien a quien no llevase de un lado a otro como a un toro favorito. -Una leve sonrisa le cruzó el rostro.- Y

tú, amigo, eres la única persona que se me ocurrió. El único hombre a quien quería para mi hija. Deseaba que estuviese segura y que fuera amada, y creo que tú harás las dos cosas: la protegerás y la amarás.

Brett se sintió de pronto muy humilde y torpe, y respondió con tono llano:

Te prometo que dedicaré la vida a hacer eso. -La enormidad de aquello a lo cual se había comprometido lo golpeó de pronto. ¿Amaba a Sabrina? Por cierto que la protegería... ¿pero amarla? El amor era una palabra que nunca había integrado su vocabulario. Aunque admitía la existencia de un poderoso atractivo, una imperiosa afinidad, todavía no se hallaba en condiciones de lIamarlo amor. La quería de muchas maneras, no sólo por su cuerpo, sino por todas las cosas que era: deseaba casarse con ella, la quería como su esposa, quería tener el derecho a considerarla suya.....pero amor.

Alejandro estaba demasiado sumido en sus pensamientos para darse cuenta de que Brett no había dicho que amase a Sabrina, y se levantó del sofá y fue hacia la puerta. La abrió e hizo entrar al mayordomo, Clemente, quien rondaba por ahí, para decirle:

-Busca a la señorita Sabrina y pídele que venga a acompañarnos, por favor.

Sabrina había dedicado un cuidado especial a su tocado de ese día, y se la veía arrebatadoramente encantadora. El cabello dorado rojizo caía en cándido desorden sobre sus hombros, enmarcando sus hechiceras facciones. Había un brillo expectante en las profundidades dorado-ambarinas de sus ojos, una suave sonrisa le curvaba los labios plenos y su vestido de muselina blanca intensificaba el brillo dorado de su piel. De talle alto, según la última moda de Europa, y adornado con una profusión de espumoso encaje en el modesto escote y en las mangas abullonadas, el vestido acentuaba su belleza exótica, y las faldas exhibían un delicioso aleteo cuando entró en la habitación en la cual la aguardaban Alejandro y Brett.

Este último tuvo conciencia de una oleada de emoción indefinible que le recorría el cuerpo al verla, y en ese instante ninguna otra cosa importó, aparte de que debía tenerla como esposa.

Un extraño brillo parpadeó en las profundidades de esos ojos de color verde jade, no del todo tierno, no del todo salvaje, y sin embargo devastador.

Casi con timidez, la mirada de Sabrina se encontró con la de él, y un rubor sentador le tiñó, atrayente, las mejillas, ante la expresión de los ojos de él. Había olvidado el impacto que Brett ejercía sobre ella, y ahora, al enfrentarlo a la sólida luz del día, al ver ese rostro delgado, hermoso, al recordar el sabor de los duros

labios en los de ella, se le aceleró el pulso.

Alejandro los observó con satisfacción, y al sentirse decididamente de trop se acercó a Sabrina y le tomó la mano. Le dedicó una sonrisa henchida de calidez y de amor, y le dijo con suavidad:

-Pequeña, Brett quiere preguntarte algo. Y como buen padre que soy, te dejaré a solas con él, para que escuches lo que desea decir. Espero muy fervorosamente que encuentres muy atrayente su conversación.

A solas con Brett, Sabrina descubrió de pronto que había enmudecido. Los ojos dorado-ambarinos estaban clavados en el botón de arriba del chaleco bordado de él, y se preguntó, enloquecida, qué podía decir le. Buenos días parecía un saludo demasiado tibio y formal para un hombre en cuyos brazos una había estado desnuda y entregada la noche anterior, ¡pero decir "te amo" era impensable!

Brett se encontraba en la misma situación, aunque su problema no consistía en confesar su amor. Refinado y cortés como era, nunca había propuesto matrimonio a una mujer. Las palabras se arremolinaban, caóticas, en su cerebro, el corazón le golpeaban frenético, con emociones que nunca había sospechado que tuviese, y sin embargo se encontraba sin habla.

-Le pregunté a tu padre si nos permitiría casarnos... y respondió que le encantaría. ¿Te encantaría a ti? -No era esa la forma en que pensaba proponerle matrimonio, y en silencio, con amargura, maldijo su torpeza.

No hizo movimiento alguno para acercarse a ella, y Sabrina no se dio cuenta del esfuerzo que le había costado pronunciar esas palabras en apariencia indiferentes. Lo miró, envarada, apenas consciente de un dolor en el corazón, invadida por un sentimiento de congoja y desilusión. Cuán frío parecía... Cuán poco enamorado, pensó con un estremecimiento de irritación.

Sus ojos buscaron con lentitud el rostro impenetrable de él, cavilando acerca del enigma que representaba Brett. ¿Dónde había quedado el amante apasionado de la noche anterior? ¿Por qué parecía tan frío y lejano, casi intimidatorio? Y una vez más se le ocurrió, en forma desagradable, que no había mencionado el amor. Ni siquiera le había dicho que la quería.

Incapaz de soportar el suspenso, henchido de una extraña nerviosidad, Brett preguntó:

-¿ y bien? ¿Te casarás conmigo? -Tuvo conciencia de que manejaba mal la situación, pero no pudo hacer otra cosa. ¿Dónde está mi facilidad parll hablar?, se preguntó con acritud. ¿Cómo puedo explicar lo que siento? ¿Cómo le hablo de las ansias, de las sensaciones embriagadoras que despierta en mí? lDel placer y la excitación que siento cuando la tengo cerca?

Su proposición le sonó insultante a Sabrina, y durante un breve instante jugueteó con la agradable idea de rechazarlo. Pero la detuvo la realidad de la situación: tenía deseos desesperados de ser su esposa, y a pesar del ofrecimiento innegablemente hosco de matrimonio, sabía cuál sería su respuesta. Pero había una chispa de resentimiento en sus ojos cuando dijo, casi con tanto laconismo

como él:

-Sí, sí, me casaré contigo. -

El se sintió muy aliviado. Lo envolvió una oleada de alegría casi dolorosa, que lo dejó extrañamente aturdido. Le dedicó una sonrisa fatua y dijo, con tono de devoción:

-iGracias a Dios que hemos terminado con eso! -y habría podido morderse la lengua en cuanto las irreflexivas palabras brotaron de sus labios.

Sabrina se puso rígida, y con expresión hostil en el semblante estuvo a punto de emitir una réplica sarcástica, pero Brett llegó hasta ella en una rápida zancada. La atrajo hacia sus brazos, la besó con calidez, casi con ternura, pensó Sabrina, asombrada, casi disculpándose consigo misma.

El dijo con tristeza, apartando los labios de los de ella, tomándola de los hombros con suavidad: -

-iPerdóname, pequeña! No tengo mucha práctica en cuanto a ofrecerme como esposo.

En modo alguna apaciguada, aunque se sintió un tanto más satisfecha, Sabrina le dirigió una mirada.

-iNo soy una niña! -farfulló-. iY en el futuro harás bien en recordarlo!

Se miraron con intensidad, una feroz emoción poderosa estalló de pronto entre ellos, y con una imprecación mascullada, Brett la atrajo hacia sí y le buscó la boca con la propia. Se aferraron, apasionados, abrazados, olvidados de todo lo que no fuese el puro embeleso embriagador que los consumía.

Ni siquiera oyeron el cortés golpecito de Alejandro en la puerta, y después de esperar unos segundos más, él golpeó con más fuerza. Tampoco obtuvo respuesta, e impaciente por conocer el resultado de sus esfuerzos de casamentero, abrió la puerta con lentitud. Al ver a la pareja abrazada, suspiró, dichoso, y una expresión de deleite le cruzó el rostro. Vaciló, y después tosió con cortesía.

Brett levantó la cabeza a desgana y soltó a Sabrina con lentitud. Miró a Alejandro y dijo con sencillez:

-Ella dijo que sí.

Alejandro rió y dijo, alegre:

-iLo suponía! -Dio unas palmadas y ordenó, cuando apareció Clemente:- Una botella de nuestro mejor vino... la botella que aparté cuando nació Sabrina. -Con voz henchida de satisfacción, agregó:- iTu ama se casará, Clemente! iOfrécele tus buenos deseos!

Con una sonrisa de oreja a oreja, Clemente así lo hizo y luego corrió a hacer lo que pedía Alejandro y a comunicar la noticia. ¡La señorita Sabrina se casaría con el hermoso señor Brett! Qué alegría había llegado a la casa de los del Torres...

.. Al ver la expresión de su semblante, Alejandro ahogó una risita.

-No necesito preguntarte si te sientes feliz, pequeña. Tus ojos te traicionan.

Sabrina se ruborizó, y pensó que sentía que la boca de Brett le rozaba el cabello en el momento en que se precipitó a los brazos de su padre. Confesó, sonriendo a Alejandro:

-iSoy feliz! ¿y tú?

-iPero por supuesto, pequeña! ¿Acaso no lo planeé así?

Una arruguita cruzó la frente de ella.

-¿Lo planeaste?

La boca de Alejandro se contrajo, irónica.

-¿No pensarás ofenderte y desencadenar tu cólera sobre nosotros, los pobres varones indefensos? -preguntó, burlón.

Cuando Sabrina meneó la cabeza con lentitud, continuó-: Quería para ti un hombre fuerte. Alguien a quien pudieras amar y respetar. Alguien que asegurase que tuvieras el tipo de matrimonio que yo compartí con tu madre. Y no pude pensar en nadie, hasta que recordé a Brett. Y por eso -dijo con una amplia sonrisa- le escribí para invitarlo a que nos visitara, y me mostré tan interesado en plantar azúcar.

Sabrina rió con su padre, pero en su pecho había una sensación de vacío. ¿Entonces ése era un matrimonio arreglado, en definitiva?, se preguntó, tensa. ¿Su padre y Brett habían arreglado las cosas a su placer, mientras ella, pobre tonta, iba adelante con el plan de ellos, aun hasta el punto de enamorarse? Afiebrada, apartó a un lado la idea, tratando, frenética, de recuperar su euforia.

Alejandro se mostraba extático, lleno de planes, henchido de satisfacción y de un extraño sentimiento de paz. Tocó con suavidad el brazalete de turquesa y plata que le había regalado Elena.

Ella será feliz, querida, prometió en silencio. Enardecidos y jubilosos, a la larga Alejandro y la pareja de prometidos se encontraron sentados en el patio, recobrándose de los irreprimibles deseos de buena voluntad que había ocasionado el compromiso. Y fue entonces cuando Carlos llegó a la hacienda.

Por el animado murmullo de conversaciones que escuchó al llegar, resultó evidente que había ocurrido algo trascendental. La sonrisa radiante de Clemente y su "¡Oh, señor Carlos! ¡Tan buenas noticias! ¡Pero venga, venga al patio y deje que se lo diga el señor Alejandro!" le proporcionaron un nuevo indicio de lo que estaba por ventr.

Carlos ocultó bien su furia. Alejandro no sospechó la ira y el odio que hervían en el pecho de su sobrino cuando gritó alegremente:

-¡Hola, Carlos! ¡Ven, únete a nosotros! Si todos parecemos un poco aturdidos es porque esta tarde, poco antes de que llegaras, Brett y Sabrina se comprometieron.

Opacados los negros ojos, Carlos dirigió una sonrisa fríamente cortés al trío..

-Mis felicitaciones -dijo, puntilloso, sin calor ni entusiasmo en la voz. Clavó en Sabrina una mirada escudriñadora, y agregó-:

Confío en que seas feliz, prima, con tu elección.

Brett se había puesto dc pic cuando apareció Carlos, y junto a la silla de Sabrina posó una mano fuerte, con ligereza pero significativamente, en el hombro de ella. Con los ojos de color verde oscuro plcnos de desafío, prometió suavemente:

-Lo será, no necesitas preocuparte por eso.

La hostilidad entre los dos hombres era casi perceptible, y Alejandro se removió, inquieto. Con jovialidad forzada, dijo:

-Acompáñanos, por favor, en un brindis por el futuro de ellos.

Al borde de la grosería, Carlos se negó.

-Lo siento, tío -dijo con frialdad-, pero no puedo demorarme. Sólo vine a decirte que los bandidos vuelven a mostrarse activos.

-¿Qué? -exclamó Alejandro con sequedad-. ¿Cuándo y dónde han atacado?

Inexpresivo, Carlos respondió:

-Ayer por la noche, cuando tus invitados se iban de la fiesta. Parece que los esperaban, y lograron despojar a varios de nuestros vecinos y amigos cuando cabalgaban hacia sus casas. Nadie sufrió daño alguno -terminó diciendo con voz remota-, pero las damas se asustaron mucho, y en algunos casos les arrebataron joyas de familia, de gran valor.

-iEsto es una ofensa! -estalló Alejandro, furioso-. iMis invitados! iDespojados cuando salen de mi casa! -Con las mejillas encarnadas por las emociones - Alejandro se puso de pie y golpeó con el puño en la mesa de hierro.- ¡Esta vez es preciso hacer algo! ¡Hay que detenerlos! ¡Nadie está a salvo de ellos!

Brett preguntó con brusquedad, observando, escudriñador, el rostro de Carlos:

-¿Cómo ocurrió? ¿Fueron robados todos juntos, en grupo? ¿O por separado? :

Durante un segundo, Brett pensó que Carlos no le contestaría, pero después el español lo miró y dijo con sequedad:

-Por separado. Por lo que se dijo, no había más de tres o cuatro bandidos, y esperaron a atacar hasta que cada familia se encontró sola en el camino.

-¿Tres o cuatro? ¿Nadie sabe cuántos había?

Carlos se encogió de hombros.

-Algunos dicen que tres, otros que cuatro. ¿Quién sabe?

Hay tanto miedo y cólera por lo que sucedió, que habrían podido ser una docena de hombres armados, pero las víctimas no lo recuerdan.

Acongojado, Alejandro miró a Brett.

-¿Qué haremos? No podemos dejar que esto continúe. Ahora nadie se sentirá a salvo.

Carlos dijo con voz tensa, seco:

-Esta noche habrá una reunión en nuestra hacienda. Entonces trazaremos un plan para atrapar a los bandidos.

Brett dijo, cortante:

-Me parece recordar algo por el estilo en el pasado mes de abril, pero no dio resultado alguno.

Carlos palideció.

-¿ y tú tienes alguna idea mejor, gringo? -preguntó, acalorado.

Brett asintió.

-Una trampa. Una trampa que urdiremos los tres. –Lanzó una mirada burlona a Sabrina, y sin darse cuenta sus dedos enroscaron uno de los sedosos mechones de su brillante cabello.- Mejor dicho, los cuatro -agregó.

-jBah! ¡No sabes lo que estás diciendo! -profirió Carlos, colérico.

-Sí. Hagan su reunión esta noche. Pero nosotros trazaremos ahora nuestro propio plan. Un plan que sólo nosotros conoceremos... con lo cual será muy difícil que fracase por culpa de las lenguas que se agitan demasiado. -Dirigió a Carlos una mirada intensa.- Si sólo lo conocemos los cuatro, cinco, contando a mi cria-

do Ollie, no hay posibilidades dc quc fracasar

I-Mañana es domingo -dijo Brett con desenvoltura-. Como de costumbre, iremos a Nacogdoches, a misa. Pero después de la misa, cuando conversemos con todos tus vecinos y amigos, mencionaremos que te sientes muy preocupado por los muchos tesoros que existen en la hacienda, las joyas de Sabrina y otros valores.

Diremos a todos que piensas lIevarlos al pueblo el lunes, para mayor seguridad.

-¿Así, sin más? -preguntó Carlos, burlón-. ¿Sin guardias? ¿Nada para protegemos de un robo? me veras crees que los bandidos son tan estúpidos? iSe darán cuenta de que se trata de una trampa! -Frunció el labio, despectivo, y agregó:- ¡Si llegan a enterarse!

Brett entrecerró los ojos, pero no pareció conmovido por las frases de Carlos.

-Creo que has olvidado con cuánta velocidad se transmiten las noticias en una comunidad pequeña. Estaría dispuesto a apostar una buena suma a que para mañana por la tarde no habrá en Nacogdoches nadie que no sepa qué se dijo después de la misa de la mañana.

Alejandro asintió, aprobatorio.

-Es cierto. Las conversaciones después de la misa son casi tan buenas como un pregonero para difundir las noticias.

-iMuy bien! -admitió Carlos de mala gana-, Los bandidos se enterarán, ¿pero por qué no sospecharán una trampa?

-Porque -respondió Brett- Alejandro les dirá a todos que engañará a los bandidos escondiendo las joyas en una carga de heno que vende al señor Gutiérrez, de la cochería de alquiler. Que él mismo conducirá el carro y que sólo llevará a dos vaqueros consigo, para acompañarlo. No quiere una fuerte vigilancia por temor

a que los bandidos, y recuerden que no sabemos en realidad cuántos son, adivinen qué quiere hacer y se reúnan en mayor número para atacarlo.

-iExcelente! -dijo Alejandro, aprobando-. ¿y tú y Carlos serán los dos vaqueros?

Brett sonrió y negó con la cabeza.

-No. iCarlos, Ollie y yo estaremos debajo del heno, armados y prontos a atacar!

-Lo has pensado todo muy bien, gringo -dijo Carlos con desganada admiración.

Brett inclinó la cabeza.

-Gracias, Carlos. -Luego miró en derredor y preguntó:- ¿Entonces estamos de acuerdo?

Los otros dos hombres asintieron.

-Sí -dijeron los dos, y Alejandro se frotó las manos, satisfecho. Sólo Sabrina presentó objeciones.

Con la mirada fija en Brett, preguntó, desdichada:

-¿Pero qué Ocurre si algo sale mal? ¿Si son más de tres o cuatro bandidos? jPodrías ser herido!

-jNo hay posibilidad alguna de ello, querida! -replicó Brett Con ligereza-. Cuando mucho son cuatro, quizá tres; nosotros seremos seis, y contaremos Con el elemento de la sorpresa.

Casi ansiosa, ella murmuró:

-Ojalá pudiera ir yo también. Sé manejar una pistola. ~ Podría ocultarme debajo del heno Con ustedes.

Se escuchó un resonante "jNo!" de los tres varones, y Sabrina desechó la idea, con pocas ganas.

Carlos se fue enseguida.

-Hay otros a quienes debo ver todavía, para seguir con el plan primitivo -dijo a boca de jarro, y salió de prisa.

Durante unos momentos, después que se hubo ido, los otros tres continuaron hablando de los bandidos y del plan de Brett, pero a la larga la conversación, cosa nada extraña, volvió a un tema más agradable: la boda que se llevaría a cabo en los próximos meses. Mientras sorbía su clarete, Alejandro se recostó contra el respaldo y señaló:

-Me sentiré muy solo cuando ustedes se hayan casado e ido a vivir a Riverview. Confío en que vendrán a visitarme a menudo...

Sabrina empezó a protestar diciendo que no quería vivir en Riverview, en Natchez -ese aspecto del casamiento Con Brett no se le había ocurrido antes-, pero Brett detuvo sus exclamaciones al decir con calma:

-No viviremos en Riverview.

Alejandro enarcó una ceja.

-¿No? ¿Por qué no? Como eres el heredero de la finca, supuse que querrías vivir allí. Algún día, cuando yo no esté, tendrás que adoptar algunas decisiones acerca del rancho, pero eso será en el futuro.

-¡En un futuro muy lejano, espero! -dijo Brett con una sonrisa afectuosa. Con expresión grave, confesó sin rodeos-: Ya no soy el heredero de Riverview... pasará a manos de Gordon, mi hermanastro menor.

-¿Qué? -exclamó Sabrina Con sequedad, y volvieron a surgir en ella todas las sospechas que había abrigado acerca de Brett.

Este le dirigió una mirada Con los ojos entrecerrados, sin sonreír.

-Lo que dije. Riverview no es mía... nunca será mía. -y con una nota extraña en la voz, continuó:- Tengo una plantación en la parte baja del territorio de Louisiana. No es Riverview, pero no debes temer que no pueda mantenerte bien. -No mencionó, deliberadamente, el resto de su riqueza, muy curioso en cuanto a la reacción de ella con respecto a la noticia de que nunca sería la dueña de la elegante mansión y la opulenta herencia de su padre.

A Brett le resultó evidente que la noticia sobre la pérdida de Riverview le molestaba, a causa de su silencio. No le pasó por la mente la idea de que pudiera estar pensando que él era un cazador de fortunas. Pero nunca había conocido las cartas de Sofía, acerca de que Hugh amenazaba con desheredar lo, nunca se había dado cuenta de que pudieran existir especulaciones sobre sus razones para aparecer de pronto en los eriales de la Texas española. y por supuesto, también estaba Carlos...

Carlos había trabajado bien sobre los dos, con las taimadas insinuaciones que le había lanzado a Sabrina, y que ahora comenzaban a echar raíces, provocando todo tipo de incertidumbre en su mente. En cuanto a Brett, tenía el recuerdo del desprecio de lady Diana, así como de la horrible afirmación de que Sabrina sentía un interés vital por su fortuna, para despertar demonios que ya creía vencidos.

La revelación relacionada con Riverview no amilanó a Alejandro; conocía la magnitud de la fortuna de Brett. Antes bien, la falta de Riverview le agradaba, y con engañosa liviandad dijo:

-Bien, ya que Riverview no te reclama, ¿por qué no piensas en establecerte aquí? -Sonrió apenas-. Me acerco al día en que sentiré alivio al soltar las riendas del Rancho del Torres, y nada me daría más placer que el verlas en tus competentes manos.

Fue una frase carente de tacto para decirla delante de Sabrina. Sin darse cuenta del efecto que había producido en su hija, Alejandro le dirigió una mirada afectuosa y agravó el error diciendo:

-Hace tiempo que me preocupa, muchacha, la idea de que dirijas el rancho sin ayuda. Una mujer necesita un hombre fuerte que la cuide, y ahora que Brett ha aceptado esa responsabilidad, sé que puedo estar tranquilo.

Convertida en una imbécil sin intención alguna, Sabrina luchó para contener su cólera y su humillación. Por su rostro rígido y duro, la ira y el resentimiento que se agitaban en su pecho le resultaron muy evidentes a Brett... ira y resentimiento que él atribuyó, erróneamente, a la noticia relacionada con Riverview... Ella se puso de pie y dijo con voz tensa:

-iNo sabía que el hecho de desposarme me despojara en el acto de la capacidad para cuidarme yo misma! ¿Qué habrías hecho, padre, si Brett no hubiera pedido mi mano... hacerme ingresar a un monasterio?

Atribulado, Alejandro la vio salir del patio con regio porte, Horrorizado ante su reacción, miró a Brett, impotente.

-Es tan joven y orgullosa -dijo a modo de excusa-. No habría debido decir una sola palabra acerca de que necesitaría alguien que la cuidara... está muy segura de que no necesita a nadie, que es tan competente como cualquier hombre.

La mirada de Brett se encontraba clavada en la figura de Sabrina, que se alejaba, y casi con vaguedad, casi para sí, murmuró:

-Pero tal vez no fue eso lo que la encolerizó. Quizá -la voz se le endureció- fue algo muy distinto.

18

Alejandro hizo las paces con Sabrina esa noche, y por encima todo pareció armonioso. Se sentía tan entusiasmado por el enlace, que no se dio cuenta de que los dos protagonistas parecían un poco menos que extáticos con los planes para la boda. Una vez que se la despierta, la sospecha no muere con facilidad, y Brett y Sabrina luchaban contra sus demonios personales... cada uno quería creer en el otro, cada uno deseaba el matrimonio, y sin embargo...

El plan de Brett para atrapar a los bandidos se desarrolló tal como se lo había analizado. La noticia de que Alejandro nevaría al pueblo los tesoros de del Torres en un carro de heno, el lunes, encontró el blanco buscado. Y Carlos, Brett y Ollie se encontraban preparados cuando el trío de bandidos atacaron en la roja senda polvorienta que conducía a Nacogdoches. Los bandidos fueron tomados por sorpresa, pero por desgracia no se los pudo capturar con vida. A pesar de verse superados en número, dos contra uno, lucharon salvajemente, y los tres murieron bajo los disparos que se intercambiaron.

Los vencedores no salieron indemnes: Carlos recibió una herida leve en el hombro izquierdo, Alejandro un rasguño cerca de la sien y uno de los vaqueros quedó herido en una mano. Pero hubo tal júbilo por haber librado por fin, al distrito, de los criminales, que los heridos se mostraron indiferentes al dolor.

El plan de Brett no fue el único que lograría éxito: en cuanto Carlos salió de la hacienda de del Torres, el sábado, cabalgó a N acogdoches y a un encuentro con Constanza. Con el rostro deformado por la furia, la encaró en la intimidad del dor

mitorio.

-iEso ha ocurrido! -bramó en cuanto irrumpió en la umbría frescura de la habitación encortinada-. iEstán comprometidos!

Ataviada sólo con unas enaguas blancas de hilo, Constanza se incorporó con brusquedad al verlo entrar. Al escuchar sus palabras, palideció y cerró los ojos con expresión de dolor.

-Vaya -dijo, aturdida-. Ha ocurrido... ahora tomaremos medidas para deshacerlo.

-¿Cómo? -interrogó Carlos, furioso-. Un compromiso, en especial para mi tío, es casi tan válido como un matrimonio. Una vez que haga el anuncio, nada que no sea el deshonor le permitirá retractarse.

Con una sonrisa rígida clavada en la boca, Constanza replicó con serenidad:

-iEntonces nos aseguraremos de que no haya un anuncio!

-iBah! ¿Tan rápido funcionará ese plan tuyo?

-Sí -contestó con indiferencia-. Dispondrás que Sabrina se encuentre conmigo, en privado, digamos que el martes por la tarde. Creo que la glorieta vendría muy bien para mi objetivo.

-No pensarás hacerle daño -gruñó Carlos.

Constanza le dirigió una mirada que lo puso inquieto.

-Sólo porque no quiero que mates a Brett.

-iQuiero saber cuál es ese plan tuyo! -dijo Carlos, amenazador-. Recibirás tu oro. y ahora dime qué has pensado.

Constanza respondió en voz baja, sin prestarle atención:

-El martes conocerás el plan. -Sus labios se curvaron en una sonrisa carente de alegría.- Debes convencer a Sabrina de que es imperativo que se encuentre conmigo, que quieres salvarla del malévolo plan de Brett, de casarse con ella por su dinero.

Carlos frunció el entrecejo, sombrío, tomó a Constanza de los hombros y la sacudió con crueldad.

-iDeja de jugar conmigo! ¿Qué puedes hacer para conseguir que Sabrina cambie de idea?

Sin turbarse por la violencia de él, Constanza lo miró con frialdad, pero a la larga dijo:

-Tu Sabrina tiene orgullo. ¿Qué te parece que haría si se viese ante una mujer que lleva en sus entrañas el hijo de Dangermond... una mujer a quien Dangermond ha prometido desposar, pero a quien abandonó para buscar en cambio su fortuna?

Carlos hizo una profunda inspiración, y su negra mirada recorrió el esbelto cuerpo de ella.

-¿Quién? -preguntó con aspereza-. ¿No tú?

Los labios de Constanza se contrajeron.

-iPero por supuesto, mi amigo! ¿Quién, si no?

-¿Tú llevarás al bastardo de él?

Constanza lanzó una carcajada desagradable.

-iNo seas tonto! ¡Por supuesto que no! ¡Pero tu Sabrina no lo sabrá! Y con un poco de relleno aquí y allá, con el vientre discretamente evidente, me pondré a merced de ella, le suplicaré que lo deje en libertad. ¡Le rogaré que lo deje casarse con aquella a quien ama, le explicaré que él ansía su dinero, que lo que en ver-dad quiere es estar conmigo y nuestro hijo!

El rostro de él exhibió su admiración.

-Funcionará -murmuró con lentitud-. iFuncionará!

Debido a la herida que había sufrido en la batalla con los bandidos, se decidió que Carlos pasaría la noche en la hacienda de del Torres, de manera que le resultó fácil hablar unas palabras a solas con Sabrina, el lunes por la noche. Mientras observaba el encantador perfil de Sabrina en medio de las sombras que se iban haciendo densas, dijo con suavidad:

-Querida, tengo que hablarte sobre esos esponsales... hay algo que deberías saber.

Ella se volvió paa mirarlo, con el rostro impenetrable.

-¿Qué? -preguntó con sequedad.

-Como sabes, he conocido a Constanza Morales durante mucho tiempo... la visité el sábado por la noche y... -Se interrumpió, como si las palabras le brotaran con esfuerzo, y dijo, con voz pesada:- Tienes que encontrarte con ella, Sabrina. Ella debe decirte cosas sobre el hombre con quien has prometido casarte.

Un estremecimiento helado invadió a Sabrina. En voz baja, preguntó con ferocidad:

-¿Qué cosas? ¿Por qué no puedes decírmelo tú? ¿y por qué debo encontrarme con ella?

El le dirigió una mirada apenada.

-No soy yo quien tiene que decirlo. Es un secreto de ella, y sólo ella puede decírtelo. Me pidió que te implorase que te encontraras con ella mañana, en la glorieta junto al lago... en secreto.

Más que nada, no quiere que Brett sepa que se está viendo contigo.

-¿Por qué no? -interrogó Sabrina con sequedad.

Carlos le dirigió una vez más una mirada apenada.

-¿ Te olvidaste de la joven de Nueva Orléans? Constanza tiene miedo de lo que podría hacerle si se entera de que desea verte.

Sabrina guardó silencio durante un largo rato. Encontrarse con Constanza era lo último que habría querido hacer, pero Carlos había tocado temas penosos: la joven de Nueva Orléans y el hecho de que Brett no hubiese hablado de amor.

En los dos últimos días, ella y Brett habían pasado muy poco tiempo juntos, y nada en privado. Tenía una gran necesidad de sentirse segura, necesitaba que la rodearan los fuertes brazos de Brett, oír lo decir que la amaba, pero todo ello le había sido negado. Sus esponsales con el hombre a quien amaba, en lugar de darle satisfacción y paz, parecían haber creado más disensión e incertidumbre en su fuero íntimo. En un momento dado se sentía henchida de alegría, al siguiente plena de desdicha y suspicacia. Se despreciaba por haber sido tan mezquina y minúscula como para sospechar que Brett tenía otros motivos para pedir su mano, pero le resultaba imposible hacer caso omiso de esa posibilidad.

Brett tampoco había ayudado mucho. Se mostraba extrañamente remoto, y en los últimos tiempos, en más de una ocasión, ella levantaba la vista y veía los ojos de él que la escudriñaban.

-Muy bien, me encontraré con ella. ¿A qué hora?

-¿A las dos? -sugirió Carlos, ocultando con cuidado el júbilo que sentía.

A desgana, Sabrina asintió. Brett y su padre se acercaban, de manera que era imposible continuar la conversación. Se mencionaron los sucesos de la tarde, y durante unos minutos los cuatro no hablaron de otra cosa.

-iEs una pena que hayan muerto todos! -dijo Alejandro con lentitud-. Ahora nunca sabremos dónde han escondido su botín. No hubo tiempo suficiente para que se desprendieran de los valores que habían robado en la noche del cumpleaños de Sabrina El escondrijo debe de estar cerca... pero podría ser en cualquier parte.

Brett hizo una mueca.

-Ese fue el único defecto del plan... no pensamos en tratar de recuperar los objetos robados. -Vaciló, con los ojos sombríos.

Carlos se encogió de hombros, indiferente, y luego esbozó una mueca cuando su hombro herido se hizo sentir.

-Creo que la mayoría de las personas se sentirán satisfechas con la manera en que han salido las cosas. Por supuesto, todos querrían recuperar sus valores, pero todos descansarán mejor cuando sepan que esos ladrones del demonio ya no pertenecen al mundo de los vivos.

-Lo que dices es cierto -murmuró Sabrina en voz baja-. Pero es tan triste que nuestros amigos y vecinos hayan perdido tantos objetos importantes para ellos. -Sus dedos rozaron los enormes aretes de oro que pendían cerca de sus mejillas.- Pagaría el triple de lo que valen estos, para recobrarlos, si los robaran. Me

los regaló Bonita, y los atesoro.

Miró a su padre, suplicante, y preguntó:

-¿No hay alguna manera de que podamos encontrar las cosas robadas?

Con voz lenta, acongojada, Alejandro meneó la cabeza.

-No, muchacha. Dondequiera que los bandidos hayan ocultado sus tesoros, el lugar sólo lo conocían ellos... y están muertos.

Tratar de hallar su escondrijo, si lo tenían, sería imposible en esta región salvaje, no hollada. Puede que algún día alguien se tope con él por casualidad, pero apuesto a que no viviremos para verlo.

Era poco consolador, pero Sabrina lo aceptó y la conversación derivó hacia otros temas más placenteros. Poco después,

Brett la apartó con firmeza de los demás y dijo con tono ligero:

-¿Nos perdonan? No he tenido posibilidad de hablar a solas con mi novia desde que nos comprometimos, y quiero averiguar si todavía piensa lo mismo que antes.

Sabrina se sonrojó y el corazón le golpeó de pronto en el pecho. Alejandro rió, los despidió con un movimiento de la mano y censuró, en broma:

-No demoren demasiado... puede que sea un viejo, pero recuerdo cómo era eso de ser joven y estar enamorado.

Carlos mantuvo las facciones tranquilas cuando Brett y Sabrina se alejaron, pero bajó la vista al suelo para que sus ojos no traicionaran su furia asesina.

Sin aliento, Sabrina dejó que Brett la guiara a los brazos protectores del bosque, en la parte que crecía cerca de la hacienda, y allí, bajo las ramas cubiertas de hojas de un roble retorcido, la atrajo hacia su cuerpo cálido, y su boca buscó, hambrienta, la de ella. La besó con ansia, compulsivo, y sus labios fueron duros y exigentes.

Apretada contra él, ella lo besó a su vez con avidez, sus cuerpos se empujaron el uno al otro, los brazos de ella le rodearon el fuerte cuello y todas las dudas y sospechas desaparecieron.

A la larga, él levantó la cabeza.

-Desde el sábado sentía unos deseos locos de hacer esto - masculló él, ronco-, pero siempre alguien o algo se interponía. No pude esperar un momento más. Necesitaba tenerte para mí o hacer algo violento.

Ella replicó, tímida:

-Me preguntaba si habías cambiado de idea.

-iNi pensar lo, querida! Te deseo demasiado. -Su mirada se clavó en la de ella con gravedad, con una extraña intensidad.- Yo me preguntaba si tal vez tú habías cambiado de idea.

-Si continuamos con esto -dijo con una expresión francamente sensual en la boca-me temo que te comprometeré otra vez... una docena de veces antes que nos hayamos casado.

Poseída por las mismas necesidades imperiosas, elementales, ella dijo, osada:

-¿ Y eso sería tan terrible?

Los ojos de él se oscurecieron de deseo, pero con un esfuerzo se resistió al cebo del cuerpo y la boca tentadores. Con tristeza, admitió:

-No, sólo que aunque no te haya dejado embarazada la otra noche, si hacemos el amor demasiadas veces antes del matrimonio, Alejandro se sentirá decididamente molesto ante la llegada de su primer nieto mucho tiempo antes de nuestra boda.

Sabrina lo miró, sobresaltada.

-¿Embarazada? -preguntó-. ¿ Yo?

-Es posible -dijo Brett con una sonrisa extrañamente tierna.

Perpleja, Sabrina se miró el delgado vientre, y la inundó una ola de intenso placer.

-Nuestro hijo -dijo, reverente.

-Mmmm, sí -asintió Brett con suavidad, atrayéndola hacia sí y apoyando el flexible cuerpo de ella contra el propio. Le rozó la sien con los labios y murmuró-: Me temo que no adopté precaución alguna ayer por la noche... sólo podía pensar en ti. ¡Un hijo me encantaría, pero, por egoísmo, no quiero empezar a compartirte demasiado pronto!

La noche envolvió al bosque poco a poco, y consciente, de pronto, de que Alejandro los llamaba desde la hacienda, Brett se sacudió y gritó una respuesta. Miró la cara de Sabrina en la penumbra, pensando que nunca en su vida había visto nada más encantador, más arrebatador.

Casi como hipnotizado, sus labios volvieron a encontrar los de ella, y la besó con tanta ternura y suavidad, que Sabrina sintió

que las lágrimas le ardían en los ojos. ¡Debía de amarla! ¡No podía actuar como lo hacía y no amarla!

Tomados del brazo, regresaron a la hacienda con pasos lentos, y Brett sólo habló cuando se acercaban a la entrada del patio.

-Acerca de la fecha de nuestra boda -dijo de pronto, con un leve ceño-. Creo que en vista de lo que ocurrió la otra noche, será mejor que no tengamos un noviazgo prolongado. Podrías muy bien estar embarazada, y en ese caso no deberíamos demorar mucho en casamos. -Sonrió de repente.- ¡Además, no sé cuánto tiempo podré comportarme en lo que respecta a ti!

Hundida en un tibio resplandor brumoso, Sabrina vagó, soñadora, a lo largo de las horas que siguieron. Y sólo a la tarde siguiente, cerca de las dos, la abandonó una parte de aquel resplandor. Deseosa, ahora, de no haber aceptado encontrarse con Constanza, estuvo a punto de enviar una nota a la glorieta, declarando que había cambiado de idea. Pero su conciencia no se lo permitió.

Acababa de levantarse del sillón en el cual había estado sentada en el patio, cuando aparecieron Brett y Alejandro. Brett llevaba en la mano un papel, y por la expresión de los rostros de los dos hombres supo que algo andaba mal.

-¿Qué ocurre? -preguntó en el acto-. ¿Pasa algo?

-Bien, no son buenas noticias -dijo Alejandro en voz baja-. Pero habría podido ser peor.

Brett levantó la vista del papel, con un brillo extrañamente especulativo en la mirada.

-Acaba de llegar esta carta de mi agente de Nueva Orléans.

Parece que en junio un huracán arrasó mi plantación de Louisiana

Una exclamación de congoja escapó de entre los labios de Sabrina.

-¿La arrasó? ¿No se pudo salvar nada? .

El negó con la cabeza, con expresión de espera.

-iCuán espantoso! -exclamó ella, impotentc, invadida por una profunda simpatía hacia él-. ¿Qué harás? ¿Qué puedes hacer?

Brett se encogió de hombros con negligencia.

-Supongo que puedo vender la. O con suficiente dinero, con mucho dinero, quizá pueda hacer que entre de nuevo en producción.

-iOh! -exclamó Sabrina con voz apagada.

Mientras la miraba con atención, tratando de entender el efecto que habían producido en ella sus palabras, Brett dijo con lentitud:

-No es un desastre total. La plantación se encontraba en un estado deplorable cuando la adquirí, pero la hice producir en una ocasión y tengo la certeza de volver a hacerlo. La cosecha quedó destruida, es cierto, al igual que varios edificios anexos, pero parece que los diques resistieron, aunque la casa misma resultó muy dañada.

-Bien, en tu lugar, yo no me preocuparía por eso ahora -dijo Alejandro con cordialidad-. Además, cuando te cases con Sabrina recibirás el Rancho del Torres... es posible que nunca quieras tener nada que ver con esa propiedad, aparte de venderla. Por motivos egoístas, me encantaría que te establecieras aquí. Por lo que a mí respecta, la destrucción de la plantación de Louisiana podría ser toda una bendición.

Sabrina se sintió como si fuese empujada, en forma impla. cable, a conclusiones que sólo le traerían dolor y desdicha, y no pudo mirar a Brett. En cambio miró a su padre con ojos demasiado brillantes y susurró:

-Me siento un poco débil. Si no les molesta, dejaré que los dos discutan esta noticia tan inquietante. -y luego, sin aguardar una respuesta, salió corriendo del patio.

Constanza esperaba a Sabrina en la glorieta, y todavía dolorida y sacudida por las incertidumbres que martilleaban sobre su frágil paz, ésta no se sintió en modo alguno preparada para el ataque de la otra mujer.

Un momento más tarde supo que tenía buenos motivos para sentir miedo; el estado de Constanza resultó evidente en cuanto giró para enfrentar a Sabrina. Atontada, con la mente paralizada, Sabrina contempló el vientre apenas hinchado de Constanza, vio la pena y la desdicha de los ojos oscuros que la observaban con tanta intensidad.

Tuvo conciencia de que alguien lloraba. Al principio supuso que era ella, pero después se dio cuenta, sacudida, que quien lloraba era Constanza.

-Brett Dangermond -dijo Constanza con tristeza-. Estoy embarazada de su hijo... de otro modo nunca me habría entregado a él. Confié en él... me dijo que me amaba, y sin embargo, hace apenas tres días me entero de que se casará contigo. -Lúgubre, añadió:- ¿Qué será de mí? ¿De nuestro hijo?

Un dolor como nunca había imaginado que existiera perforó el corazón de Sabrina. Había tenido conocimiento de esa relación con Constanza, pero sin sentir nunca el golpe de la realidad. Ahora lo sintió, atormentador, tremendo. La mujer había yacido en brazos de Brett, conocido sus caricias, y ahora llevaba a su hijo en sus entrañas...

Sabrina apenas tuvo conciencia de que Constanza se hallaba de pie delante de ella, no vio la expresión calculadora que cruzó por el rostro de la otra mujer antes de que Constanza se dejara caer de rodillas y sollozara:

-iDebes dejarlo! ¡Tienes que hacerla! Si no fuese por tu fortuna se casaría conmigo. ¡Sé que lo haría! ¡Lo dijo! Tu dinero es lo que impide.que mi hijo tenga un padre; tu dinero aleja de mí al hombre a quien amo.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Sabrina con voz apagada.

Con los sollozos convertidos en hipos doloridos, Constanza, rogó:

-Promét'eme que nunca le dirás que me viste. Prométeme que no le harás saber lo que he dicho. Me golpearía, si lo supiera.

Invadida por una extraña serenidad, Sabrina tocó con suavidad el hombro de Constanza. Ya nada importaba; nada sentía, sólo un bendito envaramiento.

Librodot

-Lo haré -prometió con sencillez-. Nada tienes que temer.

No me casaré con él -la voz le tembló un poco-, ahora no lo haré. Vagamente, Sabrina descubrió que lo que le resultaba tan insoportable no era el hecho de que Brett hubiera hecho el amor a Constanza... era un hombre complejo, y resultaba inevitable que hubiese habido muchas mujeres en su pasado, y aun en su pasado

más reciente. ¡Pero seducir a Constanza con promesas de matrimonio, engendrar un hijo y después no hacer lo que correspondía por el honor, porque quería la fortuna de ella, eso no podía perdonarlo!

Sabrina no supo cómo regresó a la hacienda; en un instante palmeaba, sin darse cuenta, el hombre de Constanza, y al siguiente se encontraba en el patio. Alejandro y Brett todavía se hallaban allí. Estaban sentados ante la mesa de hierro; tenían ante sí altos vasos semillenos.

Los dos hombres levantaron la vista cuando apareció, y Alejandro exclamó:

-¡Ah, estás ahí! Me preguntaba adónde habías ido. Discutíamos distintas fechas para la boda. Tu novio es un hombre impaciente... iQuiere que la boda sea antes de fin de mes!

Los ojos de color dorado ambarino se veían vacíos, las bellas facciones extrañamente inertes, cuando Sabrina dijo con sequedad:

-He cambiado de idea. No habrá boda. No me casaré con él.

En toda la escena emocional, agotadora, que siguió al asombroso anuncio, Sabrina se mantuvo imperturbable, envuelta en una cáscara helada. Ya nada parecía importarle. La confusión, la incredulidad y por último la cólera la invadieron, sin rozar el sereno vacío que le impedía sentir otra cosa que una leve indiíerencia ante las reacciones de Alejandro. El hecho de que Brett nada dijera, que su semblante estuviera sombrío e impenetrable, ni siquiera despertó una chispa de interés en ella. Cuando Alejandro dejó por fin de gritar, cuando se dio

cuenta de que nada de lo que dijese la haría cambiar de idea, Sabrina inclinó la cabeza con cortesía y murmuró:

-¿Querrían perdonarme, ahora? Tengo otras cosas que hacer

Impotente, Alejandro miró uno y otro de los rostros tensos,

Casi furioso, preguntó a Brett:

-¿No tienes nada que decir? ¿No piensas tratar de convencerla?

-¿Por qué? -replicó Brett con sequedad-. La dama sabe lo que quiere. Si no desea escucharte a ti, dudo de que nada de lo que pueda decir yo la haga cambiar de idea.

Sabrina sintió que algo se agitaba en lo hondo de su ser. ¿Objeción? molor? No pudo saberlo, ni quería saberlo; deseaba que continuase ese consolador vacío.

Parecía muy grande y viril, allí, de pie, mirándola, con las ásperas facciones como talladas en piedra, y Sabrina se sintió impotente contra la tormenta de emoción que de pronto hizo trizas la coraza que había levantado en torno. El dolor y la furia, la repugnancia y la cólera, le invadieron el cuerpo, y como no podía confiar en sí misma, temerosa de lanzarse de pronto a rasgar le y arañarle la cara, giró, decidida a poner la mayor distancia posible entre ella y Brett Dangermond.

Sólo dio dos pasos. Por ser un hombrón, Brett se movió como el rayo y su mano se curvó sobre el brazo de ella; de un tirón, hizo que lo enfrentara.

-No huyas tan pronto, querida -dijo con voz peligrosa-.

Creo que tú y yo debemos conversar un poco. Como por ejemplo, para que me informes por qué cambiaste tan de repente de idea.

Casi a tiempo, ella recordó su promesa a Constanza, de no decir nada acerca de su encuentro. Se refugió en la furia y prorrumpió:

-No tengo por qué explicarme. iY menos ante ti!

Torpe, clavó las uñas en la mano que la mantenía cautiva.

Silbó, jadeando un tanto con sus esfuerzos:

-iSuéltame! ¡No quiero hablar contigo... nunca!

El lanzó una carcajada amarga.

-No, las que son como tú nunca quieren hacer lo, ¿verdad? Juegan con las emociones de un hombre, y después, cuando se cansan del juego lo destruyen. -Le soltó el brazo y le tomó la barbilla con los fuertes dedos. Los ojos de color verde oscuro, negros por efecto de una emoción indefinible, se clavaron en los de ella.- y pensar que creí en esta cara encantadora... pensar que casi confié en ti, lirio atigrado.

Los dedos le produjeron dolor cuando le oprimieron brutalmente la mandíbula, y ella levantó las manos en un intento de lograr que la soltara.

-iNo me injuries!

-¿Por qué no? -se burló él-. Lirio atigrado es mucho más bonito que otros nombres que se me ocurren para las mujeres como tú. Nombres como... ¡pécora, traidora, ramera mentirosa!

Sabrina contuvo una exclamación, ofendida, y sus dedos se hundieron en la mano que le aferraba el mentón. Brett sólo sonrió, con una sonrisa fría, carente de alegría, que no le rozaba los duros ojos

-Casi me engañaste -bufó con suavidad-. Casi me hiciste creer... -Se interrumpió de golpe y torció la boca.- ¿Qué importa?

En fin de cuentas, fuiste una ilusión.

TERCERA PARTE

Orgullo y deseo ~
Primavera de 1806
La venganza, al Principio vista como
algo dulce,
Amarga poco después, se recoge sobre si
misma
John Milton
Paraíso perdido

19

Abril de 1806 fue un mes encantador en Nacogdoches. Por todas partes adonde iba Sabrina en esos días cálidos, dorados, veía en los prados y los bosques señales de que la vida se renovaba.

Sentada en la glorieta, en ese día de mediados de abril, Sabrina tuvo conciencia de una pesadez del espíritu, una corrosiva depresión en extraño contraste con la encantadora estación. Habría debido sentirse feliz, parte integrante del tiempo, pero en cambio se encontraba apartándose de este. Por otro lado, admitió, lúgubre, era normal que se sintiese así en esa época del año. Así se sentía en todos los meses de abril. En todos los abriles, desde que Brett Dangermond había entrado en su vida, seis años atrás.

Seis años, pensó con un sobresalto. ¿Era posible que hubiera pasado tanto tiempo desde aquel día, en el prado, en que él la sorprendió... y la besó? Con un desdichado ramalazo de placer, también recordó que ella lo había tajeado. Increíble, advertir que seis largos años habían transcurrido desde entonces, seis años en los cuales ocurrieron tantas cosas. No solo a ella, sino al mundo. Napoleón era emperador de Francia; España y sus posesiones eran apenas un peón en manos del nuevo emperador. Louisiana ya no era española. Tampoco era ya francesa... iNapoleón se había ocupado de eso! Ahora pertenecía a esos impetuosos

norteamericanos. Esos gringos, pensó Sabrina, con un fruncimiento despectivo en el labio. Inglaterra y Francia continuaban en guerra, una guerra que abarcaba a la mayor parte de Europa y que según creían muchos arrastraba de manera inexorable, a su conflagración, a los nacientes Estados Unidos. Thomas Jefferson estaba en su segundo período como presidente de Estados Unidos, y se abrigaba la esperanza, a pesar de la captura de marinos de barcos norteamericanos por parte de los británicos, y de! efecto desastroso que la guerra en Europa producía sobre el comercio norteamericano, que pudiese pilotear a su país, sin que sufriera daños, en esos tiempos peligrosos.

Jefferson enfrentaba un peligro más inmediato, y más cerca de su país: los españoles no se habían sentido complacidos con la forma en que Napoleón había vendido el territorio de Louisiana, y les desagradaba aun más que Estados Unidos hubiera mostrado la temeridad de declarar que el límite occidental del territorio era el Río Grande, que Estados Unidos, en rigor, era dueño de todo Texas. España, furiosa, insistía en que el límite era el río Sabine y que estaban dispuestos a defender por la fuerza los terrenos del oeste del río Sabine. La amenaza de la guerra pendía en el aire, y hacía ya varias semanas que tropas y pertrechos españoles afluían a Nacogdoche.- Audaces, los españoles habían enviado sus tropas a través del río Sabine, a territorio norteamericano, y la situación entre los dos paíscs era tensa y volátil. Pero de alguna manera, todos esos acontecimientos parecían estar muy lejos de Sabrina en ese hermoso día de abril.

Existían otros hechos, incidentes penosos, que habían señalado el paso del tiempo desde que Brett entró en forma tan repentina en su vida, seis años antes. Para irse también de repente, se recordó con sentimientos salvajes, haciendo caso omiso del curioso apretón de dolor de la región de su corazón. La había dejado en menos de una hora, yéndose antes que Sabrina se diera cuenta, y ella se dijo con ferocidad que se alegraba. Se alegraba de no tener que volver a mirar su cara traicionera, embustera. Pero sabía que se mentía a sí misma. Los días que siguieron a la brusca partida de Brett, fuera del período que siguió a la muerte de Elena, habían sido los más desdichados de la vida de Sabrina. Su situación era más penosa esta vez, porque cuando murió su madre, su padre y ella pudieron por lo menos consolarse el uno al otro. Pero no fue así después de finalizar sus tan breves esponsales con Brett Dangermond Alejandro estaba muy disgustado con ella, y tal vez un tanto herido y desconcertado por su comportamiento caprichoso. Una docena de veces estuvo ella a punto de comunicar el secreto de Constanza, pero la promesa hecha a la otra mujer sella-

ba sus labios. Su padre no le hizo reproches, no la censuró, sólo la excluyó, y su desagrado resultaba evidente por la forma en que la mantenía a distancia, por la frialdad con que recibía sus intentos de reconciliación.

Con el tiempo, Alejandro cedió un tanto, y el amor por su hija superó su desilusión. Parecía perplejo y ofendido, pero poco a poco se restableció una semblanza de la antigua relación existente entre ambos, aunque nunca volvió a ser la misma. Sabrina había tenido demasiados secretos para actuar como lo hizo, y Alejandro tuvo conciencia de que entre ellos se interponía cierta barrera.

La noticia de que Constanza se había ido de la región le llegó a Sabrina por intermedio de Carlos. Tres días después de la partida de Brett, Carlos llegó a la hacienda, y al encontrarla a solas mencionó con negligencia que la señora Morales había recogido de pronto todas sus pertenencias y viajado a Nueva Orléans.

Por lo menos él creía que a Nueva Orléans... alguna vez había afirmado que ansiaba viajar a España, y él se preguntaba si ese habría sido su punto de destino final. Por supuesto, dijo Carlos, habría podido ir a cualquier parte, con cualquiera...

Después que Carlos se fue, Sabrina corrió a la glorieta, y allí lloró con lágrimas amargas, furiosas, odiando a Brett por ser lo que era y odiándose por amarlo a pesar de ello. La idea de que podía estar embarazada del hijo de Brett la mantenía vacilante entre el terror de la posibilidad del embarazo y la esperanza igualmente fervorosa de que algún día llegase a tener al hijo de ambos en sus brazos. Pero luego, unos diez días más tarde, aparecieron

pruebas de que no se hallaba embarazada, y con ellas una extraña mezcla de pena y alivio, y comenzó a tratar de recuperar algún dominio sobre su vida. En esos primeros días penosos pasaba mucho tiempo a solas, casi siempre en la glorieta, y allí la encontró Ollie Fram, asi cinco semanas más tarde. Ella contemplaba, sombría, las azules aguas del lago, y miró, boquiabierta, asombrada, cuando Ollie llegó a caballo hasta la glorieta.

El corazón le palpitó con grandes golpes molestos, pero: logró decir con increíble calma:

-Vaya, Ollie, ¿qué haces aquí?

Ollie lanzó una mirada extrañamente furtiva en torno y luego se apeó de su caballo. Le entregó un sobre y masculló:

-Mi amo me dijo que no debía dejar que me viese nadie, - salvo tú. Dijo que te diera esto y que esperase una respuesta.

La misiva era breve y lacónica:

Si va a haber un niño, díle a Ollie que tu respuesta es sí. Si es sí, volveré enseguida y me casaré contigo. Brett

Durante un momento diminuto, débil, Sabrina deseó con apasionamiento poder decir que sí, pero entonces surgió ante ella el semblante trágico de Constanza, y su boca se deformó. Hizo pedazos, en forma deliberada, la nota, con una dura expresión decidida en los ojos dorados ambarinos. Dijo con frialdad:

-iPuedes decirle a "tu amo" que la respuesta es no!

Resultó evidente que Ollie se sentía desilusionado. Sus ojos pardos se clavaron, esperanzados, en ella, y preguntó:

-¿No cambiarás de idea? -Cuando Sabrina guardó un silencio helado, él continuó, con mayor energía:- Señorita, estas últimas semanas han sido, bien, no lo envolveré en ropa limpia... han sido condenadamente espantosas. No sé cuándo ha estado mi amo más abatido, y al mismo tiempo más maduro y preparado para

buscarse problemas.

Sabrina supuso que habría debido sentirse conmovida porque Brett no la dejó para que encarase a solas el problema de un hijo, pero no fue así. El saber que no le había costado esfuerzo alguno dejar a Constanza sola en el mismo estado le corroyó el corazón como un ácido. Y el saber que durante todas esas semanas

en que ella sufría espantosamente, preguntándose dónde estaría y qué haría, él se encontraba al otro lado del río Sabine, en el pequeño puesto avanzado de Natchitoches, en el territorio de Louisiana, no le sentó muy bien. Dijo, con rigidez:

-Puedes decirle que lamento que haya pasado momentos desagradables... en especial porque eso era tan inútil. Pero mi respuesta no se modifica.

Ollie la miró con disgusto. Meneó la cabeza y dijo, gruñón:

-iNunca los entenderé a ustedes, los aristócratas! jAhí está el amo, fingiendo que le importa un rábano, que no significas nada para él, y aquí estás tú, haciendo lo mismo, cuando se ve muy a las claras que los dos mienten como endemoniados!

-Ollie, no servirá de nada. Mi respuesta sigue siendo no. Díselo.

La sonrisa de Ollie se desvaneció, y sus ojos pardos le escudriñaron el semblante con intensidad. Lo que vio debió de haberlo convencido de que todo era inútil, porque lanzó un pesado suspiro y dijo, sombrío:

-Muy bien, señorita. -Se volvió y montó de nuevo. De pronto dijo con precipitación, mordiéndose, nervioso, el labio inferior:- Señorita, ¿quieres tener la bondad de transmitirle un mensaje a Lupe?

-¿A Lupe? -repitió Sabrina, perpleja.

Ollie asintió con energía y dijo rápidamente:

-Lupe Montez. Trabaja en la cocina.

-Oh, sí, por supuesto... la ahijada de Bonita -respondió Sabrina con expresión de curiosidad-. ¿Qué quieres que le diga?

-Sólo que no mentía cuando le dije las cosas que le dije -masculló Ollie con timidez-. Dile que me espere. Es posible que sólo esté ausente un año, o quizá sean diez, pero si siente como espero que sienta, me esperará cuando regrese. Y volveré.

Sin una palabra más, hizo girar a su caballo y desapareció. Mucho tiempo después que cesó el sonido del paso de su caballo por el bosque, Sabrina permaneció allí, mirando hacia el espacio, Sin ver. Ahora que lo recordaba, se daba cuenta de que fue entonces cuando comenzó a encarar la realidad y dejó de atesorar la ilusión que había sido su amor por Brett Dangermond. Lo dejó repo-sar como un sueño querido que se había convertido en una pesadilla, y con energía feroz recogió los hilos dispersos de su vida anterior. Transmitió a Lupe el mensaje de Ollie, y al ver el leve resplandor en los grandes ojos oscuros de la joven, al ver el suave rubor que le encendía las mejillas, Sabrina conoció la envidia. Lupe tenía esperanzas, por lo menos. Pero el transmitir el mensaje de Ollie a Lupe también había atraído la atención de Sabrina hacia la muchacha, y unos meses más tarde, cuando Bonita encaró el tema de adiestrar a alguien para que se hiciera cargo de algunas de sus tareas, Sabrina se sorprendió sugiriendo a Lupe, como al descuido. Bonita se sintió complacida, y Lupe, una joven dulce, suave, resultó ser lista y rápida para aprender lo que se esperaba de ella. Mientras Sabrina pensaba en Bonita, el rostro se le nubló. ¿Había sabido ésta que su tiempo era limitado, cuando quiso empezar a adiestrar a alguien para que algún día ocupara su lugar? ¿Adivinó que en menos dc un año, a finales de 1801, moriría en una de las tantas epidemias de fiebre que arrasarían la rcgión? El destino, pensó Sabrina con una mueca lúgubre. El destino era el que hacía esas cosas tan extrañas. ¿Fue cl dcstino el que en el otoño de 1804 hizo que el tío Luis fuese corneado y muerto por uno de los toros que acababa de comprarle a su padre? Se estremeció al recordar ese día espantoso. ¡Pobre tia Francisca! ¿Quién habría pensado que la muerte del tío Luis la cambiaría de modo tan drástico? Ya no existía la bruja dominadora, franca, que había gobernado la casa de los de la Vega con mano de hierro. En su lugar quedaba una mujer lastimosa, quebrada, A lo largo de los años, la hacienda de la Vega se había reducido en gran medida, y después de la muerte de Luis, Carlos resolvió venderla. Con los negros ojos entrecerrados, la boca convertida en una línea torva, había dicho a Sabrina:

-¿Por qué habría de conservar la? Nada significa para mí...en especial porque la mujer a quien amo no la compartirá conmigo-. Sabrina se había alejado, deprimida por el hecho de que después de tanto tiempo él pareciera quererla tanto. Alejandro se había sentido muy acongojado, no solo por el fallecimiento de Luis y por el trágico cambio producido en su hermana, sino por la decisión de Carlos, de vender su casa natal. Hubo muchas discusiones prolongadas, no siempre amistosas, entre los dos hombres, pero a la larga Alejandro dijo a Sabrina:

-Carlos es tal vez más listo de lo que creía. No quiere quedar en deuda conmigo, aunque le he explicado muchas veces que no debe preocuparse por eso. Pero como señaló, con la venta de la hacienda y varios cientos de hectáreas, puede pagarme y empezar otra vez, con un capital nuevo. No puedo censurarlo porque

quiera saldar la deuda y administrar las tierras restantes a su manera. Es posiblc que la muerte de Luis sea el comienzo de la vida para él. Francisca y Carlos fueron a vivir con Sabrina y su padre, después de la venta de la hacienda de la Vega. En ese momento pareció una solución lógica, pero Sabrina nunca se acostumbró a compartir la casa con su tia y su primo. Era extraño, pensó Sabrina, melancólica, cómo el paso del tiempo, desde la partida de Brett, parecía señalado por la muerte. Primero Bonita, después el tío Luis y por último, apenas un año antes, en enero de 1805, su padre...Contuvo un pequeño sollozo y ocultó el rostro entre las manos. ¿El dolor de la muerte de éste no la abandonaría nunca?

¿Pensaría siempre en él y sentiría esa aguda necesidad de ver una vez más su rostro amado? ¿Para decirle que lo amaba? ¿Que a pesar de todas sus diferencias, era el mejor padre que una joven podía tener nunca? La muerte de Alejandro fue súbita y violenta: cabalgaba a casa, un día, desde Nacogdoches, cuando, según se suponía, lo había atacado un bandido

solitario. En el polvo, cerca de su cuerpo había señales de lucha, una lucha que perdió Alejandro, por-

que tenía clavado en el corazón un estilete con mango de nácar. Sus objetos de valor habían desaparecido, inclusive el tan querido brazalete de turquesa y plata que le había regalado Elena. Sabrina cayó en un estado de shock cuando Francisca se lo contó, incapaz de creer que su padre nunca regresaría a casa, que nunca volvería a sentir el consuelo de sus brazos en torno de ella, nunca más lo oiría llamarla "su pequeña" con ese tono afectuoso y bromista. Y cuando la sacudida se fue disipando, se comportó como una mujer salvaje, poseída por el feroz deseo de encontrar al asesino de su padre, de vengarse del modo más espantoso posible. Pero aunque los vaqueros de del Torres recorrieron la zona, y si bien Sabrina ofreció una suma exorbitante como recompensa a quien encontrase al asesino de su padre, nunca se halló al atacante de Alejandro.

Francisca y Carlos fueron su baluarte en las primeras semanas que siguieron a la muerte insensata de Alejandro. Se mostraron bondadosos en exceso, y Sabrina se sintió patéticamente agradecida, con un gran afecto hacia su tía. Durante un tiempo las dos mujeres se apegaron la una a la otra, ya que ambas habían perdi-do a los hombres más importantes de su vida, con una diferencia de unos pocos meses, pero luego Sabrina encontró que el constante machacar de Francisca con las muertes resultaba asfixiante y mórbido. La deprimente presencia oscura de Francisca no alentaba las risas, o siquiera el placer, caviló Sabrina, y de pronto deseó que su tía y Carlos no continuaran viviendo con ella. Sospechaba que, librada a sus propias fuerzas, no habría levantado una barricada frente a sus amigos y vecinos.

Un amargo resplandor le encendió los ojos de color dorado ambarino y un intenso sonrojo le cubrió las mejillas cuando recordó el día espantoso en que la enormidad de la traición de su padre quedó en claro. Hacía casi un año desde el momento en que tuvo conocimiento del abrumador contenido del testamento de

Alejandro. Todavía ahora, el solo pensar en ello la arrancaba de la apatía que parecía tan natural en ella. Apretó la boca, endureció la mandíbula. ¿Cómo pudo hacerme eso?, pensó, furiosa. Alejandro no la había desheredado, pero de tanto en tanto, cuando la dominaba la cólera, Sabrina deseaba que lo hubiese hecho. ¡Cualquier cosa habría sido mejor que lo que hizo! Cuando lo analizaba en forma racional, en verdad no habría I debido sentirse tan anonadada... por lo menos un centenar de veces antes que él muriera, Sabrina había escuchado a Alejandro quejarse, perplejo:

-iHabría sido una unión tan maravillosa! iNo te entiendo,muchacha! ¡Habría sido tan bueno para ti, un esposo tan excepcionaL.!

Sonrió, torva. Bien, no podía obligarla a casarse con Brett, pero hizo todo lo posible para que éste se colgara de su cuello como una cadena, por el resto de su vida. Ella era la única heredera de su padre, y al escuchar la voz precisa del abogado, ese día, Sabrina no se asombró al descubrir que le habían sido legadas todas las pertenencias de Alejandro. El codicilo del testamento fue lo que provocó el furor, y lo que la dejó tan resentida y furiosa con Alejandro: Brett Dangermond había sido nombrado su único tutor. Como una potranca de lujo, le fue entregada a él, para que hiciera lo que quisiese. Todo sería controlado por Dangermond... hasta que ella se casara. El problema –y eso era lo que enfurecía a Sabrina tanto como la tutoría- consistía en que Brett debía dar su consentimiento para quien se convirtiese en su esposo. Si no lo hacía, toda la fortuna de del Torres, salvo una modesta suma anual para ella, pasaba a ser de él. Sabrina hizo rechinar los dientes. ¡Dios! ¡Cómo se había enfurecido ese día! Pero la furia de Francisca fue aterradora, y todavía ahora su tía no podía pronunciar el nombre de Alejandro. Carlos se mostró tan anonadado como Sabrina, pero aunque vociferó y desvarió después que el abogado se fue, de los tres fue quien más rápidamente aceptó el testamento de Alejandro.

-¿No te importa que quede bajo el dominio total de él?

¿Que sea prácticamente mi dueño? -le preguntó, desconcertada.

Carlos la atrajo hacia sus brazos y sus labios le rozaron el cabello con suavidad.

-iPor supuesto que me importa, querida! -murmuró-. Pero hasta que Dangermond actúe, no puedo hacer nada. – Echó la cabeza hacia atrás y preguntó:- ¿A menos que hayas cambiado de idea y quieras convertirme en el hombre más feliz del mundo diciéndome que serás mi esposa? Juntos, estoy seguro de que podemos anular el maldito codicilo.

Sabrina le sonrió con tristeza.

-Si pudiera amarte de ese modo, lo haría. Pero eres mi amigo, mi primo... no mi amante.

-Podría serIo -dijo Carlos con voz ronca- podría serIo, si me dejaras que lo fuese.

Sabrina lo miró con cautela; el día aterrador de la glorieta estaba muy lejos, pero no había sido olvidado.

-Carlos, siempre serás mi amigo. Nada más -dijo con suavidad.

El suspiró y la soltó.

-Por fortuna viajaré mañana a Ciudad de México. -Con un brillo burlón en la mirada, susurró con tono ligero:- Tal vez allí encuentre a una hermosa heredera pelirroja que ocupe tu lugar en mi corazón.

Sabrina replicó, con sinceridad:

-iAh, ojalá que así sea! ¡Cuán dichosa me haría eso!

Carlos hizo una mueca y se alejó. Al día siguiente partió en su largo viaje a Ciudad de México, para vender un importante rebaño del ganado de del Torres y de la Vega.

Sabrina supuso que una parte de la razón de que estuviese tan triste, ese día, era que echaba de menos a Carlos. Durante los meses transcurridos desde el fallecimiento de Alejandro, restablecieron a tientas sus relaciones. Al quedar a solas con la tía Francisca, descubrió que ansiaba la fácil compañía de Carlos.

Con él a su lado, por lo menos a veces existían momentos de risas. Pero no sólo la partida de Carlos ocupaba sus pensamientos. El problema irritante de la tutoría había comenzado a agigantarse y a hacerse más aterrador. En las semanas que siguieron a la lectura del testamento, Sabrina esperó con furia e impaciencia la

llegada de noticias de Brett; sólo recibió una carta cortés de un abogado de Nueva York, en la cual se le informaba que su tutor se hallaba en esos momentos fuera del país, y que en cuanto regresara se ocuparía de las obligaciones de su tutoría. Por el momento, Sabrina frunció el ceño, recordando un extraño incidente de octubre pasado. Se encontraba en la glorieta, tendida en los cojines, cuando escuchó los sonidos de un caballo que se aproximaba. Se incorporó un poco y el corazón se le detuvo, casi literalmente, cuando vio, por entre las sombras del bosque, la alta figura morena montada en un padrillo bayo. Las facciones del jinete se hallaban ocultas por el ala gacha del sombrero, y la parte inferior de la cara quedaba cubierta del todo por una densa barba negra, pero durante un momento extrañamente extático Sabrina tuvo la certeza de que era Brett. Había algo de él en la arrogancia con que montaba, en la anchura de los hombros, en el porte orgulloso... Durante un segundo intemporal, hombre y caballo parecieron paralizarse cuando ella se puso de pie e hizo conocer su presencia en la glorieta. Y después, como una aparición fantasmal. se desvanecieron en las lobregas sombras del bosque, y Sabrina se preguntó si no lo habría soñado todo. Suspiró y apartó a un lado el inquietante recuerdo, al saber que no había podido tratarse de Brett. De lo contrario, no cabía duda de que él habría hecho algo más que mirar y después alejarse, pensó con una sonrisa torcida. Su cólera inicial respecto de la tutoría fue disminuyendo, e incluso una parte de su resentimiento contra Alejandro, pero la certeza de que algún día Brett Dangermond volvería a su vida

pendía sobre su cabeza como una sentencia de muerte. Sólo podía esperar ... e interrogarse. Se puso de pie; de pronto se sentía mejor; mejor y más dueña de sí. Miró con desagrado el vestido de seda negra que lIevaba puesto. Era hora, decidió. de dejar a un lado su luto y hacer frente al mundo... así lo habría querido Alejandro.

Llegó de nuevo a la haciertda. unos momentos más tarde, y atravesaba el patio trasero cuando apareció Clemente.

-Señorita Sabrina -dijo él con un leve fruncimiento del entrecejo- hay alguien que quiere verla.

-¿Quién?

El pareció desconcertado.

-No sé. Un joven. Pidió verla. Parece conocido, y sin embargo...

Con una chispa de interés, Sabrina se encaminó con rapidez a la parte del frente de la hacienda. Un caballo se encontraba atado al poste de madera, y un joven alto y delgado estaba junto a él. Se veía a las claras que los dos habían hecho un largo viaje.

Con evidente curiosidad. se acercó al joven.

-¿Sí? -dijo cuando estuvo lo bastante cerca como para hablar-. ¿De qué se trata?

El joven se volvió y la miró; su rostro no muy hermoso le resultó vagamente familiar. Tuvo la sensación de haberlo visto otra vez. Su mirada lo recorrió. meditativa, y abarcó su delgado cuerpo de un metro ochenta, el cabello castaño oscuro y los despiertos ojos pardos.

-¿ Te conozco? -preguntó ella al cabo-. Me recuerdas a alguien.

-iQue me condenen si no es así! -dijo el hombre-. Te dije que volvería, ¿no es cierto. señorita?

-iOllie! -exclamó Sabrina.

20

¡En efecto, era Ollie! Había crecido mucho en estatura en los últimos seis años, y ahora, a los veinticinco, tenía varios centímetros más. Sus rasgos faciales ya no se parecían a los de un monito sabio.

-Cuando yo y el amo llegamos por fin a casa el verano pasado, le dije que era hora de que cumpliese con mi promesa a Lupe. ¡Me llevó meses enteros convencer lo! -Dirigió un enorme guiño a Sabrina-. y además, ahora que ha resuelto terminar con sus vagabundeos, nos necesitará, a Lupe y a mí, para dirigir su casa.

Con los ojos inundados de pronto de risa, Sabrina dijo con calidez:

-iOh, Ollie, cómo me alegre de volver a verte! -murmuró, burlona:- Pero no debo retenerte... estoy segura de que hay otrapersona con quien preferirías hablar en este momento.

-Hmmm, ¿está ella? ...

-¿ Te preguntas si Lupe sigue estando aquí? -preguntó Sabrina con tono ligero, con una sonrisa agazapada en las comisuras de los labios. Ante el vigoroso asentimiento de Ollie, agregó:- ¡Por supuesto que está! Se ha convertido en mi doncella. Pero ahora no te diré nada más. Tú mismo tienes que hablar con ella.

Ante la orden de Sabrina, la puerta se abrió con lentitud y Lupe quedó enmarcada en el vano, con los ojos oscuros muy abiertos y expectantes. Como no vio a Ollie enseguida, Lupe pregunto con suavidad:

-Señorita, ¿es verdad que mi Ollie ha llegado?

Este emitió un sonido ahogado, y los ojos de Lupe se desviaron en el acto en esa dirección.

-Ollie, querido, ¿eres tú? -suspiró, examinando su estatura y su hermoso rostro.

Ollie asintió, aturdido, y sus ojos recorrieron, hambrientos, el esbelto cuerpo de Lupe, los delicados huesos de su cara, memorizando, asimilando los cambios producidos en ella por los seis, años transcurridos. Era apenas una niña la última vez que la vio y ahora era una joven encantadora. Durante largos segundos in temporales, los dos se miraron a través de la breve distancia que los separaba. Sabrina salió de la habitación en silencio. El placer inicial de la inesperada llegada de Ollie se disipaba un tanto, y aparecía en cambio un sentimiento profundo de inquietud. ¿Ollie le traía algún mensaje de Brett? ¿Terminaría por fin esa terrible espera? Pero una mirada al semblante tormentoso de Lupe, media hora más tarde, cuando la joven entró en su habitación, le dijo que algo había salido mal. Muy mal.

Sabrina se levantó del banquillo en el cual había estado sentada y preguntó con preocupación:

-¿Lupe? ¿Qué ocurre? ¿Por qué te ves tan desdichada? Tu Ollie ha vuelto, y después de escucharte durante años en tus lamentaciones por él, de oírte hablar acerca de tus inquietudes en el sentido de que pudiera encontrar a otra, de que nunca regresaría a buscarte, se me ocurre que habrías debido mostrarte extática.

Los grandes ojos de Lupe se llenaron de lágrimas.

-iOh señorita, estaba tan feliz! Y él se ha convertido en un hombre tal, que supe que mi corazón había hecho bien en esperarlo -miró, desdichada, el semblante inquieto de Sabrina- ¡pero quiere que te deje! iQue vaya con él a Nueva Orléans! -Con el rostro contraído, y sollozando, corrió a rodear la cintura de Sabrina

con los brazos.- iLo amo tanto! -exclamó-. iY había esperado y ansiado tanto su retorno, pero ahora estoy partida en dos! No soporto dejarte a ti, a mi familia, a mis amigos, todo lo que he conocido desde siempre, y viajar tan lejos con un hombre a quien apenas conozco. Lo amo -dijo con sinceridad- pero no lo conozco.

Con una sonrisa, Sabrina se volvió y preguntó:

-¿Dónde está Ollie ahora? No habrás hecho que se fuera, ¿verdad?

Lupe se mostró horrorizada.

-iOh, no! No podría hacer que se fuese cuando acaba de llegar, no sería amable. ¡Además ha dicho que no se irá sin mí! Ollie repitió esta afirmación unos minutos más tarde, cuando Sabrina bajó a su encuentro, en la salita donde la aguardaba.

-Señorita -dijo sin rodcos- no me iré de aquí sin ella.- Desconcertado, agregó:- ¡No la entiendo! Se muestra tan feliz como una alondra al verme, promete casarse conmigo y luego, cuando le hablo de vivir con el amo, me pone una cara agria. ¡Mujeres!

Sabrina dijo, apaciguadora, aunque le resultaba un tanto extraño actuar como pacificadora entre dos enamorados:

-Dale tiempo, Ollie. Tu llegada ha sido una gran sorpresa para todos nosotros.

-iPero yo dije que volvería! -protestó él-. Y debe de haberlo creído, porque esperó durante todo este tiempo.

Sabrina asintió con lentitud.

-Lo sé. Pero una cosa es soñar con algo, ansiarlo con todo el corazón, y otra distinta es que te lo den. Los españolcs tenemos un proverbio: "Ten cuidado con lo que le pides a Dios... es posible que te lo conceda." ¿No entiendes? me veras esperabas regresar un día, después de una ausencia de seis años, casarte con Lupe y partir al día siguiente?

Una sonrisa tímida curvó la boca de él.

-En verdad, no -admitió a desgana-. -Pero el amo dijo... –Se interrumpió, con la cara casi cómica de congoja.

-¿Qué ocurre? -interrogó Sabrina.

-iPor Dios, señorita, lo olvidé! -prorrumpió Ollie, turbado. Con tono de disculpa, añadió-. En medio de toda la excitación, me olvidé de darte su carta.

La cara de Sabrina palideció, pero dijo, con bastante serenidad:

-Estoy segura de que eso es comprensible.

-iSiempre supe que eras una gran persona, señorita! –dijo Ollie, admirado, mientras buscaba la carta en su camisa. Al hallarla, se la tendió a Sabrina con expresión preocupada.

-Señorita -dijo, vacilante- no sé qué pasó entre ustedes dos, pero fue un golpe muy fuerte para el amo. No ha vuelto a ser el de siempre, y en estos últimos años... bien -continuó con más energía- estos últimos años han dejado su marca en él, lo han cambiado. Siempre fue un ,hombre duro, pero ahora, salvo ante muy

pocas personas, es frío como el acero. Ahora bicn, no sé qué dice esa carta que te escribió, pero te diré lo siguiente: no se sintió muy complacido cuando conoció el testamento de tu padre.

-Gracias -respondió Sabrina con helada cortesía-. Y ahora, ¿quieres dejarme a solas con mi carta...?

-¡Así lo haré, señorita! -respondió Ollie con rapidez. Pero luego, como si viese por primera vez su vestimenta negra, agregó, en voz baja:- ¿Señorita? Lamento lo de tu padre... tenía la intención de decirte algo en cuanto te vi. -Con los ojos castaños henchidos de simpatía, agregó:- Don Alejandro era un buen hombre; es-

toy seguro de que lo echas mucho de menos. -Vaciló, sin saber si debía continuar, pero después hizo una profunda inspiración y añadió:- Señorita, el amo sintió mucho la muerte de tu padre. Se mostró más furioso de lo que nunca lo he visto, y juró que algún día hallaría al asesino.

Con el semblante endurecido en líneas torvas, abrió la carta y la leyó. Se dio cuenta de que Ollie había tratado de prevenirla, y supuso que le estaba agradecida. Pero nada habría podido dominar la furia que estalló dentro de ella cuando la golpeó el sentido de la carta de Brett. ¡Dios! ¡Qué cerdo arrogante! No había saludo alguno, ni mención alguna de condolencias, ni una sola palabra personal. Sólo hechos concretos y órdenes frías, insensibles. En la semana siguiente, escribía Brett, tomaría el control absoluto de todas las facetas de su fortuna. Pronto se adoptarían decisiones respecto de dónde viviría ella y cómo. Lo mismo regía en lo referente a las personas con quienes se le permitiría re-lacionarse, y cuándo. El agente comercial de Alejandro en Nueva Orléans ya le había informado del estado actual de las finanzas, y el agente de la familia en Ciudad de México enviaría su informe lo antes posible. Entretanto, debía quedarse donde estaba...Había desaparecido el letargo de los últimos meses. El sentimiento de impotencia. Rasgó en tiras la carta, furiosa. Miró con ira los trozos de papel, deseando poder destruir a Brett Dangermond con la misma facilidad.

Cuando anunció a su.perpleja familia, unos minutos más tarde, que tenía la intención de viajar en la semana, hubo un silencio de aturdimiento. Después se elevó un parloteo de voces, algunas plenas de objeciones, otras que expresaban excitación. Fuesen cuales fueren las opiniones, resultaba muy claro, por la firmeza de su mandíbula y la expresión de su mirada, que la señorita no se dejaría conmover: ¡Iría a Nueva Orleáns!

La decisión de Sabrina, de viajar a Nueva Orléans, no hizo otra cosa que reforzar la insistencia de Ollie, de que él y Lupe se casaran enseguida. Al principio, ésta se resistió con empecinamiento, afirmó que era injusto, pero sabía que lo amaba y se permitió dejar a un lado sus dudas. El matrimonio se arregló de prisa, pero Sabrina pensó, el miércoles por la tarde, mientras los veía recitar sus juramentos ante el sacerdote de Nacogdoches, que era maravilloso. Los jóvenes recién casados se veían envueltos de un aire tal de dicha, de tal calidez y buenos deseos, que sintió que las lágrimas le hacían arder los ojos. Para gran disgusto de Francisca, la partida a Nueva Orleáns se vio demorada unos días a causa de la boda. La demora no le molestó, pero sí el motivo de ella.

-Son sólo criados -bufó, y ante la expresión de asombro de Sabrina, agregó:- Los consientes demasiado. ¡En el Rancho de de la Vega nunca habría permitido que un simple criado desorganizara mis planes!

Prudente, Sabrina se mordió la lengua, preguntándose cómo soportaría el largo viaje incómodo a Nueva Orléans. Me enseñará a ser paciente, se dijo, virtuosa, la noche anterior al día en que debían viajar. Paciencia y dominio de mí y contención y tolerancia y...

El viaje resultó casi agradable. El tiempo era bueno, no hubo tropiezos ni accidentes, y no fueron mol.estadas por los bandidos y los salteadores que acechaban a lo largo de la senda. Para Ollie y Lupe, el viaje a Nueva Orléans fue una aventura singular. Recién casados, cada vez más enamorados a medida que pasaban las horas, encontraron que los largos días de lentos "ajes por los eriales casi tropicales eran un placer para los amantes. Y las noches...

Cuanto más se acercaban a Nueva Orléans, más tensa se ponía Sabrina. Hablaba a Lupe con sequedad, era lacónica con su tía y hacía que Ollie la mirase a menudo con asombro. Casi siempre se mostraba contrita enseguida, mortificada por tener tan poco dominio sobre sí, pero nada parecía atenuar la inexorable ten-

sión que se acumulaba dentro de ella. Era una masa de nervios tensos, y la cólera y el resentimiento pugnaban con un extraño e insistente sentimiento de excitación y expectativa. El hecho de que la idea de ver de nuevo a Brett pudiera provocar emociones tan violentas, tan contradictorias, no hacía más que aumentar el sentimiento de cólera impotente de Sabrina.-

Lo que la turbaba no era la idea de la guerra con Brett, sino el amargo conocimiento de que a pesar de todo continuaba ejerciendo una siniestra fascinación sobre ella. Tenía miedo de esa fascinación, y sin embargo era impotente contra ella, deseaba ver lo, ansiaba ver ese rostro antes amado, aunque sabía muy bien que esas bellas facciones escondían una naturaleza egoísta e implacable. ¿ y cómo reaccionaría ante la repentina e inesperada apari.

ción de ella en su vida? ¿Con cólera y furia? ¿o trataría de seducirla otra vez? ¿De conquistarla para la obediencia ciega, enamorada, como casi lo había logrado seis años antes? Sabrina apretó la boca, y los ojos de color dorado ambarino brillaron, airados. ¡Nunca! Jamás podría hacer que olvidara el pasado, nunca la engañaría como otrora. Ahora lo conocía y estaba dispuesta a luchar contra él, luchar por lo que le correspondía por derecho. ¿Pero podría ganar?, preguntó su mente con astucia. Al recordar la forma en que la había besado junto al lago, aquella noche de luna, y al recordar lo que sintió al yacer entre sus brazos, se estremeció y deseó haberse quedado en la hacienda, segura, lejos del peligro que él representaba para su tonto corazón. Pero después, colérica, apartó a un lado los pensamientos traidores... no era una cobarde. Nunca huiría de una pelea, y enfrentaría el futuro con orgullo, desafiante. Además, se dijo con aspereza, ies más probable que me reciba con una guerra abierta que con los brazos abiertos!

La casa de Brett en Nueva Orléans se encontraba en la zona más poblada de la ciudad, al este de la calle Dauphine, no lejos del río Mississippi. Ollie tomó la delantera y los guió directamente a la casa de tres pisos, más bien elegante, que desde su envidiable ubicación de la calle Condi tenía por el momento una vista del

poderoso río que había llevado allí a los franceses en 1718, como colonizadores.

Al recordar que seis años antes Brett se encontraba al borde de la ruina, después que el huracán destruyó su plantación, Sabrina observó con incredulidad las dimensiones imponentes de la casa estucada, de techo de tejas. Ollie los escoltó con eficiencia hacia el costado de la casa y condujo con rapidez al grupo a través

de un portón de delicados hierros forjados, que se abría en el camino para vehículos.

Con las piernas de pronto débiles, el corazón latiéndole con frenesí, Sabrina se deslizó con lentitud de la silla. ¿Por qué le había parecido tan importante enfrentarse cara a cara con Brett Dangermond?

Furiosa consigo misma, en cuanto sus pies calzados con botas chocaron contra el suelo, cuadró los delgados hombros. ¡No se dejaría intimidar por el simple hecho de volver a vello! Era fuerte, fuerte y lo bastante lista para no dejarse inquietar por su turbadora presencia.

Había un aire de reposo, de gracia, en ese lugar encantador. Varios balcones daban al patio desde el segundo y tercer pisos de la casa, y sus barandas de delicado hierro forjado, como de encaje, se encontraban festoneadas por trepadoras y flores subtropicales. Abanicos y graciosas puertas con arcada también miraban hacia el patio; el suave color ocre de las paredes de la casa resultaba excepcionalmente agradable a la vista. Sabrina pensó, asombrada, que era un lugar elegante. Cruzó el patio con pasos lentos, hacia un par de puertas ventanas ubicadas en la parte principal de la casa. Una extraña sensación de temor y expectativa la impulsaba hacia adelante. Cuando se fue acercando, vio un tramo de anchos escalones de madera situados a corta distancia de las puertas ventanas, y que parecían desaparecer al doblar en ángulo, hacia el segundo piso

del ala de su derecha. Se detuvo, a pocos pasos de ellos, sin saber si golpear en las puertas o subir. La parte superior de la escalera en ángulo quedaba oculta

de la vista, pero al oír los firmes pasos que bajaban, Sabrina sintió de pronto que se le secaba la boca. Tuvo conciencia de que las palmas de las manos se le ponían pegajosas, y una vez más deseó haberse quedado en Nacogdoches... era mucho mejor enfrentar al enemigo en

terreno conocido, y se dio cuenta de que, sin quererlo, le había otorgado una ventaja al ir a Nueva Orléans. Ahora la batalla se desarrollaría en el terreno de él. Casi como si prolongara cn forma dclibcrada el .suspenso, el hombre continuó bajando con pasos calculadamcnlc lentos. Se vio una mayor porción de su cuerpo, los pantaloncs de color ante pegados como una segunda piel a las podcrosas pantorrillas y a los muslos; un ancho cinturón de cuero pardo envolvía la delgada cintura. Con la parte superior del cuerpo todavía oculta entre las sombras de la casa, el hombre se detuvo, con una fuerte mano

bronceada apoyada con ligereza en la baranda. El leve aroma del tabaco rozó la nariz de Sabrina, y vio un charuto humeante en su otra mano, antes de que se lo llevara a la boca. Bajó un poco más; la camisa blanca, de hilo, nada ocultaba

del musculoso cuerpo que revestía. La llevaba abierta en el cuello, y la fuerte columna de su garganta aparecía oscura conlra la blancura de la camisa. Indolente, continuó descendiendo, y Sabrina reconoció en el acto la barbilla obstinada, la dura línea de la mandíbula y la boca cincelada.

El corazón le palpitaba con tal frenesí, que pensó que estaba a punto de ahogarse, y cuando por fin la luz del sol cayó de lleno sobre las hermosas facciones arrogantes, se sintió casi aliviada. \En cierto sentido, lo peor había terminado; estaban cara a cara. os últimos seis años habían dejado su claro sello en el : fuerte rostro masculino: atractivas arrugas irradiaban, leves, de las comisuras de color verde jade, y en las delgadas mejillas se veían surcos cínicos- Con un sobresalto, Sabrina se dio cuenta de que ahora él tenía treinta y cuatro años. El denso cabello negro azulado brillaba al sol. Cerca de sus sienes podía verse un leve espolvoreo plateado, muy elegante, y sobresaltada por la intensidad del impulso, sintió la necesidad de tocarlo, de acariciar los pocos cabellos de plata que crecían allí. Con su gracia de animal de presa, descendió los últimos es.

calones, con una expresión insondable en el rostro mientras daba otra chupada al charuto; la emoción de los ojos de color verde jade quedaba oculta por las pestañas asombrosamente largas. Lentos, insolentes, los ojos de color verde oscuro la recorrieron, y en el acto ella tuvo conciencia de su vestido polvoriento,

manchado por el viaje, de su cabello peinado en una larga trenza que le caía sobre el hombro izquierdo. Un sombrerito de castor, un tanto gastado, de ala muy angosta, le protegía la cabeza del sol ardiente; sus botas estaban sucias y raspadas por el viaje, y tuvo desdichada conciencia de su aspecto nada pulcro. Disgustada de pronto por la situación, apretó con más fuerza la pequeña fusta de

cuero que llevaba, y levantó la barbilla con gesto de desafío.

Brett advirtió los movimientos y esbozó una sonrisa sardónica. Se acercó, estiró la mano y tocó la reluciente trenza de cabello ígneo. En un movimiento que era a la vez una caricia y una amenaza, tironcó de la trenza y murmuró, con una nota extraña en la voz: i

-Mi pupila. Mi dulce, obediente pupila que viene a visitar su malévolo tutor.

21

Horas más tarde,- cómodamente ubicada en una serie de habitaciones de elegante mobiliario, Sabrina se preguntó cómo se había abstenido de golpearlo con su fusta. Tal vez porque sabía que Francisca se hallaba allí, detrás de ella; quizá por la fría promesa de los oscuros ojos verdes. No lo sabía; sólo sabía que continuaba enojada y ardiendo de resentimiento.

Las habitaciones que se habían dado a Sabrina miraban al patio y contaban con un balcón de hierro como los que había visto antes. Un par de puertas ventanas se abrían al balcón, y clla las abrió de par en par con un movimiento irritado.

Apenas anochecía, y el patio, abajo, se hallaba cubierto de pálidas sombras; la gloria de los vívidos colores quedaba atenuada por la oscuridad que caía. Pero a Sabrina no le importó que todo fuese sombras debajo de ella; se encontraba demasiado atareada merodeando por los

estrechos límites del balcón, pensando en ver a Brett de nuevo, temiendo cl siguiente encuentro, pero ansiándolo.

Si las facciones de Brett revelaban los cambios producidos por los seis años, lo mismo ocurría con las de Sabrina, y en muchos sentidos esos cambios eran más perceptibles en ella que en él. Era una mujer-niña la última vez que se vieron; ahora el atrayente rostro que Sofía había pensado que Sabrina poseería alguna vez resultaba evidente con toda claridad. Y era una cara atrayente, al borde de ser bella de verdad. Alta, ya crecida tenía un par de centímetros menos del metro ochenta, y poseía la gracia física y el cuerpo pleno de una valquiria, así como el espíritu feroz que acompañaba a las míticas doncellas de Odín, el dios noruego de la guerra. Pero a pesar de sus formas voluptuosas, había en ella una engañosa delgadez, y el pleno busto altivo y las caderas de suave curva complementaban el

esbelto cuerpo de largos miembros. Pero también había otros cambios en ella, y no sólo los engendrados por la maduración dc su rostro y su cuerpo. El dolor y

la desdicha padccidos durantc los últimos scis años eran evidentes para la mirada capaz de discernirlos. Otrora la preferida de un padre amado, el orgullo del Ran-cho del Torres, había estado henchida de alegría, ávida y confiada en su futuro, inocente en muchos sentidos en lo referente a la realidad de la vida. Pero eso ya no era así. Traicionada por el hombre a quien amaba, huérfana a causa de la muerte de su padre, esta Sabrina era una joven muy diferente de la que Brett había conocido tanto tiempo atrás, en la primavera, en Nacogdoches. Y sin embargo, por debajo, esperando con impaciencia para liberarse de la oscuridad y la tristeza que la envolvían, había una Sabrina totalmente nueva, una Sabrina que conjugaría lo mcjor de las dos personas que había sido: la joven-niña convertida en mujer en brazos de Brett y la mujer que había sufrido la devastadora pérdida de su padre y su amante. Sabrina no tcnía concicncia dc todos los cambios ocurridos en ella, pero advertía, desde hacía un tiempo, un creciente sentimiento de impaciencia respecto de su situación. Una impaciencia culpable porque no podía continuar apenándose tan a fondo como la tía Francisca; una impaciencia resignada por el hecho de que Carlos continuaba persiguiéndola, a pesar de todas sus protestas; una impaciencia enfurecida por las injustas trabas que le imponía el testamento de Alejandro y por último, una ansiosa impaciencia por iniciar la batalla contra Brett. y por el momento esa última emoción era la dominante, la necesidad de verlo otra vez, de aclarar quc no sería la obediente

pupila que él habría podido desear, la arranc6 del balcon y la hizo entrar en la habitación. Cruzo con rapidcz la amplia estancia y se detuvo por un momento delante del alto espejo. Al mirarse, al ver las imágenes en pugna que presentaba,

Sabrina sonrio repentinamente. El cabello estaba pulcro y correcto; el vestido, aunque del mejor buen gusto, era decididamente...sofisticado, penso con lentitud, con una sonrisa traviesa.

Se encontro en mcdio de un largo.pasillo ancho, que atravesaba toda la longitud del ala. A mitad de camino sc veia la escalera que llevaba al patio y un poco más allá había otra escalera, graciosa, de hermoso diseño, que bajaba en espiral hacia lo que Sabrina supuso que era la parte principal de la casa. Estaba en lo cierto. Al descender por la escalera interior se vio muy pronto en un espacioso vestíbulo.

Varias puertas se abrían allí; las anchas, diestramente talladas, de un extremo del vestíbulo daban quizás a la calle, pensó Sabrina, indecisa, mientras se encontraba allí preguntándose detrás de cuál de las otras puertas encontraría a Brett. Por fortuna, no tuvo que esperar mucho. Un segundo más tarde se abrió una puerta

a su derecha y salió un criado de vestimenta negra y blanca.

Al verla allí, hizo una reverencia cortés y preguntó con amabilidad:

-¿Puedo ayudarte, señorita?

El corazón de ella aleteó en el acto, y respondió, sin aliento:

-Sí. Busco al señor Dangermond. ¿Sabes dónde está?

Librodot

-Aquí, señorita -repuso el hombre, indicando la habitación de la cual acababa de salir. Iba a decir algo más, pero sin darse tiempo a pensar en la prudencia de lo que hacía, Sabrina pasó a su lado con porte de reina. La puerta se abrió con un movimiento impaciente de su muñeca; dos pasos engañosamente confiados la hi-

cieron trasponer el vano.

La habitación en la cual acababa de entrar era evidentemente la biblioteca, y el aroma del cuero, que llegaba de las pulcras hileras de libros que cubrían todas las paredes fue muy agradable para su olfato.

-Ah, Sabrina, ahí estás. Me preguntaba cuánto tiempo pasaría antes que te presentaras.

Ella apretó la mandíbula, y con pasos decididos se aproximó a él, mientras Brett se levantaba, con lánguida gracia, de uno de los sillones. Pero los pasos de ella se detuvieron por un instante cuando otro hombre alto, de cabello oscuro, se levantó del otro sillón y giró para enfrentarla. Sabrina se detuvo en seco, y un leve rubor le tiñó las mejillas.

-No me di cuenta de que tenías un visitante -dijo con rigidez-. Volveré más tarde.

-No seas tonta -contestó Brett, irritante-. Morgan no es un simple visitante, y querría que lo conocieras. Sabrina del Torres, me agradaría presentar te al señor Morgan Slade. Es uno de mis amigos más antiguos, y encontrarás que es un huésped frccuente en mi casa. Morgan, ésta es mi dulce pupila.

Furiosa y resentida ante el tono de voz, Sabrina le dirigió una mirada fulminante, pero luego desvió la vista hacia Morgan Slade y murmuró, Con cortesía:

-Cómo le va. Es un placer conocerlo.

Un par de ojos de color azul zafiro se clavaron en los de ella, y Sabrina sintió que se disipaba un tanto su disgusto por la provocativa presentación de Brett. Morgan Slade se inclinó sobre su mano y murmuró con tono ligero:

-El placer es todo mío, señorita del Torres. y no preste atención ni a la mitad de lo que dice su maligno tutor... en ocasiones se complace en mostrarse especialmente molesto... jy yo tengo motivos para saberlo, ya que tuve la desgracia de crecer junto a él!

Sabrina agrandó los ojos. Con una encantadora sonrisita tímida, dijo Con suavidad:

-j Vaya, lo recuerdo! Nos conocimos cuando asistí a la boda, de la tía Sofía Con el señor Hugh. ¿Usted no se acuerda de mí?

El hermoso rostro de Morgan se contrajo en una sonrisa asombrosamente atrayente.

-Recuerdo a una niña de grandes ojos y cabello rojo, pero por cierto que no a la deliciosa y jovcn dama en que se ha convertido.

-y está muy casado -intervino Brett con sequedad-. Leonie, su esposa, está en la plantación de ellos, el Chateau Saint André, esperando el nacimiento del segundo hijo de ambos.

El semblante de Morgan cambió en forma mágica ante la mención del nombre de su esposa, evidenciando su amor por ella.

Sonrió a Sabrina y dijo:

-Todo lo que dice es cierto. y me temo que debo confesar que a pesar de lo bella que eres, mi corazón es retenido con firme. za por una pequeña revoltosa de cabello color de miel, quien se desayunaría alegremente Con mi hígado si creyera que miro demasiado tiempo a otra mujer. -Le sonrió y agregó:- ¿Entiendes mi situación?

Sabrina la entendía. Le resultaba muy evidente que Morgan adoraba a su esposa tanto como Alejandro había amado a Elena, y le resultó agradable saber lo. Con expresión bromista, dijo:

-Me agradaría mucho conocer a esa dama feroz. ¿Te parece que se podría arreglar eso?

-Estoy seguro de que nada daría más placer a Leonie... aparte de la llegada saludable y rápida de nuestro hijo –replicó Morgan enseguida-. Pero sugiero que posterguemos esa ocasión hasta el nacimiento del pequeño. En las últimas semanas, ella se siente muy incómoda, en ocasiones.

-iOh, es claro! -dijo Sabrina enseguida-. y esperaré con ansia el día en que por fin nos conozcamos.

La conversación fue superficial durante unos minutos, y cuando Sabrina dejó entrever que dejaría que los caballeros terminaran su conversación, Brett aceptó con vivacidad nada amable.

Con semblante inexpresivo, dijo con frialdad:

-Haré que Andrew, mi mayordomo, te muestre la casa. En fin de cuentas, también será tu hogar.

Andrew resultó ser el criado que le había indicado la biblioteca, y con una obediencia que la acongojó, Sabrina se encontró acatando con mansedumbre las órdenes de Brett. Con una cálida sonrisa cortés curvándole la boca, se despidió de Morgan y luego precedió a Andrew.

Hubo un momento de silencio cuando salió, y después Morgan dijo, pensativo:

-Me pregunto si te das cuenta de lo que estás haciendo.

Brett lanzó un bufido. Fuc hacia la mesa dc mármol que Sabrina había visto detrás del sofá, y que servía para las bebidas, y sirvió una copa de coñac para ambos. Se volvió para encarar a Morgan y le tendió una, a la vez que murmuraba:

-iEn lo que se refiere a esa brujita, nunca me doy cuenta de nada, salvo que me vuelve casi loco!

-¿y sin embargo aceptaste la tutoría?

-Sí, lo hice. Y ni siquiera estoy seguro de la sabiduría de haberlo hecho o de los motivos que tuve para ello. Sé que el más aceptable es que me sentí obligado, en vista del afecto y respeto que guardaba por Alejandro, pero los otros... -La voz se le apagó y la expresión extraña volvió a cruzarle por el rostro.

-¿Venganza? -sugirió Morgan con tono suave, consciente del estado de amargura y desilusión en que se encontraba Brett al regreso de su visita a la Tcxas española, seis años atrás. .

-También eso -admitió con aspereza.

Morgan dijo con sequedad, eligiendo las palabras con cuidado:

-Ten cuidado con la venganza, amigo. Puede hacerte tanto daño como el placer que te cause.

Brett emitió una carcajada sin alegría.

-Puede que Sabrina me haya atrapado una vez en sus encantadoras garras, pero nunca más... iLa conozco como la pécora codiciosa que es!

Morgan lo miró durante largo rato.

-Brett -dijo con lentitud- no voy a discutir acerca de cuál de los dos ha sufrido más a manos de una mujer, ni pienso sugerir que olvides el pasado. Pero voy a decir que no todas las mujeres son víboras... y las cosas no siempre son lo que parecen. IMíranos a Leonie y a mí, por Dios!

Brett le dirigió una mirada frontal.

-y el amor nos convierte a todos en tontos... iEn especial en misóginos reformados!

. Morgan sonrió con ironía.

-Tal vez. Esa carta que recibiste de Eaton me preocupa de veras, Brett. -Frunció el entrecejo de repente y tomó del escritorio de Brett la carta en cuestión.

Leyó de nuevo su contenido y se volvió hacia Brett:

-¿Cuánto lo conoces? -Brett estaba a punto de contestar, pero Morgan levantó la mano.- Ya sé que el "general" Eaton, como se lo llama, ha sido muy agasajado en poderosos círculos de Washington; sé que sirvió bien a nuestro gobierno en la guerra contra los piratas berberiscos pero también sé que algunos lo consideran un borrachín y un fanfarrón. Por lo tanto, conociendo todo eso, ¿se puede confiar en quien escribe esta carta acerca de Aaron Burr, nuestro ex vicepresidente?

Pensativo, Brett se miró la punta de la lustrada bota.

Librodot

-No puedo negar que Eaton ha tenido sus detractores, ni afirmar que se equivocan por entero en todo lo que dicen acerca de él; pero sé que la primavera pasada confié en él lo bastante para unirme a su chusma, cerca de la Torre de Arabia, en Egipto, que lo seguí voluntariamente a través del desierto de Barca para el ataque a Derna, en la costa del Mediterráneo.

Distraído por el momento, Morgan preguntó, exasperado:

-¿Qué demonios estabas haciendo en Egipto? ¿y por qué atravesar el desierto con una banda de asesinos árabes y griegos para luchar en una guerra que tenía poca o ninguna importancia para ti?

-¿Por aburrimiento? -sugirió Brett, esperanzado, con el parpadeo de una chispa de picardía en los ojos de color verde jade.

Su mirada volvió a la carta de la cual hablaban.

Brett dijo con sequedad:

-Eaton es un lunático... singular y con tendencia a las exageraciones... pero no un loco. Y si Eaton escribe que Burr planea organizar una fuerza de hombres e invadir Washington, matar al presidente Jefferson y capturar barcos para viajar a Nueva Orléans, yo creería que hay algo de cierto en todo eso.

-iEs una pura demencia! Conociste a Burr el verano pasado, en el baile de Stephen Minor, en su honor en Natchez, y también aquí. ¿Te pareció un maniático? ¿Un asesino?

Se produjo un silencio mientras Brett se miraba las botas sin verlas, y sus pensamientos retrocedían a su encuentro con Aaron Burr, el verano anterior, en Natchez.

Dio la casualidad de que él y Burr salieron a tomar un poco de aire, y mientras se paseaban por los terrenos alumbrados por faroles, cerca de la casa, Burr dijo, con negligencia:

-Te das cuenta, por supuesto, que he manipulado deliberadamente esta conversación en privado entre nosotros. Necesilo a jóvenes como tú -murmuró Burr con desenvoltura-. Jóvenes dispuestos a correr riesgos desesperados... jóvenes maduros para la gran aventura.

Brett enarcó las gruesas cejas.

-¿Sí? y dime cómo logrará eso la inocente colonización de los terrenos de de Bastrop, sobre el río Washita.

Burr agitó la mano con ademán airoso.

-Los terrenos de de Bastrop son para quienes quieren ser colonos. Pero tú, amigo mío, nunca querrás una cosa tan mundana... He oído hablar de tus aventuras en Derna. -Cuando Brett permaneció en silencio, Burr continuó:- Unete a mí y yo te daré aventuras y riquezas como nunca las has soñado... Tal vez al oeste del río Sabine. ¿Inclusive en México? Si hubiese una guerra con España, a un hombre listo le esperarían muchas oportunidades.

Brett pcrmitió que un chispazo de interés aparcciera cn sus ojos, y al vcrlo, Burr se inclinó hacia adelante, ansioso, y los oscuros ojos almendrados brillaron con intensidad.

-Tengo un plan, un gran plan, y ya está adquiriendo forma.

En viaje hacia aquí me encontré con el general Wilkinson en Fort Massac, sobre el río Ohio, y hablamos de muchas cosas... –Hasta allí llegó Burr en sus revelaciones, y Brett descubrió que éste era muy competente para aquilatar a las personas y atraer las con cualquier cuento que le pareciera más cautivante. Para algunos, había sido el ofrecimiento de las tierras de de Bastrop, para otros la po-

sibilidad de invadir México, pero nadie había escuchado nunca las mismas cosas... y ahora había otra: una historia de asesinato, infidelidad y traición...

Brett miró a Morgan y al cabo se encogió de hombros y dijo con gravedad:

-¿ Un asesino? No, no lo creo, pero en verdad, ¿que sabe alguno de nosotros acerca de ese hombre? Es un seductor desenvuelto, pero también lo rodea un olor a impureza. ¡Por Dios, mira cómo casi le arrebató la presidencia a Jefferson en 1800! ¡Mira ese duelo con Alexander Hamilton... hubo acusaciones de asesinato contra él! No es un personaje agradable, diría yo.

Librodot

-iTodo lo que dices es verdad, pero eso no significa que piense hacer algo tan extremo como asesinar al presidente de los Estados Unidos! -dijo Morgan con impaciencia. Dirigió a Brett una mirada penetrante-. ¿Qué hay en Burr que te fascina tanto?

El verano pasado, cuando nos encontramos, sugeriste que estabas en la ciudad por Burr, algo relacionado con él y nuestro buen comandante de ejército, el general James Wilkinson.

-¿No te pareció interesante la forma en que Wilkinson y Burr parecían estar relacionados? -preguntó Brett con tono ligero.

Morgan hizo un gesto de impotencia.

-No lo sé, Brett. Sé que se rumorea que Wilkinson es pagado por España, pero eso no produce una conspiración de esta magnitud.

Brett preguntó con brusquedad:

-¿ Tienes conocimiento de la costumbre del presidente Jefferson, de emplear a algunos civiles para que realicen, hablando en términos estrictos, tareas gubernamentales para él? ¿De usar a caballeros de buena familia para llevar mensajes privados, y en ocasiones, en la práctica, realizar labores de espionaje?

Morgan guardó un profundo silencio. Miró a Brett con intensidad y preguntó:

-¿Por eso fuiste a Africa del norte? ¿y por eso te muestras tan dogmático respecto de este asunto Burr- Wilkinson... organizado por Jefferson?

Brett asintió a desgana.

-No traiciono secreto alguno cuando te digo eso, pero sí, por ese motivo, terminé estando en Derna. Jefferson quería un informe sobre la situación de la costa de Berbería, pero no lo quería de un funcionario del gobierno o un militar.

Brett continuó.

-Había sabido por mi padre, varios meses antes, a finales de 1804, que yo regresaría a casa después de varios meses en la India, pero que era probable que viajara, poco después, Dios sabe adónde. -Brett sonrió apenas.- Entonces quedó decidido que yo sería el hombre de Jefferson.

-¿Sospecha éste algo definido en relación con Burr? -preguntó Morgan de sopetón.

-No sé que tenga conocimiento de alguna conspiración específica... Entiendo que el presidente sólo desconfía del Pequeño Burr -contestó Brett con tono seco-. Cuando Jefferson se enteró, el verano pasado, de que yo terminaría mis vagabundeos y me establecería aquí, me preguntó si querría observar cualquier actividad sospechosa de Wilkinson o de Burr en el territorio de Orléans. Bien, por el momento nada tengo que agregar a tu información... esta carta de Eaton a ti es la primera noticia que tengo sobre Burr en varios meses.

-¿Tu amigo Jason Savage no ha insinuado nada?

-iAhá! -replicó Morgan, dramático, con un brillo de risa en los ojos azules-. Sabía que existía algún otro motivo para que escribieras y pidieras que viniera a verte en mi próxima visita a la ciudad.

Brett miró a Morgan disgustado y divertido.

-iEsa no fue la única razón! Pero quería conocer tu opinión sobre la carta de Eaton y tenía curiosidad por saber si Savage te había escrito alguna novedad sobre Burr ... o quizá también sobre Wilkinson.

-No tengo noticias de Savage desde el otoño pasado, cuando él y su familia fueron a visitarnos al Château Saint-André.

Por último, Brett admitió, con tono denso:

-He pensado mucho respecto de la situación, o de la falta de ella, tratando de entender qué haría que un hombre abandone y traicione a su país. Y qué necesitaría un hombre que quisiera hacer eso, para llevar a cabo su tarea. Haría falta un hombre desesperado, un hombre sin nada que perder. Pero para convencer a otros de que lo siguieran, ese hombre necesitaría poseer encanto y persuasividad. Burr parece contar con todas esas exigencias. Pero le hace falta algo más que desesperación y encanto... tendría necesidad de dinero, hombres y armas...

un ejército. Mantuvo reuniones con nuestro buen general Wilkinson, reuniones mu secretas, y sólo es posible suponer en estos momentos algo de lo

que se discutió. Pero fuesen cuales fueren los planes de Burr, se tratara de la invasión a México, como se rumorea, o del establecimiento de un gobierno rival en los territorios del oeste de los Alleghany, necesitará una fuerza importante y armas. -Se interrumpió por un instante y después añadió:- No puedo quitarme de la cabeza la idea de que Wilkinson, con su inclinación por la intriga, es el más peligroso de los dos. El hecho de ser el comandante del ejército de los Estados Unidos le otorga a uno toda clase de poderes... con la ayuda de Wilkinson, Burr podría desencadenar una guerra contra España, sin tener que esperar a que la situación surgiera en forma natural. Y con el dominio del ejército por Wilkinson, si Burr tuviese la intención de apoderarse de Nueva Orléans, contaría con todos los hombres y armas que necesitara para establecerse, antes de que nadie advirtiese en qué andaban.

Un golpe en la puerta, y la información de Andrew, de que las damas aguardaban su presencia en el salón azul, antes de cenar, terminaron, por el momento, con las nada provechosas especulaciones de Brett. Bebió el resto de su coñac, dejó la copa en el escritorio y fue a reunirse con Sabrina y la señora de la Vega.

Al entrar Brett en la elegante estancia azul y oro, unos momentos más tarde, fue saludado por una fría señora de la Vega, quien, al observar su vestimenta negligente -todavía llevaba puesta la misma ropa que usaba cuando llegaron, dijo con desdén:

-Veo que si bien tiene una vivienda digna de un caballero, sus modales no coinciden... sólo quienes pertenecen a las clases inferiores no se cambian para la cena.

Brett entre cerró los ojos, se encaminó hacia donde estaba sentada Francisca y le dijo sin rodeos:

-Creo que será mejor que dejemos en claro una cosa, señora. Es posible que sea mi huésped, y como talle daré hospitalidad y le brindaré una cortesía razonable. Pero no recibiré órdenes de usted ni modificaré la forma en que vivo para adaptarme a sus deseos. Si no le agrada, puede irse. Y si continúa en el estilo en

que ha comenzado, no podrá elegir en lo que se refiere a irse... ¡Se lo exigiré! Y ahora, si me perdona, iré a cambiarme para cenar.-

Le dirigió una mirada sardónica, de costado, y agregó:- Estaba a punto de hacerlo, pero me pareció correcto explicar primero la razón de mi ausencia.- Giró sobre sus talones y salió de la habitación a grandes trancos.

22

La cena no fue agradable, a pesar de que Brett hizo a la perfección el papel de anfitrión cortés. Francisca hizo caso omiso de Brett lo mejor que pudo; después del cambio de palabras del salón azul, su irritación la había reducido al silencio con eficacia. Sabrina tenía muy poco que decir; el pensar en su próxima entrevista con él hacía que la comida preparada por expertos tuviese sabor a basura. Pero Brett parecía no inmutarse ante la falta de comunicatividad de sus dos invitadas.

Con los ojos dorados ambarinos chispeantes de resentimiento, lo miró, deseando que no se lo viese tan condenadamente atrayente, con su plastrón blanco, almidonado, al cuello, que hacía que su cutis pareciera más moreno, y la luz de las velas que intensificaba la negrura de su cabello, creando huecos y ángulos en sus facciones, que lo hacían parecer a la vez más bello de lo que lo recordaba, y al mismo tiempo infinitamente más peligroso. Como consciente de su mirada, él la miró a su vez, y sus ojos se encontraron. De pronto, la profundidad de esos ojos de color verde jade hizo que ella sintiera la garganta seca y que el aliento se le

congelara en el pecho. ¡Dios!, pensó con furioso desconcierto, ¡cómo se atreve a

mirarme de ese modo, como si me odiase, como si ni siquiera mereciera ser despreciada! Había dado por supuesto que podía abrigar sentimientos de encono contra ella -en fin de

cuentas, ella había frustrado su malévolo plan de desposarla por su dinero- pero nunca se le había ocurrido que pudiese mirarla con tanta hostilidad y desdén.

Francisca habló entonces, exigiendo la atención de Brett.

-Señor -dijo a quemarropa- mi hijo llegará en algún momento, en las próximas semanas. Habría debido venir con nosotras, pero -y dirigió a su sobrina una mirada de disgusto- Sabrina no quiso esperar a que regresara de Ciudad de México. Supongo que tendrá lugar para él, cuando llegue a la ciudad.

Brett levantó despaciosamente su vaso de cristal y bebió un trago de vino. Dejó el vaso, lanzó una mirada directa a Francisca y dijo con tono deliberado:

-No, me temo que eso no será posible. Hay varias posadas y hoteles cerca, y estoy seguro de que encontrará alojamiento cómodo para su estada.

Francisca replicó con sequedad:

-Si me perdona... Encuentro que su compañía no me acomoda.

Un tenso silencio llenó de pronto el ambiente, y Sabrina deseó con intensidad que su tía no la hubiera abandonado de manera tan precipitada. Pero decidida a mostrar su arrojo y a dejar en claro que él no la intimidaba en modo alguno, dijo sin ambages:

-Sin duda tu casa es lo bastante grande para recibir a otro huésped. En fin de cuentas, es el hijo de ella y mi primo, no un desconocido.

Brett respondió con amabilidad:

-Pero sabes, es mi casa, y no quiero tenerlo aquí.

Sabrina se ruborizó ante la merecida réplica. Era la casa de él, y podía entender su posición. Pero la curiosidad la impulsó a preguntar:

-¿Por qué no quieres tcnerlo aquí?

Con los ojos de color verde jade entornados, él sugirió con ligereza:

-¿Quizá porque no confío en él?

Sabrina frunció el entrecejo.

-¿Por qué no? ¿Qué te ha hecho que te haga pensar que no es digno de confianza?

Los largos dedos de él jugaron con el vaso de cristal, yel rostro moreno reveló muy poco cuando dijo, con voz carente de emociones:

-Me dijo mentiras... mentiras que eran y son imperdonables.

-¿Qué mentiras? ¿Estás seguro? Durante el tiempo en que lo he conocido, nunca me dijo una sola mentira, ni la dijo a nadie a quien conozca. No sería honorable de su parte, y en lo fundamental Carlos es un hombre honorable.

Sabrina podía desconocer sus encantos, pero a despecho de sus mejores intenciones, no ocurría lo mismo con Brett. Contra su voluntad, su mirada se dirigió hacia ella, se detuvo con cínica apreciación en los delgados hombros y en la suave carne tentadora que se elevaba por encima del vestido de seda negra. Recordó en el acto el sabor de ella, la textura y la fragancia de su piel, y una intensa oleada de deseo, casi dolorosa, lo golpeó de repente. Se maldijo por ceder a emociones que creía dominadas desde hacía tiempo, y se puso de pie con brusquedad, ordenando a su cuerpo, furioso, que no traicionase el estado en que se hallaba. Cruzó con rapidez la habitación, hacia la puerta, y dijo con aspereza:

-Dudo de que conozca el significado de la palabra honor, y de todos modos no deseo discutirlo ahora. Si me perdonas, tengo cosas de las cuales ocuparme.

Sobresaltada con el fulminante cambio de estado de ánimo, ella lo miró desde el otro extremo de la habitación, con expresión intrigada y a la vez colérica.

-¡Espera! -gritó, impotente, cuando él abría la puerta y se disponía a salir. Se puso de pie, rodeó de prisa el extremo de la mesa y cruzó la habitación hacia donde estaba él.

Se detuvo a pocos centímetros de él, al darse cuenta, de pronto, que no sabía qué quería decirle; sólo sabía que no deseaba que esa insatisfactoria conversación terminara de tal manera.

-No puedes tener negocios a esta hora de la noche... y además quiero hablar contigo. -Se arriesgó a lanzarle una mirada y balbuceó, no del todo tranquilizada por las facciones inflexibles:- Una... acerca... acerca... de... la tutoría.

Brett se puso rígido. Dijo con voz seca:

-No hay nada que discutir. Soy tu tutor, y tú mi pupila; tales son las condiciones del testamento de tu padre, y pienso cumplirlas.

Furiosa, Sabrina replicó:

-iNo seas ridículo! No es posible que quieras tenerme como tu pupila.

Los ojos de color verde jade la recorrieron, insolentes, y Sabrina sintió que acababa de ser desnudada. Con una curiosa nota en la voz, él dijo:

-Si encuentro agobiantes las obligaciones de la tutoría, no cabe duda de que encontraré algún otro beneficio en la situación...

Pálida, clla preguntó con voz temblorosa:

-¿Qué quieres decir?

El esbozó una sonrisa cínica.

-iOh, vamos, querida, no puedes ser tan poco refinada!

Sin pensarlo en forma consciente, ella lo abofeteó con fuerza, y el sonido de la palma de la mano que le golpeó la mejilla resonó en la habitación como un pistoletazo. Se hizo un silencio mortal, y se miraron durante un segundo; el asombro que se leía en ambas caras decía con claridad que ninguno de los dos había esperado una reacción tan violenta frente a las palabras provocadoras de él.

Brett fue el primero en recuperarse, y con. algo que participaba de un bufido y una maldlclon, pegó un furioso portazo a su espalda. Con los anchos hombros apoyados contra la puerta, bloqueando la salida, la miró con los ojos entrecerrados.

-Creo -comenzó a decir con voz sedosa- que una vez te previne que no debías ser tan rápida con tus manos.

Muy consciente de que había penetrado en terreno peligroso, Sabrina trató, con valentía, de mantenerse firme. Con la barbilla en alto, beligerante, dijo con cautela:

-iNo sé de qué estás hablando!

El sonrió, con una sonrisa que no rozó los fríos ojos verdes, y respondió casi con dulzura:

-Entonces tendré que mostrártelo, ¿verdad?

La frase la emocionó y la aterrorizó al mismo tiempo, y con una parte de su mente reconoció, desdichada, que había sabido con exactitud lo que ocurriría en cuanto ella lo abofeteó. Además, muy tarde, se le ocurrió que también Brett había sabido con precisión cuál sería la reacción exacta que sus palabras insultantes le arrancarían, y que había creado la situación de manera deliberada. Ella no tuvo tiempo para explorar la fascinante línea de pensamiento, porque en ese momento las manos de él se cerraron con fuerza sobre sus hombros y fue atraída de un tirón, sin ceremonias, contra su duro cuerpo.

Un estremecimiento de algo parecido al éxtasis la recorrió, incontrolable, ante el contacto de ese cuerpo tan bien recordado, musculoso, contra el de ella, y cuando la boca de él descendió como sabía que lo haría, levantó los labios, extrañamente ávida y a la vez resistente al beso de él. La boca de Brett tomÓ la de ella con salvaje intensidad, casi como si quisiera herirla, sus brazos se cerraron poderosamente en torno del cuerpo de Sabrina, atrayéndola aun más, sin dejarle espacio a resistencias o huidas.

Brett la besó con un hambre feroz, insaciable, que satisfacer. Sus labios estaban en todas partes -en las cejas, las mejilas, los lóbulos de las orejas de Sabrina- pero buscaban compulsivate, una y otra vez, la boca; su lengua se hundía a fondo, insistente, entre sus labios, expulsando de su propia mente todos los pensamientos, menos uno. Era como si los seis años interpuestos entre ellos nunca hubieran existido, como si se hubieran separado el día anterior, y sólo el recuerdo del dolor y del hambre salvaje que lo corroía eran los recordatorios de que había transcurrido tanto tiempo desde la última vez que la tuvo entre sus brazos. Tanto tiempo

malgastado, pensó con amargura, y los brazos que la presionaban se contrajeron, posesivos, en derredor de ella.

Sabrina lanzó un entrecortado murmullo de sorpresa ante la potencia del abrazo, el deseo fluyó por sus venas como una miel entibiada por el sol, haciendo que olvidara todo, menos al hombre que la besaba. Aun cuando el apretón se aflojó un poco y ella sintió una mano que exploraba, impaciente, en su pecho, no logró

emitir una protesta, esbozar un movimiento para romper las cadenas de pasión que la unían a él. Sintió que le bajaba el vestido aun más, sintió los dedos cálidos que acariciaban y tironeaban de los pezones que había puesto al descubierto, y tembló con una fuerza de emociones creadas por esos dedos expertos. Y cuando la cabeza de él se inclinó, cuando su lengua se enroscó en torno de los rígidos pezones de color coral, Sabrina supo que no podía negarle nada. Nada. Durante seis largos años se había negado el deseo o la necesidad de él, pero sólo hizo falta un momento entre sus brazos para saber que se había mentido. Ciega, la boca de él buscó la de ella, sus manos permanecieron en las caderas de Sabrina, controlando sus movimientos, manteniéndola apretada con fuerza. Se movió, sensual, contra ella, haciendo que pequeñas olas de placer le estallaran por el cuerpo cada vez que su hinchada longitud le rozaba, erótica, el vientre y la parte superior de los muslos.

Un repentino golpe en la puerta los separó, y con los ojos encendidos, afiebrados, la voz espesa, Brett preguntó con sequedad:

-¿Sí, qué pasa?

Las palabras de Andrew, con tono de disculpa, pasaron, ahogadas, a través de la puerta:

-Oh, perdóname, señor, no sabía que todavía estabas en el comedor. Volveré más tarde para levantar la mesa.

Brett dijo con energía, enderezándose el corbatín, dominándose en el acto, helado:

-Vuelve dentro de cinco minutos y la habitación será tuya.

Hubo una respuesta cortés de Andrew, y después silencio.

Cínico, Brett miró las facciones sonrojadas de Sabrina y murmuró:

-Confío en que ahora sepas lo que quiero decir. Y querida, cuando quieras abofetearme... hazlo. Yo tengo mis propias formas de represalia, más placenteras.

Con lágrimas de dolor y de cólera que le ardían detrás de los párpados, Sabrina, como un animal herido, buscó refugio. Allí no había una glorieta junto al lago, que se le ofreciera, pero el pequeño balcón de su habitación le dio la impresión de un aislamiento protegido, y se dirigió a él con alivio, agradecida de no encontrar a nadie cuando lo hizo. Era inútil fingir que no sentía nada por él, que podía enfrentarlo sin emociones. Inótil decirse que lo que había ocurrido esa noche no volvería a suceder... no necesitaba más que tocarla, y ella era arcilla entre sus manos, dispuesta, no, ávida de ser moldeada en la forma que él quisiera. En alguna parte, detrás de todos los argumentos que se ofrecía para explicar sus motivaciones, Sabrina sabía que se engañaba. Que detrás de la cólera, detrás del dolor y aun detrás de la pasión, y quizá de la razón de la pasión, estaba el amor. Pero esa noche se convenció de que el amor nada tenía que ver con la situación existente entre ella y Brett Dangermond, que sólo el deseo había impulsado las acciones de él y que sólo su propio aferrarse tontamente a lo que había sido otrora le había permitido actuar como lo hizo. Cosa irónica, Brett usó los mismos argumentos para sí, y llegó a la misma conclusión. Sólo que en su caso nunca se había tratado de amor. ¡No la amaba!, se juró, furioso, cuando llegó a la intimidad de la biblioteca y se sirvió otra copa de coñac. Con la distancia de casi seis años transcurridos, podía recordar con vividez el dolor y el desconcierto que lo habían corroído, la negra furia que lo consumió mientras esperaba, durante esas semanas atormentadoras, en Nacogdoches, con una parte de él ansiando con intensidad que estuviese en verdad embarazada y la otra dispuesta a ensillar su caballo y abandonar a su destino a la pequeña bribona codiciosa. Y ni siquiera para sus adentros quiso admitir ,la aplastante desilusión que lo tajeó cuando Ollie regresó con la respuesta. ¡Dios! ¡Cuán furioso se sintió cuando se enteró de la mala pasada que le había jugado Alejandro, y al principio su furia amortiguó su dolor ante la noticia del fallecimiento

Librodot

de éste! Su primer impulso fue el de rechazar de plano la tutoría, negarse a aceptarla oa tener nada que ver con Sabrina del Torres. Noche tras noche había soñado con formas de vengarse de ella, de tenerla por completo bajo su dominio, de obligarla a satisfacer todos sus caprichos. Nunca se le había ocurrido que por lo general su venganza implicara tenerla unida a él de por vida, y que buena parte de su castigo consistía en tenerla entre sus brazos y hacerle el amor con violencia. Pero el hecho de que el testamento de Alejandro la hubiera convertido casi en su virtual prisionera de por vida, se le hizo claro pocas horas después de conocer las noticias. Su furia contra Alejandro se desvaneció en un instante, y aunque sospechaba que éste tenía tal vez objetivos muy diferentes cuando agregó a su testamento el codicilo, Brett se sintió alborozado porque por fin le había llegado el momento de la venganza y en ese momento se sentía extrañamente contento de saber que ella estaba en su poder... que podía hacer con ella lo que quisiera, y que no había nadie que pudiera discutírselo.

Hacía meses que saboreaba el pensamiento de ese encuentro, que soñaba con él, lo planeaba, y sentía una vaga inquietud por el hecho de que no resultaba con exactitud tal como lo había imaginado. No esperaba sentir la agitación de las inquietantes emociones que había creído muertas y olvidadas.. Esta vez sufriría ella. ¡No él! y una sonrisa un tanto cruel le curvó la cincelada boca cuando recordó la escena de esa noche, después de la cena. No lo había planeado, pero desde el momento en que Francisca salió del comedor, tuvo intolerable conciencia de la intimidad de la situación, de la oportunidad de la situación. Sabrina siempre le había resultado abrumadoramente atractiva, pero esa noche se la veía en especial seductora; el bárbaro collar de oro y ónix negro relucía contra su cálida piel cremosa, y él se preguntó, ocioso, cómo se la vería con ese glorioso cabello de color rojo fuego cayéndole, desordenado, sobre los hombros, sin llevar puesta

otra cosa que el collar...

La discusión que surgió entre ellos había sido impremeditada, y sin embargo él se asombró cuando ella lo abofeteó. Pero en el fondo sabía que la había provocado de manera deliberada, queriendo una excusa para abrazarla, para besarla con minuciosidad, para probar de nuevo la dulzura de sus labios. No lamentaba lo que había ocurrido... si lamentaba algo, era la inoportuna interrupción de su mayordomo, y sonrió con melancolía, imaginando la escena si Andrew hubiese golpeado unos minutos más tarde. Y si Andrew no hubiese golpeado nunca... pa-ra su divertida congoja, sintió que el cuerpo se le endurecía ante el pensamiento de lo que habría podido suceder.

¿Quién habría imaginado que años más tarde él y Sabrina vivirían una vez más bajo el mismo techo? ¿Que él tendría todos los poderes de un esposo, menos uno, y que ese derecho sería suyo si resolvía abusar de su tutoría? Una extraña expresión le invadió el delgado rostro. Había existido en su vida un período en el

cual semejante idea no le habría cruzado por la cabeza, fuesen cuales fueren las ansias de su cuerpo, por desesperadamente que hubiera querido hacerlo. Pero se trataba de una época distinta, de un hombre distinto, y los años intermedios lo habían cambiado, convirtiéndolo en un hombre cuya visión cínica de la vida Alejandro no habría reconocido, y Brett se preguntó - si Alejandro hubiera tenido conciencia de ello- si se hubiera introducido el codicilo en el testamento. Ollie había dicho a Sabrina que Brett había cambiado, y tenía razón. Más frío, más cínico, más duro y más desdeñoso de las reglas que otros hombres respetaban, era la ley en sí mismo y, cosa lamentable, poseía la fortuna y el encanto necesarios para obtener lo que deseaba. Existían pocos lugares en el mundo que no hubiese visto, y pocas cosas que no hubiera hecho. Cuando regresó a Natchez, después de la fea separación de Sabrina, se quedó sólo unos pocos días y después partió en una incansable búsqueda de alivio del tormento que siempre lo acompañaba. Exceso alguno había sido demasiado para él, ninguna orgía demasiado baja, y bebía mucho, a veces sin tener un momento de sobriedad durante días enteros; se pasaba el tiempo tratando de trazar su propio camino al infierno. Pero al cabo llegó el día en que se dio cuenta de la inutilidad de sus acciones, y asqueado y disgustado consigo mismo, lenta, penosamente, luchó para volver a la fría cordura. Incapaz de asentarse, se

dedicó a vagar de nuevo, y sus viajes lo llevaron por todo el mundo: a los eriales de América del Sur, a los misterios del Africa más negra y a la opulencia de la India. A todas las locuras peligrosas que atrajeron su atención, a todas ellas se lanzó con descuidado abandono, sin importarle demasiado si vivía o moría.

Sus incesantes y extensos viajes fueron lo primero que llamó la atención del presidente Jefferson, y a partir de allí le resultó muy sencillo al presidente sugerir que tal vez a Brett le agradaría viajar a Egipto y quizá recorrer la costa de Berbería...

Brett había disfrutado de sus viajes por Egipto y otras partes del mundo que pocos hombres blancos conocían, pero cuando regresó a casa, a comienzos del verano anterior, supo que por último se sentía cansado de viajar sin rumbo por la faz de la tierra.

Quería un hogar. Más allá de eso no deseaba pensar. Las asombrosas revelaciones del testamento de Alejandro parecieron poner el sello a sus planes. Si tenía que ser un tutor, pensó, sardónico, era correcto que proporcionara un hogar a su pupila.

Hacía tiempo que poseía la casa de Nueva Orléans, y siempre le había representado un lugar para depositar sus recuerdos de todo el mundo, así como una base desde la cual planear otras expediciones. La plantación, Madriguera del Zorro, en la baja Louisiana, fue salvada a un costo nada reducido, pero ahora –y desde hacía varios años- era productiva, y acrecentaba su fortuna, ya considerable. La casa de la plantación había sido una pérdida total, y como sabía que pocas veces estaría en ella, había hecho construir para su uso una vivienda menor, aunque bastante espaciosa, cuando ansiaba la vida de campo. En los últimos años se la había usado poco. Por supuesto, reflexionó, lúgubre, todo eso

cambiaría, ahora que tenía una pupila...

23

Cosa asombrosa, Sabrina durmió profundamente esa noche y a la mañana siguiente despertó con un inexplicable buen ánimo. La cama había estado deliciosamente cómoda, en especial porque hacía días que no dormía sobre un colchón; el sol brillaba con intensidad a través de las puertas ventanas que daban al balcón, y una Lupe sonriente la saludó con un jarro de suculento café fragante y una fuente de pastelillos calientes, mantecosos. Era imposible sentirse triste o alicaída.

Un largo baño lujurioso, el cabello dorado rojizo lavado y vuelto a lavar, y Sabrina comenzó a sentir que la noche anterior no había sido, en definitiva, tan trascendente. Brett la había besado y a ella le gustó... le gustó inmensamente. La noche anterior había estado cansada, excitada y un tanto aprensiva, y cuando él la besó, ella reaccionó en forma excesiva, yeso fue todo... nada para alarmarse, nada para deprimirse o para aplastar la a una.

Satisfecha con su lectura del incidente, envuelta en una bata de azul intenso, salió al balcón y, bajo el cálido sol primaveral, se cepilló con lentitud el largo cabello de color llama. El calor del sol secó rápidamente la espesa masa ondulada de cabello, y como una niña que pide un beso, levantó la cara hacia el sol amarillo.

Desde su propio balcón del tercer piso, ubicado enfrente del de Sabrina, Brett observó sus movimientos con algo parecido a un placer agridulce. Como pensaba que no era observada, ella había bajado todas las barreras. Cuando ella volvió la cara de nuevo hacia el beso del sol, él descubrió que envidiaba a los brillantes

rayos que vagaban a voluntad por el esbelto cuerpo flexible... Con un esfuerzo, desvió sus pensamientos hacia otras cosas, y decidido a impedir que ella lo desviara de estos, entró, con fría deliberación, en sus propias habitaciones.

Ollie se hallaba atareado, preparándole sus ropas para ese día, y dirigió a Brett una sonrisa descarada al tiempo que decía:

-Es una bella visión, ¿verdad? -Agregó, taimado:- Y con esa fortuna que posee, no creo que debas soportar durante mucho tiempo la carga de ser su tutor... en cuanto los jóvenes de la

Librodot

localidad le echen una mirada, la casa estará llena de ellos. Sólo tendrás que elegir entre los pretendientes y entonces te verás libre de ella a toda prisa.

-Veo -comenzó a decir Brett, sardónico- que el matrimonio no te ha enseñado la sabiduría de frenar la lengua... todavía.

-Entre Lupe y yo no hay secretos -replicó Ollie en el acto-. iY a ella no le importa lo que diga, siempre que le diga que la amo! Lupe y yo queremos agradecerte por las magníficas habitaciones que nos has destinado y por damos esos terrenos cercanos a Madriguera del Zorro.

Brett le sonrió.

-Ahora que eres un hombre formal, casado, tienes que pensar en tu futuro y no ser un vagabundo tan irresponsable como tu amo. iAdemás, qué otra cosa puedo hacer, si quiero mantenerte a mi servicio, como espero que suceda!

Ollie se mostró muy escandalizado ante la idea de que alguna vez pudiese trabajar para algún otro.

-iAmo! ¡Malditos sean mis ojos! No pensarás... ¡Nunca lo haría!

Brett revolvió, afectuoso, el cabello oscuro de Ollie.

-No, no supongo que lo hagas, y pido disculpas por haber sugerido siquiera semejante cosa. -Con una expresión más suave en la mirada, agregó:- Me alegro de que tú y tu esposa estén satisfechos con el regalo. Lupe se había mostrado extática con las habitaciones que consideraría su hogar y con el terreno, y unos minutos después de la conversación entre Brett y Ollie, con los ojos chispeantes de placer, dijo a Sabrina:

-iOh, señorita! ¡El señor Brett debe de ser el hombre más bondadoso que existe! ¡Es tan bueno con mi Ollie y conmigo! Tenemos tres habitaciones para nosotros... es casi como poseer nuestro propio hogar. Y -los ojos se le agrandaron-le dio a Ollie cuarenta hectáreas de magníficas tierras cerca de su plantación.

Por razones que sólo ella conocía, Sabrina resolvió abrir un juego de espera... No se lanzó enseguida, como lo había planeado al principio, a una batalla total para escapar de la irritante autoridad de la tutoría de Brett. Por el contrario, se convenció de que no existían motivos para iniciar las hostilidades en el acto. Después de llegar a esas conclusiones, se sintió dispuesta a tratar a Brett con fría cortesía, durante los primeros días, tan difíciles. Por desgracia, un seco pedido de que se encontrase con él en la biblioteca, antes del almuerzo, la descolocó un tanto, e hizo que se dirigiera a dicha habitación, a la hora indicada, con una mezcla de vacilación y agresividad.

Con los hombros cuadrados, el mentón en alto y ataviada con un sencillo y práctico vestido de muselina negra, entró en la biblioteca. Al llegar al lugar en el cual se encontraba, negligente, en un extremo de su escritorio, ella lo miró como si lo pasara por alto; después clavó la mirada, de modo deliberado, por encima de

la cabeza morena de él y preguntó con altanería:

-¿Querías verme, señor?

Una leve sonrisa curvó la boca plena de Brett, ante la actitud de ella, y dijo con voz suave, estirando las sílabas:

-Pequeña, no tengo la menor intención de hablar con nadie que ni siquiera desea mirarme.

La mirada de ella voló hacia la de él, un leve rubor le tiñó las mejillas y la divertida burla que se leía en los ojos de color ver. de jade hizo que la palma de la mano le hormigueara con un ansia insoportable de descargar una bofetada en el rostro moreno.

-Ahora que cuento con tu atención -murmuró él- pensé que podríamos discutir algunos de los aspectos, digamos, más mundanos de nuestra lamentable relación.

-Como lo desees, señor. -y habría podido morderse la lengua ante la sonrisa burlona que en el acto apareció en las comisuras de la móvil boca de él.

-El deseo, querida, nada tiene que ver con esta conversación -dijo él con tono ligero, y antes que Sabrina pudiera pensar en una respuesta adecuada, agregó, con negligencia:- He

ordenado que haya una suma de dinero a tu disposición en un banco de aquí, en Nueva Orléans. y la misma suma se depositará trimestral-mente, hasta el momento en que decidas que es inadecuada para tus necesidades -su voz se hizo sedosa- o te cases.

Prudente, Sabrina mantuvo la boca cerrada. Al cabo de un segundo, Brett continuó, nombró una generosa suma de dinero, explicó, con indiferencia, que sería su asignación para las naderías femeninas que le hicieran falta. Por supuesto, no esperaba que pagara por su alojamiento y su sustento; como su tutor, él se ocuparía de todos los gastos de su casa... Incluidos, por supuesto, criados, caballos y equipamiento. También había abierto cuentas en los establecimientos de algunas de las modistas y sombrereras más conocidas de la ciudad, y mientras no tratara -dijo con una inflexión sarcástica- de llevarlo a la quiebra, las facturas le serían enviadas directamente a él.

Sabrina odió cada uno de los momentos de esa entrevista un tanto humillante. ¡Era una situación ofensiva, tanto más cuanto que -se recordó con malevolencia- el dinero que entregaba con tanta munificencia era de ella! ¡No tenía derecho a darle órdenes... y no importaba qué dijese el malhadado testamento de Ale-

jandro!

Tenía un rostro muy expresivo, y al ver el brillo furioso de sus ojos y la forma en que se ponía en tensión su blanda boca,

Brett casi sintió pena por ella. Casi. Era hora de que aprendiese un poco de humildad, pensó, cínico. Que aprendiera que la posesión de una gran riqueza no le daba un derecho divino a jugar con las emociones de un hombre, a jugar con su corazón...

Disgustado por haber permitido que su atención se desviara, él dijo, con mayor sequedad:

-No tengo objeciones, al menos por el momento, si la señora de la Vega hace la función de tu dueña, y en cuanto a tus diversiones y amistades... mientras yo las conozca y apruebe, y tus compromisos sociales sean correctos, no intervendré indebidamente... a no ser, por supuesto, que considere inadecuadas tus actividades.

Eso fue demasiado para Sabrina. Olvidada de que no debía perder los estribos, de que estaba decidida a no dejar que él la molestase o la irritara, lo miró con furia y escupió:

-¡Cómo te atreves! ¿desde cuándo te has convertido tú en un árbitro de la moda? ¿desde cuándo un pillastre como tú, de negro corazón, decide qué es correcto o qué incorrecto?

Con el semblante duro, los ojos de color verde jade oscuros de furia, él bramó:

-¡Desde que tu padre me nombró tu tutor, en ese condenado testamento! -Inexplicablemente enfurecido por la situación, dijo con voz tensa:- Créeme, no tengo deseo alguno de ocuparme de ti... ¡y cuanto antes encuentres a un pobre tonto embrutecido que se case contigo, más feliz me sentiré!

-¡No temas... me casaré con el primer hombre elegible que se cruce por mi camino! ¡El matrimonio con cualquiera será mejor que tener que soportar tu tutoría un día más de lo necesario!

-¿Cómo es que has tomado todas estas medidas? Yo llegué apenas ayer por la tarde. Me dijiste que me quedara en Nacogdoches... no podías haber sabido que vendría a Nueva Orléans en contra de tus órdenes expresas.

Sentado de nuevo, con negligencia, en una esquina del escritorio, los brazos cruzados sobre el pecho, Brett sonrió apenas:

-Te equivocas, querida. Por desgracia, como conozco un poco los tortuosos laberintos de la mente femenina, sabía que si pedía con cortesía que vinieras a Nueva Orléans, nada que no fuese un ejército podría arrancarte de Nacogdoches. -Su sonrisa se ensanchó.- Ah, pero si exigía, y en la forma más grosera posible,

que te quedaras donde estabas... entonces, por supuesto, como eres una mujer, correrías a Nueva Orléans a la mayor velocidad posible.

Sabrina lo miró durante un momento, con la congoja y la furia hirviéndole en el pecho. ¡Dios, qué diabólico era! Y luego, de repente, su ira se disipó y la diversión chispeó en su

mirada cuan- do se dio cuenta de lo correctamente que había juzgado el efecto que su carta ejercería sobre ella. Una melancólica apreciación de su táctica hizo que una sonrisa sarcástica le curvase la boca plena, y dijo con sencillez, sin rencor:

-Por cierto que ganaste, señor.

Cosa extraña, después del choque en la biblioteca,las semanas siguientes transcurrieron sin incidentes; Sabrina y Francisca se acomodaron poco a poco a la rutina dc la casa dc Brett. Se hicieron y renovaron relaciones. Dc sus viajes anteriores con Luis, Francisca conocía a muchas personas. También Alejandro, con sus múltiples vinculaciones comerciales en la ciudad, había conocido a varias familias, y como era natural, algunas de ellas se presentaban ante su hermana y su hija. Sabrina había conocido de niña a algunas de las personas, cuando viajaba con sus padres; a otras las conocía por las cartas y las conversaciones de su padre. Fuese como fuere, a pesar del definido estigma de vivir con un norteamericano, ella y Francisca se vieron muy pronto incorporadas a la sociedad criolla y española.Brett se mostraba generoso con Francisca. Sin un murmullo, aceptaba y pagaba las cuentas de la mujer, cuando se las enviaba junto con las compras de Sabrina. Las facturas de Francisca eran considerables, porque como le había dicho a Sabrina más de una vez, ¡necesitaba alguna compensación por el hecho de tener que soportarlo!

También Sabrina encargaba vestidos nuevos, chales, sombreros y todo tipo de deliciosas fruslerías. ¡Era tan placentero comprar cosas coloridas, después de casi dos años de llevar luto, que se lanzó a una orgía de compras; se decía con frecuencia que en verdad no tenía por qué preocuparse por los gastos... ¡en defi-

nitiva era su dinero!

El comportamiento de Brett desconcertaba por completo a Sabrina. Había estado dispuesta a verlo obtener cierta medida de venganza de la situación en que se encontraban ellas, pero más allá de la primera noche en que la besó, sus modales fueron exactamete los de un tutor bien, no exactamente pensó con un leve fruncimiento del entrecejo. Habla una expreslon en sus ojos, algo en la forma en que su mirada la recorría en ocasiones, que hacía que Sabrina recordase vívidamente lo que sentía entre sus brazos. Resultaba singular, reflexionaba Sabrina con asombro, la rapidez con que ella y Francisca se habían acomodado a vivir con Brett. Habían llegado decididas a luchar contra él hasta el final, pero ya estaban a mediados de mayo y se encontraban cómodamente instaladas en su hogar. Una leve sonrisa le cruzó los labios cuando se le ocurrió que una de las razones de la aparente tranquilidad era el hecho de que Brett estaba muy pocas veces en casa... de tanto en tanto las acompañaba durante el desayuno, y algu-nas veces había cenado con ellas, pero casi siempre se dedicaban a su vida cotidiana como si él no existiera.

Furiosa, se interrumpió. Por supuesto que lucharía por lo que era de ella... a la larga. Por supuesto, no se podía permitir que continuara esa situación. ¡En resumidas cuentas, él era un pillastre! ¡Un granuja enredador, intrigante, que había engañado a fondo a su padre!

Pero la verdad era que a Sabrina le resultaba cada vez más difícil provocarse la enorme indignación que antes sentía tan profundamente. Nada había olvidado, ni el terrible dolor que experimentó cuando enfrentó a Constanza y se dio cuenta de la magnitud de la bellaquería de Brett, ni la furia que experimentó cuando se leyó el testamento de Alejandro. Pero todo eso parecía tan lejano, tan apartado dcl ahora, que pasaban días enteros sin que pensara en la tutoría o en lo que había ocurrido seis años antes.

Lanzó un profundo suspiro, consciente de que ya ni siquiera reprochaba a Brett el testamento de su padre. Había desvariado al comienzo, furiosa, demasiado aturdida para pensar con claridad, pero su sentido de la equidad se había impuesto, y estaba dispuesta a admitir que Brett no tenía la culpa del testamento de Alejandro... había dejado muy en claro que ser su tutor era lo último que aspiraba a ser en el mundo. No, no podía culparlo por la terca decisión de su padre, de unir los de nuevo, y ella, más que Brett, quizá, tenía conciencia de qué era lo que Alejandro deseaba exactamente que ocurriese, si se veían obligados a acompañarse el uno al otro.

Una sonrisita triste le cruzó por los labios. ¿Hasta qué punto pudo equivocarse su padre? Pero es que no conocía la verdad, no conocía el verdadero motivo por el cual Brett quería casarse con ella, no había tenido conocimiento de la existencia de Constanza. Y además, admitió Sabrina, desdichada, no era sólo el hecho de que ésta y Brett hubieran sido amantes lo que hizo que lo rechazara. Eso habría podido perdonárselo, si él la hubiera amado, si sus relaciones con la otra mujer hubieran terminado antes que le pidiese que se casara con ella. Sabía que él no era un monje, sabía que tenían que haber existido otras mujeres en su vida; inclusive tenía conocimiento de las relaciones entre él y Constanza

-Carlos había tenido la amabilidad de hacérselas conocer- pero el pasado de Brett no le importaba... siempre que fuese su pasado. Descubrir que después de haberle hecho el amor, después de pedir su mano en matrimonio, continuaba viendo a Constanza, seguía haciendo promesas a la otra mujer, y que en rigor la había seducido y arruinado... ese tipo de conducta reprensible no se podía tolerar. Con expresión desolada, Sabrina se miró las manos apretadas. ¿Cómo podía sentir algo por semejante hombre? ¿Cómo se atrevía su corazón a continuar ansiando a una criatura tan malévola? No era una tonta, una niña ingenua que se enamoraba por primera vez. Tenía casi veinticuatro años, era una mujer que debía ser más sensata. Y sin embargo se sentía tan tonta y tan engañada como cualquier mujer que alguna vez hubiese ansiado a un granuja hermoso, sin escrupuloso, sabiendo muy bien que si persistía en recorrer ese loco camino, el futuro sólo le daría dolor y humillación. y por eso no podía permitirse el lujo de seguir dejándose llevar, pensó, dolorida. El haber ido allí, el verlo de nuevo, era lo más ridículo e imprudente que había podido hacer. Hubiese sido mucho mejor que no lo hubiera vuelto a ver nunca, que no se hubiese sometido a su poderoso atractivo. Durante un segundo, las lágrimas le quemaron los ojos.

Levantó un tanto la barbilla. Debía hablar con Brett. Tenía que escapar mientras todavía quedaba tiempo. Mientras aún podía pensar con claridad, ver con claridad las trampas que se abrían ante ella. Era preciso dejar en claro las cosas entre ellos, antes que sus propias emociones la traicionaran, antes que la cegaran a todo lo que no fuese la hambrienta necesidad de aceptarlo bajo cualquier condición que fuese.

En verdad era su primera oportunidad, desde que había llegado a Nueva Orléans, para sentarse y pensar, para examinar sus propias emociones y advertir con cuánta sencillez iba cayendo, una vez más, bajo el hechizo de Brett. El primer momento que tenía para pensar en él, preguntarse acerca de sus acciones...

Era un enigma total para ella. Habría podido hacerle la vida muy desagradable, y ella tenía todos los motivos para creer que lo haría, pero no lo hizo. Por supuesto, tampoco se esforzó por hacérsela placentera, pensó con una mueca de la dulce boca. La trataba con una forma irritante de desprecio remoto, amistoso,

que a ella le resultaba difícil de aceptar o entender. ¿Qué?, se preguntaba, inquieta. ¿Que perdiera los estribos y lo atacara? ¿Por eso se comportaba de manera tan provocadora, en ocasiones? ¿Por qué la empujaba de manera deliberada en una dirección prevista por él? Bien, ¿qué importaba eso ahora?, se preguntó, fatigada. Lo vería esa noche y lo convencería, de alguna manera, de que no quería continuar en Nueva Orléans. Que su lugar era Nacogdoches y que en cuanto fuese posible regresaría a su hogar. Era lo más prudente que podía hacer. Ni siquiera deseaba pensar en lo que dirían sus criados y Francisca. Primero los había arrastrado a Nueva Orléans, lo quisieran o no, y ahora, casi con tan poco preaviso como antes, se disponía a arrastrar los de vuelta a Nacogdoches. Meneó la cabeza ante su propia locura. ¡Qué tonta soy! Pero por lo menos, se dijo con seriedad, ¡tonta o no, sé cuándo retroceder! Ya decidida, Sabrina habría querido poner en marcha enseguida sus planes, pero la llegada de una nota de Brett informando que no se presentaría hasta después de pasada la medianoche demoró su encuentro con él.

Había hecho saber a Ollie que deseaba ver a Brett lo antes posible, al día siguiente, pero se asombró mucho cuando Ollie golpeó a su puerta, a las ocho de la maftana siguiente y dijo alegremente:

Librodot

-El amo dice que si debes verlo hoy, este es el momento. De lo contrario habrá que postergar el encuentro indefinidamente.

Sabrina masculló algo poco elogioso, entre dientes. No se encontraba preparada para verlo tan temprano por la mañana: su cabello acababa dc ser cepillado y le caía sobre los hombros, e iba vestida con una scncilla prenda dc muselina de color verde manzana. Se veía muy joven e inocente, y por cierto que no parecía la

mujer fría y serena que pensaba prescntarle. Vaciló durante un segundo, tironeada entre dejar ya atrás el encuentro y el deseo igualmente fuerte de no ofrecerle ventaja alguna. Pero si eso significaba tener que esperar indefinidamente...

Tragó su congoja, trató de concentrar sus pensamientos, que volaban, y caminó junto a Ollie hacia el ala donde se encontraban ubicadas las habitaciones de Brett.

La voz de Brett llegó apagada a través de la puerta, en respuesta a los golpes de Ollie. Este se apartó a un lado y le indicó que entrase. Con una sonrisa pícara en el rostro, dijo:

-Supongo que tú y el amo querrán conversar en privado.

Sabrina asintió, y luego, con el corazón latiéndole incómodamente, abrió la puerta y entró en el dormitorio de Brett. Nunca había estado en esa ala de la casa, y menos aun en las habitaciones personales de él, y miró en derredor con curiosidad.

Carraspeó, nerviosa, y preguntó:

-¿Estás ahí?

Mientras esperaba una respuesta, se sobresaltó ante la repentina aparición de él en la arcada. Iba vestido con calzones de nanquín, ceñidos, y botas, también ajustadas, de cuero oscuro, y se encontraba a punto de ponerse una camisa de algodón, blanca. El hecho de estar semidesvestido no le inquietaba en absoluto, pero acrecentó la agitación de Sabrina. Tenía el negro cabello revuelto y húmedo, y ella supuso que acababa de salir del baño. No hizo ademán de terminar de abotonarse la camisa, y ella desvió la mirada de prisa, para no ver el pecho musculoso, bronceado.

Molesta e inquieta, ella murmuró:

-Puedo volver más tarde, si he llegado en un momento inconveniente.

Brett se encogió de hombros. Se internó aun más en la habitación, se acercó al aparador, levantó la tapa de una de las cajas y sacó un charuto. Lo encendió y la miró.

-Tu mensaje era que tenías que hablar conmigo enseguida. "Enseguida" es ahora o la semana próxima... Elige.

No era un comienzo auspicioso. Sabrina deseó con apasionamiento no tener tanta conciencia de la potente masculinidad de él. Con la boca seca, tratando de impedir que la mirada se le desviara hacia la inquietante presencia de él, dijo sin rodeos:

-Quiero regresar a Nacogdoches.

Ella miraba con expresión pensativa, con el charuto apretado entre los dientes. Hizo una profunda inspiración y después, con enloquecedora lentitud, lanzó una suave bocanada de humo.

Casi a desgana preguntó:

-¿Por qué?

Sabrina temía esa pregunta, porque no podía decir, sencillamente: "Te temo, tengo miedo de que destruyas mi respeto por mí misma, de que me reduzcas a suplicar por lo que puedas darme." Impotente, balbuceó:

-Po... porque es m... m... mi casa.

Brett negó con la morena cabeza.

-Ya no.

-¿Perdón? -dijo ella, sin aliento, recorrida por una pequeña bocanada de temor colérico.

-Tu hogar está donde yo lo decido. Y he decidido que esté aquí.

Resuelta a no perder los estribos, Sabrina contuvo la furiosa réplica acalorada que le saltó a los labios. Entrelazó las manos con fuerza, por delante del cuerpo, y dijo, aturdida:

-Aquí soy desdichada. Yo... yo... creo que sería mejor para todos si volviera a Nacogdoches.

Con una sonrisa burlona en la hermosa boca, Brett enarcó una espesa ceja negra.

-¿Mejor para los dos? -preguntó-. Pero mi querida pupila, ¿qué quieres decir?

-iOh, basta, maldito seas! ¡Esto es ridículo! iNunca quisiste ser mi tutor, y yo no quiero ser tu pupila! La única solución consiste en que tengamos lo menos posible que ver, el uno con el otro.

No quiero reñir contigo, Brett... y si bien nos las hemos arreglado para seguir adelante durante las últimas semanas sin choques, sólo es cuestión de tiempo hasta que... -Se interrumpió, y las palabras se le quedaron en la garganta cuando él se le acercó con lentitud.

Arrojando el charuto, con precisión, a una escupidera de bronce cercana, se detuvo a unos centímetros de ella. Su aliento impregnado de humo le acarició la cara, e instó:

-¿Hasta que...?

Sabrina tragó saliva con un movimiento convulsivo; la atrayente proximidad de él expulsaba de su mente todo pensamiento coherente. Sólo pudo pensar en el calor que emanaba de ese cuerpo poderoso, en el placer que había encontrado entre sus brazos, con el dulce dolor que se le difundía, irresistible, por el cuerpo. Humillada por la traición que crecía dentro de ella, e incapaz de soportar la intensa mirada escudriñadora de él, dijo con voz ronca:

-Hasta que me empujes demasiado.

El lanzó una risita áspera.

-¿Hasta que yo te empuje? ¡Querida, es mucho más probable que tú me empujes a mí!

-Eso prueba lo que estoy diciendo: sería mejor que no estuviese aquí, en Nueva Orléans, que no nos viéramos muy a menudo.

Como aburrido del juego, Brett giró y se dejó caer en uno de los sillones de cuero. Con una expresión difícil de definir, en los ojos, preguntó con frialdad:

-¿Hasta qué punto te molesta esta tutoría?

Sorprendida por la pregunta, Sabrina lo miró.

-Mu... mucho -logró decir, casi en un susurro, mientras deseaba, ansiosa, saber qué estaba pensando él.

-¿Sólo mucho? -interrogó él, sardónico-. ¿No te irrita? ¿No te enfurece? ¿No te enloquece saber que tengo un dominio completo sobre ti... y sobre tu tan zarandeada fortuna?

Había en su voz, cuando mencionó la fortuna, una nota que la hizo fruncir apenas el entrecejo. Una nota de desdén y desagrado. Ahora bien, ¿por qué... ?

La voz de Brett interrumpió sus pensamientos.

-¿No es así? -preguntó, torvo.

Un tanto enfurecida por toda la cOnversación, Sabrina replicó con voz feroz:

-iSí, sí! ¡A veces me resulta intolerable!

-¿Sólo a veces? -se burló él, con un brillo pensativo en los ojos de color verde jade.

-iTodo el tiempo! -replicó Sabrina, cortante, e impulsada por la frustración y el calor del momento, dijo con precipitación:- ¡Daría cualquier cosa por verme libre de ti!

Algo que se parecía en forma desagradable a una expresiónde satisfacción cruzó por el delgado semblante de él, pero sólo dijo en voz baja:

-Siempre me asombras, Sabrina.

El desconcierto se asomó al expresivo rostro de ella, y preguntó:

-¿Qué quieres decir? Sin duda sabías que tarde o temprano lucharía contra las limitaciones que me impones.

-¿Pero qué limitaciones he puesto en tu camino? –inquirió él con tono tranquilo.

-iNinguna! -replicó Sabrina molesta-. Pero eso nada cambia... No quiero vivir aquí, en tu hogar, y si me obligas a hacerla, haré que el testamento de mi padre sea anulado en un tribunal.

-Ah, ya entiendo -murmuró Brett-. Puedo seguir siendo tu tutor mientras te deje hacer lo que te plazca. -Con voz dura, añadió:- Y ese ha sido tu problema desde el comienzo... itu

padre te consintió, te mimó hasta lo indecible y te convirtió en una de las personas más egoístas que he tenido la desgracia de conocer!

Profundamente herida y mortificada, Sabrina volvió la cabeza y parpadeó para contener un repentino ardor de lágrimas.

Era injusto.

-iNo tienes derecho a juzgarme... ni siquiera me conoces!

-iGracias a Dios! -gruñó él, y se puso de pie y fue hasta donde estaba ella, de espaldas contra la puerta-. ¡Pero puedo juzgarte... tu padre me dio ese derecho, y en el futuro tengo la intención de ejercerlo al máximo!

Desaparecidas las lágrimas, con el semblante duro, ella lo miró con ira.

-iTe odio, Brett Dangermond! ¡y haré cualquier cosa para terminar con esta despreciable tutoría!

El sonrió con cinismo.

-Sabes, querida, yo pensaba que nos llevaría meses llegar a esta situación. -Su mano resbaló por la garganta de ella con un extraño ademán posesivo, y continuó, negligente:- Por supuesto, tenía la certeza de que debería ser un tutor recio, un par de veces... encolerizarte de verdad y enfurecerte de tal modo con mis acciones que cualquier cosa que sugiriese fuera aceptada en el acto por ti. -Con burla en la mirada, con voz como un ronroneo aterciopelado, preguntó:- Dijiste cualquier cosa, ¿verdad?

-iSí, cualquier cosa!

Los ojos de color verde jade la recorrieron con lentitud, se demoraron en la boca plena y luego se deslizaron, apreciativos, al esbelto cuerpo. Ronco, masculló:

-Entonces creo que podemos llegar a un arreglo satisfactorio.

Su boca tocó con suavidad una comisura de la de ella, y Sabrina, indefensa, sintió que su cuerpo respondía. No podía pensar bien teniéndolo tan cerca, con su boca rozando de modo atormentador la de ella, y con un avergonzado cuchicheo pudo pronunciar:

-¿Qué clase de arreglo?

El levantó la cabeza y ella se sintió helada ante lo que veía en su semblante.

-Un arreglo muy sencillo, lirio atigrado -dijo con voz espesa-. Te conviertes en mi amante durante seis meses, y al cabo de ese lapso te firmo la renuncia de todos los derechos a tu condenada fortuna. -Cínico, agregó:- Creo que es un precio bastante justo para el uso de ese delicioso cuerpo tuyo, ¿no te parece?

34

Hizo falta un momento para que la enormidad de su sugestión fuese asimilada. Anonadada, Sabrina lo miró, y luego balbuceó, incrédula:

-¿Am... aman... amante? ¿Me quieres por amante?

Con expresión enigmática, él respondió Con sequedad:

-Te quiero. Siempre te he querido. Una vez te ofrecí casamiento, pero parece que eso no fue suficiente, por lo menos no bastó cuando yo era 10 único que acompañaba ese matrimonio. -Sonrió con ironía.- De manera que esta vez no soy tan tonto, aunque supongo que mi fortuna es mucho mayor de lo que lo era entonces. Pero -continuó con aspereza- ya no estoy en el mercado Con interés de comprar una esposa. Ahora bien, uná amante, eso es diferente...

Dio vuelta la cabeza, luchó Con desesperación contra la necesidad de estar en brazos de él y dijo Con voz ronca:

-Necesito tiempo para pensar.

No era lo que había querido decir. Pensaba arrojarle al arrogante rostro el insultante ofrecimiento, pero, quién sabe porqué, las palabras le habían salido mal.

-Como quieras -dijo Brett Con aparente indiferencia. Se apartó y se encaminó hacia su alcoba, pero luego se detuvo y miró hacia donde ella se haIlaba paralizada, ante la puerta-. Creo que deberías saber que soy Un hombre impaciente, un hombre muy impaciente -dijo Con suavidad- ...en fin de cuentas, he esperado seis años para este momento y no tengo la intención de esperar mucho

más. Y querida, algo más para que lo pienses: he sido muy amable contigo en estas últimas semanas, inclusive me asombré yo mismo, pero no cometas el error de pensar que si me rechazas continuaré siendo benevolente. -Sus labios cincelados se apretaron.- Créeme, no lo seré... ¡disfrutaré haciendo el papel de tutor malévolo! y lo haría, pensó Sabrina, desdichada, mientras corría casi por el pasillo hacia el refugio de sus habitaciones. Era capaz de convertir su vida en tal infierno, que su proposición insultante, degradante, pareciera el cielo. Al llegar a sus habitaciones, se dejó caer en la cama, y lágrimas de vergüenza le corrieron por las mejillas. Ah, Dios, sintió que el corazón se le quebraría. Y cuánto más fácil, cuánto más sencilla sería su decisión si no lo amara tanto...

Con lágrimas que se iban secando, Sabrina se volvió sobre la espalda y miró a ciegas el blanco dosel. Muy bien, era lo bastante tonta para continuar amándolo. Eso no significaba que debía permitir que la manipulara, la dominara y la convirtiese en una esclava abyecta, sumisa. Podía amar lo, ¡pero él nunca lo sabría! Lo que merecía era ser ahorcado, o descuartizado, o hervido en aceite, o... Durante varios momentos placenteros, pensó en todas las formas adorables en que le habría gustado torturarlo, pero a la larga se interrumpió, al darse cuenta de que si bien eso la hacía sentirse mejor, no solucionaba su problema. y tenía un problema. Oh, parecía tan sencillo, por encima. Lo amaba, lo deseaba, lo quería desesperadamente, con todas las fibras de su ser, y él la quería... durante seis meses. Se le escapó un suave gemido de desesperación. Si aceptaba la infame proposición, tendría seis meses de éxtasis, seis meses en los cuales tratar

de lograr que él la amase... Pero si fracasaba, si al cabo de los seis meses él terminaba las relaciones de ambos, con tanta frialdad como parecía dispuesto a reanudar las, no le quedarían otra cosa que recuerdos, recuerdos que se volverían amargos y desagradables, y dejarían el dolor de la vergüenza y la degradación, para siempre, dentro de ella. y si ella no aceptaba su proposición, ¿qué? El había dejado muy en claro que terminarían los momentos agradables de las últimas semanas. ¿Qué podía hacerle?, se preguntó, inquieta. ¿Encerrarla en un desván, a pan yagua? Eso podía soportarlo, pero sospechaba que la idea de Br:ett, de un tutor malévolo, adoptaría una forma más original. Una forma más dolorosa, más humillante. Una forma que la llevaría al lecho de él sin la garantía de terminar con el dominio de su cuerpo y su fortuna. ¡Dios! ¿Qué podía hacer? ¡Tenía que existir una solución!

Alguna otra manera de salir de esa trampa. De pronto sintió que se sofocaba, se levantó de un brinco, tomó su bolso y salió de sus habitaciones. Dio cinco pasos por el pasillo antes de darse cuenta de que Ollie holgazaneaba cerca de la escalera. La expresión de él era decidida, pero desdichada, y Sabrina hizo más lentos sus pasos.

Se miraron el uno al otro, y luego Ollie desvió los ojos ante la suspicacia que veía en ellos. Se tiró de la oreja, nervioso, y dijo, incómodo:

-No me agrada más que a ti, señorita. Pero el amo dijo que no debo apartarme de ti. -Carraspeó.- Dice que tienes que saber que huir de él es una de las opciones que no están abiertas para ti.

-Entiendo -dijo ella con bastante serenidad, a pesar de la furia que la invadía. Esbozó una sonrisa torva y preguntó:- ¿Eres muy competente para espiar a la gente, para escurrirte a espalda de los demás?

Ollie se ruborizó apenas.

-Sí, señorita, lo soy -repuso con firmeza-. No lo soy tanto en el bosque, pero no hay manera de que puedas salir de Nueva Orléans sin que yo o el amo lo sepamos. Y señorita, deberías saber que el amo es muy competente para seguir pistas en el bosque, así que no debes pensar que si puedes escaparte de mí podrás escaparte de él!

Sabrina tragó con dificultad y asintió. Alicaída, se volvió y caminó con lentitud hacia sus habitaciones. ¿Para qué servía irse de la casa? La presencia de Ollie sería un constante recordatorio de que ya no era libre.

Dentro de sus habitaciones, vagó, letárgica; sus dedos rozaron primero un objeto, después otro, y sus pasos eran tan carentes de rumbo como sus desdichados pensamientos. ¿Qué importaba, se preguntó al cabo, desanimada, si aceptaba o no la proposición de Brett? El tenía en sus manos todos los naipes, inclusive uno que no sabía que poseyera: el amor de ella. Aceptara o no, tarde o temprano él se saldría con la suya.

Encaró de frente ese hecho y se dio cuenta de que en verdad sólo le quedaba una opción. La fuga parecía no figurar entre las posibilidades. Aunque pudiera eludir a Ollie, ¿cómo viviría? ¿Adónde iría? No a su casa, ese era el primer lugar en el cual la buscaría Brett. Además, ¿cómo llegaría hasta allí? No le cabían dudas de que él había adoptado precauciones contra la posibilidad de que ella ensillara y cabalgase, enloquecida, rumbo a Nacogdoches.

Por lo tanto, pensó secamente, si debía llegar al lecho de él, de una u otra manera, tenía que cerrar el mejor trato posible. Y el mejor trato que él le había ofrecido era dejarla en libertad al cabo de seis meses. Con las facciones endurecidas, miró por el balcón.

Por lo menos, pensó con amargura, le quedaba un poco de tiempo. No tenía por qué darle la satisfacción de una capitulación inmediata. Y tal vez, sólo tal vez, en ese breve tiempo del cual disponía se le ocurriría alguna solución...

De alguna manera, había abrigado la esperanza de que Brett actuara en forma diferente después de la conversación de esa mañana, pero para su confusión, seguía comportándose como si nada importante hubiera sucedido entre ellos. Esa noche, cuando la saludó en el salón azul, después de la cena, sus modales eran

los mismos de siempre: burlones, un tanto despectivos y, por desgracia, absolutamente fascinantes.

Francisca se había recobrado un tanto de su indisposición y se encontraba en condiciones de acompañar los en la cena, cosa que alegró desmesuradamente a Sabrina. No creía que hubiese podido soportar la comida si su tía no hubiera estado presente, y, cosa más importante aun, la conversación de su tía con Brett

cubría cualquier silencio de Sabrina.

Era poco habitual que Brett las acompañase durante la cena, y Francisca no pudo dejar de comentarIo.

-Bien, señor -dijo, falsa- es un honor tenerte con nosotras esta noche.

Brett sonrió apenas.

-Me alegra tanto que te des cuenta de ello -replicó con sequedad, con un pequeño brillo divertido y burlón en los ojos.

Francisca apretó los labios, pero decidida a no molestarse, dijo, con acento menos desagradable:

-Has eslado ausente durante varios días, y en los últimos tiempos pareces estar muy ocupado. ¿Tiene eso algo que ver con los asuntos de mi sobrina?

Brett respondió con desenvollura, mientras bebía un sorbo de vino:

-Sí, en rigor, así es.

Francisca esperó a que continuara hablando, pero cuando vio que no habría más informaciones, pidió, impaciente:

-Explícate, si quieres. -Brett la miró, y ella murmuró:- Por favor.

-Ya que lo pides con tanta cortesía -murmuró él- he estado ocupándome de que Madriguera del Zorro, mi plantación ubicada a unos cuantos kilómetros al sur de aquí, quede preparada para que nos traslademos allá.

-¿Nos traslademos? -repitió Sabrina con voz punzante.

Brett la miró.

-Sí. Sin duda sabes que la costumbre indica que uno debe retirarse a su plantación para los meses del verano. La ciudad sólo es agradable durante el invierno. Pero antes que

podamos ir es preciso hacer en la casa algunas modificaciones necesarias dedicó a Francisca una sonrisa encantadora- antes que resulte adecuada para visitantes tan deliciosas.

Francisca no se mostró en modo alguno seducida.

-iNo creo que sea una buena idea! iNo tengo la intención de irme de Nueva Orléans! -declaró con firmeza.

Pero antes que pudiera continuar hablando, Brett dijo con frialdad, con expresión implacable:

-En realidad no importa lo que piense, señora. Para el primero de junio Sabrina y yo estaremos viviendo en Madriguera del Zorro... si deseas acompañar a tu sobrina, hazlo. Si no -su voz se hizo sedosa- estoy seguro de que podrás encontrar algún otro alojamiento aquí, en la ciudad.

El momento molesto quedó atrás, pero Sabrina no se asombró cuando Francisca rechazó el postre, helado de fresa, y se retiró temprano. A solas con Brett, comenzó a ponerse de pie y dijo, de prisa:

-Tampoco yo tengo más hambre. Te dejaré terminar tu cena en paz.

-Siéntate, Sabrina -ordenó Brett con sequedad-. No tengo la intención de atacarte, así que, entonces, no huyas de mí como una gacela asustada.

Indignada, Sabrina dijo, con una exclamación ahogada:

-iNo estoy asustada! Sólo pensé...

-¿Sólo pensaste que sería mejor que fueras a tranquilizar a tu tía? -interrogó él, sarcástico, con una ceja enarcada.

-iBueno, fuiste bastante grosero con ella! -dijo la joven, a la defensiva.

-No más que ella conmigo -declaró él, cansado. La miró y preguntó:- me veras crees que me agrada ser descortés? ¿y piensas de verdad que no tengo conciencia del resentimiento y la amargura de ella? ¿Que no veo las miradas sombrías que me dirige, o que no sé que en verdad le habría gustado usar ese cuchillo contra mí? -Bufó.- Tu tía odia mi presencia, y es la última persona a quien querría tener cerca de mí si me encontrase al borde de un despeñadero.

Con una leve sonrisa triste que le curvaba los labios, Sabrina murmuró:

-Todo esto le resulta muy duro, Brett.

Brett esbozó una mueca torcida.

-Es probable... y si quisiera intentar tratarme con un poco de cortesía por su parte, podría ponerme a la altura de la situación y hacer lo propio.

Extrañamente a sus anchas con él, disipado un tanto el frío que le había envuelto el corazón, Sabrina preguntó con suavidad:

-De veras nos trasladaremos a tu plantación para el primero de junio?

El jugueteó un segundo con su copa de vino. Luego sus ojos se clavaron en los de ella y dijo en voz baja:

-Sí, nos iremos. Creo que te gustará aquello. Chateau Saint-André, donde vive Morgan, no queda demasiado lejos, de modo que tendrás oportunidad de conocer a su amada Leonie.

Sabrina asintió con lentitud, desconcertada y asombrada de que pudieran sostener esa conversación totalmente civilizada.

Brett sonreía apenas, con una insinuación de cálida risa agazapada en el fondo de sus ojos de color verde jade, y ella sintió que el corazón se le inundaba de amor.

Momentos como esos -y había habido muy pocos de ellos- eran los que ella más atesoraba. Los modales cínicos y sarcásticos habían desaparecido.

Hablaron con placer durante un rato; Brett explicó los cambios que introduciría en Madriguera del Zorro, e hizo sonreír a Sabrina con su entusiasmo. Pero después, demasiado pronto, como si hubiese recordado la situación que existía entre ellos, su semblante cambió apenas y dijo, con su tono sardónico:

-Bien, querida mía, creo que ya te he aburrido lo suficiente con mis relatos sobre las tribulaciones de un pobre plantador.

La modificación de su estado de ánimo fue demasiado rápida para Sabrina, y bañada todavía por la calidez de su encanto, con una sonrisa atrayente en los labios, movió el brazo, indicando la habitación, y murmuró:

-¡Sin duda no tan pobre!

Brett se puso rígido y Sabrina supo, con congoja, que el amistoso interludio había terminado. Se había apartado de ella, y una vez más predominaba la fría criatura irritante que tanto aborrecía.

Con los ojos helados, él contestó:

-¡No, por cierto que no tan pobre! -Con el semblante torvo, agregó, deliberadamente:- Pero es que nunca he sido pobre... algo que habrías debido descubrir antes de arrojarme a la cara, de manera tan sumaria, mi proposición matrimonial.

- Furioso por haber revelado tanto, Brett se puso de pie de golpe.

-Si me perdonas, ahora te dejaré.

Boquiabierta de asombro, Sabrina lo miró sin hablar cuando cruzó la habitación con rapidez y desapareció al otro lado de la puerta. Ceñuda, con los pensamientos en torbellino, también ella se puso de pie y salió del comedor.

Esa noche no le resultó fácil dormirse. Había demasiadas cosas en que pensar, demasiadas cosas confusas, contradictorias respecto de las cuales reflexionar.

Esa mañana no había captado, en verdad, muchas de las cosas que dijo, fuera de la afirmación de que la quería como amante, pero ahora, acostada, con los ojos muy abiertos en la oscuridad de su habitación, examinó con lentitud el inquietante enfrentamiento. Había existido la clara insinuación, ahora que lo pensaba, de que seis años atrás ella lo había encontrado deficiente, o que más bien entendió entonces que su fortuna era deficiente. Frunció el entrecejo. ¡Pero eso era imposible! Lo había amado, y su dinero o falta de él no intervenía en sus emociones.

Con el entrecejo cada vez más profundo, se sentó en la cama, con las rodillas contra el pecho. ¡Oh, era ridículo! ¡No podía haber pensado que ella buscaba la fortuna de él! Un rubor de culpa le cubrió la cara cuando la pregunta, taimada, se le insinuó en el cerebro... ¿Por qué no? ¡Tú creíste que él buscaba la tuya! Se re-

movió, incómoda, y la vergüenza reptó por su cuerpo. ¡Pero yo tenía buenas razones!, protestó débilmente. ¿Buenas razones?, se burló su mente. ¿Qué buenas razones podían hacerte creer semejante cosa del hombre a quien decías amar? Pero Sabrina conocía la respuesta a esa pregunta, aunque deseaba no saberla Carlos y Constanza, susurró en la oscuridad. Yeso hizo terminar eficaz-mente su discusión consigo misma. Era cierto que el propio Brett nunca había ofrecido indicio alguno de que la fortuna de ella tuviese algún atractivo especial para él, pero aunque Sabrina hubiese podido hacer a un lado los comentarios de Carlos, acerca de que Brett era un cazafortunas, como púas celosas, no existía manera alguna de refutar la confesión mucho más dañina de Cons- i

tanza, de la terrible tarde en la glorieta.

Tampoco existía contestación para esa pregunta, ya la larga cayó en un sueño inquieto, pero aun sus ensoñaciones le ofrecieron muy poco consuelo.

También Brett despertó cansado y deprimido... cosa muy poco habitual en él. Podía atribuir la fatiga al duro trabajo que había llevado a cabo en todos los momentos libres, en los últimos días, para ocuparse de que Madriguera del Zorro se encontrase preparado con vistas a la llegada de Sabrina. Pero la depresión le

preocupaba... sin duda, después del enfrentamiento con Sabrina, de la víspera, habría debido sentirse alborozado... ¿o no?

Si todo eso era verdad, ¿ por qué tenía ese corrosivo sentimiento de insatisfacción, esa deprimente sensación de que faltaba algo, esa sensación cada vez más molesta de que su búsqueda de venganza no le ofrecía el placer que esperaba? Habría debido despertar esa mañana con un sentimiento de ávida expectativa... Sabrina podía no darle enseguida la

respuesta que quería, pero en su espíritu no existía duda alguna de que antes que pasara mucho tiempo abandonaría su arrogante orgullo y aceptaría su inescrupulosa proposición;

Se le contrajo el rostro. ¿Era esa la raíz de esa depresión e insatisfacción, el conocimiento de que actuaba en forma nada honorable,inescrupulosa?

¡Alejandro había sido un condenado tonto romántico al agregar el codicilo a su testamento! iY si el hombre a quien había elegido como tutor de su hija uitilizaba para su provecho los poderes que se le concedían, la culpa era de Alejandro! Lúgubre, Brett bajó de la cama y se salpicó la cara con agua del jarro que tenía sobre el lavabo de mármol, cerca de su cama.

El honor, se dijo, nada tenía que ver con la situación. Ella merecía sufrir a manos de él... ¿acaso no lo había hecho sufir a su vez? ¿No lo había herido más profunda, más dolorosamente que nadie en toda su vida? implacable, se dijo que la respuesta a todas esas preguntas era un resonante sí! Por desgracia, esa decisión no lo ayudó en su estado de ánimo, ni alivió su talante sombrío. Sospechaba que una parte de su pesadez espiritual tenía que ver con el afecto y respeto que había sentido por Alejandro... era ajeno a él traicionar la confianza de un hombre... inclusive la de un muerto. La muerte de Alejandro había sido un duro golpe para Brett, casi tan duro como lo habría sido la pérdida de su propio padre. Y enterarse de que Alejandro había sido vilmente asesinado lo dejó tan henchido de furia vengativa, que a la larga no pudo contenerla. Como Ollie suponía, había ido a Nacogdoches, a finales del verano anterior con la decisión de encontrar al asesino de Alejandro. Pero para cuando llegó al pequeño puesto avanzado español, las pistas que hubiesen podido existir estaban frías. Disfrazado con una espesa barba, un sombrero de ala gacha y ropas toscas, pasó varias semanas discretas, haciendo preguntas, tamizando las escasas informaciones existentes, salvajemente decidido a encontrar alguna minúscula clave. Pero a la larga supo que su búsqueda era inútil, y entonces, con el corazón helado, se alejó de Nacogdoches... pero no sin antes ceder al impulso que lo corroía desde la primera vez que cruzó el río Sabine... tal vez desde que se fue tan furiosamente, en aquel verano de 1800. Había sido una locura, una pura demencia, cabalgar junto al lago para detenerse y mirar la glorieta en la cual había hecho el amor a Sabrina, aquella noche de luna, tanto tiempo atrás. Y cuando a través de las arcadas abiertas de la glorieta la vio de repente ponerse de pie ante él, se sintió atravesado por un sentimiento de placer tan hondo como una cuchillada. Solo du-rante un segundo, apenas por un momento, tuvo la guardia baja, antes de contener con malignidad las poderosas emociones que lo invadían. No estaba todavía preparado para verla de nuevo, y nada dispuesto a confiar en sus reacciones, en especial en ese lugar evocativo, tiró de las riendas de su caballo, con brusquedad, y cabalgó, estoico, hacia Nueva Orléans, imaginando la dulce

venganza que se tomaría contra ella y entonces, ahora, ¿por qué cuando todo salía con exactitud tal como lo había planeado, la idea de la victoria lo dejaba tan insatisfecho y deprimido? Su deseo de posecrla no se había reducido... en los últimos tiempos, muchas noches dormía inquieto, de tanto en tanto le dolía el cuerpo por la necesidad de conocer el éxtasis del de ella, y sólo necesitaba imaginaria mentalmente para que las pruebas físicas de su deseo fuesen percep-

tibles en el acto.

El rostro se le puso tenso, una mano se cerró en un puño y los nudillos relucieron, blancos. Aprendería a vivir con el dolor, tal como lo había hecho en el pasado, y entretanto... Entretanto la tendría en su cama, pensó, cáustico, y su cuerpo experimentaría alivio, ya que no su corazón!

Se vistió con rapidez, salió de sus habitaciones minutos más tarde y se dirigía a las caballerizas cuando Ollie, con un sobre en la mano, detuvo su avance. Con resignación, Brett vio que el sobre había sido abierto y preguntó con sequedad:

-¿Alguna vez recibiré uno que no hayas leído antes?

Ollie sonrió.

-¡Vamos, amo, ya sabes que no puedes enseñar nuevos trucos a un perro viejo! ¡Y he estado abriendo tus cartas desde hace tanto tiempo, que no creo que pueda ya dejar de hacerlo! –Brett lanzó un bufido y se informó con rapidez de lo que decía la carta. Era de Morgan. Decía:

Querido Brett:

Cuando regresé a casa, había una carta de Jason esperándome. El y su familia piensan venir a Nueva Orléans a finales de julio, principios de agosto, y por lo tanto, en lugar de escribirle, si lo apruebas, sugiero que esperemos a que llegue y entonces organizaré una reunión de los tres, tal vez aquí, en el Chateau... de ese modo Sabrina y Catherine podrán visitar a Leonie, mientras los caballeros hablamos de nuestras cosas a nuestra entera satisfacción. ¿Convenido?

Morgan

Brett miró a Ollie y dijo:

-Escribe una respuesta, dile que estoy de acuerdo con lo que disponga, y haz que uno de los criados la entregue en el Château Saint-André, por favor. Ah, Y ahora que lo pienso... antes de irme escribiré una carta a mi padre, y me agradaría que hicieras que un criado se la llevara personalmente. -Sonrió.- De lo contrario, Hugh podría no recibirla hasta dentro de varias semanas.

Ollie asintió e iba a alejarse, pero la voz de Brett lo detuvo.

-Te dejo encargado de todo mientras esté en la Madriguera del Zorro... ya he dicho a Andrew y al resto de la servidumbre que deben obedecer tus órdenes -dijo Brett con lentitud-. Esta vez me ausentaré durante una semana o diez días. Te escribiré más tarde, dándote una fecha más definida de mi regreso, pero cuan-

do vuelva me gustaría que todo estuviera preparado para nuestro traslado a Madriguera del Zorro.

Sabrina tomó bastante bien la noticia de la ausencia de Brett, casi con alivio.

Pero aun con la incertidumbre de su futuro pendiente sobre su cabeza, y a pesar de su cólera y del resentimiento por el camino que él la obligaba a seguir, descubrió que echaba muchísimo de menos la vital presencia de Brett. El ambiente de la casa parecía tan chato, tan aburrido, tan inerte, sin él... y para su horror se sorprendió contando los días que faltaban hasta que regresara.

Para gran placer de Francisca, Carlos llegó una soleada tarde, cuando Brett estaba ausente desde hacía cinco días. Pero Sabrina recibió su llegada con emociones decididamente confusas, y descubrió que no se sentía tanjubilosa de verlo como habría podido estarlo. Su presencia sólo complicaría aun más las cosas. Su inquietud fue en aumento cuando Francisca insistió en que se quedara a pasar la noche con ellas y ordenó, arrogante, que le fueran preparadas las habitaciones. Ya se habían intercambiado los saludos iniciales y las novedades del momento, y los tres se hallaban sentados en el patio sombreado por los árboles, buscando alivio al húmedo calor del día, cuando Francisca hizo conocer sus deseos. Ante la descarada indiferencia de su tía respecto de las opiniones de Brett, Sabrina se puso rígida y dijo, con cierta pomposidad:

-Tía, no creo que sea una buena idea. El señor Dangermond...

Francisca interrumpió, altanera:

-¡Qué me importa lo que piense él! ¡No está aquí; nosotras estamos! Además -añadió, remilgada- ahora que ha venido Carlos, las cosas cambiarán.

Con expresión sospechosamente mansa, Sabrina preguntó:

-De veras? ¿Cómo es eso? -y miró interrogante a Carlos, quien se encontraba arrellanado, cómodo, en un sillón de respaldo de caña.

Carlos la miró, pensativo, consciente de que el saludo de ella no había sido tan cálido como podía serIo. Y tenía plena conciencia de que si bien ella estaba dispuesta a recibir su visita y ofrecerle bebidas, decididamente no quería que se quedase allí.

Taimado, preguntó:

-¿Existe algún motivo para que no pueda alojarme en la misma casa que mi madre y mi querida prima? ¡En especial cuando es probable que tu dinero la haya comprado!

-¡Eso no lo sabemos! -replicó Sabrina, furiosa. Con el rubor acentuado, dijo, con mayor serenidad:- Y hasta que lo sepamos, este es el hogar de él. -Miró a Carlos a los ojos, y terminó diciendo:- El señor Dangermond ha expresado su deseo de que no te quedes aquí, con nosotras. Resulta lamentable que piense así, pero creo que lo mejor será que te busques otro lugar para alojarte durante tu visita a la ciudad.

Francisca se mostró ofendida. Lanzó a su sobrina una mirada de ardiente desagrado, y escupió:

-¿ y quién te crees que eres para adoptar semejante decisión? Yo soy tu tía y me obedecerás! IDigo que mi hijo se queda aquí, con nosotras, porque este es su lugar! ¡Cómo te atreves a ponerte de parte de ese gringo!

Carlos observó con atención el rostro tenso de Sabrina, y se preguntó en qué estaría pensando. Se veía con claridad que esos pocos meses de separación, mientras estuvo en Ciudad de México, habían perjudicado seriamente sus relaciones con ella. Se mostraba amistosa, pero él presentía la existencia de una barrera entre ellos. ¿El gringo? Con un brillo de celos en los ojos negros, escu-driñó las facciones de la joven en busca de una clave. A pesar de todo, Carlos nunca había abandonado la esperanza de casarse algún día con Sabrina y conquistar por fin las dos cosas que siempre se le habían escapado: la mujer y la fortuna de del Torres.

Había reconocido, con amargura, que después de tanto tiempo, Sabrina no lo amaría nunca como a un esposo, y por lo tanto había comenzado a planear con frialdad una manera de imponerle el matrimonio. Existía una sola, admitió por último para sus adentros: dejarla embarazada.

Una sonrisa un tanto cruel le cruzó el rostro moreno. Le daría un gran placer producirle un embarazo. No importaría que ella lo odiara; la vergüenza, por sí sola, la obligaría a casarse con él. y una vez desposados, desde la seguridad de Ciudad de México, estaba seguro de poder anular el testamento de Alejandro. En

fin de cuentas, todos los parientes de México eran ricos y poderosos, y Carlos no dudaba de que se sumarían a la batalla para arrancar de manos de un extraño el dominio de la fortuna de Alejandro. Lo tenía todo pensado: inclusive el lugar donde mantendría a Sabrina prisionera hasta que quedase embarazada y se enterase de quién era su amo. No se había sentido muy complacido cuando

llegó a Nacogdoches y descubrió que había dejado las cosas hasta que era casi demasiado tarde. Pero, por supuesto, Constanza le había advertido que eso podía ocurrir...

Entrecerró los ojos durante un segundo. ¿Quién habría pensado que Constanza Morales estaría en Ciudad de México? ¿O que se encontrarían? Apretó los labios. ¿O que se mostraría satisfecha, casada con un español adinerado? Un hombre alto, hermoso, que le recordaba, en forma irritante, a Brett Dangermond.

Cuando por fin consiguió estar un momento a solas con Constanza, en el cual habría restablecido la antigua intimidad, ella lo rechazó con suavidad, pero con firmeza. Con los líquidos ojos oscuros henchidos de piedad, dijo:

-No has cambiado para nada, Carlos, amigo mío. –y agregó, con voz ronca:- Pero yo sí... y han quedado atrás aquellos días de pasión negligente, egoísta. Cuando los recuerdo, me avergüenzo. Dios me ha bendecido en gran medida en estos últimos años, desde que nos separamos... con mi esposo y mis dulces bebés.-Con los ojos entornados, terminó diciendo:- No merezco nada de eso... en especial porque gané todo lo que poseo a expensas de personas inocentes... un par de jóvenes enamorados que se separaron por mi culpa. -Con lágrimas en los grandes ojos oscuros, dijo, apenada:- Muchas veces he pensado escribir a Sabrina para explicarle mi participación en lo que hicimos...

Librodot

-iNo! -gritó Carlos, y el miedo le recorrió el cuerpo. Era imperativo que Sabrina continuara confiando en él. Los planes que hiciera para el futuro girarían en torno de ese hecho.

Constanza lo había mirado, y él improvisó de prisa:

-Ya no importa qué hicimos... ella nunca amó de veras al gringo. Así me lo dijo. -Se impuso una sonrisa complacida.-

Cuando regrese, tengo la esperanza de casarme con ella. En los últimos tiempos me ha dado ciertos indicios.

Pensativa, Constanza lo miró, y él tuvo conciencia de que estaba tratando de decidir si decía la verdad. Debió de haber resuelto que la decía, porque un tenso segundo más tarde murmuró:

-Entonces no me quedaré aquí mucho tiempo... tu Sabrina podría escapar de ti.

CUARTA PARTE

La promesa de amor

¡Ay, cómo una causa menuda
Puede causar disensión entre corazones
que aman!
Thomas Moore
Lalla Rookh Parte VIII,

25

Después de decidir que ganaría muy poco insistiendo en quedarse en la casa de Dangermond, Carlos se dedicó enseguida a tranquilizar a su madre y al mismo tiempo a conseguir que Sabrina se aflojara. Convenció a ambas mujeres, y era verdad que no abrigaba intención alguna de quedarse. Estaría cerca, si lo necesi-

taban, pero por el momento le parecía mejor encontrar su propio alojamiento.

Sabrina le dirigió una mirada agradecida, y su despedida de él fue mucho más cálida de lo que había sido su saludo inicial. Pero no lo habría sido, si hubiese tenido alguna idea de lo que rondaba por la cabeza de Carlos. Al salir de la casa Dangermond, se dirigió de inmediato a la habitación que había alquilado en una

posada, cerca del centro de la ciudad. El hecho de que Dangermond se hubiese ido era un golpe de suerte, decidió, pensativo, esa noche, mientras se hallaba a solas en su habitación. Pero tendría que actuar con rapidez si quería aprovecharlo.

A la tarde siguiente, sus planes estaban trazados. Había conseguido una pequeña cabaña aislada, a ocho kilómetros de la ciudad. Estaba destartalada, pero era sólida, un edificio pequeño que se adaptaría a sus objetivos. No había vecinos cerca y se encontraba oculta por la maleza que caracterizaba las porciones no

cultivadas de la región. Un pantano próximo rodeaba el cdificio abandonado, y Carlos no dudaba de que resultaría difícil encontrarlo. Pero aunque a la larga Dangermond encontrase la pista de

Sabrina hasta ese lugar, sería demasiado tarde. Carlos sonrió... hacía falta tan poco tiempo para violar a una mujer... En su mente tenía la conclusión cierta de que ella quedaría embarazada en pocos días, si no en horas, después de su posesión forzada.

Después de encontrar el lugar de cautiverio con tanta rapidez, Carlos se sintió atormentado cuando sus planes sufrieron un revés, debido a que Sabrina era tan esquiva.

Había llegado de visita el miércoles, para sugerir que cabalgaran junto al río, pero ella se negó con suma cortesía. Presentaba excusas para declinar cualquier salida que él proponía, casi como si se diera cuenta de que su seguridad residía dentro de los límites de la casa Dangermond.

Sabrina no sospechaba de Carlos en ningún sentido; sólo tenía conciencia de un creciente sentimiento de inquietud cuando se encontraba en compañía de él. Sabía que Brett se mostraría furioso cuando regresara y descubriese que Carlos merodeaba por toda su casa, pero no era eso lo que le impedía aceptar las invita-

ciones de Carlos. Era algo relacionado con la manera en que éste la miraba. Algo que brillaba en el fondo de esos vigilantes ojos negros, y que la hacía no querer estar a solas con él fuera de unos pocos minutos. Algo que le hacía recordar su ataque en la glorieta...

Eso, y los sueños que habían comenzado a acosarla durante la noche. El sueño de Brett en el lago se repetía con frecuencia, pero ahora presentaba un giro más siniestro aun. Constanza desaparecía, y ella quedaba a solas con Carlos, pero con un Carlos a quien no reconocía. En lugar del hermoso semblante sonriente del

compañero de su infancia, su rostro se convertía en una máscara de maldad. La asustaba, y si bien no era supersticiosa, no podía despojarse del sentimiento inslintivo de que quizá no debía hacer caso omiso de sus sueños. El rccuerdo de la glorieta, unido a las pesadillas, la volvía especialmcnte huidiza en su compañía. Y además estaba el hecho de que Brett había dicho que Carlos había mentido. ¿Respecto de qué?, se preguntaba ella con frecuencia, pero no se había presentado el momento de preguntárselo a su primo, y decidió hacerlo la próxima vez que Francisca los dejara a solas por un momento. La llegada de Carlos había llevado a un segundo plano la indecisión en cuanto a la desdichada proposición de Brett, pero para cuando estuvo unos cuantos días en Nueva Orléans, Sabrina supo que ya no podía continuar eludiéndolo. Aceptaría el ultimátum de Brett. Lo aceptaría y abrigaría la esperanza de que en algún momento de su período de gracia de seis meses se produjese un milagro... que Brett se enamorase de ella.

Fue una decisión amarga. Tanto más amarga debido al convencimiento de que en realidad ansiaba estar entre los brazos de él, ansiaba que la besara y la acaricias de como lo había hecho en aquella noche de luna.

Pero una vez adoptada la decisión, una vez que admitió que lo amaba, que cualquier cosa era preferible a no tenerlo, descubrió en sí un extraño sentimiento de confianza. De alguna manera haría que la amase... que los seis meses se prolongaran durante toda una vida, y, que algún día, se convertiría en su esposa.

Tal vez el alivio respecto de la incertidumbre fue lo que la volvió descuidada, lo que la hizo no pensar dos veces si debía o no concurrir a la pequeña velada que se llevaba a cabo a cierta distancia de la ciudad, en la plantación de los Robles, amigos de Francisca. Esta también iría, de modo que Sabrina no experimentó te-mores esa noche, cuando se introdujo en el carruaje con Carlos y la madre de éste. El coche era de Brett, como los criados que lo conducían; uno de ellos era Ollie, y también eso debió de haber acrecentado su sentimiento de seguridad.

Disfrutó de la velada, y ataviada con una suntuosa creación de raso de color verde helado, con un cubrecorsé vaporoso, de tenue gasa blanca; el cabello peinado hacia atrás, en un elegante moño adornado con una delicada redecilla de plata, atrajo todas las miradas. Su estatura, así como su gracioso porte, la hacían reconocible en forma instantánea, y dadas esas cualidades y su cálida sonrisa, y los rientes ojos dorados ambarinos, no era sorprendente que siempre se la viese rodeada de una cantidad de ávidos y llamativos caballeros jóvenes, criollos y españoles. Carlos no era uno de ellos. Decidido a aprovechar la distancia respecto de la ciudad y el enorme cariño de su madre, había trazado sus planes en consonancia con ello. Una parte importante de dichos planes consistía en no ahuyentar a su presa.

Cerca de la mitad de la noche, cuando una de las parejas,de más edad se disponía a irse, Carlos dijo con negligencia a su madre:

-¿Por qué no regresas a la ciudad con los Correa? –Con una nota suplicante en la voz, agregó:- Me daría una oportunidad para estar a solas con Sabrina.

Francisca lo miró y sonrió con afecto.

-Pero por supuesto, hijo mío. -Le dirigió una mirada de picardía.- Usarás el tiempo para cortejar a esa niña tonta, ¿sí?

Carlos sonrió.

-Sí, se podría decir eso. -Depositó un beso ligero en la frente de su madre.- Y mamá... no te preocupes si Sabrina no vuelve a casa por unos días.

Francisca se sintió sacudida, primero, y su mirada se turbó.

Pero luego asintió con lentitud.

-No apruebo eso, pero podría ser la única manera de obligar al gringo a aflojar su dominio sobre ella -dijo con pesadez.

Carlos se aseguró de que Sabrina estuviese ocupada con su grupo de galanteadores, y escoltó a su madre al carruaje de los Correa, y una vez que el carruaje partió, se encaminó hacia el coche de Dangermond. Miró en torno con indiferencia. La mayoría de los criados estaban en la parte de atrás de la plantación, disfrutando de su propia festividad, y al advertir que no se lo observaba, aflojó con rapidez la tuerca del eje, que sostenía en su lugar una

de las ruedas traseras. Arrojó la tuerca por sobre el hombro y sonrió. En el cami-

no había una curva cerrada, a unos cinco kilómetros... y dos caballos amarrados esperaban a corta distancia, a un costado, entre las malezas. La rueda se mantendría en su lugar hasta entonces, y cuando se soltara y él enviase a los criados en procura de ayuda... Su sonrisa se ensanchó cuando volvió a entrar en la casa.

También Francisca sonreía cuando ingresó en la casa Dangermond, poco más tarde. Por fin, pensó, alborozada, se concretaría su sueño de ver a Carlos y Sabrina casados. Sonrió, dichosa, imaginando las cosas que le diría al gringo, y había en sus ojos un brillo de propietaria cuando paseó la mirada en torno del hermoso vestíbulo. Todo eso sería de ella, muy pronto.

Pero su sonrisa se desvaneció cuando de pronto vio la alta silueta de Brett en la puerta de la biblioteca.

-¿Qué haces tú aquí? -preguntó, airada-. ¡No se te esperaba hasta el martes!

Exhibiendo más calma de la que sentía, Brett se apartó de la puerta y dijo con frialdad:

-No sabía que tenía que dar aviso antes de volver a mi propia casa.

Un rubor moteado inundó las mejillas de Francisca. Sin mirarlo, murmuró:

-Me sorprendí al verte. ¿Cuándo llegastes?

-Más o menos una hora después que tu grupito partiera hacia la plantación de los Robles -habló él con ligereza-. Concurriste a la velada de los Robles, ¿verdad?

-Sí -repuso Francisca, pensando con frenesí en alguna manera de ocultar el estado de cosas del momento. No era bueno que el gringo resolviera cabalgar hasta la plantación de los Robles y escoltar a Sabrina a casa. Y por cierto que tenía que demorarlo hasta que Carlos y Sabrina se hubieran fugado. Dijo, de prisa:- Te preguntarás por qué Sabrina no está conmigo...

Con los ojos entrecerrados y vigilantes, Brett contestó:

-Creo que se puede decir, sin temor a equivocarse, que así es.¿Dónde está?

Brett la observó con atención, y luego, cansado del juego, preguntó a quemarropa:

-¿Dónde está? ¿Con ese hijo tuyo? ¿Ella acompaña a casa?

Nada se ganaría no admitiéndolo, de modo que Francisca se encogió de hombros.

-Sí. Yo estaba cansada y ellos se divertían tanto... Los dejé y regresé a casa con los Correa.

El esperaba algo por el estilo desde el momento en que llegó a casa y fue informado de que Carlos había acompañado a las damas a la velada. Y sólo el conocimiento de que Ollie era de los criados que viajaban en el coche le impidió ensillar su caballo e ir a la plantación. Pero aun sospechando que Carlos y Sabrina aprovecharían la ausencia de él para un tete-o-tete... ni siquiera eso aminoró la amarga desilusión que le produjo el saber que ella parecía

seguir perdiendo el tiempo con su primo, o la inesperada sacudida de celos feroces que le recorrió el cuerpo. Con voz tajante, dijo:

-No pareces tomar muy en serio tus deberes de dueña. Me parece altamente incorrecto abandonar a una persona que te ha sido encomendada, tan lejos de casa y a una hora tan avanzada de la noche.

Francisca se irguió, despectiva.

-¿ Te atreves a censurarme a mí? -preguntó con incredulidad. Recorrió con una mirada desdeñosa el cuerpo inmóvil de Brett-. Olvidas con quién hablas, gringo. Sabrina es mi sobrina, Carlos mi hijo y el primo de ella. ¡Nada hay de incorrecto en mis acciones!

-Por supuesto -respondió Brett con sospechosa afabilidad-. Esperaré yo solo a mi pupila. -Entrecerró los ojos.- Y señora, si no regresa a casa dentro de un plazo razonable... tú y yo tendremos otra breve conversación.

Con una indiferencia que estaba lejos de sentir, Francisca asintió y casi se escabulló escaleras arriba. ¡Ese cerdo!, pensó con malevolencia cuando llegó a la seguridad de sus habitaciones. ¿Quién creía ser? ¿y cómo se atrevía a amenazarla? Pero sintió cierta aprensión, en especial cuando recordó la expresión de sus ojos. ¿y qué le diría, se preguntó con inquietud, cuando Sabrina

no apareciera? Resolvió que lo mejor era una retirada; abrió con cautela su puerta y miró a lo largo del pasillo desierto. Con la misma cautela se deslizó por esta hasta la escalera que conducía al patio. ¡No se quedaría allI, pera ser amedrentada e insultada por el gringo! Se refugiaría con los Correa, para pasar la noche. Sin saber que Francisca había salido de la casa, Brett se encaminó de nuevo a la biblioteca; sus pensamientos no eran nada agradables. La situación era más bien irónica, pensó unos minutos más tarde. Como un tonto romántico, se había pasado los últimos diez días casi como un novio preparando un tocador para su novia. Durante un segundo se miró las manos callosas, y una sonrisa cínica le curvó la boca. Aun hasta el punto de construir una glorieta enrejada, cerca de un lugar escondido de la finca, a manos limpias, para que su dulce pupila tuviese algo que le recordara el hogar.

Durante los días que estuvo ausente, Brett había pensado mucho, examinado detenidamente sus propias emociones, y no le agradaba lo que veía. La idea del sometimiento forzado de Sabrina era lo que más desagrado le causaba, lo que lo hacía agitarse, inquieto, noche tras noche. La quería, pero deseaba que fuese a él

por su propia voluntad... que fuera como la primera y única vez que habían hecho el amor. Y el pensamiento de liberarla al cabo de seis meses le resultaba intolerable. El solo pensar en una vida sin ella creaba dentro de él un hondo y doloroso vacío, para el cual sabía que no existía alivio alguno... Evitaba en forma deliberada pensar en Carlos a solas con Sabrina, en el largo viaje de regreso a Nueva Orléans, en un coche privado, cerrado... Era una batalla inútil, las imágenes mentales de Sabrina entre los brazos de Carlos, la boca apretada con dulzura contra la del español, lo volvían casi loco de celos. Con torva decisión, trató de no permitir que los feroces celos se descontrolasen; con fría desesperación, intentó no pensar en lo que podía estar sucediendo. Pero a medida que pasaba el tiempo, a medida que el coñac disminuía en la jarra, comenzaba a aflojarse el férreo dominio que ejercía sobre sus emociones...

Sabrina no se alarmó cuando Carlos le informó que la madre de él se había retirado temprano, pero se sintió acongojada. No le encantaba el viaje de once kilómetros, de regreso a Nueva Orléans, en compañía de Carlos. Ni hacerlo con él en el coche cerrado. Pero nada podía hacer al respecto, de modo que, resignada,

le permitió que la ayudara a introducirse en el carruaje, en la esperanza de que continuara mostrándose encantador y cortés.

Cuando el coche partió con lentitud, reinaba el silencio entre ellos. Decidida a aprovechar la compañía forzada, Sabrina lanzó la pregunta que tenía desde hacía días en la punta de la lengua.

-¿Respecto de qué le mentiste a Brett?

Carlos se sorprendió apenas un instante, y cuando entendió las inferencias de lo que ella insinuaba, tuvo conciencia de un terrible estallido de furia. En la oscuridad, apretó el puño y apenas se contuvo para no cubrir la corta distancia que los separaba y golpearla y hacerle saber que era una ramera. Una sola mentira le había dicho al gringo -que él y Sabrina eran amantes- y existía una sola manera en que el gringo pudo saber que había mentido...

Con un matiz de mofa muy evidente en su voz, Carlos replicó:

-¿Por qué no se lo preguntas al gringo? Estoy seguro de que se mostraría ansioso de denigrarme ante ti.

Sabrina se mordió el labio. Confesó, deseando que hubiese luz para verle la expresión, pero disgustada por el tono de voz de él:

-Lo hice, pero no quiso decírmelo.

-Entonces tendrás que seguir preguntándotelo, ¿verdad?

Empecinada, insistió:

-Dijo que le habías dicho mentiras imperdonables, cuando se alojaba en nuestra casa. ¿Lo hiciste?

Una furia maniática estalló en él-eso, y el conocimiento de que muy pronto no importaría si ella se enteraba o no de la verdad, hicieron que perdiera los estribos- y se inclinó hacia adelante y le tomó una de las muñecas en un apretón cruel. Con la cara a pocos centímetros de la de ella, los dientes un resplandor blanco en la oscuridad, bramó:

-iSí! ¡Le mentí al gringo! Le dije que éramos amantes. Que era tu amante desde hacía tiempo. -Sus dedos le aplastaron la muñeca con mayor brutalidad, y le propinó una ruda sacudida, haciéndola caer casi del asiento, al suelo del coche.- Y piénsalo, mi dulce prima putañera, existe una sola manera en que puede haber

sabido que mentí. ¡Una sola manera... puta!

Con una furia enorme, tanto, que no podía pensar con claridad, sin sentir siquiera el dolor del apretón en su muñeca, lo golpeó con la palma abierta de la mano libre. ¡Había mentido, envenenado a Brett contra ella, y ahora tenía la audacia de censurarla!

La bofetada de Sabrina no fue propinada en broma, y durante un segundo Carlos perdió de vista su objetivo, casi cedió al impulso de rodear le la esbelta garganta con las manos y estrangularla. Pero hizo una inspiración entrecortada y rió con aspereza.

-i y pensar que durante todo este tiempo creía que eras una virgen inocente! ¡Recordar cómo me he dominado! iCómo traté de cortejarte con suavidad! iCómo intenté reconquistar tu confianza... y mientras tanto no eras otra cosa que las sobras sucias de un maldito gringo!

Consciente de los peligros de la situación, pero demasiado colérica para inquietarse, Sabrina exigió con voz helada:

-iSuéltame, Carlos! iSuéltame antes que te arranque los ojos y la maldita lengua embustera!

Carlos rió otra vez, con un sonido horrible que hizo que un estremecimiento recorriera la columna vertebral de Sabrina. Masculló, con voz espesa:

-iNo me harás nada; soy yo quien te hará algo a ti!

Sin vacilaciones, su boca cruel encontró la de ella, y la besó con brutalidad. Furiosa, Sabrina forcejeó para eludirlo, pero fue inútil. Se encontraba aplastada contra el asiento del coche, y el apretón de su muñeca era implacable. Demasiado airada y con demasiada repugnancia para sentir temor, cerró los dedos de la ma-

no libre sobre varios mechones del cabello de él y le echó salvajemente hacia atrás la cabeza, apartándola de su boca.

Carlos lanzó un gruñido de dolor, y su otra mano trató de aferrar la de ella, pero Sabrina lo esperaba, y con la velocidad del ataque de una víbora, le golpeó bajo la barbilla con el canto de la mano. La cabeza de él voló hacia atrás, y la muñeca de ella quedó libre. Respirando con esfuerzo, los dos se miraron en la oscuridad,

y en ese instante el coche tomó el recodo y la rueda se soltó. Hubo una loca sacudida, un golpe estremecedor, y el coche se detuvo. Los cocheros prorrumpieron en una algarabía de voces, y un segundo más tarde la puerta del coche fue abierta de golpe.

Con profundo alivio, Sabrina encontró la mirada preocupada de Ollie.

-iSeñorita! -exclamó éste-. ¿Estás bien? ¡Maldito sea! iEstuve a punto de tragarme la lengua cuando se desprendió esa rueda!

Más sacudida por lo que había ocurrido con Carlos, Sabrina tomó con satisfacción la mano de Ollie, cuando éste la ayudó a apearse del vehículo accidentado. Por la luz del farol del costado del coche, Ollie vio que ella estaba pálida, y susurró con suavidad:

-¿Estás bien? Se te ve demudada.

-iEstá muy bien! -dijo Carlos con sequedad, siguiendo a Sabrina. Hosco, examinó el daño sufrido por el carruaje y después ordenó con arrogancia:- iUstedes todos vuelvan a pie a la plantación de los Robles y hagan que alguien traiga algún medio de transporte! I

Ollie miró a Carlos con desagrado.

-No dejaré a la señorita Sabrina -dijo, rotundo. Luego miró al conductor, quien había bajado para ponerse a su lado, y musitó:- Y bien, Joel, ¿te parece que podemos arreglarlo?

No era así como Carlos había planeado las cosas, y cortó, impaciente:

-iTe di una orden! Ahora regresa a la plantación y ocúpate del transporte.

De pronto, el sonido de cascos de caballos que se acercaban quebró el silencio, y haciendo caso omiso del enfurecido es-pañol, Ollie fue hacia el centro del camino de tierra y se puso a agitar lentamente uno de los faroles del coche. Un segundo más tarde apareció a la vista otro vehículo, un coche elegante que transportaba a su ocupante desde la misma velada a la cual había asistido Sabrina antes. En un instante quedó explicada la situación, y para gran furia impotente de Carlos, hubo un cálido ofrecimiento de un viaje de regreso a la ciudad. Sabrina se mostró fervorosa en sus agradecimientos, cuando por fin fue depositada delante de la casa de Brett. No había cruzado una palabra con Carlos durante el viaje, pero ahora, consciente de que Ollie se hallaba a corta distancia, vigilante, dijo con voz helada: ~?:;

-Fue una noche esclarecedora, primo. No te agradecer ti por ella, y me agradaría que no vuelvas a... No pudo seguir, porque las puertas del frente se abrieron. de golpe, chocando contra las paredes, con éstrépito. Brett se encontraba allí, en el vano, e irradiaba de el tal aire de amenaza, que Carlos dio un nervioso paso atrás. La luz de las velas del vestíbulo iluminó la calle oscura, a espaldas de Brett. A Sabrina le pareció muy alto y enérgico, y el corazón le dio un brinco inesperado al verlo. Se hizo un silencio, y Sabrina tuvo plena conciencia de los golpes frenéticos de su pulso. Nada había hecho de lo cual pudiera avergonzarse, pero tenía la sensación de que Brett no se hallaba de humor para ser razonable.

En efecto, no lo estaba. Con un brillo peligroso en los ojos de color verde jade, habló:

-Bueno, bueno. Mi pequeña pupila y su acompañante, que por fin vuelven a casa.

Ollie le dirigió una mirada penetrante y luego silbó en silencio, entre dientes. El amo estaba muy enojado, yeso lo volvía más impredecible y letal. Sólo para alguien como Ollie, quien lo conocía bien, existían señales evidentes de que Brett había estado bebiendo mucho: la manera cuidadosa en que se mantenía erguido, como un tigre que pisara huevos, y el leve arrastrarse de sus palabras, casi imperceptibles, a no ser que uno le prestara atención.

Para Carlos, la actitud más prudente era la de retroceder sus planes habían salido muy mal, y en ese momento nada podía rescatarse. Necesitaba pensar de nuevo su estrategia, y sabía que después de la catástrofe de esa noche resultaría más difícil capturar a Sabrina. Maldijo entre dientes, por centésima vez, la inoportuna llegada del otro coche, pero más que nada maldijo la furia con que había permitido que su lengua se agitara tan tontamente... por lo menos, pensó salvajemente, no había revelado su plan final y existía la posibilidad de explicar sus acciones. ¿Celos? ¿Podría convencer a Sabrina de que se había sentido tan consumido por los celos, que la razón de que le hubiese mentido al gringo, seis

años antes, era su ansia de protegerla? Tal vez. Pero por ahora lo más importante era escapar de esa infortunada situación con los menores daños posibles.

Librodot

Carlos dijo, cortés:

-Cuán amable de tu parte aguardarnos levantado.

Habríamos llegado mucho antes, pero a nuestro coche se le soltó una rueda, yeso nos demoró un tanto. -Con una sonrisa débil en la boca, continuó:- Por fortuna, el coche de los Fournier iba detrás de nosotros, y nos trajeron a la ciudad.

Brett clavó en Carlos una mirada que le heló los huesos, y después, al cabo de un segundo, miró a Ollie. Este asintió, y Carlos tuvo conciencia de su propia cólera ante el hecho tan evidente de que el gringo no le hubiese creído y pidiera confirmación a un simple criado.

- y a ves, estoy diciendo la verdad.

-Esta vez -murmuró Brett con suavidad, los ojos fríos, sin parpadear. Hizo caso omiso de la furia que se leía en el semblante de Carlos, hizo una: señal a Sabrina con un dedo y le dijo, con sequedad:- Adentro. Y espérame en el vestíbulo... quiero hablar contigo cuando haya terminado de conversar con tu primo.

Durante un segundo, Sabrina pensó en negarse, pero había algo tan amenazador en la postura de él, que la sensatez y un deseo muy real de excluir algo desagradable y peligroso la impulsaron a obedecer en el acto. Y los mismos sentimientos la mantuvieron esperando en el vestíbulo, cuando pasó junto a él, un segundo más tarde, y él cerró la puerta a sus espaldas. ¿Qué le decía a Carlos?, se preguntó, inquieta. Y cosa más importante, ¿qué le diría a eIla, por Dios?

Afuera, Brett y Carlos quedaron frente a frente. Carlos fue el primero en hablar.

-Bien -dijo con falsa animación- ahora que Sabrina está a de nuevo en casa, te desearé las buenas noches.

Brett asintió y dijo con peligrosa suavidad:

-Espero, muy en especial, que hayas disfrutado de esta noche, señor de la Vega... fue la última que pasaste con Sabrina con los ojos de color verde duros con una promesa de violencia, continuó:- No te negaré el acceso a tu madre, pero recuerda esto. Sabrina es mi pupila, y no quiero verla sometida a la compañía de

ombres de tu calaña... embusteros y bravucones.

-Te entiendo bien, gringo. Pero recuerda esto: Sabrina y yo nos conocemos desde la infancia, y no puedes imponerle afecto y fidelidad. -Con gran astucia, continuó:- Puede que te haya mentido alguna vez respecto de la situación existente entre nosotros, pensando en apartarte de ella... ¿pero piensas de veras que en todos los años transcurridos no conseguí al fin lo que quería... a Sabrina cálida y entregada entre mis brazos? de veras crees, aunque es posible que la hayas despertado a la pasión, que en estos años no le he enseñado aun más que tú el amor físico? -Burlón, Carlos terminó diciendo:- ¡Puedes reclamarla como tu pupila, pero yo reclamo su corazón y su cuerpo!

Hubo un rugido en los oídos de Brett, y se precipitó, ciego, al pavimento; su única idea era acallar las horribles frases hirientes que le lanzaba Carlos. Una parte de él gritaba, en silenciosa angustia: ¡mentiras, mentiras, mentiras! Pero la parte cínica de su personalidad no se asombró ante las palabras del español. De una

u otra manera, no podía contener la furia asesina que lo consumía.

El cuerpo de músculos de acero de Brett chocó contra el de Carlos con un golpe sordo, que hizo que Ollie esbozara una mueca, pero no hizo ademán alguno de intervenir. Aun casi ebrio y poseído por una furia ciega, el amo podía aplastar a dos como el español, pensó, confiado.

La opinión de Ollie sobre la lucha era correcta; los férreos puños de Brett golpearon una y otra vez la cara ya magullada de Carlos. Sólo uno o dos de los puñetazos de éste lograron dar en el bIanco, pero aparte de un gruñido de disgusto de Brett, no parecieron producir un gran impacto.

Esa noche no podía figurar entre los más placenteros de los recuerdos de Carlos; primero, la conciencia de que Sabrina y Brett habían sido amantes, después la impotencia de

ver cómo sus planes se derrumbaban con facilidad, iy ahora eso! Con el cuerpo dolorido por la tunda que recibía, Carlos buscó con desesperación

una salida. Como no deseaba ofrecer una retirada innoble, y henchido todavía de un salvaje deseo de infligir al gringo alguna proporción de dolor, buscó con rapidez el cuchillo que siempre llevaba encima. Salió del alcance de los puños de Brett, que lo castigaban, y previno:

-iGringo, acércate y te cortaré en dos, de la garganta a la ingle!

Brett se detuvo, con los ojos entrecerrados.

-¿De veras piensas que eso me detendrá?

Carlos asintió, con los negros ojos cautelosos, pero henchidos de decisión. Le habría gustado perforar al gringo, y por primera vez le cruzó por la mente la idea de lo que significaría la muerte de Brett. Con el gringo muerto, terminaría la tutoría. Sin tutor, Sabrina estaría a su merced... De pronto sonrió y acució:

-Eres tan valiente con los puños, pero eso nada cambia, gringo... la mujer sigue siendo mía, iy nada puedes hacer al respecto! ¡Me ama, y esta vez no miento cuando digo que nos casaremos!

El aire de la noche estaba repleto de oscura enemistad, y poco a poco los dos hombres describieron círculos, uno en derredor del otro; Ollie observaba ahora con inquietud. El amo se encontraba desarmado, y Ollie palpó la pistola que llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta. ¿Debía interrumpir la lucha? Una

cosa era permitir que una pelea a puño limpio siguiera adelante, iy otra muy distinta dejar que el amo terminara muerto! Pero la decisión no quedó en sus manos, pues en ese instante, como un león que salta fuera de una emboscada, el brazo de Brett se lanzó hacia adelante y aferró la muñeca de Carlos. Sus dedos apretaron con brutalidad, y practicó un pequeño giro maligno que arrancó un gemido a Carlos; el cuchillo cayó en el camino, abajo. Con suma destreza, Brett retorció a Carlos el brazo por detrás de la espalda de éste y le propinó un empellón despectivo que hizo que el otro hombre cayera de bruces en el polvo del camIno.

Con respiración que apenas revelaba el haber llevado a cabo algún esfuerzo, Brett gruñó con suavidad:

-iLa próxima vez, señor, te mataré! Y si te encuentro a menos de cinco metros de Sabrina, me aseguraré de que tu agonía sea muy prolongada.

Carlos se levantó del polvo con movimientos lentos quitó, enfurecido, la tierra negra, fangosa, que se adhería a sus calzones antes elegantes. Con la voz impregnada de odio y furia, gruñó:

-Esta noche ganaste, gringo, pero la batalla no ha terminado.

Brett se encogió de hombros, duros y fríos los ojos de color verde oscuro.

-Ha terminado, en lo que se refiere a los planes que tengas, de casarte con Sabrina - replicó, helado.

Carlos tuvo que conformarse con una mirada furibunda, y luego giró y se alejó, rígido. Brett lo miró irse, con una curiosa mezcla de frustración y resignación.

Se volvió hacia Ollie y dijo, con voz aterciopelada, que en modo alguno engañó a su lacayo:

-Te desearé las buenas noches... hablaremos por la mañana. -Comenzó a subir los escalones, y agregó, con el mismo tono peligrosamente aterciopelado:- Pero ahora quiero hablar unas palabras con mi pupila.

Pensativo, Ollie lo miró desaparecer en el interior. ¡Maldición!, murmuró para sí. ¡Esta noche no querría estar en los zapatos de la señorita Sabrina, ni por todas las especias de la India!

26

Al ver el semblante de Brett cuando, con enervante silencio, cerró la puerta tras de sí, Sabrina también deseó no estar en sus propios zapatos. Su primer sentimiento de abrumador alivio y deleite porque se encontraba ileso se desvaneció en cuanto le vio la cara. Resultaba evidente que nada bueno había surgido de la conversación con Carlos, y entre furiosa y aprensiva, se preguntón qué otras mentiras habría podido decir le su primo. Abrigaba la esperanza de que no hubieran llegado a los golpes, pero con el corazón contraído advirtiÓ las señales de combate que se veían en Brett: la leve mancha de sangre cerca de la comisura de la boca y el estado magullado, desollado, de sus nudillos.

Con el corazón dolorido por una extraña mezcla de amor y furia, lo miró mientras caminaba con pasos lentos hacia ella. Tenía el cabello revuelto, caído sobre la frente, la camisa abierta hasta la delgada cintura, la piel bronceada reluciente a través de los sedosos mechones de vello que crecían allí, y Sabrina se sintió de pronto asaltada por una inesperada oleada de conciencia sexual.

-¿Estás herido? ¿Qué ocurrió ahí? ¿Carlos está bien?

-Después de lo ocurrido esa noche, de lo que le había sido revelado, le importaba muy poco de Carlos, pero resultaba más fácil preguntar por él que permitir que el puro magnetismo de Brett la cegara a todo lo que no fuese la imperiosa necesidad de estar entre sus brazos, de tocar lo, de amarlo...

Brett enarcó una ceja. ,,

-¡Tanta preocupación! -se burló. Y levantó un nudillo lastimado, ensangrentado y murmuró:- ¿Quieres besármelo para que se me cure, querida?

Ella estaba muy encantadora cuando lo encaró a través de la breve distancia que los separaba; la luz de las velas convertía en fuego su cabello rojo dorado, el verde helado de su vestido, con su jubón vaporoso, daba la ilusión de que era un hada etérea. Pero Brett sabía que no era una criatura etérea, sabía que estaba llena de fuego y de pasión, su cuerpo recordaba el calor y la calidez de su piel, el fuego que lo consumió de sólo tocarla. Era un fuego era porque la amaba. Que siempre la había amado y que sería un tonto remaldito si permitía que nada se interpusiera esta vez entre ellos.

Ya nada le importaba, fuera de tener el derecho de considerarla suya. Desechó las palabras de Carlos como una especie de desdén por la derrota. Ni siquiera eso importaba. Había llegado a ella con experiencia, ¿y por qué habría de interesarle, entonces, que también ella hubiese tenido otros amantes? ¡No amores!, pensó con salvajismo. No habían existido otros amores en la vida de él. Mujeres sí, no podía negar lo, pero las había tomado de la misma manera en que un hombre sediento bebe enormes tragos de agua. Nunca hubo en ello emoción alguna, sólo una reacción física, nunca cariño... hasta la aparición de Sabrina. y después de haber conocido una vez esa exquisita sensación, después de conocer

el gozoso éxtasis de yacer entre los brazos de la amada, se asombró de haber podido sobrevivir a todos los años anteriores sin ella. Era una admisión irritante. Las mujeres importantes de su vida nunca lo habían tratado con bondad; el dolor del rechazo de su madre todavía se encontraba enterrado muy hondo en él, y el

golpe infligido por Diana Pardee era una horrible llaga en sus emociones. Pero el rechazo de Sabrina era el que había calado más hondo en él, y sin embargo, ahí estaba, seis años más tarde, pronto a entrar una vez más en la trampa de seda que le produciría tanto dolor como le provocaba alegría. Encaró el hecho de manera realista, sabiendo que la vida sin ella sería mucho más insoportable que el dolor que sin duda alguna le causaría. Pero si bien había reconocido que la amaba, era una admisión que no le daba alegría. Antes bien, lo llenaba de una impotencia furiosa. Odiaba tener que amarla, ya que creía que el dinero siempre significaría para ella más que su amor, y se juró con ferocidad que nunca se enteraría de que la amaba. ¿Por qué ella, se preguntó con furia aturd¡da, por qué no habría podido enamorarse de alguna dulce criaturita inocua, que lo amara a su vez? ¿Por qué su fantasía tenía que concentrarse en esa sargentona hechicera, mercenaria, de cabello color de llama? Por lo menos, se dijo con malignidad, gozaría de su cuerpo... y de habituarla a su lecho. Un pulso

latió de pronto en su sien, y tuvo conciencia de un deseo exigente, hambriento, que se agitaba en su sangre al pensar en Sabrina desnuda, entre sus brazos. Y cuando el deseo lo atacó, no pudo rechazarlo, su cuerpo reaccionó en el acto, los ojos se le oscurecieron de pasión, su boca plena adquirió una curva sensual.

Sabrina había estado contemplando, hipnotizada, la mano que él extendía, ansiando hacer lo que él le proponía, besarla para que se curase. Nada le habría proporcionado más placer que el hacer llover besos sanadores sobre su mano, su boca, su cuerpo...

Al advertir hacia dónde la llevaban sus tercos pensamientos, apartó, con esfuerzo, su mirada de la mano de él y la clavó en sus ojos. El aliento se le cortó en la garganta, porque resultaba imposible equivocarse en cuanto a la expresión de estos, y sintió que su cuerpo, traicionero, respondía. Dejó caer la mirada, tratando de hacer caso omiso del dulce dolor que se enroscaba en lo hondo de su vientre. Su mirada cayó accidentalmente en la mitad inferior del cuerpo de él, y abrió mucho los ojos ante la clara señal de su excitación por debajo de los ceñidos calzones. Una pequeña exclamación ahogada escapó de sus labios, y lo miró de nuevo, casi acusadora. Una extraña sonrisita torció los labios de él. Se acercó a ella en forma deliberada.

-Un hombre -musitó, ronco- no puede esconder lo que siente. Las mujeres -murmuró contra la boca de ella- pueden. Y sólo tocando puede un hombre saber qué efecto produce en una mujer. -Con un movimiento despacioso, su mano le contorneó el pecho, y movió el pulgar con penosa lentitud sobre el pezón. El pezón de ella se endureció en el acto, y él le rozó la comisura de los labios con un beso leve como una pluma y musitó:- Así. Indefensa, Sabrina luchó contra la insistente oleada de deseo que la invadía. No debía hacerlo. No importaba que ya hubiese resuelto aceptar su infame trato, esto era diferente... esto, se dio cuenta, débil, era la realidad, y no podía soportar el convertir el amor que sentía por él en algo tan sórdido como un insignificante medio de intercambio, su propio cuerpo por su libertad. Pero extrajo fuerzas de alguna reserva oculta en lo más profundo de su ser y balbuceó:

-N... n... no. ... tu... tu... dijisste que me darías tiempo para pensar en el trato.

Brett la miró durante un segundo, sin entender a qué se refería. Y después se le torció la boca y meneó la cabeza con lentitud.

-Perdón, querida -murmuró con voz espesa- pero no habrá tratos entre nosotros. Ya no los habrá. -La tomó de los hombros y de un tirón la atrajo hacia su dura estatura. Su boca rozó la de ella con un calor ardiente, y murmuró:- ¡Ya no! -y entonces sus labios se apoderaron de los de ella en un hambriento beso exigente. Con un pequeño gemido, en parte de placer, en parte de derrota, Sabrina se rindió. ¿Qué importaba? Eso era lo que quería. E inclusive cuando él la tomó en sus brazos y la condujo de prisa escalones arriba, con su boca buscando, ansiosa, la de ella, Sabrina no protestó. Lo amaba. Ella deseaba, y por el momento ella estaba contenta. Más tarde se preocuparía por las consecuencias. Se preocuparía de su vergüenza y su orgullo. Más tarde, pensó con vaguedad cuando Brett abrió a puntapiés las puertas de sus habitaciones, cruzó con rapidez la antecámara y la depositó en su enorme lecho.

La respiración de él era irregular, y se deslizó alIado de ella y dijo, con un dejo de humor en la voz:

-Dios sabe que eres una Venus perfecta, pero la próxima vez, querida, me aseguraré de que mi cama no esté tan lejos.

Durante un segundo, el talante sensual fue quebrado por las palabras de él, pero antes de que Sabrina pudiera asimilarlas y reunir su entendimiento disperso, la boca de él cayó, exigente, sobre la de ella, y ya no hubo más pensamientos en su mente, fuera de los referidos a Brett. Precipitada, le devolvió el beso, con las defensas totalmente demolidas por las ansias de su propio cuerpo traidor. El beso de él fue el éxtasis mismo, los labios expertos se movieron con un ansia tierna sobre los de ella, su lengua buscó y encontró la calidez y la dulzura interiores. Había una calidad de languidez en sus movimientos, como si hubiese esperado mucho tiempo ese momento y no quisiera precipitarse. Lentos, despaciosos, sus dedos vagaron por el cabello de ella, encontrando y separando la redecilla de plata que

mantenía el moño en su lugar, soltando con suavidad los ondulados mechones sedodos de cabello rojo dorado, mientras lo extendía sobre las almohadas de su lecho. No pensaba en detenerlo, en tratar de huir de lo inevitable, y con un leve suspiro de placer dejó que sus manos resbalaran por el duro pecho de él, por sus hombros, deleitándose con el tacto y la textura de su piel... una piel que parecía un raso calentado por el sol, pesado. Sus dedos se enroscaron, sensuales, por entre el espeso cabello elástico y su cuerpo se arqueó en forma instintiva para acercarse más al de él, buscando un contacto más íntimo.

Aún perdido en su mundo de fruición sensual, Brett continuaba teniendo conciencia de una satisfacción agridulce. Ella estaba entre sus brazos, en su cama, que era donde debía estar, y vagamente supo que no la dejaría irse nunca. Que no podía dejarla. Era de él, y antes que pasara esa noche también ella lo sabría. Mientras se encontraban allí tendidos, la mitad del cuerpo de Brett sobre el de ella, Sabrina tuvo vaga conciencia de otras cosas; la suave blandura del lecho, la colcha de abajo de su cuerpo, tibia y lisa, no de terciopelo, no de raso, pero sumamente voluptuosa contra sus hombros desnudos, y el leve parpadeo de la luz de las velas a través de sus párpados cerrados. Pero entonces las manos de él cesaron en sus vagabundeos por el cabello de ella y se deslizaron a los hombros, acariciando y masajeando la piel suave, antes de bajar con insistencia, aun más, el vestido de color verde hielo, dejándole al desnudo los pechos y el vientre, y Sabrina perdió la conciencia de todo lo que no fuese Brett.

El contacto de la mano de él en su pecho la hizo temblar; el dolor que crecía en el fondo de su ser se hizo cada vez más intenso y persistente mientras los dedos de él la recorrían y acariciaban, y el pulgar le circundaba, incitante, el pezón, enloqueciéndola casi de ansias. Como necesitaba desesperadamente tocarlo, acariciarlo como lo hacía él con ella, le abrió, con manos impacientes, la camisa ya abierta, apartándosela de los hombros, complacida cuando él la ayudó, removiéndose para quitarse la prenda. Casi ronroneando de satisfacción, ella dejó que sus dedos explorasen la extensión de carne que ahora tenía a su disposición, los anchos hombros y el musculoso pecho cubierto de vello. Sus dedos circun- daron con ligereza los pezones de él, imitando lo que le hacía él, provocándole una reacción inesperada. Con los dientes apenas apretados en el labio inferior de

ella, él murmuró, con voz ahogada:

-¡No! Todavía no. Te deseo tanto, he esperado esto durante tanto tiempo, que si me tocas ahora no podré dominarme.

Pero ella también había esperado mucho tiempo, y frustrada, sin tener conciencia siquiera de lo que decía, Sabrina murmuró:

-Pero yo también te deseo. Yo también quiero tocarte.

Sus palabras fueron tan potentes como el más fuerte afrodisíaco, y Brett buscó otra vez su boca, con un gemido, y la besó con una extraña ferocidad, que hizo que las hambrientas ansias desus ijares se hicieran más voraces. Y cuando la boca de él se separó de sus labios y trazó una senda de fuego hasta sus pechos, todo el cuerpo de Sabrina saltó de placer. Su boca era tibia y húmeda sobre los pechos de ella, y los movimientos de su lengua, cuando se curvaba en torno de los pezones endurecidos, y el suave roce de sus dientes cuando tironeaba de ellos, la hizo arquearse, ávida, contra la boca de él. Sus manos se movieron, incansables, por la cabeza morena hundida en su pecho, y se sintió henchida de una ternura asombrada. Lo amo tanto, pensó, indefensa. Tanto. Cuando Brett levantó la cabeza, un segundo más tarde, ella lanzó un leve gemido de protesta, pues no quería que se interrumpiera la embriagadora sensación que él despertaba. Y entonces las manos de él descendieron a su cintura, le tironearon del vestido, y con el leve sonido de la tela que se rasgaba, ella sintió que resba- laba por su cuerpo, dejándola desnuda, en su lecho. - Durante un momento reinó el silencio en la habitación, y luego se oyó la ronca voz de Brett:

-Oh, cielos, Sabrina, cuán encantadora eres... ni siquiera el recuerdo puede compararse con la realidad.

Ella abrió los ojos con timidez y lo vio con una rodilla apoyada junto a ella, la otra pierna en el suelo. La parpadeante luz de una vela de la mesita próxima a la cama bailoteo sobre el pecho desnudo de él, el bulto de sus ajustados calzones era más pronunciado ahora, pero la expresión de esos ojos de color verde jade fue lo que hizo que Sabrina quedase de pronto sin aliento. Oh, había en ellos pasión y deseo, por cierto, pero también otra emoción que brillaba en las profundidades de esos ojos de color verde oscuro, un segundo antes que dejara caer las pestañas, y esa emoción hizo que ella lo buscase a ciegas, y que una pura alegría le invadiese todo el cuerpo.

Pero Brett le apartó los brazos con suavidad, y dijo con voz densa:

-Quiero mirarte. Te he soñado aquí tan a menudo...

Por primera vez, Sabrina tuvo plena conciencia de lo que la rodeaba, del lujoso terciopelo negro que pendía de la cama con dosel, del bárbaro esplendor de la enorme piel de tigre sobre la cual yacía. Con los ojos plenos de asombro, la tocó, maravillándose ante la tosca sedosidad de la piel, los ojos deslumbrados por las

vívidas listas anaranjadas y negras, por las dimensiones.

Brett se acercó más a ella, se inclinó, con su aliento cálido en el oído de Sabrina, y murmuró:

-Cuando lo maté, en la India, siempre te imaginaba como estás ahora... nos imaginé a los dos, juntos, sobre la piel.

La recorrió un estremecimiento, y sus ojos giraron hacia los de él. Hipnotizada, lo miró mientras él se quitaba con lentitud, con movimientos deliberados, los calzones y su virilidad saltaba, libre y activa, ante ella. No existía turbación alguna en los movimientos de él; era casi como si quisiera que lo mirase, que viera el poder y la majestuosidad de su cuerpo desnudo. Era un magnífico animal, todo él músculos esbeltos, duros, y hermosamente proporcionado en dimensiones y fuerza. Los anchos hombros descendían hasta las angostas caderas y las largas

piernas poderosas, pero los ojos de Sabrina se hallaban clavados en la cara ásperamente hermosa, en ese rostro amado, y deseando que él la mirase como lo había hecho un momento antes, desean- cuando que fuese a ella con amor en el corazón.

Posesiva, la mirada de él la recorrió, se detuvo brevemente en los hinchados pezones de color de coral, antes de bajar por su esbelta longitud. Sabrina sintió el ardor de su mirada, era como si la hubiese tocado allí, acariciado allí... besado allí. Tragó saliva, agitada, imágenes increíblemente eróticas le pasaron por la mente, y cerró los ojos, temerosa de que él pudiese ver sus pensamientos.

Con un gemido, él se deslizó en la cama, junto a ella, la tomó, ávido, entre sus brazos, y su boca, entre salvaje y dulce, saqueó la de ella. Entrelazó las piernas con las de ella y la aplastó contra su duro cuerpo, como si tratara de introducir la en su ser. Su piel estaba caliente contra la de ella, la rudeza de su abrazo la sobresaltó por un momento, pero, con un profundo suspiro en la garganta, se ofreció con avidez, le devolvió el beso con fervor y su cuerpo cedió con dulzura a la fuerza de él. Sus brazos lo rodearon, amorosos; se arqueó aun más, complacida con la sensación, con el vello de su pecho que le frotaba, sensual, los pezones, con el calor y la dureza de su virilidad atrapados entre los cuerpos de ambos. El le dejó la boca y buscó otra vez sus pezones, pero sólo por un momento, antes que sus labios se deslizaran más abajo, excitándola y alarmándola cuando le recorrieron el vientre hasta el triángulo de suaves rizos rojos de la parte superior de sus muslos. Sabrina emitió un leve gemido cuando la boca de él descendió aun más y sintió su lengua buscando la parte más íntima de ella. Se puso rígida, en conmovido placer, cuando él la abrió con suavidad y la cálida lengua invasora comenzó a explorarla con minuciosidad, como ella nunca lo habría imaginado. Las sensaciones eran increíbles, como nada que hubiese soñado nunca, y se retorció sobre la piel de tigre; sus dedos se movieron, indefensos, por la cabeza y los hombros de él, estremecido el cuerpo. De pronto una sensación que no era del todo dolor, ni del todo éxtasis, pareció concentrarse bajo la caliente lengua de Brett, que hurgaba, y Sabrina se encontró empujando, frenética, contra la boca de él. Era como si todos los nervios de su

cuerpo se hallasen concentrados ahí, y se oyó sollozar en voz alta, pidiendo alivio, y cuando creía que ya no podría soportarlo, hubo un estallido tan intenso de placer, una palpitación tan penetrante, tan dulce, que irradiaba de ella, que todo el cuerpo le quedó flojo de éxtasis. Nunca había experimentado semejante placer, una satisfacción tan increíble, y durante varios segundos continuó allí tendida, regodeándose en el regusto de las cosas maravillosas que él le había hecho. Se sentía floja, tan extenuada, que tenía la certeza de que ni siquiera podría mantener abiertos los ojos, pero entonces sintió que Brett se deslizaba hacia arriba, y su pulso se aceleró. El se elevó un tanto y la miró, advirtiendo la pupila dilatada, la suave película de traspiración que le cubría el cuerpo, y con un suave gemido de satisfacción le separó los muslos con las rodillas. Tenía los ojos brillantes, afiebrados, y su voz era ronca cuando dijo:

-Esta vez lo compartiremos; esta vez quiero verte la cara...

La tocó con ligereza, entre los muslos, y para anonadado asombro de Sabrina, sintió que la pasión se agitaba, que su cuerpo respondía en el acto a la caricia. Sin querer, sus brazos se cerraron en torno de los hombros de él, sus ojos se clavaron, soñadores, en los de él.

Brett ya no pudo soportar más; se había contenido tanto como podía, había logrado frenar momentáneamente sus hambrientos deseos, pero su dominio ya no existía. Lanzó un suspiro profundo, acopló las nalgas de ella y se hundió en la cálida vaina satinada. Estaba tan tensa, tan suave y caliente alrededor de él, que jadeó para tragar aire, temiendo derrramarse en el mismo instante. El cuerpo se le sacudió cuando consiguió dominarse, su respiración brotó en pequeños jadeos duros, y luego cerró los ojos cuando se movió sobre ella y delirantes estallidos de placer le ondularon por todo el enorme cuerpo. El paraíso estaba ahí, entre los brazos de ella, el cielo y más, tenerla consigo, conocer de nuevo el embeleso que sólo ella podía darle, que sólo ella le había dado. No quería que terminase, no quería la realidad, la suspicacia y el mundo, intrusos en ese cálido y maravilloso Edén que habían creado, mientras se introducía en ella, lenta, atormentadoramente. Sabrina era un fuego sedoso debajo de él, sus dedos eran cálidos y alentadores mientras le acariciaban los anchos hombros y la espalda, pero el placer era excesivo, y comenzó a moverse contra ella casi con frenesí.

Sabrina recibió cada uno de sus empellones, su cuerpo se arqueó y oprimió contra el de él en ritmos sensuales, sus largas piernas le apretaron las caderas, poseyéndolo como él la poseía a ella. Para su asombro, experimentó las sensaciones que presagiaban otra culminación enloquecedora del placer, y el cuerpo se le puso rígido cuando la recorrió la primera oleada perezosa.

Brett sintió su reacción, abrió los ojos con un esfuerzo, lo miró la cara y musitó:

-Mírame, Sabrina... mírame y déjame ver tu placer.

Indefensa, ella hizo lo que le ordenaba, con los ojos de color dorado ambarino soñolientos de pasión. El semblante de él estaba tenso, el negro cabello le caía sobre la frente, la boca móvil se curvaba, sensual. Los ojos de color verde jade estaban negros por la fuerza de sus emociones, y ella encontró extrañamente excitante observar su semblante mientras él luchaba por demorar la increíble satisfacción física para la cual ambos sabían que apenas faltaban unos segundos.

De pronto Sabrina no pudo soportar más. El placer, como una dulce flecha de fuego, la atravesó, y gimió, indefensa, su alegría, y su cuerpo se arqueó, incontrolable, contra el de él. Nada pudo ocultar bajo la atenta mirada de él, sus ojos se dilataron mientras el placer le fluía por todo el cuerpo, y sus facciones se

ablandaron a medida que la pasión se disipaba. La expresión del rostro de ella fue la pérdida de él. Quebrado su dominio de sí, hundió la cabeza en el hombro de ella, sus dientes mordisquearon apenas el punto sensible en que el cuello se le unía al hombro. Hubo una erupción de éxtasis en su gigantesco cuerpo. Tuvo un gruñido bajo en el fondo de la garganta, su cuerpo se hundió en el de ella y después, con un suspiro, se derrumbó encima de Sabrina. Yacieron largo rato juntos, tendidos, los cuerpos entrelazados, cada uno negándose a ser el primero en quebrar el dulce hechizo que se había tejido en derredor de ellos. Y durante las horas restantes de la noche no hablaron de nada, sus cuerpos dijeron lo que no se atrevían a

pronunciar en voz alta, cuando una y otra vez buscaban y encontraban la alegría especial que proviene del conocimiento de la posesión del amado.

Minutos antes del alba, Brett volvió a agitarse y miró la cara de ella, extenuada por la pasión, y maldijo los años en que se había negado el éxtasis conocido esa noche. Pero nunca más, pensó, torvo. Nunca más la dejaré. ¡Es mía!

Sabrina se agitó, como si sintiera sobre sí la mirada atenta de él, y abrió los ojos y captó, durante un breve momento aturdidor, la expresión de su semblante. Pero él la ocultó enseguida, con tanta rapidez, que ella casi pensó haber imaginado lo que había visto, pues las facciones que veía ahora eran, una vez más, cerradas y sardónicas. Y por primera vez desde que él la había tomado entre sus brazos, ella se sintió tímida de repente. Consciente de golpe de su desnudez sobre la arrugada piel de tigre, de pronto tremendamente turbada por las cosas que él le había hecho, las cosas que ella le había hecho a él... y un delicioso rubor se le ex-

tendió por el rostro.

Brett sonrió apenas al verlo, y dijo, con voz extrañamente tierna:

-¿Un sonrojo, querida? ¿Dónde está la tigresa que ha compartido mi cama toda la noche? La feroz tigresa que me pedía sin cesar "por favor, por favor, hazme gozar". ¿Hmmm?

El rubor de Sabrina se acentuó, y lo miró con furia, tirando inútilmente del borde de la suave piel, para cubrir su desnudez.

Brett rió y dejó caer un beso ligero sobre su boca indignada.

-No te preocupes -dijo con voz ronca-. No bromearé más. -Su rostro cambió, un leve ceño ensombreció su frente, y agregó:- Pero me ocuparé de que te encuentres en tu propio lecho. -Le dirigió una sonrisa burlona.- No podemos permitir que la servidumbre murmure.

Confundida e insegura, ella lo miró mientras él se ponía de pie y atravesaba, desnudo, la habitación, para recoger los calzones que había desechado la noche anterior. La tenue luz que se insinuaba en la habitación mantenía su cuerpo entre las sombras, pero Sabrina no necesitaba verlo para saber cómo era. Para toda la

vida, el magnífico cuerpo se encontraba grabado en su cerebro, grabado en su propio cuerpo...

El se vistió con rapidez y con la misma velocidad recogió el vestido rasgado de ella y otras cosas, y se los arrojó con negligencia. Antes que ella hubiese tenido tiempo de reaccionar, fue recogida, con piel de tigre y todo, en los fuertes brazos de él. Brett la miró, contempló el cabello rojo dorado, revuelto por haber hecho el amor tanto como por el poco de sueño que habían compartido, y la boca plena, un tanto hinchada por los intensos besos de él. Tenía los ojos todavía lánguidos de los momentos del amor, y un pecho desnudo, de punta de coral, se asomaba

por debajo de la piel de tigre. Cosa asombrosa, la pasión se agitó de nuevo en él, pero con torva decisión, giró y comenzó a salir del dormitorio.

Más despierta ahora, con la infortunada intrusión de la realidad, Sabrina se retorció entre sus brazos y preguntó:

-¿Adónde me llevas?

-Adonde habrías debido estar ayer por la noche –replicó Brett con sequedad, mientras abría con un puntapié la puerta del pasillo-. A tu propia cama.

Sabrina asimiló con lentitud la frase, y la invadió la pena.

¿Lamentaba lo de la noche anterior? ¿Lamentaba haberle hecho el amor? ¿Había imaginado ella esas expresiones de su semblante, que le daban tantas esperanzas? ¿Tanta alegría?

El abrió la puerta del cuarto de ella y se dirigió sin vacilaciones a su alcoba; sin ceremonias, la dejó caer sobre la prístina colcha. Con un movimiento rápido, arrancó la piel de tigre de debajo de ella, y desparramó sus ropas, al azar, en derredor. Sonriente, él la miró mientras ella se esforzaba por recogerlas para cu-

brir su desnudez. Furiosa y desconcertada, con los ojos dorados ambarinos

peligrosamente brillantes, se incorporó, con los restos del vestido color verde hielo apretados contra el busto, y preguntó, colérica:

-¿Qué crees que estás haciendo? -No sabía qué esperar por la mañana, no había pensado en eso para nada, ¡pero por cierto que no estaba dispuesta a ser tratada como un saco de cereal!

Brett la miró, con las manos en las caderas y una extraña sonrisa jugueteándole en la comisura de los labios.

-Tenía que ser eso, dulce señora, o hacerte el amor de nuevo.

-Oh -dijo ella con voz tenue, y la inundaron el placer y la turbación. Sin poder mirar lo, apartó la vista y preguntó en voz baja:- Después de la noche de ayer... después de lo que... -Se interrumpió, y luego dijo con valentía:- Dijiste que no habría tratos. ¿Qué ocurrirá ahora? La sonrisa de él se disipó, sus facciones se volvieron duras. y torvas. Con sequedad, respondió:

-Nos casamos. –

27

Con el corazón saltándole, enloquecido, en el pecho, Sabrina lo miró, sin habla.

-¿Casarnos? -graznó por último, sin saber con certeza si había oído bien.

Con los ojos de color verde jade entrecerrados y clavados en el rostro de ella, Brett asintió.

-Sí. Casamos.

En sus sueños más locos, ella nunca había pensado de verdad que él le pediría que lo desposara. Lo había ansiado, anhelado, soñado con eso, pero nunca creyó que ocurriera. Y si bien una parte de ella se regocijó ante las palabras de él, tuvo plena conciencia de que no se había mencionado el amor... Se arriesgó a mirar las duras facciones de él. No, no parecía un hombre enamorado de ella. Un hombre decidido, implacable, sí, pero no un cortejante que busca a su amada.

Por parte de él, el amor parecía no tener nada que ver con su proposición, pero como su esposa, ¿no tendría ella tiempo suficiente para hacer que la amase? ¿y no sería mucho mejor ser su esposa que su amante? Lo miró por entre las pestañas, y el corazón se le retorció. jEra tan hermoso, tan amado y sin embargo

tan desconocido! Le pasaron por la mente recucrdos del relato de Carlos sobre la joven de Nueva Orléans y la espantosa entrevista con Constanza. ¿Era él en verdad esa clase de hombre? ¿Un bravucón brutal y frío, un granuja calculador? ¿O era el amante que ella había conocido por la noche? ¿El hombre sardónico pero generoso que había conocido en esas últimas semanas? Vaciló, tironeada por los anhelos de su corazón y el temor muy real de que pudiese despertar y verse casada con un monstruo. ¿Correría el riesgo?, se preguntó su mente. ¿No?, preguntó su corazón.

Tratando de ganar tiempo, así como de entender las motivaciones de él, preguntó, con voz ronca:

-¿Por qué?

-¿Puedes preguntarlo, después de esta noche? –murmuró Brett.

No era lo que ella quería escuchar, pero pareció satisfacer algo en su interior. Ella quería. Nunca había hecho de ello un secreto, y Sabrina resolvió, lúgubre, que la evidente pasión de él por el cuerpo de ella podía ser un arma poderosa en sus manos. ¡La amaría!, se juró, feroz. Algún día la amaría a ella tanto como parecía desear su cuerpo, pero entretanto...

La voz de Brett interrumpió sus pensamientos cuando dijo con sequedad:

-No esperaba que te lanzaras a mi cuello de pura alegría, pero por otro lado no me di cuenta de que la idea de casarte conmigo pudiese provocarte tal sacudida... -Le levantó con suavidad la barbilla y su mirada sostuvo la de ella.- Antes estabas dispuesta a casarte conmigo. ¿Por qué la vacilación, ahora?

-¿Has olvidado que rompí mi compromiso contigo? -barbotó ella.

El rostro de él se puso tenso, la mano que le apretaba el mentón se volvió un tanto dura.
:

-No he olvidado nada -bufó de pronto, invadido por la cólera- el hecho de que no pudieras decidir cuál fortuna era la mayor, si la mía o la de Carlos, de que me rechazaste cuando resolviste que mi fortuna no era adecuada para ti!

La mandíbula de Sabrina se habría abierto de asombro si los dedos de Brett no la mantuviesen cautiva, pero sus ojos se abrieron en forma espectacular, y se vio en ellos con claridad la sacudida que experimentaba.

-Pero nada de eso importa ahora. Lo que importa es que tu padre me dejó encargado de ti, y he resuelto que la mejor manera de cumplir con mis obligaciones no deseadas es casarme contigo. -Su boca se curvó con amargura.- Es lo que habría qucrido Alejandro, y -la voz se le endureció- es lo que se hará. ,

Sabrina estuvo a punto de hablar, pero con las manos en las caderas, peligroso el delgado rostro moreno, él preguntó, con voz gruesa:

¿Qué serás? ¿Esposa: amante? -

Aturdida por las frases anteriores, enfurecida por la actitud del momento, Sabrina se sentía tironeada por el deseo de abrirle la cabeza de un golpe y el ansia, igualmente fuerte, de gritar "si", ante la posibilidad de que se desvaneciera la oportunidad. Desesperada, necesitaba tiempo para pensar, tamizar las cosas asombrosas que había conocido en las últimas veinticuatro horas, la menor de las cuales no era la condenatoria confesión de Carlos en el coche, la noche anterior, pero resultaba evidente que Brett no le daría tiempo. Encolerizada y frustrada por los modales de él, le dirigió una mirada chispeante, y los ojos de color dorado ambarino brillaron de furia.

Brett advirtió la mirada y enarcó una ceja burlona.

-¿ y bien? -preguntó con frialdad-. ¿Tendré una respuesta o recibiré el obsequio de un berrinche?

Casi ahogándose con la ardiente oleada de ira que la recorrió, Sabrina cerró las manos hasta convertirlas en puños y replicó, furiosa:

-iTendrás tu respuesta, animal arrogante! iPero recuerda... seré una esposa terrible para ti! Aprenderás a lamentar haberme obligado de este modo, te lo prometo.

El alivio lo inundó, pero lo ocultó, frenó con severidad el brinco de alegría de su pulso, ante la capitulación de ella, y dijo, con aparente ligereza:

-¿Amenazas, querida? ¿y después de una aceptación tan enamorada de mi proposición? -Agregó, con inocencia:- Fue una aceptación, ¿verdad?

Dominada por la irritación, olvidando que se encontraba desnuda, Sabrina apartó a un lado las prendas desgarradas que la cubrían en parte, saltó, furiosa, para ponerse delante de él, y escupió:

-iMaldito seas! iSí, la respuesta es sí!

Con las miradas clavadas, la una en la otra, la cólera de ella se evaporó cuando, durante un momento de vértigo, percibió algo en las profundidades de los ojos de color verde jade que la hizo ansiar, jubilosa, el casamiento. Pero sólo durante un segundo, y después los ojos de él se apartaron de los de ella y le recorrieron, lentos, la longitud del cuerpo.

-Bien -masculló, y la atrajo hacia sus brazos, y su boca se cerró con firmeza sobre la de ella.

Un dulce deseo ardiente les unió el cuerpo, uno al otro; Sabrina le devolvió el beso con fervor, y su cuerpo hormigueó de expectativa cuando lo sintió inflamarse contra ella. Pero a pesar de su excitación claramente evidente, Brett no tenía intención de ir más allá. Se prometIó con dureza que cuando volvIeran a estar juntos sería como marido y esposa. Apartó la boca de la de ella, a desgana, y la separó un tanto de sí. Una sonrisa torcida le curvó los labios esculpIdos.

-Eres demasiado tentadora, querida. -Atraída su mirada por la impúdica erección de los pechos de ella, agregó, con rudeza:- Demasiado tentadora.- Y giró sobre sus talones y salió.

En la puerta se detuvo y dijo, por sobre el hombro:- Hoy veré al sacerdote. Las amonestaciones pueden anunciarse el domingo, y nos casaremos dentro de tres semanas. Anonadada, caminó por la habitación, recogiendo los restos de ropas y metiéndolos, distraída, en el fondo del armario de palo áloe que contenía sus vestidos. Lupe los encontraría y haría preguntas molestas en cuanto al estado en que se hallaban, pero por el momento eso no importaba. Había cosas más trascendentes en las cuales pensar.

Regresó a su cama y se acostó, acurrucándose en la piel de tigre que él había dejado. Le recordó vívidamente a Brett: suave y cálida, áspera y dulce al mismo tiempo. y dentro de tres semanas se casaría con él, y un estremecimiento de alegría y aprensión a la vez, la recorrió con un hormigueo. Pero después, una sonrisita se asomó a su boca plena. iAh, pero haría que la amara! Y el corazón le palpitó más de prisa cuando recordó la expresión de los ojos de él, antes de besarla, hacía apenas unos momentos. ¿Fue el amor lo que pasó por ellos en un instante tan atormentadoramente breve? Y en la noche de la víspera, antes de ir a ella, en su lecho, ¿no había quedado revelada la misma emoción?

Abrazó con más fuerza la piel de tigre. ¿Era posible que la amara? ¡Buen Dios! El pensamiento resultaba embriagador. Durante un instante se dejó llevar por un sueño celestial en el cual Brett la amaba, en un futuro que les pertenecería, pero después, como una serpiente en el Edén, otro pensamiento le hizo trizas el sueño. Carlos. Carlos le había mentido a Brett. Y lo condenaba su propia admisión. Le resultaba difícil aceptar ese hecho, advertir que una persona a quien había amado y en quien había confiado hasta donde le alcanzaba la memoria, hubiese tratado de destruir de modo deliberado su felicidad. Y con una tremenda sacudida en el estómago, se le ocurrió preguntarse si Brett había sido el único a quien le había mentido... Era muy posible, no probable, admitió con esfuerzo, que Carlos también le hubiera mentido a ella. Que hubiera abusado de la confianza y afecto que ella le tenía, y los hubiera aprovechado. Había confesado que dijo a Brett que habían sido amantes, y por lo que Brett le reveló esa noche, también plantó en la mente de éste la horrible simiente de que le interesaban más las respectivas fortunas de ambos que el propio Brett. Si hizo eso con Brett, ¿por qué habría de dudar que pudo haber hecho otro tanto con ella misma? Era un pensamiento inquietante. Otrora lo habría apartado sin ceremonias, pero no ahora. No cuando lo unía al ataque nunca olvidado, de Carlos contra ella, en la glorieta, y sus acciones de la noche anterior. Había habido una nota de verdadero veneno en su voz y ella había intuido en él una peligrosa violencia. Sabrina suspiró, desdichada, y sus pensamientos retrocedieron hacia los días en que Brett reapareció de repente en su vida. Para ser sincera, suponía que al principio había usado la idea de que pudiera ser un cazador de fortunas para poner una barrera entre ellos, para darse tiempo con vistas a adaptarse a su presencia, peligrosamente excitante. ¡Por cierto que las cartas de tía Sofía no la habían llevado a creer que él fuese un dechado de virtudes!, se dijo a la defensiva. ¡Antes bien, la predisponían a sospechar de él! Pero sólo cuando Carlos lo reconoció como al Demonio Dangermond...

Estaba tan confundida... y absolutamente furiosa con Carlos. En verdad no importaba por qué había llevado a cabo sus manipulaciones, sólo importaba que había creado desconfianza y sospechas, deliberadamente. Pero aunque fuera así, aunque Brelt no fuese un cazador de fortunas -y ella ya no creía que lo hubiese sido- eso no explicaba sus relaciones con Constanza Morales. Sincera y directa consigo misma, a Sabrina le resultaba incomprensible que Carlos y Constanza hubieran conspirado juntos. Podía aceptar, aunque con dolor, que Carlos les había mentido a Brett y a ella, pero no podía pensar más allá de eso. Constanza estaba perceptiblemente embarazada, y había identificado a Brett como el padre. Pero como un bienvenido rayo de luz en un oscuro laberinto aterrador, Sabrina recordó que había sido Carlos quien le dijo que Brett y Constanza eran amantes...

Fatigada, se frotó la frente. ¿Estoy tan ciegamente enamorada que me aferro de cualquier cosa para exonerarlo?, se preguntó, aturdida. iOh, Dios!, qué confundida estoy. Sólo sé con certeza que Carlos no es digno de confianza, y que mo a Brett Dangermond y me

casaré con él dentro de tres semanas. Por ahora no puedo ver más lejos. Después de eso durmió profundamente, y sólo despertó

avanzada la tarde. Todavía aturdida un tanto por todo lo que había ocurrido, permaneció tendida, mirando durante varios segundos el dosel, sin verlo. Luego sus enredados pensamientos se vieron invadidos poco a poco por sonidos y olores.

Se incorporó y vio en la mesa de alIado de su cama una bandeja de café y crocantes medialunas. Por el aroma y el vapor que llegaban de la cafetera de plata, resultaba evidente que habían sido dejadas allí unos momentos antes. A través de la puerta que daba a su tocador, podía ver que la bañera había sido preparada, y que Lupe se encontraba ocupada llenándola de agua caliente. Aturdida, Sabrina se sentó, y después de ponerse la bata que había sido dejada al pie de la cama, se sirvió una taza de café y llamó:

-Buenos días, Lupe. ¿Cómo estás hoy?

-iBuenos días! -exclamó Lupe con una sonrisa, mientras entraba en el dormitorio-. ¡Señorita, son las cuatro de la tarde pasadas! -Agregó, con timidez:- Te habría dejado dormir más, pero el señor Brett dijo que era hora de que te levantaras... ha invitado a varios amigos, esta noche, para brindar por tu próximo matrimonio. -y luego, olvidando todo su adiestramiento, rodeó impetuosamente la cintura de Sabrina con los brazos y dijo, excitada:- ¡Oh, señorita! iCuán dichosos nos sentimos Ollie y yo por ti! Hemos hablado muchas veces de la situación existente entre tú y el señor Brett, iy en estas últimas semanas lo que deseábamos. era tu matrimonio! iEs maravilloso, sí! iNos sentimos tan felices por los dos!

Los buenos deseos de Lupe fluyeron, cálidos, sobre Sabrina, pero se sentía un tanto perpleja ante la rapidez de las acciones de Brett. Todavía existían tantas barreras entre ellos, tanto que todavía no se conocía ni se había dicho, y Sabrina no pudo dejar de sentirse un tanto incómoda ante su prisa. Si sólo conociera la verdad respecto del pasado, si tuviera la certeza de lo que creía haber percibido en la mirada de él...

Había un suave resplandor en los ojos dorados ambarinos, un sentador rubor en sus mejillas, cuando bajó por la escalera interior. El elegante vestido dorado acentuaba su vívido colorido, y con el cabello rojo llama artísticamente peinado en breves rizos que le caían sobre la frente, en tanto que el resto se enroscaba con elegancia en la nuca, se la veía increíblemente encantadora. Por cierto que Brett así lo pensó cuando la vio. El corazón le dio un brinco febril, y de pronto se vio inundado de una intensa oleada de amor. Sería su esposa, y en ese momento no le importaba de veras si su táctica para obtener su mano era cuestionable. Todo es justo en el amor y en la guerra, pensó cínicamente. Había estado muy atareado desde que salió del dormitorio de Sabrina, esa mañana, antes del alba. Vio al sacerdote, se ocupó de la publicación de las amonestaciones, y también de la hora y fecha de la ceremonia de la boda. Sus amistades fueron notificadas por medio de esquelas garabateadas con rapidez, entregadas por sus criados, y esa noche se organizó una pequeña fiesta para presentar a Sabrina como su prometida. Presentaba con claridad y públicamente su derecho a ella. Hizo una mueca. Por supuesto, era inevitable que Francisca y Carlos provocaran problemas, pero eso no se podía evitar. Y estaba casi seguro de que la mayoría de las personas atribuía la animosidad de ellos a su despecho. Y estarían en lo cierto, admitió con una leve sonrisa, cuando el recuerdo del enfrentamiento de esa mañana con Francisca le cruzó por la mente. Acababa de regresar de su visita al sacerdote cuando Francisca irrumpió con arrogancia en la biblioteca, donde él se hallaba atareado escribiendo notas a sus distintos conocidos de la ciudad. Le asombró que todavía estuviera ataviada con la ropa de la noche anterior, pero necesitó apenas unos minutos para que todo le resultara claro. También se le hizo evidente que ella no había hablado con su hijo. Francisca se había mostrado muy confiada, muy arrogante, frente a él. Con los negros ojos llenos de júbilo y rencor, dijo, con tono majestuoso:

-A esta altura ya tienes que saber que Carlos ha huido con Sabrina. También sabrás que te engañé ayer y no pasé la noche aquí... pensé que te enterarías de la huida y que tu enojo necesitaba tiempo para calmarse antes que pudiera regresar.

Cuando Brett se mantuvo imperturbable, Francisca frunció el entrecejo y preguntó: -

-;¿No te molesta que mi hijo haya huido con tu pupila? ¿Que pronto estarán casados y - su mirada se paseó, codiciosa, por la habitación- que tendrás que irte de esta casa y devolvérnosla?

Brett nunca supo cómo logró dominar sus facciones. Una furia negra y un alivio enorme lo habían sacudido ante el sentido de las brutales palabras de Francisca. Bien. En apariencia, en la noche anterior habría debido producirse una fuga. ¿Pero Sabrina formaba parte de ello?, se preguntó lentamente. De algún modo,

no lo creía así. Por empezar, había regresado a la casa, y además Ollie había estado con ella.

Una sonrisita le curvó la boca. Carlos debía de haber calculado muy mal, y Brett preguntó a Francisca, casi afable:

-¿Por qué crees que dejaré mi hogar y lo dejaré en tus manos?

-iVaya, porque es nuestro! Porque tienes que haber usado el dinero de Sabrina para comprar la casa y amueblarla –replicó Francisca con tono remilgado.

Todavía ahora se asombraba Brett de haberse mostrado tan contenido con ella, pero aun así había habido una punzante sequedad en sus palabras, y le explicó la situación en forma muy, muy clara. No sólo su propia solidez financiera, sino que además había cometido un grueso error en cuanto a la huida de Carlos y Sabrina Con una burlona diversión brillándole en los ojos de color verde jade, murmuró:

-Primero habrías debido conocer los hechos con certeza, señora, y estoy seguro de que cuando veas a tu hijo te darás cuenta de tu error. En cuanto a mi pupila, te aseguro que en este momento está arriba, durmiendo, y que cuando despierte anunciaremos nuestro compromiso. - Salió de atrás del escritorio ante el cual se encontraba de pie, y encaró la mirada anonadada de Francisca y agregó con frialdad:- Como sus parientes más cercanos, por supuesto, tú y tu hijo están invitados a la pequeña reunión que he organizado para esta noche, pero dadas las circunstancias entenderé que rechaces la invitación.

Francisca se sintió absolutamente acongojada. Más aun cuando quedó muy en claro, con una claridad escalofriante, que ya no disfrutaría de la hospitalidad de la casa.

-Estoy seguro -dijo él con sequedad- que estarás mejor si te alojas en casa de tus amigos. ¿Los Correa, tal vez? En fin de cuentas, te recibieron ayer por la noche, iy son más dignos de tu compañía que un simple gringo!

El semblante de ella se llenó de furia, y un rubor intenso le oscureció la tez, pero Brett le reconoció sus méritos. Con orgullo en cada centímetro de su porte, asintió con altivez y salió de la habitación. Una hora más tarde, ella y todas sus pertenencias habían salido de la casa. Después que Francisca se hubo ido, el pasó varios minutos mirando, sin verla, la superficie de su escritorio, preguntándose si no estaría comportándose como un asno del demonio. ¿De veras creía que Sabrina se había opuesto a una fuga con su primo? ¿Qué era inocente en relación con esos planes? ¿o estaba él tan locamente enamorado de ella como para aferrarse a cualquier excusa para exonerarla? No, no lo creía así; sabía que era notablemente testarudo, pero que sus instintos le fallaban muy pocas veces, y el instinto le decía que por lo menos en este caso Sabrina no había

tenido conocimiento alguno de lo que se planeaba. Esa seguridad lo tranquilizó un tanto, hasta que se le ocurrió que no probaba que ella hubiese cambiado... que su propia fortuna podía continuar siendo la única razón de que hubiera con-

sentido en ser su esposa. En las semanas en que estuvo allí, en Nueva Orléans, había tenido amplias oportunidades para darse cuenta de que había calculado mal la riqueza de él, seis años antes, y era muy posible que ahora quisiera rectificar su error anterior. Una dolorosa sonrisita cruzó, fugaz, por sus ásperas facciones. No lo creía así, no podía creerlo después de la noche anterior. Ella se había mostrado demasiado cálida, demasiado dulce y entregada entre sus brazos, para ser ese tipo de criatura calculadora, de sangre fría. Había existido en ella una extraña inocencia, y él habría podido jurar que ningún otro hombre la había conmovido como él... y que Carlos había mentido... una vez más. Si era lógico que Carlos le mintiera, podía

Librodot

haberle mentido a Sabrina con la misma facilidad... y Sabrina habría confiado en su primo. Brett podía odiar a Carlos de primera intención, pero por las cosas que había dicho Alejandro, resultaba evidente que Sabrina había sentido un gran afecto por su primo. Cuán fácil le habría sido a Carlos, admitió Brett, pensativo, plantar en su espíritu la sospecha y la desconfianza. Crear discordia donde no habría debido existir ... Un golpe en la puerta desorganizó sus pensamientos, y durante el resto del día no hubo más tiempo para introspecciones.

Pero ahora, mientras contemplaba a Sabrina cuando ésta concluía su descenso, todas las trampas de la situación de ambos se precipitaron sobre él. ¿Estaba haciendo el papel de tonto? ¿Era una pura locura esperar que ella sintiese algo por él? ¿Que su ardiente respuesta entre sus brazos, la noche anterior, se hubiera debido a que también ella sintiera la poderosa emoción que lo impulsaba? Sus ojos la recorrieron con atención, y casi no pudo dominar la violenta ansia de tomarla entre sus brazos y exigirle que lo amara, pero se obligó en forma deliberada a apretarle la mano y depositar un ligero beso en la parte interna de la perfumada muñeca.

-Estás muy encantadora, querida mía -murmuró con suavidad, ansiando decir algo menos prosaico, pero extrañamente carente de su habitual facilidad de palabra.

Con el corazón palpitante, enloquecido, Sabrina le devolvió el saludo en voz baja.- De pronto se sentía tímida con él y le dirigió una mirada por debajo de las largas pestañas y le resultó increíble que la noche anterior hubiese estado desnuda entre sus brazos y conocido la magia de su posesión. Esa noche él estaba muy elegante. El cabello negro, indócil, con su atrayente salpicadura de plata, lucía cepillado y reluciente; la chaqueta de brocado oro y negro le sentaba soberbiamente sobre los anchos hombros, y los calzones de raso negro exhibían la longitud musculosa de sus bien proporcionadas piernas. Pero la expresión de los ojos de color verde jade fue lo que acentuó las palpitaciones ya erráticas del corazón de ella, una expresión que le daba esperanzas, que la hizo dirigirle una sonrisa radiante. Brett quedó deslumbrado por esa sonrisa, deslumbrado y absolutamente encantado. Ablandadas las duras facciones, murmuró con voz densa:

-Me prometí comportarme como un candidato correcto en estas pocas semanas que faltan para nuestro matrimonio, pero si me sonríes de ese modo no creo que pueda resistirme a tus encantos.

Ruborizada de placer, con una dulce alegría burbujeándole en las venas, Sabrina sonrió de manera más deslumbrante aun y bromeó, incitante:

-¿Pero deberías hacerlo?

Brett echó la cabeza hacia atrás y rió.

-iBruja! -murmuró, apreciativo. Una sonrisa tan brillante como la de ella le curvó la boca, y durante un momento intemporal se quedaron ahí, mirándose, olvidadas todas las incertidumbres del horrible pasado, cada uno regodeándose en el calor y el encanto del otro. Pero después Brett pareció sacudirse y, con una nota de seriedad en la voz dijo, con sequedad:- Sabrina, esta mañana tuve que pedirle a tu tía que se fuera de esta casa. Espero que te des cuenta de que fue necesario hacerlo... en especial dadas las circunstancias.

Ella preguntó, vacilante:

-¿Le hablaste de nosotros? ¿De nuestro próximo matrimonio?

Brett asintió, y un pequeño estremecimiento lo recorrió ante la facilidad con que había dicho "nuestro matrimonio".

-¿Se disgustó mucho? -preguntó ella, apenada.

Brett encogió los anchos hombros y dijo con tono ligero:

-iDigamos que siente menos amor por mí ahora que al comienzo!

Sabrina esbozó una mueca. Odiaba la discordia y deseaba que la tía Francisca no hubiera mostrado un desagrado tan violento hacia Brett.

-¿Adónde fue? -interrogó, desdichada, y lo miró y añadió, suplicante:- ¿Entiendes que no puedo abandonarla? Es mi tía, y fue muy bondadosa conmigo cuando murió mi padre.

Librodot

Consciente de pronto, como nunca hasta entonces, del profundo sentimiento de lealtad que Sabrina tenía para con sus parientes, desdichadamente desagradables, Brett contuvo el mordaz comentario que habría querido hacer. Dijo con serenidad:

-Puede visitarte cuando lo desees, y por cierto que no me opongo a que tú la veas... no soy un carcelero, querida, pero tampoco quiero proteger mis espaldas por el resto de mi existencia. -Sonrió apenas y agregó:- Pero para responder a tu pregunta, creo que se aloja en casa de sus amigos, los Correa.

Sabrina advirtió que no mencionaba que Carlos era bienvenido, cosa que le parecía perfecta, y asintió y dijo con suavidad:

-Sí, por supuesto, se entiende que vaya a casa de ellos... son antiguos conocidos, y estoy segura de que se sentirá feliz visitándolos, una vez que supere la pena nacida del hecho de que le hayas pedido que dejara tu casa. -Lo miró y preguntó, con una chispa de diversión en los ojos dorados ambarinos:- ¿Te mostraste espantoso con ella?

Brett pareció sospechosamente inocente.

-No más de lo que hacía falta -respondió con serenidad.

Sabrina bufó.

-iLo cual significa que probablemente estuviste terrible!

El sonrió.

-Pero todo por la buena causa, querida, todo por la buena causa. y para que no te preocupes, ya he encontrado una nueva dueña, la hermana viuda de mi agente comercial, la señora Bonnel, una mujer muy digna, según me dicen. Nos espera en el salón azul, y me agradaría presentarte antes que lleguen nuestros invitados.

Extrañamente alegre, amándolo hasta la locura, Sabrina le sonrió y murmuró, pícara:

-iVeo que vas a ser un esposo muy dominante!

El dulce acuerdo que de modo tan inesperado había surgido entre ellos se mantuvo durante toda la noche que siguió. Con un suave resplandor en los ojos, con una sonrisa centelleante en los labios, Sabrina era la visión misma de una joven enamorada, mientras circulaba por el salón azul, saludando a sus invitados.

Brett no fue mucho más competente que Sabrina para ocultar sus sentimientos, ya medida que los invitados partían no hubo uno solo que no se sintiera convencido de que esa era una verdadera unión por amor. Sólo los dos implicados de manera más directa tenían alguna reserva, y ambos estaban ciegos para lo que a los demás les resultaba evidente con tanta claridad. Pero si Brett no

podía creer que Sabrina era una mujer enamorada, y si Sabrina no lo reconocía como un hombre evidentemente hechizado, que se enamoraba cada vez más, a medida que pasaban las horas, existía dentro de ellos un creciente sentimiento de paz, una creciente esperanza, una naciente y jubilosa expectativa respecto del futuro. El tiempo voló después de esa noche, y había entre ellos un acuerdo tácito para no perturbar el frágil estado de ánimo optimista que prevalecía. Evitaban toda conversación en cuanto al pasado, y ambos parecían retroceder ante cualquier referencia o comentario que pudieran despertar a alguno de sus demonios dormidos. La certidumbre de que Carlos había sido la raíz del desas-troso final de sus primeros esponsales había crecido en el espíritu de los dos. Pero Sabrina tenía conciencia de que aun sabiendo que los embustes de Carlos la habían enfrentado con Brett, eso no explicaba a Constanza. Esto la inquietaba en gran medida, pero estaba demasiado enamorada para que le impidera casarse con él. En cuanto a Carlos... Como era natural, Carlos hizo varios descarados intentos de verla, pero Sabrina los rechazó. Hubo un solo incidente desagradable que manchó su creciente dicha, que fue la entrevista que tuvo con su tía, una semana después del anuncio de sus esponsales con Brett. El alivio de verla se convirtió muy pronto en ira cuando resultó evidente que Francisca sólo había aceptado hablarle para poder volcar sobre la cabeza de Sabrina su furia y amargura en relación con la situación. Francisca estaba casi histérica en su furia, y fue entonces cuando Sabrina se enteró de la intención de Carlos, de fugarse con ella en la noche de la velada de los Robles.

-Deja al gringo -dijo Francisca de pronto-. Deja al gringo y cásate con Carlos, y todo irá bien. -Con desesperada intensidad, agregó:- Su profundo deseo de casarse contigo fue lo que lo condujo a considerar una unión acompañada de una fuga. Tienes que saber que te adora, y que haría cualquier cosa que estuviese a su alcance para hacerte feliz. Por fortuna, ni Sabrina ni Francisca conocían a fondo lo que había planeado Carlos, pero aun así el ruego de Francisca no apartó a Sabrina de su camino. Meneó la cabeza con tristeza y dijo con suavidad:

-No puedo, tía.

Furiosa, Francisca escupió:

-Si te vas de aquí hoy, si te niegas a hacer lo que te pido, ¡nunca te aceptaré voluntariamente ante mi presencia! Elige... ¡tu familia o el gringo!

-No hay elección alguna que hacer -respondió Sabrina con firmeza.

28

La llegada de los padres de Brett, la semana siguiente, expulsó a Francisca y Carlos de los pensamientos de todos. Sabrina se sintió encantada al ver a su tía después de tantos años. Sofía se mostró igualmente complacida de ver a su única sobrina, y echó los brazos al cuello de Sabrina y exclamó:

-iOh, querida mía! ¿Cómo pudimos dejar pasar tanto tiempo? iDiecisiete años! iEs increíble! iY estás tan encantadora como siempre supe que lo estarías! iVamos, cuéntamelo todo!

Hugh y Sofía se mostraron absolutamente encantados con el enlace.

-iEs lo que siempre he deseado! -había informado Sofía a Sabrina aquella primera noche, en Nueva Orléans. Chispeantes los ojos oscuros, Sofía agregó:- iPiénsalo, ahora no sólo serás mi encantadora sobrina, sino también mi bienamada nuera!

El tiempo había cambiado poco a Sofía. Con apenas unos años menos de cincuenta, se la veía un tanto más regordeta de lo que Sabrina recordaba; el sedoso cabello negro mostraba unos cuantos hilos de plata, y los rientes ojos y la sonrisa encantadora seguían siendo los mismos. Recordó a Sabrina, vívidamente, a su madre, y estalló, espontánea:

-Te vez tal como recuerdo a mi madre.

Se encontraban arriba, en las habitaciones que habían sido destinadas a los Dangermond mayores, y la sonrisa de Sofía se dulcificó y ella caminó hasta donde Sabrina se hallaba sentada en un taburete de terciopelo. I

-¡Querida niña, qué cosa tan encantadora me dices! –Con expresión un tanto triste, añadió:- ¡Si estuviera aquí, con nosotras... y también tu querido padre... cuán dichosos se sentirían por ti.- Al vestirse para la cena, en la víspera de su casamiento, Sabrina recordó una vez más la conversación, y durante un instante

de escalofríos en la columna vertebral tuvo la certeza de escuchar la voz de su padre, que decía: "Está bien, muchacha, es lo que he deseado para ti. Sé feliz."

El resto de la velada transcurrió para Sabrina en medio de una bruma rosada, y antes de que se diera cuenta todos estaban despidiéndose y yendo a sus respectivos dormitorios. Sabrina había creído que le resultaría imposible dormir, pero no fue así. En cuanto hundió la cabeza en la almohada, se deslizó en un delicioso sueño sobre el maravilloso tiempo por venir, que la aguardaba en el horizonte. La boda fue necesariamente reducida, pero a Sabrina no le importó; sólo veía a Brett, alto y hermoso, a su lado, en la serena frescura de la Catedral de Sto Louis. Las palabras del sacerdote fluyeron, dulces, sobre ella, y sus respuestas repercutieron con suavidad a lo largo de la catedral; los tonos más profundos, más resonantes de Brett, casi cubrieron los de ella. Eran una hermosa pareja, con Brett resplandeciente, de levita azul oscura, y pantalones de color ante; Sabrina, deslumbrante con su vestido de color amarillo claro y una sobrefalda de encaje de tono marfil, que ondulaba cada vez que se movía.

Hugh se acercó con más lentitud, apoyándose en su bastón con puño de plata. El cabello negro era ahora completamente plateado, pero todavía continuaba siendo un hombre muy hermoso, y miró a Sabrina y dijo con sinceridad:

-Querida mía, soy tan feliz por ti... -y miró a su hijo, quien se erguía, posesivo, junto a ella, y continuó, medio en serio, medio en broma:- Y casi lamento haber permitido que este bribón me convenciera de que modificase mi testamento... algún día habrías sido una encantadora propietaria de Riverview. -Le dirigió un guiño y agregó con tono ligero:- Tendrás que vigilarlo... ya ha entregado la plantación de la familia a su hermano menor, Gordon. ¡Asegúrate de que en uno de sus arranques de locura no regale el techo que te cubre la cabeza!

Sabrina nunca supo cómo logró no quedar boquiabierta. ¡Había sido Brett quien no quiso recibir Riverview, y no Hugh quien lo desheredó! Tragó saliva con esfuerzo. ¡Oh Dios! Una prueba más de que había entendido muy mal la situación, tantos años antes. Pero tendré una segunda oportunidad, pensó con alivio. Una segunda oportunidad para confiar en mi amor.

Morgan y Leonie Slade se unieron a ellos en ese momento, y Sabrina ya no tuvo más tiempo para continuar meditando. Orgulloso, Morgan presentó a su esposa, y Sabrina se sintió inmediatamente atraída por la mujercita joven, de cabello color de miel.

Con ojos de color verde mar que reflejaban su propio agrado instintivo, Leonie dijo con calidez:

-Es un placer conocerte, señora Dangermond, y quiero ofrecerte mis más sinceros deseos de felicidad.

Sabrina le agradeció con timidez, y luego agregó:

-¿y tú? ¿No debo ofrecerte felicitaciones también?

Leonie sonrió.

-iMais oui! ¡Nuestro dulce bébé, Suzette, tiene ahora casi seis semanas de edad, y es sencillamente adorable! -Leonie se ruborizó en el acto y añadió, contrita:- ¡No debería decir esas cosas acerca de mi hija, pero no puedo evitarlo!

Hablaron, felices, durante unos momentos, y antes que Leonie y Morgan continuaran circulando, se repitió la invitación a visitar los en el Chateau Saint-André. Los ojos azules de Morgan brillaron, divertidos, cuando dijo a Brett:

-Madriguera del Zorro está apenas a un día de cabalgata de nosotros... y ahora que tus vagabundeos han terminado, ya no tendrás excusas para no ir a visitamos.

Brett sonrió y murmuró:

-¿Antes me dejarás tiempo para una luna de miel? -Su brazo se había deslizado en torno de la cintura de Sabrina, y la miró y dijo con voz ronca:- He esperado mucho tiempo para este momento, y me temo que querré a mi esposa para mí durante un rato prolongado. Sabrina enrojeció, y todos rieron. La risa parecía es-

tar a la orden del día, y todos disfrutaban inmensamente. Se había decidido que Sabrina y Brett viajarían a Madriguera del Zorro por la mañana. Hugh y Sofía permanecerían en Nueva Orléans un tiempo más, antes de unirse a los recién casados, y Sofía dijo, con expresión pícara mientras ayudaba a Sabrina a prepararse para acostarse:

-Agasajar a tus parientes políticos en tu luna de miel no es lo que habría deseado para ti, paloma, pero no nos quedaremos mucho tiempo, y después, en el otoño, quizá tú y Brett vayan a visitamos a Natchez, ¿sí? ¡Por el momento, te dejaré... tu esposo te espera!

Sabrina asintió, y Con una mezcla de aprensión y expectativa, vio cómo Sofía salía de la habitación. A solas en el dormitorio de Brett, vagó sin rumbo, con el corazón en la garganta cuando oyó que se abría la puerta de afuera. Nerviosa, plegó la delicada seda tenue del incitante peinador de color espliego que llevaba puesto, preguntándose sobre lo qué ocurriría esa noche. ¿Sería tan maravillosa como las otras noches que había estado entre los brazos de él? Brett apareció de pronto en la arcada; su bata verde esmeralda intensificaba el color de sus ojos. Se miraron durante un momento interminable, y luego, Con un gemido ahogado, él la

atrajo hacia sus brazos. Sus bocas se encontraron, y cuando por fin se separaron, ambos estaban sin aliento. Brett murmuró, con voz espesa:

-Nunca sabré, querida, cómo he soportado estas últimas semanas. Pero ya no más, mi dulce lirio atigrado, ahora eres mía... mi esposa. -La alzó en sus brazos y la condujo al lecho, y durante toda la larga noche apasionada que siguió, Sabrina supo, de manera muy explícita, que esa noche era tan maravillosa como todas las

otras. Más aun, pensó, soñadora, mientras se perdía en la alegría del abrazo de él... ahora él era su esposo, ella su esposa, y nada volvería a interponerse nunca entre ellos. Nada. Madriguera del Zorro, descubrió Sabrina dos días más tarde, no era, como le había advertido Brett, una casa grande. Era de dos pisos, y sólo el pórtico, con frontón central, sostenido por cuatro columnas acanaladas, la salvaba de ser sencilla. A pesar de la fachada nada llamativa de Madriguera del Zorro, Sabrina no se sintió en manera alguna desilusionada. Si Brett hubiese querido dormir en el suelo, ella se habría sentido dichosa de imitarlo. Con el brazo en derredor de la cintura de ella, él la escoltó escaleras arriba, en la casa, y dijo, casi vacilante:

- Ya sé que no tiene muy buen aspecto, ahora, pero tengo la intención de cambiar todo esto. Podemos agregar una o dos alas, y tú podrás introducir las modificaciones que desees... Quiero que seas feliz aquí.

Sabrina le sonrió, aturdida.

-Lo seré -aseguró con suavidad, y Brett sintió que un tenso nudo de temor se deshacía dentro de él. Había temido que ella rechazara sumariamente la casa, no desaparecida del todo la terca sospecha de que ansiaba riquezas. Madriguera del Zorro podía tener un exterior sencillo, pero Brett había amueblado el interior con opulencia: paredes cubiertas de sedas, colgaduras de terciopelo y lujosas alfombras se veían en toda la casa. Pero la glorieta con su enrejado fue lo que hizo que Sabrina lanzara una exclamación de placer y alegría. Con los ojos chispeantes de satisfacción, echó impulsivamente los brazos al fuerte cuello de él y prorrumpió:

-iLo recordaste!

-¿Cómo habría podido olvidarlo? -preguntó él con rudeza, apretándola contra sí; su boca buscó, compulsiva, la de ella. El pasado todavía se interponía entre ellos, pero no querían destruir ese hechizo mágico. Y lo era. La visita de Hugh y Sofía a

Madriguera del Zorro llegó y pasó, y los días que siguieron a su partida transcurrieron para Brett y Sabrina en una bruma soñadora. Pero a principios de julio les llegaron noticias que crearon una nubecilla en su dichoso horizonte. Los españoles cruzaban otra vez el río Sabine, hacia la Louisiana norteamericana, y habían ocupado el puesto de Bayou Pierre, cerca de Natchitoches. La amenaza de la guerra entre los dos países estaba en el aire. Brett se enteró del empeoramiento de la situación por una carta de un amigo de Nueva Orléans, y se la mencionó a Sabrina. Al recordar los hombres y las armas que se concentraban en la zona de Nacogdoches desde varios meses antes que ella viajara, esa primavera, a Nueva Orléans, preguntó, preocupada:

-¿Qué ocurrirá? me veras piensas que España y Estados Unidos irán a la guerra?'

Brett la atrajo hacia sus brazos, apoyó la cabeza sobre la de ella y dijo con gravedad:

-No lo sé. En verdad, no lo sé. Se podría llegar a eso... por cierto que aquí hay muchos que opinan de esa manera. –Contrajo la boca.- Es probable que algunos lo esperen, inclusive.

Era un pensamiento aterrador, y Sabrina se estremeció.

-¿ Tú irías a combatir?

Brett se encogió de hombros.

-En otros momentos habría podido hacerlo, pero ahora... -

Le echó la cabeza hacia atrás.- Pero ahora tengo muchos motivos para vivir ...

Una nota de Leonie, invitándolos a una visita durante la primera semana de agosto, apartó a un lado todo pensamiento relacionado con una guerra. Sabrina ansiaba fortalecer el sentimiento de amistad que había experimentado al conocer a Leonie. La noticia de que otra

pareja, Jason y Catherine Savage, también es-tarían de visita y anhelaban conocer a Brett y Sabrina, la hizo desear con impaciencia el viaje al Chateau Saint-André

Tímida, Sabrina saludó a los Savage, un tanto atemorizada por el alto ,caballero de ojos color verde esmeralda y facciones aguileñas, y por la mujer impecablemente bella, de cabello negro, que era su esposa. Pero la cálida sonrisa y el dulce carácter de Catherine la desarmaron muy pronto, y los modales encantadores de Jason lograron que se aflojara y riese, en pocos segundos.

El resto del día transcurrió en forma placentera. Brett y Sabrina recorrieron la casa y los terrenos. Y después, por supuesto, estaban los niños... Antes de cambiarse para la cena, las mujeres se reunieron arriba, en el aireado aposento de los niños, construido hacía poco, y Sabrina quedó hechizada por éstos.

Casi con envidia, Sabrina observó a los tres chicos que jugaban en el suelo, con unos soldaditos de madera, y tuvo conciencia de una súbita ansia feroz de un hijo propio. Catherine percibió la franca expresión y dijo con suavidad:

-El año que viene, querida, es probable que nos muestres con orgullo a tus descendientes.

-iOh, lo deseo tanto! -musitó Sabrina, y de pronto se le ocurrió que desde que se había casado con Brett no había tenido...

Una expresión de asomuro complacido le cruzó por el rostro.

¿Era posible? ¿Tan pronto?

Leonie con la pequeña Suzette en brazos, rió y murmuró:

-Ah, ¿pero qué será? ¿ Un hermoso varón o una bella niña? Ven a ver a mi pequeña Suzette.

La cena de esa noche fue muy agradable y después los caballeros se quedaron en el comedor, saboreando sus cigarros y su coñac, mientras las damas se retiraban al salón de adelante, a hablar de los planes para el día siguiente. Entonces fue cuando Brett pudo mantener su conversación con Jason, tan largamente esperada. Los tres hombres hablaron sin un tema fijo durante varios

minutos, pero luego, Morgan, sentado a la cabecera de la larga mesa cubierta por un mantel de hilo, señaló, directamente:

-Esta es una conversación muy amistosa y placentera, ¿pero no deberíamos hablar acerca de lo que más nos interesa... el actual estado de cosas entre nuestro país y España?

Pensativo, Jason jugueteó con su copa de coñac.

-Va a ser muy interesante cuando Wilkinson enfrente a los españoles, les apuesto. El secretario de guerra, Dearborn, le ordenó hace varias semanas que fuese a la región del río Sabine, pero nuestro buen general parece decidido a tomarse su tiempo para abandonar su cuartel de Sto Louis. -Miró a Brett, sentado al otro lado de la mesa:- ¿Qué opinas? Morgan me habló de la carta de Eaton. -Sonrió con ironía y agregó:- y acerca de Jefferson... recuérdame que te cuente un día lo de la "misión" en la cual me envió el presidente a Inglaterra, hace unos años.

Brett le sonrió a su vez.

-Me agradaría escucharlo... ¡por lo menos fuiste a un país civilizado! -Pero su sonrisa se desvaneció un tanto, y dijo pesadamente:- Si ustedes, caballeros, me tienen un poco de paciencia, me gustaría presentarles una teoría.

Con brevedad, conservando la ilación de los hechos en la medida de lo posible, Brett narró la conversación desarrollada entre él, Wilkinson y Hugh, en la tormentosa noche de noviembre de 1799.

-Fue entonces -admitió con una sonrisita- cuando despertó mi interés por primera vez. -Hizo una profunda inspiración, y se lanzó al relato sobre el pedido de Jefferson, el año anterior, de que vigilase a Burr y Wilkinson; sobre la conversación con Burr, en la noche del baile de Stephen Minor, en Natchez; y por

último, sobre los persistentes rumores que circulaban en lugares reservados, de que Wilkinson había asesinado a Gayoso y que un documento importante había desaparecido en la noche en que murió el gobernador...

-Antes que lo hagas -dijo Morgan con el entrecejo fruncido- querría hablar unas palabras con Leonie... podría tener alguna vinculación con lo que nos has dicho hasta ahora.

El relato de Leonie, de haberse introducido en la mansión del gobernador, tantos años antes, mantuvo arrobados a Brett y Jason. Con las mejillas cubiertas de un rubor de turbación, ella dijo con fiereza:

-¿Entienden que sólo lo hice para recuperar los naipes de mi abuelo? ¡No soy una ladrona! -Los dos hombres asintieron en el acto, pues ninguno deseaba insultarla, y en cuanto terminó la narración, Brett preguntó con avidez:

-Leonie, cuando mirabas por la ventana, ¿viste a ese hombre gordo, Wilkinson, tomar algo del escritorio del gobernador?

Leonie arrugó la frente, pensativa, tratando de recordar un hecho que había sucedido casi siete años antes.

-Estaban enojados el uno con el otro... -De pronto el semblante se le despejó y añadió, excitada:- ¡Oh! No vi que Wilkinson tomara nada, pero en un momento dado el gobernador tenía un papel en la mano y se lo tendió al general. Este pareció fascinado por el papel y también asustado, al mismo tiempo, creo.

-¿Algo más? -instó Morgan con suavidad.

-Había algo acerca de un informe al virrey... –Entreabrió los labios.- No vi ni escuché mucho, porque tenía tanto miedo de que me vieran -admitió, desolada.

Brett le sonrió para alentarJa y preguntó Con curiosidad:

~Pero en lo que viste, ¿hubo algo que te pareciera extraño, algo que te causara asombro?

Leonie se puso rígida, como si de pronto recordase algo.

Con los ojos agrandados, murmuró:

-iMon Dieu, oui! Casi lo había olvidado... cuando tuve que escurrirme por delante de la puerta que separaba las dos habitaciones, me arriesgué a echar una mirada hacia adentro. El gobernador actuaba en forma extraña... tenía el rostro contraído, como de dolor, pero al general eso no parecía preocuparJe. Antes bien,

daba la impresión de estar complacido...

Hubo silencio en la habitación durante Un segundo, después que Leonie se fue. Luego Brett pronunció en voz alta el pensamIento que estaba en el esplrJtu de cada uno.

-¡Veneno! jEI canalla envenenó a Gayoso! ¡Tenía que ser eso!

Los otros dos asintieron y Jason dijo con lentitud:

-Parece que así fue.

Pero fue Morgan quien preguntó Con sequedad:

-¿Pero qué tiene que ver con el día de hoy toda esa historia antigua?

-Como ya no puedo postergar el mal momento, te lo diré -dijo Brett, lúgubre-. Creo que hubo un mapa dibujado por Nolan y destinado a que sólo lo viera Wilkinson, pero de alguna manera terminó en manos de Gayoso, y Wilkinson lo asesinó para obtenerlo. Digamos que el mapa conducía a un tesoro -y cuando Morgan emitió un bufido, Brett agregó, con tono de advertencia:-

Deben recordar las reacciones de Wilkinson al comentario ocioso de mi padre respecto del tesoro azteca... ¡casi se le saltaron los ojos de las órbitas! Nolan y él irían en busca del tesoro, pero antes que sus planes fructificaran, el español asesinó a Nolan.

Brett los miró con amistosa exasperación, pero para no distraerse dijo, empecinado:

-Después de la muerte de Nolan, en 1801, los españoles estaban especialmente caprichosos... no querían a extranjero alguno en su territorio, y habría sido imposible, dada la forma en que vigilaban las fronteras, que nadie entrase en la Texas española para buscar el tesoro. Además, si Wilkinson es pagado por España, tendría que estar dispuesto a cortar por completo una relación ventajosa. No puede permitirse cometer error alguno. y con Nolan

Librodot

muerto -Nolan, su herramienta más confiable y, de pasada, el único hombre que conoce de verdad la región que deberían atravesar- creo que Wilkinson se amedrentó y resolvió no arriesgarse... hasta ahora.

-¿Por qué ahora? -preguntó Morgan, interesado.

-Porque ahora y durante el último año, más o menos, la amenaza de una guerra con España ha estado en el aire... Y además está Aaron Burr y los rumores de que piensa invadir México. Burr y Wilkinson, una pareja de bribones, si alguna vez existió una.

Jason asintió.

-Creo que comienzo a ver lo que quieres decir... Wilkinson nunca se muestra al descubierto con sus planes; siempre existe alguien detrás de quien esconderse, primero Nolan y ahora Burr. Dejará que Burr sea el chivo emisario, que Burr trace sus planes, dará la impresión de apoyar por entero todo lo que diga Burr, pero a espaldas de éste, Wilkinson trazará sus propios planes...

Pensativo, Morgan caviló:

-Al dejar que Burr sea el chivo emisario, el buen general también cuenta con la opción de abandonarlo en cualquier momento en que las cosas parezcan demasiado riesgosas.

-iPrecisamente! -dijo Bretl con aspereza-. Si Burr puede reunir los hombres y las armas que en verdad necesita para tener éxito en una invasión a México, Wilkinson se pondrá de su parte... y buscará el tesoro siguiéndole los pasos. O aunque Burr fracase en su plan, quedará la situación actual: la guerra con España y la invasión del territorio español por tropas de Estados Unidos. Lo único que Wilkinson necesita decidir es cuál de los dos caminos lo beneficiará más. Creo que la razón de que se demore en St. Louis es, sencillamente, la de que espera ver hacia qué lado le conviene saltar. En cuanto escalone sus tropas a lo largo del río Sabine, no tendrá más remedio que atacar a los españoles, y es probable que no quiera hacerla hasta que no tenga la absoluta certeza de que puede echar mano al tesoro. Entonces, ya no importarán las relaciones que tenga con España.

-Hay una sola cosa que me molesta -protestó Morgan con seriedad-. Toda tu teoría se basa en la idea de que hay un tesoro allí. No contamos con pruebas de ello.

-Sí, las tenemos -dijo Jason con brusquedad. Les dije que Nolan había sido mi mentor. Lo que no revelé fue que en un viaje de compra de caballos que hicimos a la región del Cañadón Palo Duro, hace unos quince años, nos topamos con un tesoro, un tesoro azteca. -Con la manga de la camisa recogida casi hasta el hom-

r:o, Jason señaló el grueso brazalete de oro y esmeraldas que le ceñía el musculoso brazo.- Y esta es la prueba de que el coñac no se me ha subido a la cabeza. -Con expresión de tristeza, Jasón murmuró:- Nolan tenía otro idéntico... y ahora creo que es probable que lo haya usado para convencer a Wilkinson de que el tesoro existía, y sé que eso fue lo que hizo que lo mataran.

Brett silbó con suavidad, entre dientes, y Morgan miró, mudo, el brazalete de oro y esmeraldas. Por último, con voz contrita, Morgan dijo:

-Te debo una disculpa, Brett.

-Sí, ¿pero cómo podemos impedir que Wilkinson use su búsqueda del tesoro para iniciar una guerra con España o, lo que es peor, para alentar a Burr a invadir México? -En cuanto pronunció las palabras, Brett supo cuál era la respuesta. Entrecerrados los ojos de color verde jade, gruñó:- ¡El mapa! Si conseguimos el mapa, Wilkimon no tendrá motivos para apoyar a Burr o, lo que es más importante, para provocar una guerra con España. En la Texas española no habría nada para él.

-Estoy de acuerdo -dijo Morgan enseguida- pero no será fácil. En cuanto uno de nosotros aparezca fisgoneando por ahí, se pondrá en guardia.

Jason sonrió ampliamente. ~-

-Todo lo que dices es cierto, pero creo, Morgan, que has olvidado a alguien.

-¿A quién? -preguntó Morgan, ceñudo.

-iA Bebedor de Sangre! -dijo Jason con satisfacción-. Puede entrar en el campamento de Wilkinson, y recuerda que me acompañaba en el viaje cuando fue descubierto el tesoro. ¡Reconocería el mapa, y no existe un lugar en el cual Wilkinson pueda esconder el mapa, que él no lo encuentre!

-¿Quién es Bebedor de Sangre? -preguntó Brett enseguida, paseando la mirada de uno a otro hombre.

Jason fue quien respondió.

-Bebedor de Sangre -dijo con suavidad- es un cherokee, un hermano de sangre para mí, y nuestras ideas acerca de una guerra con España son las mismas. Pero cosa más importante, no le agrada la idea de que nadie perturbe el lugar donde se halla el te soro. Dice que es un mal lugar, y debe permanecer oculto. –Jason sonrió apenas.

Analizaron la situación durante varios minutos más, y convinieron en que Jason vería a Bebedor de Sangre y haría que partiera en el acto hacia el campamento de Wilkinson.

Después de eso salieron del comedor, y se unieron a las damas en el salón delantero. La decisión de enviar a Bebedor de Sangre en busca del mapa eliminó un peso del espíritu de Brett, y se encontró aflojándose del todo, por primera vez desde la noticia del cruce de los españoles a través del río Sabine. Ahora bien, si

Bebedor de Sangre era tan bueno como sugería Jason...

29

La visita al Chateau Saint-Atl.dré resultó tan agradable, que corrían los días de mediados de agosto antes que Brett y Sabrina regresaran a Madriguera del Zorro. La casa comenzaba a parecer el hogar, y al recordar todos los desdichados acontecimientos que se habían producido en la hacienda cercana a Nacogdoches, Sabrina se dio cuenta de que Madriguera del Zorro era donde quería vivir para siempre. Había encontrado allí la felicidad, su esposo estaba ahí y su hijo nacería allí... La abrumadora idea de que pudiera estar embarazada se

había convertido en una certidumbre para ella, a medida que pasaban los días, y para cuando regresaron al hogar estaba segura de que ya existirían signos exteriores. Todavía no podía estar embarazada de más de dos meses, pero se sentía impaciente por la aparición de las señales de su inminente maternidad. No había hablado a Brett de su maravilloso descubrimiento, pues un extraño sentimiento de timidez la inundaba cada vez que pensaba en ello. ¿Qué opinaría él? ¿Se mostraría feliz? lDesconforme? ¿Indiferente? Suspiró. Aunque estaban casados desde hacía dos meses, todavía existían muchas barreras entre ellos. Brett continuaba siendo un extraño para ella en muchos aspectos, a pesar de la intimidad que compartían. Era un amante ardiente, y si bien tenían dormitorios separados, no había pasado una noche, desde su matrimonio, en que no ocupase su lecho por lo menos durante una parte de la noche. Salvo durante la visita de Hugh y Sofía, y la realizada en el Chateau Saint-André, Brett se encontraba muy pocas veces allí durante las horas del día. Partía a menudo a la salida del sol, para vigilar a los hombres que trabajaban en los extensos campos de caña de azúcar, y algunos días, la única vez que lo veía era cuando llegaba al lecho de ella, a última hora de la noche. Pero otros días contaba con la plena atención de

él, ocasiones en que la llevaba a recorrer la plantación y en que le mostraba con orgullo el trapiche, los jardines de la plantación, el muelle que hacía construir a la orilla del río y las tierras que estaban siendo arrancadas de los terrenos pantanosos, por medio de una serie de malecones. Ella atesoraba esos días, pero también tenía conciencia de que una parte de él se mantenía remota, y no podría compartirla. También dentro de ella había un profundo núcleo de reserva, y si bien trataba de ocultarlo, tenía conciencia de que no siempre engañaba a Brett. Muy a menudo, cuando se había apartado de un tema de conversación en particular, veía que los ojos de él se entrecerraban, que una sombra de meditación saltaba en esas profundidades de color verde jade. Capaz ahora de contemplar el pasado con ojos nuevos, y armada de su nuevo conocimiento acerca de Carlos, Sabrina entendía con cuánta facilidad había practicado

Librodot

su primo la duplicidad. Ahora tenía la amarga conciencia de que habría debido encarar a Brett con lo que se le había dicho, habría debido darle una oportunidad de defenderse, en lugar de confiar a ciegas en Carlos. Si él era inocente, no quería que la mirase con disgusto y desprecio por mostrarse tan dispuesta a condenarlo sin escuchar su defensa, y si era culpable, no quería saber que hubiese abandonado a Constanza y su propio hijo aún no nacido. El hecho de que él no le hubiese mencionado el amor, también rondaba en su espíritu. Nunca había mantenido en secreto la circunstancia de que la deseaba físicamente, pero si bien existían insinuaciones desconcertantes en las cosas que decía y hacía, nunca había dicho: "Te amo". ¿Era sólo la pasión por el cuerpo de ella lo que lo atraía hacia Sabrina? El sólo pensarlo era terrible, y Sabrina, desdichada, se apartó del espejo de cuerpo entero y buscó su bata.

Esa mañana se mantuvo muy silenciosa durante el desayuno, y Brett le dirigió una mirada interrogante.

-¿Ocurre algo malo?

Ella vaciló, preguntándose cuál sería su reacción si de pronto le dijese a boca de jarro: "Quiero que me hables acerca de Constanza. Quiero saber si en verdad la amaste, y quiero saber si de veras, abandonaste a tu hijo aún no nacido." Pero no lo hizo, y avergonzada por su propia cobardía, dijo lo primero que se le ocurrió:

-¿Qué ocurrirá con el Rancho del Torres, ahora que vivo aquí contigo?

-¿Qué quieres que ocurra? -preguntó Brett, con cautela.

Con una leve nota de reserva en la voz, agregó:- Sé que Madriguera del Zorro no es ni de cerca tan grandioso, aunque tengo planes para construir una casa más amplia, en el futuro. -Observó con atención la expresión de ella.- ¿Preferirías que viviésemos en la hacienda?

-Creo que si quieres vivir aquí, deberíamos poner a un capataz competente a cargo de la hacienda, o venderla y comprar más tierras aquí, en Louisiana.

No había contestado del todo a su pregunta, y Brett tuvo conciencia de una impaciencia colérica que crecía dentro de él. ¿Por qué, si ella había formulado una pregunta muy corriente acerca de su antiguo hogar, tenía que suponer él enseguida que se trataba de que había encontrado defectos en el hogar que él le

proporcionaba? ¿Por qué, al cabo de esas semanas, buscaba alguna señal de que las cosas materiales tenían más importancia para ella que para él? ¿Por qué existe una parte de ella que no puedo tocar? ¿Por qué, aunque la tengo entre mis brazos, siento que no la poseo por completo? ¿Por qué no sé con certeza qué siente ella, en verdad, hacia mí? El hecho de que hubiese empujado a Sabrina a casarse con él, de que no le hubiera permitido elegir, comenzaba a tener una inmensa importancia en su espíritu. A medida que pasaban las semanas y se sentía cada vez más enamorado de ella, que se daba cuenta de cuánto le importaba, de cuánto le había importado siempre, en lugar de sentirse más confiado y complacido respecto de la relación de ambos, se volvía cada vez más tenso e intolerante frente a la situación. Esa mañana era la primera vez que alguno de los dos mencionaba a Nacogdoches, y durante un momento él jugueteó con la idea de preguntarle, en forma directa, por qué había roto el compromiso con él, seis años antes. Durante las semanas siguientes, en lugar de decrecer la tensión que había surgido esa mañana, pareció acrecentarse. Brett tuvo conciencia de que algo nuevo había aparecido en las relaciones de ambos, pero no pudo determinar de qué se trataba. Sabrina parecía más introspectiva, más alejada de él, y Brett se sintió al mismo tiempo furioso y preocupado. Sintió que ella se le escapaba, que los separaba un abismo cada vez más amplio, y tuvo conciencia de que un nudo helado se formaba donde habría debido estar su corazón. ¿Había llegado hasta ese punto, sólo para perderla, a la postre, de manera inexplicable? ¿Para perderla frente a un enemigo a quien no podía ver? ¿Con quien no podía luchar? Sabrina no excluía de manera deliberada a Brett, pero perdida en el asombro de los excitantes cambios que se producían dentro de ella, lo mantuvo a distancia, sin darse cuenta. El bebé era un precioso secreto que guardaba para sí, que ansiaba comunicarle, pero... ¿y si él no compartía su alegría? Los bebés, lo mismo que el pasado, eran cosas sobre las cuales no habían hablado. Setiembre se presentó especialmente caluroso y

Librodot

húmedo, y mientras la caña de azúcar maduraba en el campo, también ocurría lo propio en el cuerpo de Sabrina. Con placer, advirtió su busto más henchido, la cintura que engrosaba, y en cualquier momento una sonrisita encantadoramente satisfecha le cruzaba el rostro. Esa sonrisa enfurecía a Brett, quién sabe por qué. Era como si tuviese algún secreto personal, y él se sentía corroído por los celos. ¿En qué pensaba cuando sonreía de ese modo? Llegó octubre, y la labor continuó; Brett regresaba a horas avanzadas de la noche, casi agotado, demasiado extenuado para buscar el lecho de Sabrina. Ella se habituó a esperarlo despierta, asegurándose de que lo aguardase un baño caliente, fuese cual fuere la hora, y que hubiese preparado para él un plato de pan, carne y quesos. En la tercera semana de octubre, mientras todavía quedaba mucho por hacer, hubo un aflojamiento de la tensión que siempre acompañaba la época de la cosecha. El trapiche funcionaba casi veinticuatro horas al día, y a pesar de que era un período

de largas horas y poco descanso, en el aire brillaba una restallante vitalidad.

Una noche, al regresar a su casa muy tarde, Brett subió, fatigado, por la escalera, hacia su habitación, con una sonrisa complacida en el rostro. Dormiría todo el día. A esa altura, un día no tenía mayor importancia. Al entrar en su habitación, le sorprendió encontrar a Sabrina esperándolo todavía, y arrojó a un lado su sombrero blanco, de alas anchas, mojado por el sudor, y murmuró:

-Habrías debido ir a acostarte. No creía que todavía estuvieras despierta.

Ella le sonrió, y advirtió las arrugas de fatiga en su cara. Dijo con suavidad:

-Nunca te veo en estos días, exceptuando este momento, y no quería perdérmelo.

El se quitó la camisa y la miró, al verla junto a la gran bañera de bronce que le había sido preparada. Llevaba puestos una bata y un peinador transparentes, y la luz de la vela de la mesa que había detrás de ella le dibujaba la silueta del cuerpo, cosa que hizo que él tuviese conciencia en el acto de la carne suave, fresca, que cubrían, y cuánto tiempo había pasado desde la última vez que hicieron el amor. Sabrina se volvió en ese momento, y le presentó el perfil, y a él se le cortó la respiración en la garganta. Estaba embarazada de cuatro meses, y la redondez en su vientre, que había esperado con tanta paciencia durante los dos meses anteriores, se percibía con claridad. Brett tuvo conciencia de una repentina oleada de sangre que se le precipitaba a la cabeza. Con la voz convertida casi en un susurro, preguntó:

-¿Por qué no me lo dijiste?

Durante un segundo, Sabrina no supo de qué hablaba, pero entonces se dio cuenta de que la mirada de él se hallaba clavada en su vientre, que apenas sobresalía, y dijo, con voz entrecortada:

-Porque no sabía qué sentirías.

-¿Qué sentiría? -repitió él, aturdido, mientras se dirigía hacia ella. Luego lanzó una risita complacida, y la recogió en sus brazos y giró con ella por la habitación-. iOh, Dios! -murmuró-. No sé cómo me siento... complacido, excitado, tal vez un tanto temeroso.

-¿Temeroso? -preguntó ella, con asombro-. ¿Por qué?

-¿Qué ocurre si algo sale mal? -Se leía un temor desnudo en sus ojos cuando dijo, con voz densa:- ¿Qué ocurre si te pasa algo a ti?

Sabrina le sonrió para tranquilizarlo, y de pronto se sintió mucho más fuerte y sabia. Sus brazos le rodearon el cuerpo, y lo besó en la barbilla, y la barba del día le rozó agradablemente los labios.

-Soy tan fuerte como un caballo... mira a la tía Sofía. No habrá problemas, te lo aseguro.

El no había dicho que la amaba, pero su evidente temor por su seguridad envolvió el corazón de Sabrina en un cálido resplandor. Eso, y el indudable placer de él por la noticia. Y se había mostrado complacido. La depositó con suavidad en su amplio lecho, y la besó con una dulce cautela, como si fuese muy frágil. Asombrado, dijo:

-Nunca he pensado hasta ahora en ser padre, pero de pronto me parece muy atrayente la idea. -Una entrañable expresión de incertidumbre le cruzó el rostro.- ¿Te parece que seré un buen padre?

Sabrina ahogó una risita, adorándolo.

-Un padre ejemplar -respondió con gravedad, con un chisporroteo en los ojos dorados ambarinos.

Tendido al lado de ella, la mano de Brett se movió, posesiva, por el vientre, acariciándolo con suavidad. Con los ojos cálidos y tiernos preguntó, con voz ronca:

-¿Cuándo?

-A finales de marzo, creo. -Le atrajo la cara y depositó en ella besitos suaves, sobre la nariz y la boca.- Eres muy potente, señor. Nuestro bebé nacerá casi nueve meses después del día de nuestra boda.

-¿ Te molesta? -preguntó él con una curva sensual en la boca.

Ella negó con la cabeza.

-No. Mis padres tuvieron que esperar años y años; me alegro de que no ocurra lo mismo con nosotros. -Le sonrió con picardía.- Además quiero muchos, muchos bebés.

-iOh, Dios! -musitó él con voz espesa-. Haré todo lo que pueda, lirio atigrado, juro que lo haré. -La besó con un hambre suave, y cuando ella se movió sugestivamente debajo de él, el baño quedó olvidado durante mucho tiempo...

Ingresaron en otro estado de su vida juntos, y el deleite del bebé por venir apartó por el momento las nubes negras. En la segunda semana de noviembre, Brett debía viajar a una reunión con su agente comercial en Nueva Orléans, y un tanto desolada por tener que quedarse, Sabrina lo observó mientras iba de un lado a

otro, en su habitación, asegurándose de que Ollie no hubiese omitido nada en el equipaje. Brett advirtió su expresión, y la abrazó y preguntó:

-¿Estás segura de que no quieres venir conmigo?

Ella miró su vientre ya rotundo, y dijo con tristeza:

-Estarás ausente apenas unos días, y creo que me sentiré más cómoda aquí. -El embarazo resultaba fácil, pero la semana anterior había tenido escalofríos y una fiebre, y todavía no se encontraba recuperada del todo.

A desgana, Brett se despidió de ella, y partió a Nueva Orléans. Al llegar, encontró la ciudad repleta de noticias. Noticias que al mismo tiempo le aliviaron y lo alarmaron. ¿Se había equivocado respecto del mapa y de Wilkinson, en fin de cuentas? En aparienciá, Wilkinson había llegado a Natchitoches con su ejército, a finales de setiembre, y en lugar de iniciar la guerra que todos esperaban, el cinco de noviembre firmó el Tratado de Terreno Neutral con los españoles. Estos debían retirarse a Nacogdoches; los norteamericanos, a Natchitoches, y el general

había proclamado en el acto su triunfo. Era un héroe, porque había "cumplido con mi" órdenes al proclamar la jurisdicción de Estados Unidos aquí". No mencionaba que la jurisdicción no se había establecido en modo alguno, que el territorio en cuestión era terreno neutral. Pero Wilkinson se mostró satisfecho, y partió a Natchez, enviando su ejército, a las órdenes del coronel Cushing, a Nueva Orléans. La presencia del ejército fue lo que alarmó a Brett. ¿Nueva Orléans había sido siempre el objetivo de Wilkinson? Esa noche, mientras yacía despierto en su cama, en la casa de Nueva Orléans, se interrogó acerca de la acción de Wilkinson.

Resultaba evidente que el general había evitado la guerra con España, una guerra que todos esperaban, y que muchas personas parecían desear. Una guerra que le habría dado la excusa para invadir territorio español, y buscar el tesoro que Jason había revelado. ¿Por qué no lo hizo así el general? La respuesta a esta pregunta llegó unas horas más tarde, en la forma de Bebedor de Sangre, el compañero indio cherokee de Jason. Brett despertó al alba, con la escalofriante sensación de

que había alguien más en la habitación, y cuando estaba a punto de tomar la pequeña pistola que nunca se hallaba muy lejos de él, una voz profunda, melodiosa, detuvo sus movimientos.

-Mi hermano, Jason, me envió aquí -dijo Bebedor de Sangre.

Un aire místico rodeaba al indio, como si conociera cosas de otros mundos que escapaban a los hombres corrientes, como si fuese capaz de cosas con las cuales los demás sólo soñaban, y Brett entendió de pronto la confianza de Jason en Bebedor de Sangre.

-Me quedaré aquí apenas un momento. -El indio introdujo una mano dentro de la camisa de piel de gamo que usaba, y extrajo un trozo de papel arrugado.- Jason pensó que querrías tenerlo en tus manos... dijo que era tuyo, para que hicieras lo que te pareciera.

-¿Cómo lo conseguiste?

Bebedor de Sangre sonrió

-El general lo tenía... lo ha levado encima durante todo este tiempo, en un delgado paquete, en torno a su cintura.Las únicas veces que no estaba en su poder era cuando se bañaba, pero lo mantenía a la vista.

-¿Pero cómo lo obtuviste?

Bebedor de Sangre se encogió de hombros. Casi con tono de disculpa, dijo:

-Me llevó más tiempo del que esperaba, el descubrir dónde se hallaba el mapa, pero una vez que resolví que el general sin duda lo llevaría consigo, fue bastante fácil esperar una noche en que hubiese bebido demasiado, y escurrirme dentro de su tienda y quitárselo.

Brett de pronto preguntó:- ¿Cuánto hace que obtuviste esto?

Bebedor de Sangre pasó el resto de su cuerpo hacia el otro lado, y en el momento en que desaparecía de su vista respondió:

-Hace ocho días.

Boquiabierto, Brett contempló el lugar donde había estado Bebedor de Sangre. Ocho días atrás era el cuatro de noviembre, la víspera del día en que Wilkinson firmó el Tratado de Terreno Neutral. Lanzó una risita complacida, sin aliento, y contempló el trozo de papel que tenía entre sus manos. ¿Habían modificado ellos la historia? ¿Habría habido una guerra con España a no ser por ese trozo de papel?

Sentado en el borde de la cama, contempló el mapa durante largo rato, y después, lenta, deliberadamente, estiró la mano y acercó la lámpara un poco más. Si todas sus sospechas eran correctas, el mapa ya había costado vidas de hombres, estuvo a punto de ser la causa de una guerra, y todo por codicia. Como no era un hombre codicioso, como estaba conforme con su propia vida, con movimientos diestros, seguros, Brett convirtió el mapa en un rollo, y luego, con toda seguridad, lo acercó a las llamas de la lampara.- Un momento más tarde lo único que quedaba eran partículas ennegrecidas que flotaban en el aire. El mapa de Nolan había desaparecido para siempre, y el tesoro azteca se encontraba a salvo, hasta que algún otro aventurero lo descubriese.

Brett se pasó los dos días siguientes terminando sus negocios y también comprando regalos para Sabrina. Sería algo especial, algo que ella poseyera por siempre, y por consiguiente buscó a un joyero a quien conocía en la ciudad. Brett encontró varias piezas que le agradaron, y en un estado de ánimo extravagante, las compró todas.

Su encuentro con Jason, el viernes, fue breve, pero confirmó las sospechas de ambos respecto de que el mapa debía haber sido fundamental para los planes de Wilkinson. Sentado en la biblioteca de la casa de Brett, Jason dijo sin rodeos:

-Acabo de hacer una visita de cortesía al gobernador Claiborne, y él recibió hace poco una carta de Wilkinson. Dejó un tanto preocupado al gobernador, pues Wilkinson escribe que Claiborne se encuentra rodeado de peligros, y que el gobierno norteamericano está gravemente amenazado. Wilkinson afirma que exis-

ten espías por todos lados, y que dentro de seis días el presidente se enterará de una conspiración que abarcará a varios millares de personas. -Jason sonrió.- Buena parte de ello puede atribuirse al gusto de Wilkinson por el melodrama, y por supuesto, pidió a Claiborne que jurase mantener el secreto.

Brett enarcó una ceja. -

-¿ Y sin embargo el gobernador te lo relató? .

Los ojos de color verde esmeralda de Jason chispearon. -

-No olvides que Claiborne sabe que soy uno de los brillantes jóvenes de Jefferson.

Brett rió, pero luego su rostro se puso serio:

-Parece que Wilkinson ha resuelto traicionar a Burr qué otra trama podría estar refiriéndose?

Jason se encogió de hombros y respondió:

-Es probable que tengas razón, pero tendremos que esperar a ver. Las próximas semanas serán sumamente divertidas.

Ansioso por regresar a su hogar, Brett partió antes del alba, al día siguiente, rumbo a Madriguera del Zorro, y el mediodía siguiente lo encontró siendo recibido con gran entusiasmo por su encantada esposa. Con los ojos chispeantes de placer, Sabrina confesó sin aliento:

-iTe he echado de menos! ¡No sabía que una semana pudiese ser tan larga!

Extraordinariamente conmovido por estas frases impetuosas, Brett la apretó aun más contra su cuerpo. Ella debe de sentir algo por mí para decir semejante cosa, pensó, aturdido.

Ese día, después de la cena, cuando se hallaban sentados en el salón, él le entregó los regalos que le había comprado en Nueva Orléans.

-Nunca te he comprado nada, personalmente, hasta ahora -dijo Brett con engañosa negligencia.

Sabrina se sintió encantada con el espléndido collar y los aretes, cuyos diamantes, según se veía a las claras, habían sido seleccionados por expertos y convertidos, con la misma idoneidad, en joyas dignas de la realeza.

-Oh, es encantador -exclamó ella, con apreciación. Había una amplia sonrisa dichosa en sus labios cuando abrió el último paquete, pero cuando observó el contenido de la cajita, su sonrisa se disipó y palideció. Miró ansiosa a Brett, y preguntó:- me dónde sacaste esto? ¿A quién se lo compraste?

Brett había estado cerca del hogar, con un brazo apoyado, negligente, en la repisa, pero al observar su expresión y escuchar las preguntas de ella, frunció el entrecejo y se le acercó.

-A un joyero muy conocido en Nueva Orléans. ¿Por qué? ¿Tiene algo de malo?

Sabrina miró de nuevo el contenido. Era un broche encantador, extraordinario. Su finísimo oro había sido trabajado para dar forma a un león rugiente; sus ojos eran diminutas esmeraldas, y sus dientes de blanco marfil reluciente. Sabrina lo había visto antes, lo había visto con frecuencia, de niña. Era el broche de la señora Galaviz, robado en la noche de la fiesta de su cumpleaños, hacía más de seis años.

-¿Recuerdas a los bandidos que asolaban nuestra región cuando fuiste a visitamos? ¿Recuerdas que despojaron a nuestros invitados cuando se fueron de mi fiesta de cumpleaños?

Brett asintió, con los ojos clavados en los de ella.

-Por supuesto. También recuerdo que los matamos, aunque las cosas que habían robado fueron dadas por perdidas.

Sabrina meneó la cabeza con violencia.

-No, ya no. Esta es una de las cosas que fueron robadas aquella noche.

Brett entrecerró los ojos.

-¿Estás segura, Sabrina? ¿No puede esta pieza ser muy parecida?

-No lo creo -dijo por último-. Es demasiada coincidencia que se hagan dos joyas tan poco comunes. Tiene que ser la misma.

Con el entrecejo más acentuado aún Brett caviló, lentamente:

-Entonces no matamos a todos los bandidos... o algún otro encontró el escondrijo y está vendiendo los objetos.

Tomó el broche de la caja, con movimientos deliberados, y

lo contempló durante largo rato.

-A fin de mes tengo que regresar a Nueva Orléans -dijo, pensativo-. Iré a Escobar e Hijos, y hablaré con José Escobar. El me dirá cómo llegó a su poder.

Librodot

No siguieron hablando del tema, pero pesó mucho en el espíritu de ambos, y era inevitable que comenzaran a preguntarse si existía alguna relación entre ese broche y quien hubiese asesinado a Alejandro.

Despierta entre los brazos de Brett, con la cabeza apoyada en el hombro de él, Sabrina se estremeció con la necesidad de venganza. ¡Dios! Si pudiese encontrar al asesino de su padre, aun ahora, y vengarse por sí misma, tal vez aliviaría parte del dolor que todavía quedaba en ella. El bebé se movió en su seno, y ella esbozó

una sonrisa agridulce. ¡Cuánto habría satisfecho eso a su padre!

Estaba casada con el hombre elegido por él, y le habría dado su primer nieto. Una pequeña lágrima se formó en la comisura de su ojo, y cayó en el hombro desnudo de Brett.

Al sentirla, éste se volvió hacia ella, con evidente preocupación.

I-iQuerida! -susurró con suavidad-. ¿Qué ocurre?

Ella murmuró, dirigiéndole una sonrisita tenue:

-Pensaba en Alejandro, y en lo dichoso que se sentiría con el niño.

Ella acercó más hacia sí, le murmuró dulces palabras de consuelo, y, a medida que se le disipaba el dolor, cayó en un sueño tranquilo. No ocurrió lo mismo con Brett. Permaneció despierto largo rato, pensando en el broche de forma de león, y en lo que significaba su aparición en Nueva Orléans. Pero como al cabo sus es-

peculaciones se hicieron cada vez más alocadas, también él se durmió, preguntándose por qué volvía una y otra vez al hecho de que había sido Carlos quien mató al último bandido de un disparo... a quemarropa, casi como si hubiese querido que no quedaran sobrevivientes.

Cosa extraña, también los pensamientos de Sabrina giraban en derredor de Carlos, pero respecto de un asunto muy distinto. -

Al principio pensó en ir con Brett en el viaje que se proponía hacer a Nueva Orléans, a fmales de noviembre, pero luego vaciló. Resultaría casi imposible organizar un encuentro privado, con su primo, en la ciudad, sin que Brett se enterase. Eso, si Carlos se hallaba todavía en Nueva Orléans, pensó, lúgubre. Podía haber partido a Nacogdoches, meses atrás. Y sintiéndose un tanto in-directa y tortuosa, decidió por último que la manera más fácil de ver a Carlos sin que Brett se enterara de eso sería lograr que su primo fuese a Madriguera del Zorro en ausencia de Brett. Era riesgoso, y los criados murmurarían, pero si indicaba a Carlos que. llegase a horas avanzadas de la noche... si determinaba alguna señal para él, de modo que sólo se acercara a la casa después que la servidumbre se hubiera acostado... ~

No le agradaba eso, pero era lo único que se le ocurría. En contrarse con él en privado, en otra parte, estaba fuera de cuestión... ¡No era tan tonta! Y aunque ninguno de los criados dormía en la casa misma, sus habitaciones estaban a poca distancia del edificio principal, y un grito penetrante los haría acudir a la carrera. Y además estaba su cuchillo... Convencida de que podía defenderse si Carlos intentaba algo violento, Sabrina escribió su nota. Llevó a un lado a uno de los criados, y le dio órdenes de que entregase la nota al señor Carlos de la Vega.

-Tendrás que ir a la casa de los Correa, en la calle Condi, y ver si mi tía todavía está allí. Ella sabrá dónde se aloja él. Si por casualidad no se encuentra él allí, los Correa sabrán si está aún en la ciudad, y adónde ha ido. -Se aborreció, pero dijo con alegría:- iY recuerda, ni una palabra a mi esposo... tiene que ser una sorpresa!

El sentimiento de culpa hizo que el beso que estampó a Brett unos días más tarde, fuese en especial fervoroso y ansioso, y Brett la miró con asombro.

-iSólo estaré ausente cuatro días, querida! -bromeó, y le acarició con suavidad el vientre hinchado, para agregar:- Descansa y cuida a nuestro hijo. No quiero que nada le ocurra a ninguno de los dos. -Sus ojos se oscurecieron, y Sabrina quedó de pronto sin aliento cuando él murmuró:- Creo que me mataría si no estuvieras esperándome cuando regresara.

Sabrina se abrazó a esas palabras. Oh, debía de quererla, y quererla muy profundamente.

30

Librodot

Carlos se había sentido alborozado cuando le llegó la nota de Sabrina. Los meses transcurridos desde la boda de ella no habían sido felices para él. En ese período había cavilado mucho acerca de la injusticia del destino, negándose a aceptar que, de una vez para siempre, Sabrina se encontraba fuera de su alcance. Había bebido mucho, jugado y perdido dinero tontamente -y dinero que no podía permitirse el lujo de perder- y redujo a toda velocidad lo que le quedaba de su herencia. Francisca se había ido de la ciudad en setiembre, y tomó un barco rumbo a Ciudad de México, ,donde viviría con su hermana Ysabel. Pero todo eso había cambiado ahora. ¡Sabrina quería verlo en forma clandestina! Carlos confiaba, delirante, en que ella se había dado cuenta por fin de que el gringo no le importaba. Sin duda necesitaba la ayuda de él para escapar de su matrimonio.

Trazó ansiosos planes para la fuga de ambos a Ciudad de México, y casi no pudo contener la impaciencia hasta que llegara el día de su partida para rescatarla. Las instrucciones de Sabrina habían sido muy claras, y en la mañana dell!l de diciembre salió a caballo de Nueva Orléans, rumbo a Madriguera del Zorro, ávido del encuentro con su prima, a la noche siguiente. Brett había llegado a Nueva Orléans a última hora de la noche anterior, apenas cinco días después que Wilkinson apareció en el horizonte, proclamando que la ciudad debía prepararse para una invasión de la chusma que hablaba de atacar la ciudad. Wilkinson exigió que el gobernador Claiborne declarase la ley marcial, y cuando el gobernador se negó, continuó comportándose como si eso se hubiera hecho. Quedaron suspen-

didas las libertades civiles; urdenó un toque de queda; aceptó voluntarios dispuestos a rechazar a la fdnática horda dirigida por Burr, una horda a la cual se aguardaba cualquier día. Todas las embarc:lciones que subían ú bajaban por el Mississippi eran capturadas y registradas La ciudad se encontraba presa de pánico, y se sentía alarmada. A todo lo largo del valle del Mississippi, la gente estaba temerosa. ¿Qué iría a ocurrir? ¿Cuándo aparecerían Burr y su ejército? Brett se sintió perplejo. El general, en apariencia, quemaba todos los puentes detrás de sí, y ahora resultaba evidente que Wilkinson tenía la intención de arrojar a Burr a los lobos y presentarse como el héroe conquistador. En vista de las circunstancias, Brett concluyó con sus ocupaciones lo antes posible, pues no quería quedarse un momento más de lo necesario en esa revuelta masa de miedo y confusión. En lugar de tomarse dos días, como lo había planeado al comienzo, hizo todo lo que necesitaba hacer a la mañana siguiente, y a última hora de la tarde llevó a cabo su visita a Escobar e Hijos, los joyeros. José Escobar saludó a Brett con afabilidad, cuando lo condujo al cuartito trasero que servía como oficina del anciano. Sus astutos ojos negros miraron a Brett mientras éste dejaba la caja

que contenía el broche con forma de león.

-¿Tiene algún defecto? -preguntó José con inquietud.

Brett sonrió apenas.

-No, señor. Es perfecto. Sólo ocurre que me agradaría mucho saber dónde lo conseguiste y cuándo. José vaciló. Era conocido por su discreción, pues a lo largo

de los años había manejado muchas transacciones delicadas. Si se llegaba a saber que se había mostrado indiscreto...

Brett contó con indolencia varias monedas de oro, y dijo con negligencia:

-¿Te das cuenta de que es vital para mí conocer esta información... ahora?

José miró el oro. El señor Dangermond era un hombre acaudalado, un hombre a quien era necesario tener en cuenta, en tanto que... Cauteloso, dijo:

-Es una de varias piezas que le compré a un caballero, hace un mes. Debido a circunstancias desdichadas, se vio obligado a vender las pertenencias de su familia.

-¿Quién? -interrogó Brett.

José suspiró y miró de nuevo el pequeño montículo de oro.

Resignado, dijo:

-El señor Carlos de la Vega.

Brett no se asombró en modo alguno. Casi estaba esperándolo, y con expresión torva, preguntó, con aspereza:

Librodot

-Dijiste que había otras piezas, ¿puedo verlas? José se encogió de hombros y salió de la habitación, para regresar un momento más tarde con una bandejita forrada de terciopelo.

-Aquí están -dijo-. Algunas de ellas son excepcionales.

Brett ni siquiera prestó atención a las otras joyas que resplandecían sobre el terciopelo negro; su mirada fue atraída por una pieza concreta. La cólera casi lo encegueció, y tendió la mano hacia el encantador brazalete de plata y turquesa.

-¿Esto? ¿Te vendió esto? -dijo con voz espesa.

José asintió, inquieto, pues no le agradó el repentino halo de violencia que irradiaba su visitante.

-Sí, dijo que lo había conseguido...

La voz de Brett lo interrumpió.

-iSé de dónde lo consiguió! -bufó con suavidad, y luego se dominó con un esfuerzo visible e interrogó:- ¿Cuánto quieres por esto?

Escobar mencionó un precio. Brett arrojó el dinero sobre la mesa y tomó el broche y el brazalete. Un segundo más tarde salía de la tiendecita con un portazo, y con un sentimiento asesino en el corazón. iCarlos había matado a Alejandro!

Se desvaneció toda idea de salir de la ciudad, y sólo quedó una en su mente. Encontrar a Carlos y matarlo con sus propias manos. Era la medianoche pasada antes de que Brett descubriese por fin dónde se había alojado Carlos. Por boca de los Correa se enteró del nombre de la pensión en la cual Carlos se alojó al principio, y desde allí Brett siguió la pista que revelaba con claridad la rápida desaparición de las finanzas de Carlos. El último lugar era una mísera y pequeña posada ubicada en una parte poco recomendable de la ciudad. La mujer desaliñada que se consideraba la posadera se mostró muy franca.

-¿De la Vega? Sí... vivió aquí... hasta esta mañana. -Giró y masculló:- Dijo que iba a visitar a esa prima de él que se casaba con un adinerado plantador.

Brett la tomó del hombro, y la hizo volverse para encararla.

-¿Estás segura? -preguntó con tono apremiante, incapaz de creer en lo que escuchaba.

Irritada, ella repuso:

-iPor supuesto que estoy segura! Estuve aquí la semana pasada cuando llegó la nota de ella, pidiéndole que fuera a visitarla.

El se mostró muy complacido.

-¿Esta mañana? ¿Dices que vivió aquí hasta esta mañana?

¿Fue entonces cuando partió para visitar a su prima?

-iAcabo de decírtelo! -respondió la posadera, gruñona, y arrancó el brazo de entre las manos de él, para agregar:- Ahora bien, si no te molesta...

Brett salió, con sus pensamientos volando, enloquecidos. Carlos le llevaba una delantera de dieciocho horas... ¿Por qué habría escrito Sabrina a su primo? A no ser que Carlos hubiese mentido para impresionar a la posadera... Cansado,-Brett se pasó la mano por los ojos. Bien, no había más remedio... tendría que viajar en el acto a Madriguera del Zorro. Debía ver a Sabrina y averiguar si había escrito a Carlos... y por qué.

A la noche siguiente, mientras esperaba, nerviosa, a que Lupe terminase sus ocupaciones y partiese con Ollie a su propio alojamiento, a varios metros de distancia, Sabrina se preguntaba lo mismo. En forma inesperada, se veía presa de dudas en cuanto a la prudencia de lo que estaba haciendo. Si Brett se enterara alguna vez, ¿cómo podría hacer que la entendiera? iOh Dios querido! ¿Por qué le habré escrito a Carlos?, se preguntó. ¿Por qué no dejé las cosas como estaban?

Pero ahora no era posible dar marcha atrás, y después que Lupe y Ollie le dieron las buenas noches, se preparó para el encuentro con Carlos. Salió de la cama y buscó su vestido de lana verde. Se lo puso por encima de la bata, en la habitación a oscuras, encontró el

cuchillo donde lo había guardado antes, debajo de la almohada. Le llevó otro minuto encontrar su chal, se lo echó sobre sus hombros y deslizó el cuchillo en el bolsillo oculto que había preparado en un extremo del chal. ¡Ya está! El cuchillo se encontraba en su lugar, a mano, si lo necesitaba.

Con pasos cautelosos, descendió con cuidado, por la escalera, para entrar en el salón. Los carbones del fuego antes encendido ardían alegremente en el hogar, y la visión la alegró un tanto. El saber que Ollie y los otros criados se encontraban a muy poca distancia, al alcance de un grito de ella, le otorgó una renovada confianza en lo que hacía. Brett no debía participar ... ieso tendría que ser entre ella y Carlos! iEra su batalla! Con el corazón latiéndole de prisa, vio la señal que había establecido en su nota: la lámpara de petróleo que ardía de pronto con intensidad, y luego se iba apagando. Después, otra vez lo mismo.

Transcurridos tres minutos desde el momento en que vio su señal, se escuchó un golpecito furtivo en la puerta lateral, y Sabrina, con la boca seca, se dirigió hacia allí y abrió la puerta. Con una sonrisa complacida en el rostro, Carlos entró en la habitación. Su sonrisa desapareció en cuanto su mirada se posó en el vientre hin- chado de ella. '...

-iEstás embarazada! -dijo acusador.

-iBien, sí, lo estoy! -respondió Sabrina, a la defensiva- pero no entiendo qué tiene eso que ver contigo.

No era la manera en que ninguno de los dos había pensado iniciar los saludos, y en busca de una nota más ligera, Sabrina dijo, con cortesía forzada:

-¿Cómo fue tu viaje? ¿Tuviste algún problema para encontrar la casa?

Malhumorado, Carlos contestó:

-Tus orientaciones fueron adecuadas, pero la posada en la cual sugeriste que me alojara ayer por la noche no me ofreció mayor descanso. iY ahora he tenido que pasarme la tarde y la noche merodeando como un ladrón!

-¿Alguien te vio? -preguntó ella con sequedad.

Carlos se encogió de hombros.

-No. Me llevé un susto unos momentos antes de tu señal me pareció oír que un jinete llegaba por el camino, pero quien haya sido debió de seguir de largo.

Pero quien hubiese sido no debía de haber seguido de largo. El jinete era Brett, y al ver la casa a oscuras detuvo a Tormenta de Fuego, sudoroso, negándose de pronto a enfrentar a Sabrina con sus sospechas. ¿ Y si se equivocaba por completo? La señal que brilló en la oscuridad, un minuto más tarde, le dio su respuesta, y miró, casi con indiferencia, cuando una silueta sombría apareció por entre las malezas próximas a la casa y se escurrió con sigilo, hacia el costado de esta. Había un curioso aturdimiento en su interior, y se sintió casi agradecido por ello... al menos mantenía a raya el dolor que le desgarraría las entrañas, y que sabía que vendría más tarde No le cabían dudas ahora de que Sabrina le había escrito a Carlos, o que la persona a quien acababa de ver entrar en la casa era Carlos. Brett estaba totalmente extenuado. Había cabalgado durante casi dieciséis horas, impulsado por una necesidad cada vez más apremiante de llegar a Madriguera del Zorro. En algunos momentos temió estar forzando demasiado a Tormenta de Fuego, pero el enorme padrillo no le falló. A diferencia de su esposa, pensó con una amarga mueca en la boca. Estuvo a punto de volverse, para ir quién sabe adónde, pero algo lo detuvo. No podía. Todo lo que siempre había querido se encontraba concentrado en un esbelto cuerpo, el de Sabrina, y ne-

cesitaba ver pruebas respecto de todos sus oscuros demonios, con sus propios ojos. Desmontó en silencio y caminó, fatigado, hacia la parte delantera de la casa. Con el mismo silencio, abrió la puerta del frente y entró en el vestíbulo, donde la voz de Sabrina llegó con claridad hasta él. Carlos se encontraba sentado en un sillón de cuero, cerca del hogar, y Sabrina de pie, rígida, a poca distancia, delante de él. Carlos la observó, reflexivo, muy curioso en cuanto al motivo que había tenido para escribirle y, a pesar del embarazo de ella, no decidido del todo a abandonar sus planes primitivos. En voz alta, dijo apenas:

-¿Sabías que madre viajó a Ciudad de México en setiembre, y va a vivir con tía Y sabel?

-¡Oh! -respondió Sabrina, inexpresiva, y se sorprendió mascullando, con indiferencia:- Eso le agradará, pero dime, ¿ por qué te quedas tú en Nueva Orléans? ¿No habrías debido regresar a Nacogdoches?

-¿Por qué? -replicó él con amargura, con la mirada clavada en el rostro de ella-. Tú estás aquí... ¿qué hay para mí en Nacogdoches? ¡La única mujer a quien amaré siempre se encuentra aquí!

En otros tiempos, esas palabras habrían hecho que Sabrina se sintiese triste y culpable, pero ya no, y replicó con sequedad, con voz dura:

-iOh, basta, Carlos! ¡No me amas... nunca me amaste!

¡Usas tu presunto amor hacia mí como una excusa para ocultarte detrás de ella, cuando te ves sorpre!ldido haciendo algo reprensible! Hiciste lo mismo después que casi me violaste en la glorieta... ¡me habrías violado si no hubiese aparecido Brett! -Con semblante despectivo, agregó:- Y si te prestara atención ahora, tratarías de convencerme de que fue el amor hacia mí lo que te llevó a con-

tarle a Brett todo tipo de mentiras. -Con los ojos brillantes de desprecio, preguntó:- ¿y qué mentiras acerca de él me dijiste a mí?

Colérico porque ella se volvía contra él de esa manera, Carlos se puso de pie, furioso, de un brinco.

-iNo sé de qué estás hablando! -bramó, y una chispita de locura brilló en sus ojos.

-¡Sí, lo sabes! -replicó Sabrina-. Ese verano, en Nacogdoches, le dijiste a Brett que yo perseguía su fortuna, ¿no es así? -Rió, enfurecida.- iY a mí -continuó con amargura- a mí me dijiste que él buscaba mi fortuna!

Demasiado anonadado para pensar con claridad, Carlos encogió un hombro, y como eso siempre había dado resultados en el pasado, gimió:

-iPero lo hice todo por tí! ¿No entiendes?, sólo trataba de salvarte de él... iPorque te amo tanto, que no quería que fueses herida o lastimada por él!

Casi vencida, dijo:

-No me digas la misma mentira... ya no te creo más. Te escribí para que vinieras aquí porque quería conocer la verdad, y me siento avergonzada respecto de mi esposo, al enterarme de lo poco que he confiado en él... la facilidad con que me engañó alguien en quien creía que podía confiar de manera implícita. -Con la voz

cargada de sufrimiento, estalló:- ¡Confié en ti, Carlos! ¡Creí en ti! -¿Cómo pudiste traicionarme de esa manera? Tajante, Sabrina exigió:

-Quiero saber con exactitud qué ocurrió con la joven de Nueva Orléans, la que tú dijiste que él atacó con un cuchillo. Pero ante todo, quiero conocer la verdad respecto de Constanza. -Encaró con firmeza la mirada de él, y terminó diciendo:- Quiero saber si ella estaba en realidad embarazada del hijo de él, si es cierto que él se negó a casarse con ella porque él quería mi fortuna. ¡Maldito seas! ¡Esta vez dime la verdad!

Brett no pudo describir las poderosas emociones que sintió mientras se encontraba allí, en el vestíbulo, anonadado por el significado de las palabras de Sabrina. ¡Se dice que los fisgones nunca escuchan nada bueno relacionado con ellos mismos, y él podía confirmar de manera definida la veracidad de esa afirmación! Pero había una alegría alborozada mezclada a todo lo horrendo que

escuchaba, al darse cuenta de la astucia con que Carlos los había manipulado a los dos, jugando con las dudas de uno y otro. iPero nunca más, se juró con salvajismo, nunca más permitiré que nada se interponga entre nosotros! E hizo conocer su presencia con frialdad. !

-También yo querría conocer la verdad. Sin duda resultará muy interesante -dijo en voz baja, desde la puerta.

Con el corazón en la boca, Sabrina giró para mirarlo, acongojada. ¡Dios! ¿Qué estaba haciendo ahí, y qué pensaba?

Sabrina se veía tan adorablemente culpable, tan horrorizada al ver lo, que si la situación no hubiese sido tan seria, Brett habría reído. Y tuvo que esforzarse para no cruzar a grandes

pasos la habitación, tomarla entre sus brazos y besarla con violencia. Nunca la había amado tanto como en ese momento, al entender el orgullo que le había impedido preguntar acerca del pasado, profundamente conmovido porque, a pesar de las mentiras que se le habían dicho, ella se había casado con él, de todos modos. Brett se sentía tan cansado como parecía, mientras se apoyaba en el vano de la puerta.

-iMuy interesante, en especial porque mi recuerdo de la pobre joven de Nueva Orléans dice que tú la tajeaste, y no yo. Y en cuanto a Constanza... -La voz se le apagó, y miró a Sabrina con gravedad, deseando poder negar la relación, maldiciéndose por todas las otras mujeres que habían existido en su vida. Con lentitud, eligiendo las palabras con cuidado, admitió:- No puedo negar que durante un breve lapso, después de llegar a Nacogdoches, hubo algo entre nosotros. Pero nunca la dejé embarazada, ni le pedí jamás que se casara conmigo... La cuestión del matrimonio nunca se discutió. iCompartíamos una relación física, yeso fue todo! -Dijo con sequedad:- No pienso disculparme ni presentar excusas por lo que hice antes de cortejarte en serio, aquel verano... tengo derecho a mi propio pasado, y el ser un monje no formaba parte de él! –Con voz tensa, agregó:- En cuanto a tu fortuna, nunca tuvo nada que ver con lo que sentía por ti... quería casarme contigo porque te amaba, iy la fortuna que poseyeras me importaba un rábano!

Parecía como si hubiese sólo dos personas en la habitación la presencia de Carlos había sido olvidada por el momento, mientras se contemplaban con ardor a través del espacio que los separaba. Sabrina tragó saliva con dificultad, sin saber con certeza qué decir. Le resultaba penoso oír hablar de Constanza, pero tan ma-

ravilloso saber, de manera concluyente, que ese día se la había engañado en forma deliberada. iY él había dicho que la amaba! Hizo un pequeño gesto de indefensión, tan henchido de emoción, que le faltaron las palabras, y cuando el silencio se prolongó, Brett dijo, con ferocidad:

-iPor amor de Dios, Sabrina! Puede que no hayas sido la primera mujer de mi vida, ipero te juro que eres la única mujer que hay ahora en ella... y siempre serás la única mujer para míl

Como entendió mal su silencio, Brett la miró con desesperación. ¿No le creía? ¿No podía perdonarlo? Con la boca torcida de dolor, preguntó con tono angustiado:

-¿No me crees? -y casi con rudeza agregó:- Te amo. Siempre te he amado... inclusive cuando luchaba contra ello y trataba de usar a alguien como Constanza para ocultarme de eso, aun en esos momentos, mi amor estaba presente.

Con la garganta apretada por las lágrimas de alegría, contenidas, entre riendo y llorando, ella logró decir:

-iOh, Brett! ¿Te das cuenta de que esta es la primera vez que me has dicho que me amas? ¿Que a lo largo de todos estos meses he estado muriéndome de amor por ti, y, temiendo tanto que no me amaras?

Con la mirada sin parpadeos de una serpiente, los ojos de Carlos pasaron de un rostro alborozado al otro, y la furia lo estremeció. Ya había sido bastante malo que el gringo se casara con Sabrina, pero no era posible soportar que fuesen dichosos juntos.

Burlón, Carlos murmuró:

-iCuán emocionante! Querida prima, ¿de veras le crees? ¿Qué te hace pensar que no miente? Podría estar mintiendo, sabes.

La voz de él los sobresaltó, y les hizo tener desagradable conciencia de que no se hallaban solos, y con pena en sus ojos Sabrina miró a Carlos.

-iCarlos, no seas tonto! No lo ves... yo lo amo y él me ama.

Tus embustes ya no pueden volver a dañarnos. Incapaz de entender que había perdido por completo, incapaz de percibir que ella ya no confiaba en él, Carlos la tomó de la mano, y balbuceó, enloquecido:

-iEscúchame, Sabrina, déjame explicarte! iNo entiendes cómo fue eso, puedo explicártelo!

-Estoy seguro de que puede -dijo Brett con aspereza, e introdujo la mano dentro de su chaqueta y arrojó de pronto en la alfombra, cerca de los pies de Carlos, el broche y el brazalete de Alejandro-. iComo, por ejemplo, de qué modo llegaron estos objetos a tu poder!

Sabrina contempló el brazalete, paralizada, durante varios segundos, y luego, sin tener conciencia de que Carlos le apretaba la muñeca, se arrodilló con lentitud y recogió el brazalete, con ademán reverente.

Hubo de pronto en el aire un silencio de espera, un silencio tenso, algo mortífero y peligroso. Cuando la enormidad de lo que significaba el brazalete se hundió en ella con un golpe doloroso,

Sabrina miró a Carlos con absoluto aborrecimiento y horror.

-¿Tú? -glitó-. ¿Tú mataste a mi padre?

Se disipó toda semidemencial esperanza a la cual Carlos pudiese haberse aferrado con desesperación, llevándose consigo la cordura que aún le quedaba. Se le dilataron los ojos; paseó la mirada, enloquecido, por la habitación. Había muerte allí, podía olerla, y cuando su mirada encontró la de Brett, también la vio allí, brillando con fría promesa, en esas profundidades de color verde jade. Con pasos deliberados, Brett se echó a caminar hacia él, y Carlos perdió la calma y extrajo con rapidez una pistolita del cinturón de cuero que le rodeaba la cintura.

-iQuédate ahí! -ordenó con voz curiosamente chillona-.

iQuédate ahí o la mataré! -y apuntó la pistola a la cabeza de Sabrina.

Brett se paralizó, y sus pensamientos volaron mientras buscaba con frenesi, y lo descartaba, un centenar de planes para proteger a SaLrina de ese loco. Y al ver la demencia en los ojos de Carlos sin.ió que un miedo helado te rt'ptaba por la columna vertebral. Pe:-o mas que eso, de pronto tuvo conciencia, con náuseas,de haber cometido un error fatal era su prisa por entrar en la casa su propia pistola se encontraba todavía en la pistolera de la silla de montar de Tormenta de Fuego.

Sabrina ni siquiera tenía conciencia del peligro que corría. Con una cólera al rojo blanco que. le estallaba en todo el cuerpo,sin pensar, cerró los dedos sobre el brazalete de Alejandro, convirtiendo la mano en un puño. Golpeó a Carlos en la cabeza con malevolencia.

Carlos miraba a Brett con tanta atención, que ni vio el puño de ella cuandu voló por el aire y le acertó con violencia en la cara; la fuerza del golpe le apc.,tóla mano que sostenía la pistola. Se recuperó en un instante, y en el momento en que Sabrina buscaba su cuchillo entre los pliegues del chal, bajó la pistola para golpearle la sien, apartándola de sí. Brett ya estaba en movimiento, y la furia y el miedo lo impulsaron hacia adelante como una bala, pero a pesar de su velocidad llegó demasiado tarde. El cuerpo de Sabrina voló, su cabeza golpeó contra la esquina de una pesada mesa, con un aterrador golpe sordo. Quedó allí, inmóvil.

Un grito de dolor desnudo, casi frenético, brotó de labios de Brett, y por el momento hizo caso omiso de Carlos. Arrodillado al lado de ella, con dedos temblorosos, Brett tocó los rizos de color intenso, el leve reguero de sangre que le corría de la sien a la barbilla. Respiraba, pero estaba herida... muy malherida, pensó. Como un gran felino de la selva, giró con lentitud para mirar a Carlos. Brett dijo, mientras se erguía con gracia mortífera, en tono letal:

-Eres un hombre muerto, Carlos.

Carlos rió, histérico.

-¿Amenazas, gringo? ¡El hombre muerto eres tú! ¿Has olvidado que tengo la pistola, que puedo matar los a los dos cuando se me ocurra? -Ahogó una risita, con su locura ya imposible de dominar. Con la boca contraída, masculló:- ¡Me agradaría matarte! -y sus ojos se deslizaron, astutos, hacia el cuerpo inmóvil de

Sabrina.- ¡Tú y tu maldita esposa ramera!

Al darse cuenta de lo peligroso de la situación, Brett se obligó a conservar la calma, a pensar con claridad. Si pudiese arrancarle a Carlos esa pistola...

Dio un cauteloso paso hacia adclante, pero Carlos dijo con sequedad:

-¡No! ¡Quédate donde estás! -Movió la pistola hacia atrás, y agregó:- ¡Apártate de ella! ¡Apártate!

Brett vaciló, pero al ver que los dedos de Carlos oprimían el disparador, se movió.

El cuerpo inmóvil de Sabrina pareció otorgar a Carlos una gran satisfacción, y gruñó:

-Habría debido casarse conmigo. ¡Yo habría sido el amo del Rancho del Torres!

-¿Por eso mataste a Alejandro? -preguntó Brett en voz baja, tratando de ganar tiempo, pero desesperado por conseguir ayuda para Sabrina.

-¡Sí! -respondió Carlos, orgulloso-. No quiso darme más dinero después que murió mi padre. Y cuando yo quise casarme con Sabrina, se mostró empecinado, después que tú te fuiste, él habría podido obligarla a aceptarme, pero no lo hizo. -Frunció el labio.-

Era blando y tonto, y un día resolví, por fin, que tendría que morir si alguna vez yo quería llegar a ser el dueño de la hacienda.

La mirada de Carlos se dirigió de nuevo al cuerpo de Sabrina, y Brett sintió un escalofrío de terror. Frenético, para desviarle la atención, dijo:

-¡Eres un tonto, Carlos! No eres lo bastante hombre como para dirigir la hacienda... eres demasiado débil y estúpido. Ni siquiera eres lo bastante hombre para enfrentarme en una lucha franca... eres un cobarde que tiene que ocultarse detrás de una pistola.

Las palabras burlonas de Brett surtieron efecto. Todo quedó olvidado, y casi ahogándose de furia ciega, Carlos dijo, colérico:

-Ya lo veremos, gringo, ya lo veremos. -Señaló la puerta que daba al vestíbulo.- Salgamos afuera, para ver si cacareas tanto después que te demuestre que el tonto eres tú.

Brett casi se desmoronó de alivio. Si podía sacar a Carlos al extcrior, alejarlo de Sabrina, existían posibilidades de incitarlo a cometer un error.

Brett se detuvo y lo miró, pero Carlos le indicó que bajasen los escaloncs. Brett descendió a desgano, con una inquietud que crecía en él. Los dos hombres se detuvieron a pocos metros de la casa.

Había una extraña sonrisa en el semblante de Carlos, y la luz parpadeante de la lámpara daba a sus facciones un aspecto diabólico.

-¿Estás listo, gringo? -musitó, jubiloso.

Sin saber qué quería decir, Brett asintió lentamente. Por lo menos, Sabrina se encontraba fuera de sus garras.

-¡Entonces mira cómo muere tu esposa! -gritó Carlos, y con una fuerza que acentuaba su locura, con un movimiento poderoso, lanzó la lámpara de petróleo contra la puerta delantera de la casa.

La lámpara se hizo trizas con un ruido tintineante, el petróleo se derramó por el pórtico, el fuego se extendió en el acto, y Brett sc cnloqueció al darse cuenta de lo que había planeado Carlos: Sabrina moriría y él se vería obligado a ver cómo ocurría eso, y entonces Carlos lo mataría a él también.

De pronto no le importó si viviría o moriría, pues no podía

permanecer inmóvil, impotente, y ver cómo su esposa -su amor y su hijo no nacido aún- morían en medio de esas llamas. Con un bramido de cólcra, con los ojos de color verde jade negros de furia mortífcra, olvidado de la pistola que le apuntaba directamente, se lanzó, salvaje, contra Carlos, tratando de aferrar la pistola con la mano. Carlos había estado observando el fuego, afiebrado, y el en-

loquecido ataque de Brett lo tomó por sorpresa. Frenético, se esforzó por eludir el férreo apretón de su muñeca. Cayeron al suelo, rodaron sobre sí mismos una y otra vez, mientras luchaban con mortífcra dccisión, para ganar esta última y vital batalla entre los dos.

Las llamas de la casa ardiente bailotearon sobre sus cuerpos retorcidos, la respiración brotaba con sonidos horribles, forzados, mientras batallaban para apoderarse de la pistola. Esta se hallaba ahora entre los cuerpos de ambos, y Carlos forcejeaba, furioso, por apuntarla contra el cuerpo de Brett. Pero Brett se sentía impulsado por una furia aun mayor de la que Carlos podía imaginar, e inexorable, poco a poco, con frialdad, movió la pistola hacia el

corazón de Carlos. Como garras de acero, los dedos de Brett se cerraron sobre el disparador; la pistola se disparó con una violenta sacudida, y Carlos dio un gran brinco debajo de Brett. Este no esperó a ver qué daño había infligido a Carlos. Ya se apartaba, rodando, poniéndose de pie y corriendo hacia la casa, antes que el sonido del disparo se hubiera disipado. Con el corazón golpeándole en el pecho, contempló, con horror insoportable, la visión que tenía ante sí. Toda la parte delantera de la casa se hallaba envuelta en llamas, llamas ávidas, amarillas, anaranjadas, que casi atacaban el techo. El olor del humo había despertado a la servidumbre, y Brett tuvo conciencia, de repente, de que andaban por ahí, fuera del alcance del terrible calor provocado por el fuego. En la confusión, no habían visto a los dos hombres luchando entre las sombras parpadeantes, pero todos escucharon el sonido del disparo, y cuando Brett llegó hasta ellos, Ollie exclamó:

-¿Qué ocurrió? ¿Dónde está la señora?

Brett sólo podía mirar la casa, y ordeóo con aspereza:

-iConsíganme una manta... y mójenla de prisa en un cubo de agua!

La cara de Ollie estaba blanca de horror.

-iAmo, no pensarás...!

-iConsígueme una manta, maldito seas! -vociferó Brett.

Un segundo más tarde, con la manta chorreante cubriendo le el cuerpo, Brett corrió por el costado de la casa, hizo una profunda inspiración y se lanzó a través de la puerta por la cual había entrado Carlos tan poco tiempo antes. Una muralla de calor lo recibió, haciéndolo retroceder, pero empecinado, Brett continuó adelante, tratando, frenético, de llegar al lugar donde sabía que había caído Sabrina. Un humo espeso remolineaba por el aire, cortaba el aliento y le oscurecía la visión, pero encontró a Sabrina.

Se inclinó, haciendo caso omiso de los escombros llameantes que caían, la atrajo hacia sí, temeroso de que ya estuviera muerta por efecto del humo y el fuego. El leve aliento suave de ella le rozó la mejilla, y con algo intermedio entre un sollozo y un grito, la levantó y regresó, tambaleándose, por donde había entrado, sin prestar atención a las enormes vigas ardientes que se estrellaban en el lugar en que Sabrina había estado tendida apenas un segundo antes. Su cuerpo gritó de agotamiento, y durante un loco momento desesperado creyó no poder salir de la casa. Pero luego, con un último empujón instintivo, con Sabrina inconsciente en sus brazos, salió trastabillando de la casa, a la noche, y el aire fresco que se precipitó al encuentro de ambos fue un bálsamo y una bendición.

EPILOGO

Dulce primavera
Primavera, 1807
Duda de que las estrellas sean fuego;
Duda de que el sol se mueve;
Duda de que la verdad sea mentira;
Pero nunca dudes de que te amo.
William Shakespeare
Hamlet
31

Corrían los finales de mayo, y el tiempo estaba sereno e imperturbable, el cielo azul brillaba arriba y no se veían señales de una sola nube. Los moteados rayos del sol eran cálidos al caer sobre la cara de Sabrina, mientras contemplaba, adormilada, a los hombres que se movían en la creciente estructura que algún día

sería su nuevo hogar. Yacía sobre un blando acolchado amarillo, a cierta distancia de la construcción, disfrutando de la sombra intermitente que ofrecían las hojas del gigantesco roble que tenía a su espalda. Cerca había unos zapatos desechados, y removió los dedos de los

pies, con placer, sobre la suavidad del acolchado, muy feliz de estar viva y de encontrarse de nuevo en Madriguera del

Zorro, viendo cómo la nueva casa crecía de las cenizas de la antigua.

La casa primitiva se había quemado por completo, de raíz, en aquella terrible noche de diciembre, pero Sabrina no lo supo durante varios días. No supo de la muerte de Carlos, del frenético viaje de Brett, con ella, a Nueva Orléans, de los ansiosos días que siguieron mientras ella yacía inconsciente, inmóvil; no conoció la angustia que se leía en los ojos de Brett. Durante todo el invierno, permanecieron, cómodos, encerrados en la casa de Nueva Orléans, planeando el nuevo hogar que construirían, el amor del cual disfrutarían. El amor los rodeaba, y

en las largas noches de invierno, mientras yacían envueltos el uno en los brazos del otro, hablaban libremente del pasado y de las cosas como sólo hacen los enamorados.

El "Reino del Terror", como había sido denominada la invasión de la ciudad por el general Wilkinson, había terminado en forma innoble, cuando no apareció en el horizonte señal alguna de la chusma encabezada por Aaron Burr. Y el pobre Burr, fuesen cuales hubieran sido sus planes, fue arrestado el 19 de febrero de 1807, acusado de traición. Su juicio fue fijado para el verano. Pero esos acontecimietos tenían poca importancia para Brett y Sabrina... en esos días existían muchas cosas más maravillosas en sus vidas. Y cuando su niño nació, a finales de marzo, Sabrina supo cómo era la verdadera felicidad: su esposo y su fuerte niño sano.

Durante un segundo, su mirada se dirigió hacia donde el chiquillo yacía dormido, en una cuna de junco, al borde del acolchado. Sin poder contenerse, se inclinó y lo atisbó. Alejandro Dangermond. Qué hermoso niño era, pensó con orgullo maternal, y le acarició la suave mejilla. Sabrina suspiró, dichosa, y se recostó contra el árbol. ¡Cuán afortunada era!, pensó, agradecida, mientras su mirada se dirigía hacia donde Brett vigilaba la construcción de la nueva Madriguera del Zorro.

Existía un recuerdo, pensó Sabrina, triste, que habría atesorado: el brazalete de esponsales, regalo de su padre. Semanas después del incendio, buscando entre los escombros de la casa destruida, Brett lo había hallado, pero el calor lo había retorcido y fundido hasta dejarlo convertido en una masa irreconocible. Sabrina lloró, apenada, cuando lo depositó en sus manos. Con los ojos bañados en lágrimas, lo miró y murmuró:

-Era la posesión más querida de él. -Brett la envolvió con suavidad en sus brazos, consolándola lo mejor que pudo. Se llevó consigo el brazalete arruinado, porque no quería que ella lo viese tal como estaba, para recordar la trágica noche. Como si tuviera conciencia de la mirada de ella, Brett giró y le clavó la vista. Ella le dirigió un ligero saludo con la mano, y él comenzó a caminar hacia ella. Al llegar al acolchado, se dejó caer en él, tendido cuán largo era, con la cabeza apoyada en el regazo de Sabrina. Con una suave sonrisa, ella lo miró, amándolo tanto, que creyó que podía estallar de amor. Pero una pequeña sombra le cruzó por el semblante, cuando se preguntó cómo habían podido dejar que la sospecha y la desconfianza se interpusieran entre ellos. Brett vio esa expresión, y con inquietud en la mirada se incorporó y preguntó:

-¿Qué ocurre? ¿Por qué estás así?

-Pensaba en lo tontos que fuimos... ninguno de los dos quiso confiar en su amor por el otro -respondió con sencillez.

Ella atrajo hacia sus brazos. Con la mirada fija en ella, dijo con aspereza:

-Sabrina, yo no puedo deshacer el pasado.. ¡pero, oh, lirio atigrado, te amo! Te he amado desde que eras una hechicera de ojos enormes, de siete años, y tuviste mi corazón desde entonces. -Confesó, con pena:- No quise admitirlo, y como un tonto, hice todo lo posible para negarlo. Pero creo que he sido muy bien castigado por ello... hemos perdido seis años a causa de eso. -Con dolor en la voz, musitó:- Me he reprochado mil veces, sufrido un millar de muertes, cada vez que pensaba en lo estúpidamente que nuestras dudas y temores nos mantuvieron apartados todo ese tiempo. Pero prefiero pensar que hemos aprendido de

ello... que nuestro amor es más fuerte y más perdurable. Sabrina sintió que lágrimas calientes le ardían detrás de los párpados, segura de que si trataba de hablar estallaría en llanto. El amor de ambos era más fuerte, más poderoso, a causa de lo que habían sufrido. Al ver las lágrimas y reconocer las como lo que eran, él la

besó y luego tendió la mano hacia donde su chaqueta yacía en el acolchado. Sombría la expresión del rostro, entregó a Sabrina un delgado paquete angosto. Ante su mirada de asombro, él dijo con dificultad:

-Tenía planeado dártelo en nuestro primer aniversario, pero quiero que lo tengas ahora.

Durante largo rato, Sabrina miró el envoltorio que tenía entre las manos, y una premonición le dijo lo que podía ser. Con dedos temblorosos, lo desenvolvió con lentitud, saboreando cada uno de los momentos, y luego, cuando por fin quedó revelado el contenido, el corazón le saltó en el pecho.

Dos delgados brazaletes de plata y turquesa, de complicado diseño, yacían en un lecho de raso blanco. Eran idénticos, sólo que resultaba evidente que uno era para un hombre y el otro para una mujer.

Con los ojos brillantes como estrellas, ella lo miró, y Brett dijo, ronco:

-Pensé que serían un símbolo de los dos, un símbolo del amor de nuestros padres y un símbolo para recordar nos que nunca debemos olvidar el pasado, ni lo que hemos ganado.

Le ciñó con suavidad uno de los brazaletes en torno de la muñeca, y ella hizo solemnemente lo mismo con el de él. Con la garganta contraída por el amor y el embeleso que sentía, con lágrimas de felicidad que se deslizaban, libres, por sus mejillas, miró las muñecas de ambos, el sol que relucía sobre la plata y las tur-

quesas de los brazaletes. Nublada, su mirada recorrió a Brett, a su niño dormido cerca y al esqueleto del nuevo hogar. El corazón le dolió con una dulce alegría, y de pronto, como desde muy lejos, pero con toda claridad, escuchó la voz de su padre que decía con calidez:

-¿No ves, muchacha? ¡Es bueno... y todo será bueno... para siempre! .

Librodot